

NICARAGUA:

REGRESION EN LA REVOLUCION



Compilación de:
Arturo J. Cruz S.
José Luis Velázquez P.


**LIBRO
LIBRE**



Nicaragua, regresión en la revolución

Varios autores



NICARAGUA: REGRESION EN LA REVOLUCION

San José, Costa Rica, 1986



320.97285

N583 n Nicaragua; regresión en la revolución
/comp. Arturo J. Cruz, José Luis Velázquez. -
San José: Asociación Libro Libre, 1986.
p. 296.

ISBN 9977-901-26-0

1. Nicaragua — Política.
 2. Nicaragua — Condiciones sociales.
- I. Cruz, Arturo J. II. Velázquez, José Luis.
III. Título.

© Libro Libre

Apartado 391. San Pedro de Montes de Oca
San José, Costa Rica, C.A.
Reservados todos los derechos

Índice

	Pág.
Introducción	9
La Crisis Centroamericana y la Experiencia Sandinista, por Arturo Cruz Sequeira	15
Sociedad Civil y Dictadura, por José Luis Velázquez	45
Orígenes de la Política Exterior del Frente Sandinista, por Arturo Cruz Sequeira	133
Nicaragua: contradicciones entre teoría y práctica revolucionarias, por Forrest D. Colburn..	151
Producción y Revolución, por Silvio de Franco y Forrest D. Colburn.	167
Cristianismo y Sandinismo, por Humberto Belli	189
Historias nunca contadas del Sandinismo, por Robert G. Leiken	221
Tormenta dentro de un caracol, por Xavier Argüello.	237
La inocencia perdida de la Revolución Sandinista, por Xavier Argüello.	253
La cosecha sandinista, por Mark Falcoff.	273

Dedicatoria

*A Pablo Antonio Cuadra
intelectual honesto e ineludible;
su ejemplo nos inspira.*

Los Autores y Compiladores

Introducción

En Centroamérica y específicamente en Nicaragua, desde la colonia hasta nuestros días, se desarrollaron un conjunto de “valores” políticos que han sido el fundamento de la idiosincrasia y del comportamiento de las élites gobernantes.

Esos valores, —si es que pueden tenerse como tales— están constituídos por la devoción a la persona del gobernante, el culto a la fuerza, el ejercicio arbitrario del poder —que no reconocen límites en el respeto a la dignidad humana—; por la concepción de que el Estado y los recursos públicos forman parte del botín del vencedor; el menosprecio por las instituciones y la personalización de los proyectos políticos.

Estos antivalores han moldeado el devenir histórico de nuestra sociedad, desde Pedrarias Dávila —primer gobernador de Nicaragua— hasta Daniel Ortega y la Dirección Nacional del Frente Sandinista, pasando por Bernabé Somoza, William Walker, José Santos Zelaya, Adolfo Díaz, Emiliano Chamorro, José María Moncada y los tres Somoza. Pareciera que esa tendencia se atenuara levemente en el período de los treinta años de los conservadores (1860-1890) durante los cuales el país fue gobernado dentro de los lineamientos de una democracia oligárquica.

Los antivalores a los que nos hemos referido, se encuentran tan profundamente arraigados en las concepciones de las élites gobernantes, que de por sí constituyen ya un inconsciente histórico que determina su conducta y sus procedimientos políticos.

Durante la lucha contra la dictadura de los Somoza, los ideólogos del Frente Sandinista, en un afán por objetivizar el mal, dieron a esa forma de gobierno el nombre de “somocismo” restringiendo de ese modo el fenómeno a una sola etapa

de nuestra historia nacional y olvidando que era un estilo político que había estado siempre presente a lo largo de ella.

El Frente Sandinista que asumió el poder en 1979, pese a la retórica no pudo sustraerse a las determinaciones del inconsciente histórico y se adhirió al estilo político que ellos tipificaron como "somocista".

Dado que el nuevo partido gobernante se presentaba como una vanguardia proletaria sustentada en la ideología y la práctica marxista-leninista, con el pasar del tiempo, los antivalores leninistas y los antivalores del inconsciente histórico vinieron a formar parte de una alianza perfecta. Así, el concepto de vanguardia se amalgamó con el caudillismo; la estadolatría leninista se asimiló al concepto del Estado patrimonio del gobernante y su camarilla; la arbitrariedad y el irrespeto a la ley y al derecho calzaron a la perfección con los imperativos de la "instauración de la dictadura del proletariado", que según se dijo hacían de "la revolución una fuente de derecho".

Adicionalmente el contacto con experiencias dictatoriales más modernas y profundas como la soviética y la cubana, proporcionó al Frente Sandinista una tecnología y un "Know How" más refinado que le dio ventajas en la administración de los medios de poder. El resultado fue el establecimiento de un régimen dictatorial sin precedente en la historia del país y a la vuelta de seis años el partido gobernante reprodujo de una manera aventajada y altamente sofisticada el estilo político del pasado.

Con estos resultados se frustraron de raíz las legítimas aspiraciones de los nicaragüenses quienes a la caída de Somoza, esperaban con fundada razón un cambio cualitativo en la vida social, política y económica del país que significara un rompimiento definitivo con el pasado; y que al final de cuentas sustituyera la exclusión por la participación, la arbitrariedad por el derecho, la dictadura por la democracia, el estado patrimonio del gobernante por la república, la explotación por la justicia social y el entreguismo por la dignidad. El Frente Sandinista condujo al fracaso ese gran esfuerzo de los

nicaragüenses y arrastró al país y a Centroamérica a la mayor crisis de su historia.

El fracaso del Frente Sandinista —que se anunciaba como la nueva alternativa de izquierda— ha demostrado que la crisis regional y nacional no es un problema de ideología, pues tanto los planteamientos de la izquierda como de la derecha se han mostrado inoperantes. Las ideologías lejos de contribuir a la búsqueda de soluciones, han sido un factor de complicaciones adicionales, al crear ficciones en base a las cuales se planifica y se toman decisiones.

El problema nicaragüense y centroamericano trasciende ya las implicaciones ideológicas para convertirse en un problema de pragmatismo, de sentido común --que es el menos común de los sentidos--, y de imaginación creativa.

El desarrollo de la crisis también ha puesto en evidencia la ineficacia de la lucha de clases para provocar cambios cualitativos que alivien los sufrimientos de los desposeídos y lancen a las sociedades centroamericanas por las vías de la modernización y del progreso. Por el contrario la lucha de clases está desembocando en un estado de equilibrio catastrófico —o empate crítico— que amenaza la existencia misma de las nacionalidades centroamericanas, así como la pérdida de los logros obtenidos en el pasado.

La solución, lejos de un avivamiento de la lucha de clases, requiere de la concertación de un verdadero contrato social entre las fuerzas vivas de nuestras sociedades. Los propios pueblos se han convencido ya del valor e importancia del juego democrático, que se nutre de la tolerancia, el respeto, la participación, el diálogo y los compromisos. Sin embargo, las élites gobernantes tanto de izquierda como de derecha se muestran reacias a deponer sus actitudes caducas, en base a las cuales se personalizan los proyectos políticos y se excluye al resto de la sociedad.

Se requiere también que la búsqueda de soluciones se inicie poniendo el interés y el sentimiento nacional en el

centro del problema, y evitar así que se escape cada vez más de las manos de los nicaragüenses y centroamericanos, trasladándose al seno del conflicto Este-Oeste, en donde intereses y fuerzas exógenas se arrojan el derecho a decidir nuestro destino.

Adicionalmente es necesario realizar un esfuerzo nacional que desplace al impulsivismo primario y pasional que hasta ahora ha predominado.

En ese contexto esta obra es una crítica a las falsas soluciones que ofrecen las ortodoxias de izquierda y de derecha, y es, al mismo tiempo, un intento por rescatar la nacionalidad y la racionalidad que han estado ausentes del debate político actual.

Frente a la problemática de la crisis regional y nacional los suscritos nos encontramos en la heterodoxia. En el campo específico de la lucha nicaragüense somos disidentes militantes y participamos activamente en los esfuerzos por instaurar en nuestra patria un auténtico régimen democrático que sustituya a la dictadura militar del Frente Sandinista.

Sostenemos que la aspiración del pueblo nicaragüense a vivir en un régimen democrático, participativo y pluralista —que nunca conoció ni con los Somoza ni con el Frente Sandinista—, no es una necesidad superflua producto del capricho de algunos dirigentes, ni una imposición de Washington: es ante todo una necesidad objetiva y una reivindicación histórica que de no ser satisfecha en el corto plazo, agravará las tensiones internas y externas y profundizará la crisis regional.

Han sido convocados a participar en esta obra un grupo destacado de intelectuales y políticos nicaragüenses de todas las tendencias, así como también tres connotados intelectuales norteamericanos.

La presente obra se desarrolla conforme el siguiente plan:

Arturo Cruz Sequeira en su artículo "La Crisis Centroamericana y la Experiencia Sandinista", establece un marco general de referencia para abordar la problemática regional exponiendo sus raíces históricas, el agotamiento de los modelos vigentes en la década anterior y el por qué del fracaso de la alternativa sandinista.

En el trabajo "Orígenes de la Política Exterior del Frente Sandinista" el mismo autor expone los conceptos fundamentales que moldearon la política exterior del régimen actual, así como sus implicaciones y consecuencias.

José Luis Velázquez profundiza en la situación interna de Nicaragua, explicando en detalle la estrategia del Frente Sandinista para la toma del poder y el establecimiento de su hegemonía. Se enfatiza en el estudio el análisis de las relaciones que la nueva dictadura establece con los distintos sectores de la sociedad civil nicaragüense, tales como los sindicatos, las organizaciones empresariales, la Iglesia Católica, los partidos políticos, los medios de comunicación y las minorías étnicas. El panorama se completa con la descripción de los mecanismos de control social implantados y con la demostración de que la dinámica del sistema le impulsa hacia una militarización acelerada que trae consigo la neutralización y destrucción de la sociedad civil.

Forrest D. Colburn al considerar la política económica del nuevo gobierno detecta la existencia de profundas contradicciones entre la teoría y la práctica "revolucionaria" del Frente Sandinista; al mismo tiempo que traza a nivel teórico los límites y las diferencias entre los elementos sociales que son susceptibles de cambio y aquellos que no lo son, en un proceso revolucionario.

En "Producción y Revolución" Silvio De Franco y Forrest D. Colburn develan la verdadera naturaleza de la política agraria del Frente Sandinista y demuestran la incapacidad del régimen para transformar la estructura productiva del país e inducir en ella los cambios necesarios que benefician a los sectores desposeídos.

Humberto Belli, por su parte, aborda el conflicto entre Cristianismo y Marxismo-leninismo, profundizando en las raíces de la confrontación entre el partido gobernante y la Iglesia Católica Nicaragüense.

Robert Leiken en "Historias Nunca Contadas del Sandinismo" expone sus vivencias personales acerca de un proceso social que en sus inicios contó con todas sus simpatías y la forma en que los resultados posteriores llegaron a decepcionarle.

En "Tormenta Dentro de Un Caracol" Xavier Argüello Hurtado dá su testimonio personal sobre las profundas distorsiones inducidas por el Frente Sandinista en la sociedad nicaragüense. El mismo autor en "La Inocencia Perdida de la Revolución Sandinista" analiza a la luz del presente la obra de Omar Cabezas Lacayo titulada "La Montaña es algo más que una Estepa Verde" y concluye que el espíritu de los años de lucha, está ausente de la práctica política cotidiana de los dirigentes sandinistas.

Finalmente Mark Falcoff, en "La Cosecha Sandinista" presenta un balance de los seis años de gobierno del Frente Sandinista.

De esta forma, el libro cubre una amplia gama de temas de actualidad, a fin de proporcionar al lector elementos de juicio para formarse un criterio objetivo de la realidad nicaragüense.

**ARTURO J. CRUZ SEQUEIRA
JOSE LUIS VELÁZQUEZ PEREIRA**

**San José, Costa Rica
Diciembre de 1985**

La Crisis Centroamericana y la Experiencia Sandinista

Arturo Cruz Sequeira

Una breve introducción

En los últimos tiempos se ha escrito de manera muy abundante sobre Centroamérica y me atrevo a decir que en su mayoría, estas nuevas contribuciones han reproducido una visión simplista del problema regional, reduciendo las contradicciones a un gran conflicto entre una oligarquía aislada y una gran masa campesina. En efecto, son pocos los autores que reconocen cuan dinámicas estas sociedades fueron en los últimos treinta años: no solamente en términos de crecimiento económico, o de ampliación *masiva* del mercado, con una diversificación importante en la composición del producto nacional; sino que también por los cambios en la distribución espacial de la población entre el campo y la ciudad; lo que en definitiva representó tres décadas de diferenciación social y de relativa modernización.

Con lo dicho no pretendo ignorar el carácter desigual e incluso dependiente de este ciclo de crecimiento. Tampoco las grandes contradicciones sociales que engendró el modelo agroexportador, particularmente en economías con fronteras agrícolas limitadas. Sin embargo, el problema trasciende un patrón de crecimiento sin distribución social y se encuentra relacionado al surgimiento de nuevas fuerzas sociales, las cuales además de participación (aún si es restringida) en las decisiones nacionales, demandaban representatividad polí-

tica. No hay duda que la crisis actual está ligada a lo que muchos consideran como un modelo económico saturado. Tiene también mucho que ver con los problemas de la democracia y por ello la crisis actual es mucho más difícil de resolver que la gran crisis de los años treinta, cuando el *cuerpo social* de estos países no era tan complejo y permitía —como veremos más adelante—, “soluciones sencillas”.

A todo esto hay que añadir que la revolución Sandinista, que en un primer momento representaba un paradigma de cambio a un modelo regional ya saturado, ha pasado a convertirse en parte integral del problema centroamericano. Nos encontramos ante una crisis de alternativas. Las soluciones a nuestros problemas son aún *inéditas*. De ahí la importancia de definir correctamente la naturaleza del problema centroamericano y nuestra insistencia en no limitar esta definición a la de un patrón de crecimiento agotado, con niveles de consumo ajenos a las posibilidades que ofrecen el marco objetivo de la economía; o a la mala distribución de la riqueza nacional. Debemos tomar en cuenta la necesidad objetiva de un proyecto democrático que dé cabida a las múltiples expresiones que surgieron durante treinta años de crecimiento y diferenciación social. Es por esto que decimos que para Centroamérica no basta una revolución “a secas” que no conlleve un amplio proyecto de colaboración de clases.

Después de todo, en Brasil, a pesar de la pobreza extrema en el nor-este de ese país, son pocos —aún incluyendo a los de la propia izquierda, como Brizola o Teotonio Dos Santos—, los que sugieren una opción revolucionaria sin apertura democrática, ya que con más de dos décadas de “dependencia asociada” para usar la terminología de Cardozo, el tejido social de Brasil es demasiado avanzado para conformarse con la alternativa cubana. Sin embargo, aún el caso de la *nueva* izquierda brasileña, que pertenece a lo mejor del marxismo creativo, no se ha tomado conciencia de los cambios registrados en la región centroamericana en los últimos treinta años, y de hecho nos recomiendan a los centroamericanos, un modelo que no aceptarían para su propio país: el modelo cubano.

El presente artículo, además de proporcionar lo que los académicos norteamericanos llaman el *current setting*, cumple varios propósitos: señalar la magnitud de la crisis económica centroamericana; explicar cómo a partir de la postguerra los países de región registraron tres décadas de crecimiento y cambios sociales, lo que por supuesto (como apuntamos anteriormente), hacen de la crisis actual una crisis más difícil de resolver que la de los años treinta; y cómo después de varias experiencias reformistas fracasadas, la revolución Sandinista se convirtió en el paradigma de cambio para generaciones de centroamericanos frustrados con experimentos tecnócratas y militares progresistas.

También pretendemos resaltar las particularidades de la formación social nicaragüense dentro de una dinámica, compartida por el resto de la región, de crecimiento con cambios en sus perfiles sociales. Solamente conociendo las particularidades de la realidad objetiva nicaragüense se podrá entender porqué el marco teórico de Huntington en *Political Order in Changing Societies* y no el de la llamada escuela de la Dependencia, es el más conveniente para explicar los *orígenes* de la revolución Sandinista y las nuevas contradicciones entre *sociedad y revolución*. La pregunta esencial en el presente debate sobre Centroamérica no es si los Estados Unidos pueden coexistir con lo que muchos consideran “revoluciones inevitables” en el área, sino más bien, si los pueblos centroamericanos y, para nuestros propósitos, en especial el nicaragüense, pueden vivir con vanguardias cuyos proyectos ideológicos no encajan en la realidad objetiva de estas sociedades.

Marco de Referencia

Entender lo que significó el somocismo para la sociedad nicaragüense, el desarrollo de su base material y su cultura política es fundamental para emprender un estudio de la problemática nicaragüense. Como igualmente lo es el estudio del mundo ideológico del Frente Sandinista, si se quiere su *Weltanschauung* revolucionario, de donde se desprendió toda una estrategia tanto para la toma del poder, como para la

transformación de la sociedad nicaragüense en lo que sus teóricos definen como la “opción socialista”.

La crisis del somocismo no fue una crisis de acumulación, ni tampoco una crisis revolucionaria en la que las fuerzas populares como clase orgánica iban a la vanguardia de la lucha antidictatorial. Obedeció más bien a la limitada *participación* política que el régimen permitía al pueblo nicaragüense; al anquilosamiento de una superestructura que se quedó rezagada en relación al desarrollo de la economía y el resto de la sociedad. En breve, la crisis del régimen, no era del sistema como tal, y la descomposición del somocismo no representaba —como lo conceptualizan los teóricos del Frente Sandinista— la ruptura de un modelo de “capitalismo dependiente”.

Este ensayo se basa en cuatro proposiciones, interrelacionadas entre sí como un solo cuerpo:

- a) Que la visión ideológica del Frente Sandinista no encaja en la realidad objetiva de la sociedad nicaragüense y, por lo tanto, en las actuales contradicciones entre *Revolución y Sociedad*.
- b) Que la estrategia de “transición al socialismo” elaborada por el Sandinismo, además de chocar con las aspiraciones y valores de una sociedad profundamente pequeño-burguesa, no tomaba en cuenta la ubicación geopolítica de Nicaragua, sus necesidades financieras, los límites estructurales que impone el modelo agroexportador y la necesidad de dar prioridad a la reconstrucción del país.
- c) Que el fracaso de la alternativa Sandinista, en su intento de conducir el país hacia el socialismo con crecimiento económico y distribución social, trajo la necesidad de reestablecer patrones tradicionales del manejo económico, imponer disciplina y austeridad, fomentar el ahorro interno y disminuir de manera dramática el consumo en general.
- d) Que ante esta “nueva” modalidad económica, de lo que llamaremos Capitalismo de Estado *naciente* (basado en inversiones estatales masivas y en una estrictísima disci-

plina laboral), la élite revolucionaria necesita objetivamente de una ideología totalitaria, capaz de multiplicar los mecanismos de control social, para administrar una situación de escasez y de resistencia general a los cambios "revolucionarios". La ideología, como consecuencia, deja de ser algo metafísico o, si se quiere, superfluo, que con la madurez de la revolución y la curva de aprendizaje de sus líderes, desaparece (to wither away) ante lo racional y lo práctico que implica el arte de gobernar. Y se convierte, por lo contrario, en parte esencial del ejercicio político, quedando palmada así la relación entre ideología y poder.

1. La crisis económica y la falta de ahorro interno

La crisis actual de América Central no tiene precedentes históricos. En lo económico, el sector agroexportador perdió el dinamismo adquirido en los últimos treinta años; el Mercado Común Centroamericano (MCCA), destinado a iniciar un proceso de sustitución de importaciones, se estancó; y los niveles de inversión descendieron a niveles insuficientes.¹ Debido a la carencia de un excedente económico, los recursos externos se han convertido en la década de los ochenta en un sustituto y no, como debería ser, en un complemento al ahorro interno de los países de la región.

El *grado* de dependencia de estos países es hoy en día tan acentuado que, en el corto y mediano plazo, la capacidad de crecimiento de sus economías descansa casi exclusivamente en los desembolsos financieros provenientes del exterior. Basta observar que, mientras en 1977 sólo el 13% del ahorro total provino de fuentes externas, ya para 1981 esta proporción había crecido a un 45.6% del total.² Los países centroamericanos, independientemente de orientaciones ideológicas, iniciaron así la presente década con un patrón de crecimiento basado en la adquisición de recursos externos y limitado por enormes obligaciones financieras.

1. CEPAL, *Istmo Centroamericano: el carácter de la crisis, los desafíos que plantea, y la solidaridad internacional que demanda*, CEPAL/Mex/1050, 4 de junio, 1981.
2. CEPAL, *La crisis Centroamericana: orígenes, alcances y consecuencias*, CEPAL/Mex/Rev. 1, mayo de 1983.

Cierto es que en la década de los sesenta los países de Centro América fueron capaces de captar volúmenes significativos de ayuda económica con carácter concesionario y fines complementarios al ahorro interno. Sin embargo, en los años setenta, sobre todo en el caso de Nicaragua y Costa Rica, empezaron a recurrir con mayor regularidad a los mercados de capital y ya para finales de década, de manera excesiva, al perder los beneficios de la bonanza cafetalera de 1975—1977. A medida que el ahorro interno disminuía y se reducían los niveles de asistencia económica, se registraba un crecimiento paralelo en la deuda externa de los países de la región, aumentando de un total de 4 mil millones de dólares en 1977 a 9 mil millones en 1981, en su mayoría contratada con la banca comercial.³ En efecto, las proyecciones para el próximo quinquenio mantienen la necesidad de 23 mil millones de dólares en asistencia económica, para poder cerrar la brecha externa de la región. Y estas proyecciones son el resultado de supuestos según los cuales, las exportaciones tradicionales crecerán adecuadamente, las importaciones serán comprimidas, los niveles de consumo en general serán reducidos, y los países de la región se tendrán que conformar con ritmos de crecimiento insatisfactorios. La principal virtud de la Comisión Kissinger sobre el problema centroamericano fue haber reevaluado las magnitudes financieras para empezar a resolver la crisis regional y ubicar nuestras necesidades en sus verdaderas dimensiones. Cabe señalar que desde hacía tiempo un grupo de economistas centroamericanos —entre ellos Gabriel Siri, Isaac Cohen y Gert Rosenthal— venían insistiendo sobre las enormes dificultades de la región y la necesidad de reconsiderar con urgencia los *montos* en ayuda económica tradicional.⁴

2. Tres décadas de crecimiento y cambios sociales

Lo que hace todavía más compleja la crisis económica, es el hecho que la región centroamericana logró sostener en

3. Banco Interamericano de Desarrollo (BID), *Progreso económico y social en América Latina*, Informe Anual 1982, Washington D.C., 1983.
4. Para uno de los trabajos más rigurosos sobre el tema, ver Francisco Mayorga, "Crecimiento económico y requerimientos financieros para el desarrollo en Centroamérica", en Donald Castillo Rivas, *Centroamérica: más allá de la crisis*, Ediciones SIAP, México, junio de 1983.

las últimas tres décadas tasas de crecimiento verdaderamente impresionantes. En el transcurso se registraron cambios de importancia, tanto en la composición del producto como en la fuerza de trabajo y en la distribución poblacional entre el campo y la ciudad. Entre 1950 y 1978 el PIB regional creció en un 5.3% anualmente e incluso, entre 1970 y 1978, la tasa de crecimiento real excedió 5.6% anual en promedio, mientras en esos treinta años el ingreso por habitante se duplicaba. Mas aún, el grado de industrialización pasó del 12.3% del PIB en 1960, a 16.8% en 1978, y el valor de las exportaciones extra-regionales pasaban de 250 millones de dólares en 1950 a 3.200 millones en 1975.⁵ Más aún, a partir de los años cincuenta y durante los sesenta, el sector industrial creció en promedio en un 8% anual, y pudo generar un valor agregado estimado, según Oscar Menjívar, entre 5.000 y 8.000 millones de dólares durante esas dos décadas. Asimismo, las estructuras de las exportaciones fueron diversificadas ampliamente y para principios de los setenta, además del café, se sumaban a sus productos de exportación el algodón, el azúcar y la carne fresca de ganado vacuno.

Fue el dinamismo del sector agroexportador lo que permitió a los países de la región superar sus problemas de balanza de pagos y pagar por las importaciones de bienes intermedios para el desarrollo del sector industrial. Sin duda fue el sector agroexportador el motor fundamental que empujó estas economías e incluso se pudo comprobar, como apuntan los numerosos estudios de la CEPAL, una relación directa entre el nivel de exportaciones por un lado y las tasas de expansión económica, de acumulación y de inversión, la captación de ingresos fiscales, el nivel de empleo y la capacidad para importar, por el otro.

Ante semejante crecimiento económico, las formaciones sociales en los países de la región no podían mantenerse *estáticas*. Durante ese período ocurrió un proceso radical de diferenciación social. Como consecuencia de los cambios en la base económica, se dieron cambios correspondientes en los

5. CEPAL, *La crisis Centroamericana: orígenes, alcances, y consecuencias*, CEPAL/Mex/Rev. 1, mayo de 1983.

perfiles de clases de estas sociedades: con la introducción del algodón y el desarrollo de las actividades manufactureras, no solamente surgieron nuevas fracciones dentro del bloque de poder tradicional, sino que también surgió un proletariado rural y urbano y con la ampliación de todo tipo de servicios (incluyendo los del sector informal), aparecieron los sectores medios, dentro de los cuales, especialmente en Nicaragua, se destacaba una fuerte y competente tecnocracia.

3. El caso concreto de Nicaragua

Si bien es cierto que los países de la región durante esos treinta años de crecimiento acelerado y de relativa modernización tuvieron una dinámica compartida, las diferencias entre los países de la región *eran* y *siguen* siendo de importancia. Y cabe aclarar que no nos estamos refiriendo a sistemas políticos (la democracia en Costa Rica en contraste con la dictadura de los Somoza, por ejemplo) sino más bien a las contradicciones sociales que en cada país engendró la consolidación del modelo agroexportador.

Así como en El Salvador la expansión del modelo agroexportador trajo como consecuencia que para principios de los años sesenta hubieran más de 180 mil familias campesinas sin el menor acceso a la tierra,⁶ en Nicaragua las condiciones eran diferentes ya que la amplitud de la frontera agrícola permitía la coexistencia de la gran propiedad dedicada a las actividades agroexportadoras, con el pequeño y mediano campesino, en su gran mayoría dedicado a la siembra de granos básicos para el consumo nacional. Se estima que antes del triunfo revolucionario alrededor de 300 mil manzanas de granos básicos eran sembradas por pequeños y medianos agricultores. Bajo el nuevo régimen económico, las granjas estatales se han convertido en los principales productores de maíz y otros granos básicos.

En todo caso, al iniciarse la revolución habían más de 87 mil familias campesinas dueñas de fincas con un promedio de 10 manzanas, lo cual no solamente las hacía autosuficien-

6. Eduardo Colindres, *Los fundamentos económicos de la burguesía salvadoreña*, editores UCA, San Salvador 1978.

tes en sus necesidades alimenticias, sino que también les daba la capacidad para participar activamente, por medio de sus excedentes, en la economía monetaria como *consumidores* así como *productores*.⁷ Aún cuando los campesinos fueron despojados literalmente de sus tierras, como sucedió en El Viejo, o desplazados de sus parcelas por la expansión del algodón, como ocurrió en el Occidente del país en Chinandega y León, gran parte de la masa campesina en vez de conformarse con su nuevo rol como proletarios o semiproletarios rurales, optaron por ser “huerteros”, en zonas bastante marginales como las del Rama o Nueva Guinea. La amplitud de la frontera agrícola de Nicaragua es tal que aún en el Pacífico del país hay zonas, como la de la cuenca del Gran Lago, que todavía no han sido plenamente explotadas. En la Costa Atlántica, con un 10% de la población del país encontramos familias campesinas que son dueñas de hasta 500 manzanas de tierra.

En cierto sentido, podríamos decir que las burguesías más “eficientes” de la región han sido las de Guatemala y El Salvador. Sin embargo, ha sido en estos países donde las contradicciones sociales han sido más pronunciadas y donde el margen de ganancia ha sido determinado por la “sobreexplotación” de la mano de obra. Esto no quiere decir que en el caso de Nicaragua la burguesía agroexportadora no fuera “eficiente”, sobre todo en el caso de los algodoneros de Occidente, quienes se encuentran entre los mejores del mundo, o que no recurrieran a la “sobreexplotación” de la fuerza de trabajo, gran parte de la cual tenía que ser importada para las temporadas de corte desde El Salvador. Pero lo que es importante señalar, una vez más en el caso particular de Nicaragua, es que así como surgieron los algodoneros con una actitud *empresarial*, coexistiendo con la pequeña y mediana propiedad, los grandes ganaderos del Sur del país, Boaco y Chontales, a pesar de haber sido integrados en una dinámica de “crecimiento hacia afuera”, mantuvieron relaciones sociales de producción tipo señorial. La mentalidad de estas grandes familias pertenecía al siglo pasado, aunque las contradicciones sociales en estas unidades de producción eran secundarias,

7. Arturo J. Cruz Sequeira, “Nicaragua: ¿crisis económica, radicalización o moderación?”, en Donald Castillo Rivas, *Centroamérica: más allá de la crisis*, Ediciones SIAP, México, junio de 1983.

al ser mediatizadas por relaciones de compadrazgo entre mozo y patrón.⁸

Sobre las contradicciones sociales en los países de la región, cabe resaltar que aún a mediados de los años setenta, las variables financieras de El Salvador y sobre todo Guatemala (con reservas internacionales para 1978 de 790 millones de dólares, sin incluir las reservas en oro, y una deuda externa de apenas 550 millones de dólares, en su gran mayoría contratada con organismos multilaterales) eran relativamente saludables, al menos en cuanto a la deuda externa y el nivel de reservas internacionales.⁹ Esta situación tan saludable con sus variables financieras, fue resultado de la bonanza cafetalera que ocurrió entre 1975 y 1977 y el hecho que en ambos países, los grupos económicos dominantes no han dado muestras de querer mediar a través del gasto social las grandes desigualdades que genera la consolidación del modelo agroexportador, particularmente en países con una frontera agrícola limitada como es el caso de El Salvador y la misma Guatemala.

Costa Rica, por su parte, se ha caracterizado por una tenencia de la tierra bastante equitativa y una amplia clase media rural en la meseta central. También ha sido, sin embargo, el país centroamericano que históricamente ha mantenido el nivel de reservas internacionales más bajo, la deuda pública más alta, y los déficits fiscales más pronunciados en toda la región.¹⁰ Verdaderamente, la economía de Costa Rica no tiene tantas ventajas comparativas como la de Nicaragua y para poder mantener niveles de consumo que superan las posibilidades del marco objetivo de su economía —incluyendo una infraestructura social sumamente avanzada con la promoción del Estado Benefactor—, han tenido que acudir de manera excesiva e “irresponsable” al endeudamiento externo, tanto para financiar la inversión como el consumo social y suntuario.

8. Para poder plenamente entender estas relaciones de compadrazgo entre mozo y patrón, conviene estar familiarizado con los cuentos de Adolfo Calero y Pedro Joaquín Chamorro.

9. Banco Interamericano de Desarrollo (BID), *Progreso económico y social en América Latina*, Washington D.C., 1977.

10. CEPAL, *Anuario estadístico de América Latina 1983*, publicación de las Naciones Unidas, junio 1984.

Dentro de la gran paradoja que representa Centroamérica, Honduras, por el bajo nivel de desarrollo en sus fuerzas productivas, ha resultado ser junto con Costa Rica uno de los países más estables en la región. En el caso hondureño, el atraso en su base económica y en la cultura política del país ha resultado funcional, como argumentarían Marx o Huntington, a los estratos económicos tradicionales para su reproducción en el poder.

En esta gran paradoja, para finales de los años setenta (aún considerando la crisis general del modelo económico centroamericano), Nicaragua era el país con mayores posibilidades de crecimiento de toda la región, a pesar de su superestructura política precaria, dominada por una dictadura familiar, obsoleta y agotada. Costa Rica, con una base económica endeble y con una población en su mayoría acostumbrada a niveles de consumo más allá de sus posibilidades, ha tenido una fortaleza institucional que le ha permitido a la clase dominante, al menos hasta la fecha, administrar civilizadamente la crisis regional, la de la economía mundial y la de su propio modelo de acumulación¹¹. Tal como Víctor Meza, prominente científico social hondureño ha venido insistiendo por algún tiempo, Costa Rica en el contexto centroamericano ha simbolizado la ciudad, mientras que el resto de los países representan el campo, sin cultura y con poco desarrollo político.

4. La crisis de los años treinta y la crisis mundial

La complejidad de la crisis actual radica en la falta de "soluciones sencillas", a la manera de los años treinta. Los perfiles de clase son ahora mucho más complejos, ya que así como surgió un nuevo proletariado durante el ciclo de crecimiento, también surgieron los sectores medios, la tecnocracia y los medianos y pequeños propietarios (el artesano de Masaya, por ejemplo, evolucionó como un pequeño propietario) y el *grado* de apertura hacia el mercado mundial de las economías centroamericanas a estas alturas es realmente pronun-

11. José Luis Carballo, "Costa Rica a finales de 1983", en *Polémica*, San José, Costa Rica, No. 12, 1983.

ciado, puesto que los coeficientes de exportación e importación en relación al PIB que ya de por sí eran elevados, pasaron de 18.6% y 16.3% respectivamente en 1950, a 30.4% y 33.6% en 1978.¹²

Lo dicho antes significa, entre otras cosas, que los países de la región no se pueden aislar de la economía mundial con la relativa facilidad con que pudieron haberlo hecho en los años treinta. Vale recordar que para ese entonces, en las ciudades, dominadas por una cultura rural, apenas coexistían los gremios artesanales con los incipientes sectores medios y en el campo, los hacendados señoriales no hicieron más que dedicarse a las actividades de reproducción simple mientras la masa campesina se dedicaba a la siembra de subsistencia en sus parcelas de tierra.

Con esto no se pretende ignorar lo que la mayoría de los autores centroamericanos, entre ellos Edelberto Torres-Rivas, han considerado como la coincidencia entre la imposición de las viejas dictaduras de carácter personal y la crisis económica de los años treinta provocada por la agitación social y el descontento popular.¹³

Fue durante este período que precisamente ocurrió la matanza de campesinos en El Salvador bajo la dictadura del General Martínez, entre 10 mil y 30 mil según Thomas Anderson; y cuando en Guatemala, como consecuencia de la crisis, hubo enorme malestar popular por los reajustes en los jornales de los sectores asalariados en las fruterías y la compañía de ferrocarriles.¹⁴ En Nicaragua, sin embargo, las contradicciones sociales producto de la crisis fueron mucho menores que en el resto de los países de la región. La única matanza comparable a la de El Salvador fue la de Wiwilí en 1934 (cerca de 300 campesinos), quienes eran seguidores del

12. Gert Rosenthal, "Economic Trends in Central America", en el CEPAL *Review*, segundo semestre de 1978.

13. Edelberto Torres-Rivas, *Interpretación del desarrollo social en Centroamérica*, San José, Costa Rica, EDUCA, 1972.

14. Thomas Anderson, *Matanza: El Salvador's Communist Revolt of 1932*, University of Nebraska Press, 1972. También ver el manuscrito de Piero Gleijeses sobre el período de Arbenz y la intervención norteamericana, así como el trabajo de Rut Bunzel, *Chichicaltenango: A Guatemalan Village, 1930-1932*, American Ethnological Society, Publicación No. 22, 1962.

General Sandino y constituían los remanentes de su ejército regular. A pesar de lo poco conocido de estos datos, la distribución de la tierra en Nicaragua era tan amplia como en Costa Rica, como el mismo Sandino advertía en una entrevista de la época con Ramón Belausteguigoita (febrero de 1933):

“En algunos países, como en México, se ha pensado por muchos que el Movimiento Sandinista era fundamentalmente agrarista. Yo he tenido ocasión de comprobar, durante mi estancia en Nicaragua, que la propiedad está dividida. Apenas hay latifundios y estos no son muy grandes. Los pocos que no tienen tierra no se mueren de hambre como se me había dicho”.¹⁵

Lo que importa señalar es que debido a los límites en la diferenciación social de la época, la respuesta militar a través del “hombre fuerte” ya fuese Ubico, Martínez, o Carias, constituía una opción mucho más viable como mecanismo de control social entonces, que en las condiciones actuales. Y no podemos considerar como alternativa viable, entre otras razones por la naturaleza exclusivista de estos regímenes, la “versión moderna” de las viejas dictaduras o, como las llama José Luis Carballo en su ensayo sobre las perspectivas de la democracia costarricense, el Estado Neofascista.¹⁶

5. La naturaleza de la crisis actual

Si bien es cierto que factores externos, tales como obligaciones financieras excesivas, aumentos en el precio del petróleo y deterioro en los precios de los productos de agroexportación, han agravado de manera marcada la crisis regional,¹⁷ no basta a estas alturas con solamente aumentar los volúmenes de las exportaciones tradicionales, o recibir nive-

15. Tomado de Sergio Ramírez, *El pensamiento vivo de Sandino*, San José, Costa Rica, EDUCA, sexta edición, 1980.
16. En este ensayo en *Polémico*, José Luis Carballo sugería que a menos que las fuerzas vivas del país estuviesen a la altura del desafío, se perfilaban para Costa Rica dos posibilidades igualmente indeseables, las cuales ya se reflejaban en mayor o menor grado en los otros países de la región: el modelo Neo-Fascista o el modelo Neo-Estalinista.
17. Mientras en 1979 el precio del café se caía en los mercados internacionales, el del petróleo subía por segunda vez en lo que iba de la década y, al mismo tiempo, el empuje hacia arriba de los intereses en los mercados de capital hacían más pesada la carga financiera. Ver *Cable Centroamericano*, febrero de 1982.

les de ayuda económica generosos, e incluso rediseñar las funciones del FMI con sus respectivos programas de estabilización económica, para empezar a resolverla. Y esto lo decimos, a pesar de las sugerencias de economistas centroamericanos del prestigio de Gabriel Siri, quienes insisten en que los países de la región se deberían concentrar en sus ventajas comparativas y recurrir a sus exportaciones tradicionales como el motor fundamental para salir de la crisis.¹⁸ Estas medidas no hay duda que hubieran sido suficientes por sí solas en la década de los sesenta, cuando todavía el problema de la explosión urbana era secundario, la inflación mundial administrable, el consumo suntuario de la población aceptable y los países centroamericanos tenían un marco político estable dentro del cual se podían aprovechar plenamente las ventajas comparativas de la región: es decir, en algunos tierra abundante y, en casi todos, mano de obra barata. Estamos ante la crisis de un mercado común saturado, un modelo económico que ha agotado la etapa fácil de desarrollo de los productos de agroexportación. Una crisis en medio de un patrón de acumulación deficiente de *nuevos* hábitos y servicios, puesto que se trata de sociedades que con el crecimiento de las ciudades y de los sectores medios no solamente han registrado un aumento en las demandas sociales, sino que también en las importaciones de bienes de consumo. En verdad, el problema no solamente consiste, como sostiene por lo general la izquierda centroamericana, en el hecho que durante los últimos treinta años solamente haya habido crecimiento sin bienestar social. Más bien, el proceso de modernización de la agricultura y la incorporación masiva de la población al mercado,¹⁹ creó nuevas fuerzas sociales y las superestructuras políticas fueron incapaces de ajustarse a los cambios en la base económica. Como consecuencia, ahora nos encontramos

18. Por otro lado, estudios como los del *Diálogo Interamericano* han resaltado la importancia de la ayuda económica y del rediseño de las funciones del FMI, para así suavizar el impacto social de los ajustes inevitables en todo programa de estabilización en la demanda agregada y en los niveles de consumo en general.
19. Según Oscar Menjívar, en Centroamérica y particularmente El Salvador a partir de la postguerra, las relaciones comerciales a nivel de la comuna fueron sustituidas por el mercado nacional y en vez de pagar renta o salarios en especies, la economía fue monetizada y la población rural fue insertada en el mercado nacional. Ver apuntes para su tesis doctoral, *Capital Accumulation in agriculture*, University of Glasgow.

ante un empate destructivo entre las clases y la incapacidad ideológica tanto de las élites tradicionales como las revolucionarias para darle respuesta a esta crisis y actuar ya sea como una verdadera *clase dominante*, o como verdaderos *agentes de cambio*.

Es por lo anterior que decimos que un aumento en las exportaciones tradicionales, transferencias mayúsculas de recursos financieros en nuestro favor y reformas en el sistema monetario internacional solamente contribuirían a aliviar la crisis centroamericana. Ante la magnitud de la brecha externa y el empate entre las clases, no hay más alternativa que aumentar el ahorro interno, conformar un sólido pacto social y superar la gran crisis en base a un proyecto innovador de colaboración de clases.

Después de todo, la crisis de Centroamérica es también una crisis de alternativas. Las soluciones a los problemas de la región son *inéditas* y superan simples definiciones de izquierda o derecha. Es dentro de este contexto que un grupo de científicos sociales centroamericanos, entre ellos Silvio De Franco, José Luis Velázquez y el suscrito, han cuestionado los conceptos de la dependencia, declarándose en favor de una forma más realista de *administrar* una condición definida como de "dependencia estructural", propia de economías abiertas y de tamaño reducido como las de Centroamérica. Más aún, ellos cuestionan el rol del estado como panacea de nuestros problemas y han empezado a considerar las virtudes de la disciplina fiscal y las posibilidades que ofrece el mercado, para simultáneamente obtener crecimiento económico y distribución social.

6. Algunas experiencias históricas

Lo que hemos llamado en este capítulo el problema de falta de alternativas encuentra su explicación en los hechos y experiencias recientes. No podemos olvidar que los diferentes esquemas reformistas tanto en Honduras, con López Arellano, como en Costa Rica, con el experimento del Estado Empresario, no fueron verdaderas alternativas para la crisis centro-

americana, la cual ya se perfilaba a principios de los setenta, ni dieron respuesta efectiva a los problemas de modernización en general.

En el caso del reformismo militar hondureño, considerado por Víctor Meza como un esfuerzo para la “actualización histórica” de Honduras,²⁰ lo que se buscaba era impulsar una estrategia de crecimiento hacia adentro, realizar una reforma agraria como “tarea fundamental” del nuevo gobierno y promover, a través de un mercado interno más amplio, el desarrollo industrial, con un Estado activo como productor, administrador e incluso empresario.²¹

Este proyecto reformista, conformado por una alianza entre los llamados oficiales progresistas y los tecnócratas Cepalinos, bajo el liderazgo del entonces Ministro de Hacienda Manuel Acosta Bonilla, partía del supuesto fundamental que tanto la empresa privada como los partidos tradicionales no tenían la capacidad para ser los agentes de un proyecto global de desarrollo nacional. Para modernizar Honduras, primero había que retirarse del Mercado Común Centroamericano y articular un mercado nacional con la apertura de nuevas carreteras, aeropuertos, puertos marítimos y ferrocarriles, los cuales previamente al Plan Nacional estaban reducidos al enclave bananero. Realmente, esta alianza de oficiales y tecnócratas había encontrado al llegar al poder un país completamente desarticulado, con las tres grandes zonas sin ninguna relación entre sí: en el Norte, el enclave bananero; en el Centro, Tegucigalpa girando en torno a la actividad política; y la región del Sur, zona ganadera bastante primitiva.²²

20. Como señala Víctor Meza, la derrota sufrida ante las Fuerzas Armadas de El Salvador en 1969 fue el factor decisivo que impulsó al ejército hondureño a emprender un programa de modernización, no solamente de su institución como tal, sino que de toda la nación Hondureña. Ver *Honduras: la evolución de la crisis*, Editorial Universitaria, Honduras 1982.

21. Los teóricos de la izquierda Hondureña consideraban que el Plan Nacional tenía como sus principales propósitos fortalecer el papel del Estado en la gestión económica del país y sentar las bases estructurales para una estabilidad social prolongada. Ver Mario Posas y Rafael del Cid, *La construcción del sector público y del Estado Nación en Honduras 1876-1979*, San José, EDUCA, 1983.

22. Noel Ramírez y José Luis Velázquez, *Honduras 1984*, caso elaborado para el Instituto Centroamericano de Administración de Empresas (INCAE), San José, Costa Rica, 1984.

Independientemente de las razones por las cuales no prosperó el proyecto de López Arellano, —falta de capacidad organizativa para movilizar el apoyo popular, resistencia de los grupos tradicionales, corrupción y falta de eficiencia en la gestión pública—, el apoyo que recibió de los organismos multilaterales, desde el BID hasta el BCIE, fue entusiasta. Paralelamente al experimento hondureño, se forjaba en Costa Rica una alianza entre los organismos multilaterales, principalmente el BID, y la administración de Daniel Oduber para promover la gestión de lo que eventualmente se llegó a conocer como el Estado Empresario.

Fue a principios de los setenta, ante el estancamiento en la actividad industrial del mercado común, después de la guerra honduro-salvadoreña, que la participación del Estado en Costa Rica en la esfera propiamente de la producción se amplió de manera directa e indirecta considerablemente. Y con la gestión de Oduber (1974-1978) se empieza a perfilar lo que Rodolfo Cerdas ha llamado el *político empresario*, en competencia con el *empresario político*. Con el apoyo de los organismos multilaterales, el Estado empezó a actuar como un *empresario capitalista* colectivo en nombre de la sociedad en su conjunto.²³

La experiencia del Estado Empresario en Costa Rica es importante por haber representado una nueva modalidad en el esfuerzo por resolver la crisis del modelo económico regional. Lo único que logró, sin embargo, además de aumentar la deuda pública y los déficits fiscales, fue la conformación dentro del Partido Liberación Nacional de una “burguesía burocrática”, la cual necesita para su *reproducción* de la participación sostenida del Estado como productor directo en la economía nacional. Con esta nueva función del Estado se acentuó aún más la propensión hacia la inflación del marco institucional costarricense, que ya existía previo al Estado Empresario pues la banca nacionalizada, caracterizada por una cartera crediticia excesivamente amplia, servía y sirve de

23. Rodolfo Cerdas, “Dos observaciones previas”, en *la Crisis de la democracia en Costa Rica*, publicado por la Universidad de Costa Rica, San José, 1981.

instrumento de concesiones políticas a los dos grandes partidos políticos.²⁴

Cierto es que en el período presidencial de Oduber hubo expansión económica, pero como bien señala Constantino Urcuyo, esta expansión fue una “fantasía” estimulada por el flujo de recursos externos y por las inversiones fáciles basadas en criterios políticos.²⁵ Posteriormente, la controvertida gestión pública de la administración de Carazo vino a revelar la fragilidad de la economía costarricense²⁶ y en la presente coyuntura, el Presidente Monge ha hecho un esfuerzo por disciplinar la economía dentro del marco de un pacto socio-económico entre el Estado y el sector privado.²⁷

7. Nicaragua como el nuevo paradigma

La realidad ha sido, sin embargo, que ante la crisis de los años setenta los esquemas reformistas simplemente fracasaron. De ahí que para muchos, la Revolución Sandinista representaba, sino el paradigma, al menos un punto de referencia para la región centroamericana. Después de todo, lo irresistible de la promesa Sandinista consistía en que una Vanguardia abiertamente revolucionaria y con el apoyo de la sociedad como un todo, adoptaba para sí, lo que en esencia era un programa reformista. En este proceso se comprometía con la conformación de un modelo híbrido, en el cual el sector privado constituía uno de los principales motores de la economía. Y la Vanguardia garantizaba los cambios sociales,

24. Noel Ramírez, *The Causes of inflation in Small Developing Countries with a Fixed Rate of Exchange: A Comparative Analysis of Costa Rica and Nicaragua*, Tesis Doctoral, Yale University, 1982.

25. Constantino Urcuyo, Decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Costa Rica, en una entrevista con el autor elaboró sobre la manera en que el Estado Empresario vino hacer aún más complejas las estructuras, así como la clientela política del Partido de Liberación Nacional y cómo su desarrollo acentuó las diferencias entre los nuevos dirigentes del Partido y los de la generación de 1948.

26. La falta de confianza en la gestión pública del Gobierno de Carazo fue lo que trajo una disminución dramática en la inversión privada. Durante ese período presidencial la política cambiaria fue tan errática que, entre 1980 y 1981, el Colón llegó a fluctuar de 8.60 a 60 colones por dólar. Ver pie de página 24.

27. Noel Ramírez, *Costa Rica: un dilema de política*, caso preparado para el INCAE, San José, Costa Rica, 1983.

favoreciendo el control sobre los *excedentes económicos* en vez de los *medios de producción* propiamente.

Ante esta situación “ideal”, era de esperarse que toda una generación de tecnócratas centroamericanos con posiciones reformistas y quienes habían sido los arquitectos del mercado común, así como otras instituciones de integración como SIECA, el Consejo Monetario y el BCIE, encontraban en la joven Vanguardia un agente mucho más efectivo para la implementación de sus marcos conceptuales, que las fuerzas armadas, las burguesías progresistas, e incluso los partidos de centro-izquierda.

Tanto la vieja como la nueva generación de tecnócratas reformistas, como Rafael Glover, Rodolfo Silva, Jorge Sol, Roberto Mayorga y Gert Rosenthal, mantenían que tarde o temprano todo experimento de cambio impulsado por las fuerzas armadas, ya sea en El Salvador en tiempos de Osorio, Honduras con López Arellano y Guatemala con Arana, se vería frustrado por la resistencia de los grupos tradicionales y, en especial, por la resistencia de la burguesía agroexportadora. En efecto, como decía uno de estos distinguidos tecnócratas, con el cambio revolucionario en Nicaragua podía verse con claridad porqué el mercado común no había podido funcionar. Este había sido un proyecto de integración basado en los intereses de las burguesías centroamericanas mientras que con la Revolución Sandinista y las futuras revoluciones centroamericanas, la integración sería entre los pueblos. Sólo entonces el Mercado Común Centroamericano podría llegar a ser una realidad.

La única dificultad con el Frente Sandinista, según este grupo de tecnócratas reformistas, consistía en *educar* a la joven Vanguardia (el equivalente de nuestro Príncipe Moderno); hacerle ver las realidades de la economía mundial, la importancia de promover el mercado común y, al mismo tiempo, persuadir a los comandantes a buscar un sistema de defensa intermedio entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, aprovechando un mundo más multipolar.²⁸ La dificul-

28. También esta era la esperanza de los asesores moderados del FSLN. Para una explicación más detallada de la posición de estos asesores, ver Arturo J.

tad de asimilar o cooptar una Vanguardia revolucionaria es la misma que se enfrenta al pretender asimilar militares progresistas, creyendo que puede hacer de ellos agentes políticos. Después de todo, así como los ejércitos eran dueños de su propia agenda, también el Frente Sandinista era dueño de la suya. En última instancia, esta falta de alternativas para resolver la crisis centroamericana no solamente comprende los esquemas reformistas sino que también, como veremos a continuación, a los paradigmas revolucionarios.

8. La crisis del nuevo paradigma

Las contradicciones que enfrenta el proceso revolucionario sandinista son múltiples y complejas. No basta con acudir a factores externos como la recesión de la economía mundial y la hostilidad imperial, o a remanentes del pasado, para explicar los orígenes de su crisis. Para entender las contradicciones entre revolución y sociedad tenemos que tomar en cuenta las consecuencias de una *estrategia* de “transición hacia el socialismo” muy particular. Una estrategia que además de estar basada en una alianza con el gran capital, en la congelación de los salarios monetarios y en una política de precios diseñada en contra de la producción del campesinado, al manipular los términos de intercambio interno, no prestaba suficiente atención a la reactivación de la economía, obviaba las rigideces estructurales del modelo agroexportador, partía de supuestos poco realistas sobre nuestra dependencia económica e ignoraba la expresión social pequeño-burguesa de la realidad objetiva del país.²⁹

En efecto, asesores de importancia como E.V.K. Fitzgerald, quien pertenecía a la célula económica encargada de asesorar a la Dirección Nacional del FSLN, sostenían desde un principio que la reactivación de la economía no debía de

Cruz Sequeira, “The origins of Sandinista Foreign Policy”, in *Central America: Anatomy of Conflict*, edited by Robert Leiken, Pergamon Press, 1984.

29. Arturo J. Cruz Sequeira, “Nicaragua: A Revolution in Crisis”, en el *SAIS Review*; Winter 1984. Para una crítica de la estrategia de transición del F.S.L.N. desde posiciones trotakystas, ver el manuscrito de Oscar René Vargas, *Nicaragua: Economía y Revolución*, Universidad Centroamericana, Managua (febrero de 1981).

ser utilizada como excusa para dejar de *transitar* simultáneamente hacían lo que ellos definían como socialismo.³⁰ Y en las palabras de Orlando Núñez, uno de los principales teóricos del FSLN y arquitecto principal de la reforma agraria, todo proyecto socialista empieza con la toma del poder político, para después conquistar el poder económico. De ahí que el desafío revolucionario consistía en enfrentar los problemas inmediatos sin tener que sacrificar el proyecto histórico. Se trataba de hacer concesiones tácticas sin que estas se convirtieran en concesiones permanentes; de romper con el modelo agroexportador, ya que no se puede transitar a otro tipo de sociedad sin romper apropiadamente con este, a sabiendas que no tenemos otras bases más que esta misma economía agroexportadora para iniciar una nueva modalidad de acumulación.

Por el otro lado, una minoría sostenía que la necesidad de obtener recursos externos, de reactivar el aparato productivo mediante el sector privado y los límites que impone el modelo agroexportador, no solamente hacían imposible una alternativa radical, sino que hacían necesario, como mantenía Carlos Coronel, miembro de la Asamblea Sandinista, que el proyecto *estratégico* no fuera más allá de lo que él definía como una "social-democracia de izquierda".³¹ Incluso esta minoría, entre los cuales se encontraban además de Carlos Coronel, Arturo J. Cruz, entonces miembro de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional, así como economistas pertenecientes a la tecnocracia de izquierda, llegó a argumentar que los caminos para ser efectivos tienen que ser graduales, ya que un cambio radical al ser incapaz de construir paralelamente una alternativa económica a la que está destruyendo, termina negando lo que pretende obtener: menos dependencia económica y mejor distribución social.³²

-
30. FitzGerald, "The Economics of Revolution", en *Nicaragua in Revolution*, edited by Thomas W. Walkern Praeger, New York 1982.
 31. Para uno de los trabajos más representativos sobre esta minoría, ver Mario De Franco, "Aspectos del desenvolvimiento económico de Nicaragua", ponencia en la Fundación Friedrich Ebert, marzo 1981.
 32. Para una de las primeras críticas de la estrategia Sandinista de transformación hacia el socialismo, ver el trabajo de Jorge Castañeda, *Nicaragua: contradicciones en la Revolución*, Tiempo Extra Ediciones, México, enero de 1980.

Para 1982, todos los indicadores socio-económicos representaban una negación del discurso ideológico de la Revolución. El salario real, de acuerdo al comportamiento de los precios al consumidor de bienes estrictamente básicos, había disminuido en un 18.3% mientras que el nivel de desempleo en el segundo trimestre de 1982, según el Ministerio de Industrias, alcanzaba un 20.3% de la PEA urbana (en gran medida debido al cierre de empresas estatales). Para ese mismo año, el consumo básico de la población había disminuido en un 12.3% y el no básico en un 24.5%.³³ Más aún, a pesar de la caída de los salarios reales y niveles de consumo, las posibilidades de acumulación de la economía nicaragüense para 1982 eran ya muy limitadas. Tanto en 1980 como en 1981, años de crecimiento vía las importaciones financiadas por el flujo de recursos externos, no hubo ninguna formación de capital. Los coeficientes de inversión para ambos años fueron de un 15.9% y 12.0% del PIB respectivamente, en comparación con el promedio centroamericano de 19.5% en los años setenta. El gasto de inversión se redujo en 1982 en un 30.8%, mientras la capacidad para importar del país se reducía en un 34.3%.³⁴

Después de dos años de crecimiento sin inversiones productivas (1980-1981) y un año de austeridad (1982), sin un programa concreto para reactivar la economía otra que la gran estrategia para "transitar hacia el socialismo", la Dirección Nacional del FSLN resolvió recurrir en 1983 a un patrón de crecimiento basado *fundamentalmente* en la promoción del ahorro interno y en las inversiones estatales, manteniendo la alianza con el gran capital. Este nuevo patrón de crecimiento, según algunos, sentaba las bases para un modelo de capi-

33. Ver documentos para discusión interna, Banco Central, *Resultados económicos de 1982 y Perspectivas para 1983*, Managua, Nicaragua.

34. Para el promedio centroamericano ver Gert Rosenthal, "Economic Trends in Central America", in the *CEPAL Review*, Second half of 1978. Cabe señalar que en 1976 el coeficiente de inversión bruta fue de 21% y de 28% en 1977. Si se toma en cuenta de manera agregada 1970, 1975, 1977 y 1978 para calcular un promedio representativo, el porcentaje equivalía al promedio centroamericano de 19.5%. También se debe tomar en cuenta que la inversión privada en las dos décadas previas a la Revolución fluctuaba entre 68% y 56% del total de la inversión bruta, pero ya en 1980 el porcentaje de la inversión privada solamente representaba el 14% del total. Ver *Memorias* del Banco Central y estadísticas elaboradas por el Departamento de Balance Global del Ministerio de Planificación, 1981.

talismo de estado. Dentro de este nuevo esquema había que continuar con una política de salarios restringidos, manteniendo bajo control estricto los niveles de consumo en general, y se “racionalizaba” la reforma agraria en favor de complejos agro-industriales, con posibilidades de iniciar con este modelo un nuevo ciclo de crecimiento solamente comparable, en dinamismo y en la explotación de la fuerza de trabajo, al de los años cincuenta, cuando se inició el cultivo del algodón en el Pacífico de Nicaragua. De acuerdo a Mario De Franco, ex-asesor del FIR, a partir de 1983 las inversiones estatales han sido de importancia cualitativa y se han concentrado en lo que él define como los tres polos de la “nueva” economía: el área de energéticos; los grandes complejos ganaderos (Chiltepe); y los ingenios de azúcar, como el de Malacatoya, con una inversión fija estimada en más de 100 millones de dólares.

El problema con este esperado ciclo de crecimiento son las contradicciones que surgen en este “nuevo” modo de producción entre el Estado revolucionario y la sociedad en su conjunto. Después de todo, para poder “racionalizar” la reforma agraria nos tenemos que enfrentar, entre otras cosas, a la necesidad de un “trade-off” entre crecimiento o distribución, puesto que en este patrón de acumulación no puede haber crecimiento sin contener los niveles de consumo, incluyendo el social y sin mantener, como hemos señalado, los salarios congelados.

A pesar de un aumento en las importaciones y asumiendo según cifras oficiales un ritmo de crecimiento positivo para 1983, la legitimidad revolucionaria del Frente Sandinista se vio afectada ante los sectores populares. Y esto fue el caso no porque hubiera crecimiento sin distribución social, sino más bien porque este crecimiento solamente fue posible, para acudir a una categoría de análisis controversial, debido a la “sobreexplotación” de la mano de obra. Hay que recordar que para 1983 se esperaba que la economía creciera en términos reales en 4.7%, comparándose positivamente con -2% en 1982 y, más aún, que el sector agropecuario creciera en la vecindad de un 16%. Sin embargo, según el Banco Central, para obtener estas tasas de crecimiento se tenían que

aumentar las importaciones de 762 millones de dólares en 1982, a unos 983 millones en 1983 (nivel de importaciones todavía inferior al de 1981). Para ello, ante un volumen insuficiente de exportaciones, había que posponer el servicio de la deuda externa y recibir 300 millones de dólares en ayuda económica adicionales a los 200 millones que ya habían sido contratados con el campo socialista en líneas de créditos para importar petróleo, fertilizantes y medicinas en general.³⁵

Las opciones políticas de la élite revolucionaria se vieron como consecuencia, condicionadas por la lógica de acumulación propia de lo que he llamado en este capítulo, un modelo de capitalismo de estado *naciente*. Al menos en el plano inmediato, hasta una apertura política limitada traería consecuencias difíciles de administrar y, por lo tanto, el dilema del Frente Sandinista consistía en dar una apertura creíble sin tener que comprometer el poder, sobre todo cuando la brecha externa es considerable, la ayuda económica insuficiente y no queda otra opción que la de reducir el consumo y aumentar a un gran costo social el ahorro interno.

9. La ideología Sandinista y la sociedad nicaragüense

Uno de los principales propósitos de este trabajo es señalar cómo una estrategia *equivocada* de “transición al socialismo”, ha desembocado en un modelo de capitalismo de estado *naciente*, así como en nuevas contradicciones entre *revolución y sociedad*. Hay que explicar, por un lado, la *concepción ideológica* de quienes conformaron esta estrategia de transición y resaltar, por el otro, la *realidad objetiva* de la sociedad nicaragüense, a la que esta estrategia pretendía transformar en favor del socialismo. Es en esta *brecha* que separa la visión ideológica del Frente Sandinista de la realidad objetiva del país, donde precisamente encontraremos los orígenes de la crisis revolucionaria y de nuestra crisis nacional.

El FSLN en sus diferentes tendencias, sobre todo a partir a partir de 1976, entendía la realidad nicaragüense a partir

35. Banco Central, *Resultados económicos de 1982, y Perspectivas para 1983*, Managua, Nicaragua.

de su propia interpretación de la crisis del somocismo. Veía la crisis del régimen entrelazada con la crisis de acumulación del sistema capitalista periférico y reducía la naturaleza del conflicto Somoza-burguesía, dentro del contexto de la participación de las clases en la lucha anti-dictatorial, a un vulgar problema de competencia desleal, sin trascender consideraciones economicistas. Como el mismo Frente anunciaba, recién pasada la victoria, en su primera Asamblea Nacional de Cuadros:

“En realidad, nosotros asistimos a la fusión de la crisis del modelo capitalista, con la crisis de la dictadura, de modo que la crisis de esta última, es también necesariamente, la crisis del régimen económico, el agotamiento de un sistema capitalista dependiente, basado en la sobreexplotación del trabajo, que hizo de la dictadura militar una necesidad histórica”.³⁶

Según el *Weltanschauung* del Frente Sandinista, habría que romper con el modelo agroexportador y nuestra dependencia económica, y como sugerían FitzGerald o Núñez, teníamos que reactivar la economía mientras transitábamos simultáneamente en dirección al socialismo. En este esquema, la función de la burguesía era reactivar el aparato productivo, recibiendo mejores incentivos económicos que en tiempos de Somoza, tales como crédito fácil y acceso amplio al presupuesto de divisas; mientras el Estado revolucionario, a través del control de las “alturas dominantes” de la economía y el Area Propiedad del Pueblo, sentaría las bases para la nueva economía, lo cual junto con el *monopolio político y militar* del FSLN, garantizaría en el momento justo, el salto cualitativo en favor del proyecto histórico.

A esto había que añadir algo que los dirigentes del FSLN consideraban como posible en sus relaciones interna-

36. Ver el documento *Análisis de la coyuntura y tareas de la Revolución Popular Sandinista*, tesis políticas y militares presentadas por la Dirección Nacional del FSLN en la Asamblea de Cuadros “Rigoberto López Pérez”, celebrada el 21, 22 y 23 de septiembre de 1979. Para un resumen de la concepción teórica del FSLN sobre el problema nicaraguense, que refleja la posición de las tres tendencias dentro del Frente Sandinista, ver el primer volumen de *Nicaragua: Reforma o Revolución*, Managua, diciembre de 1978. Este volumen recoge una colección de la Revista del Pensamiento Crítico, publicación que aunque controlada por la Tendencia Proletaria, recogía posiciones de los teóricos de las otras tendencias.

cionales. La conformación de una “división internacional del trabajo” paralela a la del plano doméstico y así recibir, por un lado, ayuda financiera de los países capitalistas para reactivar la economía y, por el otro, establecer las bases para una integración ideológica y militar de carácter permanente con el campo socialista. No hay que olvidar que para la mayoría de los miembros de la Dirección Nacional del FSLN, en el contexto centroamericano no se podía concebir lo que se conocía en otras experiencias como “socialismo en un país”; y, más aún, si tomábamos en cuenta la naturaleza de la economía nicaragüense, abierta y dependiente, no había otra alternativa según los Comandantes que la de integrarse completamente a la familia de países socialistas.³⁷

Esta estrategia estuvo desde un principio preñada de tensiones y contradicciones, que con el tiempo han demostrado ser difíciles de reconciliar. Para empezar, no era posible sostener una alianza con la burguesía en términos exclusivamente económicos sin hacer ninguna concesión efectiva en el arreglo político. Y no solamente porque la burguesía (como era de esperarse), no estaba dispuesta a “comprar” un proyecto de transición al socialismo, sino también porque su lucha contra los Somozas en parte fue la de una clase dominante (o al menos una fracción de esta) que aspiraba ser no solamente empresarial, sino que también principal representante del Estado-Nación.

Lo que el Frente Sandinista ofrecía y contra lo cual, al menos una parte de la burguesía nicaragüense ya se había rebelado, era el equivalente a lo que los Somoza le habían impuesto por décadas: es decir, participación en la esfera económica y exclusión total del poder político, con el agravante que en la Nicaragua revolucionaria ya no había más garantía para la *reproducción ampliada* del capital puesto que, como decía Orlando Núñez, con la Revolución, el futuro de la burguesía había sido confiscado.³⁸ En todo caso, era

37. Ver Arturo J. Cruz Sequeira, “The Origins of Sandinista Foreign Policy”, en *Central America Anatomy of Conflict*, edited by Robert Leiken, Pergamon Press, 1984.

38. Para uno de los pocos trabajos sobre el por qué de la rebelión burguesa, ver *Panda: alternativas para el desarrollo del sector privado*, caso elaborado por

imposible recurrir a un modelo reformista a corto plazo y después pretender transitar con facilidad hacia el socialismo. Se empujaba el proyecto reformista como algo permanente, como el proyecto estratégico en el que había insistido desde un primer momento Carlos Coronel, o bien se impulsaba lo que los teóricos del FSLN definían como la “alternativa socialista”.

Esta estrategia de transición, *formalmente* coherente, al supuestamente armonizar los pasos tácticos con los objetivos estratégicos de la Revolución, lo que en realidad trajo, además de indecisión e incertidumbre, fue una profunda contradicción entre el marco objetivo de la economía en la cual predominaba (de manera cuantitativa) la propiedad privada, con el discurso ideológico de los Comandantes en favor del socialismo. Más aún, en una segunda instancia, la falta de reactivación del aparato productivo y la necesidad de imponer disciplina económica trajo una segunda contradicción: la de tener que *golpear* a la clientela política “natural” del FSLN, esto es, los sectores populares, que en teoría debían de servir como bases sociales para realizar el gran proyecto histórico.

El hecho que en su *praxis* económica el Estado haya resultado ser inconsecuente con el discurso ideológico de la Revolución, ubicó al proceso en medio de lo que en otras ocasiones he llamado como una dialéctica muy singular: en un extremo, medidas económicas que objetivamente empobrecieron a los sectores populares y, en el otro, un discurso ideológico el cual ya en una primera instancia había alienado a la mayoría de los sectores productivos del país y, en especial, a los medianos y pequeños productores. Esta negación del discurso ideológico de la Vanguardia por la *praxis* económica del Estado fue resaltado de forma dramática por Jorge Sol hijo, asesor económico del FIR, en su memorandum con fecha 16 de Septiembre de 1980 sobre el celebrado documento de la “camisa de fuerza”, el cual había sido elaborado por FitzGerald a mediados de 1980.

Benjamín Crosby para INCAE, Managua (1980). También para explicar las contradicciones Somoza-burguesía y ahora burguesía-FSLN, me he basado en entrevistas con Nicolás Marín, Ernesto Fernández y Alfonso Robelo.

En este memorandum, Sol criticaba las recomendaciones de FitzGerald, quien a pesar de su optimismo inicial sobre nuestras posibilidades de transitar al socialismo, ya para entonces se sentía alarmado tanto por los déficits del sector estatal —el cual quería reducir de 18.5% del PIB en 1980, a un déficit equivalente a 3.1% del PIB en 1981—, así como por el déficit en cuentas corrientes de la balanza de pagos —el cual era proyectado para ese año en un 10.8% del PIB y recomendaba reducirlo de un año para otro al equivalente de un 2.8% (hazaña que solamente había podido ser posible en el Chile de Pinochet, cuando este transformó el déficit en cuenta corriente de un equivalente de 6.6% del PIB en 1975 a un superávit equivalente al 1.1% del PIB en 1976). Estas medidas, como decía Sol, traerían consecuencias negativas, “en cuanto a las posibilidades de crecimiento real; desempleo; quiebras de empresas del APP y del sector privado; paralización del aparato reproductivo; descontento popular, y abono del terreno para la contrarrevolución. Probablemente el Ejército Sandinista tendría que salir a las calles a reprimir al pueblo trabajador, quien es el sujeto principal de la liberación de Nicaragua y de su transformación”. En todo caso, esta política de austeridad extrema que recomendaba FitzGerald fue pospuesta gracias a la ayuda económica que recibió la Revolución de los países capitalistas, pero para 1982, sin embargo, ante el deterioro del flujo de recursos externos no quedó más remedio que recurrir a lo que FitzGerald recomendaba y lo que Jorge Sol había anticipado con algo de dramatismo resultó en gran medida cierto.

La gran concepción del Frente Sandinista sobre la realidad nicaragüense *subestimaba* el peso social de la pequeña burguesía y *sobreestimaba* la vocación y capacidad revolucionaria de la clase obrera. El hecho que solamente a un 19% de la PEA del país se les pudiera considerar propiamente como obreros y que más de 180 mil familias, tanto en el campo como en la ciudad, estuvieran asociadas de una forma u otra con formas de propiedad privada, eran verdades que los teóricos del Frente Sandinista, con la excepción de Orlando Núñez, simplemente rehusaban tomar en cuenta. En el caso de Núñez, este no solamente reconoció el tamaño redu-

cido de la clase obrera nicaragüense, sino que también aceptó su pasividad política y de ahí que Orlando Núñez fuese el primero en elevar a la juventud como categoría universal e independientemente del origen de clases, al rol del agente más revolucionario de nuestra sociedad.³⁹

Pablo Antonio Cuadra⁴⁰ y José Coronel Urtecho,⁴¹ los dos más importantes intelectuales nicaragüenses, han mantenido que nuestro pueblo es un pueblo de pequeños y medianos mercaderes, permeados por una cultura propia de la pequeña-burguesía rural. Es por eso que el libro de Pablo Antonio, dedicado a estudiar el carácter de nuestro pueblo y su cultura política, fue objeto de las críticas más fuertes del Frente Sandinista, sobre todo a través de los comentarios de Jaime Wheelock, quien insistía en una visión ideológica más bien ortodoxa del proletariado nicaragüense: es decir, una clase obrera "sana", sin ninguna reivindicación economicista y en espera de su Vanguardia revolucionaria. Para el Wheelock de entonces, quien era considerado como el teórico más serio entre los cuadros superiores del FSLN por haber escrito *Imperialismo y Dictadura*,⁴² el libro de Cuadra representaba la negación total de su *Weltanschauung* revolucionario.

El problema con la concepción ideológica del Frente Sandinista era más de fondo. Tenía que ver con su interpretación del somocismo como una expresión mecánica de los intereses imperiales; como un régimen estático sin bases sociales de sustento cuya reproducción en el poder por 44 años había sido el producto exclusivo de la represión y del

39. Ver Orlando Núñez, "The Third Social Force in National Liberation Movements", in *Latin American Perspectives*, issue 29, spring 1981.

40. Pablo Antonio Cuadra, *El Nicaragüense*, San José, EDUCA (1974).

41. José Coronel Urtecho, *Reflexiones sobre la Historia de Nicaragua* (de Gafnza a Somoza), publicado en Managua, 1967.

42. En el pequeño mundo del marxismo nicaragüense de esos entonces, lleno de envidias y complejos, el libro de Wheelock fue recibido de manera ambigua. Sin embargo, en el balance final, la opinión generalizada se podía resumir en la expresión del entonces militante trostkista Julio López, quien consideraba el libro como la "primera contribución seria" desde la perspectiva marxista, al estudio de nuestra formación social, y por lo tanto lo comparaba ("guardando por supuesto las distancias", como decía el mismo López) como un esfuerzo parecido al que hizo Lenin cuando escribió a finales del siglo pasado su gran clásico sobre el desarrollo del capitalismo en Rusia. Ver Jaime Wheelock Román, *Imperialismo y Dictadura: crisis de una formación social*, Siglo XXI Editores, primera edición, 1975.

apoyo de los Estados Unidos. Esta *caricatura* del somocismo, en lo político, no nos permitió analizar con claridad la formación de la clase obrera nicaragüense y sus preferencias políticas; el significado de la fuerza de los kulaks en el campo; y la participación de la burguesía y los sectores medios en nuestro proceso revolucionario. Irónicamente, para 1977, Nicaragua tenía la economía en Centroamérica con las mejores posibilidades de crecimiento y capacidad de satisfacer no solamente su demanda interna de granos básicos, sino también de exportarlos al resto de los países de la región. La crisis del somocismo no fue, ni crisis de acumulación, ni una crisis revolucionaria donde las fuerzas populares como clases orgánicas iban a la vanguardia de la lucha anti-dictatorial. El somocismo fue un régimen víctima de su propio proyecto de modernización, tanto de la economía como de la sociedad, y ya superado por las nuevas fuerzas sociales.

La Revolución Sandinista no puede entenderse sin antes examinarse el fenómeno del somocismo en toda su complejidad y múltiples dimensiones. A estas alturas, no podemos seguir aceptando estudios que lo único que han hecho es caricaturizar este fenómeno político que marcó tan decisiva y trágicamente a nuestro país por más de una generación.⁴³ Se impone la necesidad de reevaluar el desarrollo de la economía, la sociedad y la formación del Estado con sus diferentes expresiones institucionales durante los últimos cuarenta años de nuestra historia. Solamente de esta manera podemos diferenciar la *visión ideológica* de los dirigentes del FSLN y la *realidad objetiva* de nuestra sociedad, condicionada incluso hasta los actuales momentos por la herencia del somocismo.

43. Entre los trabajos más comentados sobre el problema nicaragüense, se encuentran los que en mi opinión apenas han hecho una vulgar caricatura del fenómeno del somocismo y la revolución sandinista. Por ejemplo, ver Joseph Collins, *What difference could a revolution make*, Food First Editores, San Francisco, 1981. O el libro de George Black, *Triumph of the people: the sandinista revolution*, Zed Press, London, October of 1981.

Sociedad Civil y Dictadura

José Luis Velázquez

*¡Para no renacer!
Para que todo duerma, reducido a perpetuo montón
de cenizas, sin que surja de allí ningún fénix aventa-
jado.*

Carlos Martínez Rivas
Beso para la mujer del Lot.

I— LA SITUACION EL 10 DE JULIO DE 1979

¡Victoria total! repetía un miembro del Frente Sandinista ante la expresión incrédula de Tomás Borge, quien se encontraba refugiado en una casa de seguridad en Managua luego de su arribo procedente de San José de Costa Rica el 18 de julio de 1979.

La insurrección de la población en las principales ciudades del país; el aislamiento completo de la dictadura de sus antiguos aliados internacionales y el colapso de la Guardia Nacional, habían dado el triunfo completo a las fuerzas de la oposición que luchaban por el derrocamiento de la dictadura somocista.

La desintegración espontánea de la Guardia Nacional descalabró los acuerdos que el gobierno norteamericano y el Frente Sandinista habían negociado. Según afirma Sergio Ramírez Mercado,¹ dichos acuerdos establecían la reestruc-

1. Sergio Ramírez Mercado, *El Alba de Oro*, Ed. Siglo Veintiuno, México, 1983, p. 227.

turación de la Guardia Nacional y la incorporación de miembros del Frente Sandinista. Esta nueva institución castrense debería ser la fuerza que sustentaría al nuevo gobierno.

La realidad histórica comprobaría más tarde, cuán grande fue el error de cálculo de los estrategas norteamericanos que pretendieron sentar las bases del nuevo régimen partiendo del falso supuesto que la Guardia Nacional era una institución propiamente dicha y no, como se demostró el 18 de julio de 1979, un ejército personal cuyas lealtades únicamente respondieron a Anastasio Somoza Debayle.

Por su lado el Frente Sandinista, que en 1974 se había dividido en tres facciones, al fragor de la lucha antisomocista, se reunió en 1978. Las tres facciones, aunque compartían el objetivo común de instaurar en Nicaragua un régimen marxista-leninista diferían en cuanto a la estrategia para llegar al poder. Así, mientras la tendencia ortodoxa, la GPP, propugnaba por la guerra popular prolongada tipo Vietnam, la tendencia proletaria había optado por la formación de un partido leninista que fuera la vanguardia de las masas en las ciudades; y la facción tercerista impulsaba la tesis de la insurrección en todo el país, mediante una alianza con todos los sectores antisomocistas.

El 18 de julio de 1978 la Dirección Nacional del Frente Sandinista ingresó a Nicaragua procedente de Costa Rica, desde donde dirigía la insurrección, con la percepción de que había ganado una batalla importante que le otorgaba ventajas para continuar la guerra y la lucha política desde dentro y por tiempo indefinido. Al desbandarse la Guardia Nacional ese mismo día, la dirigencia sandinista comprendió que el panorama había cambiado radicalmente en su favor. Los pactos concertados con el Gobierno norteamericano perdieron vigencia ante el desarrollo de los acontecimientos. De la misma manera, dado que el azar los había llevado inesperadamente al poder muchísimo antes de lo que ellos esperaban, el motivo de sus diferencias internas desapareció y el objetivo común que era el establecimiento de un régimen marxista-leninista (según quedó consignado en el *Documento de las*

Setenta y Dos Horas),² consolidó la unidad definitiva de las tres tendencias. Las únicas discrepancias que subsistieron fueron las relacionadas con los detalles del proceso, es decir, con cuestiones de forma y de oportunidad, ya que los radicales pretendían avanzar rápidamente en la colectivización del país, mientras los “moderados” propugnaban por un avance más lento, en concordancia con las condiciones objetivas del momento.

En los días posteriores al 19 de julio de 1979, en un análisis preparado para el Centro de Investigaciones de la Realidad Nacional, Eddy Matute³ afirmó:

“Al examinar la actual situación a la luz de las leyes del marxismo revolucionario, surgen algunas líneas de reflexión importantes: El proceso de la revolución nicaragüense no se estancará en una revolución democrático-burguesa y antiimperialista, sino que existen condiciones para profundizar las tareas de carácter socialista en el plano de la política y de la economía; estas posibilidades de transición al socialismo, brindan los elementos centrales para caracterizar la actual situación que tentativamente calificamos de gobierno democrático de obreros y campesinos, forma de caracterización tentativa que Lenin manejó en 1905 para calificar la situación de desenlace revolucionario que podría crear la clase obrera rusa en 1905”.

Según Matute tres elementos resumían la situación política de Nicaragua en julio de 1979, ellos eran:

- 1) El debilitamiento económico de la burguesía y su atomización en el plano político.
- 2) La hegemonía total del Frente Sandinista en el aparato del Estado.
- 3) Un sistema de alianzas y programas que aseguraban reformas democráticas profundas que servirían de puente para tareas sociales en el futuro.

2. El “documento de las 72 horas” es un documento confidencial elaborado por la Dirección Nacional del Frente Sandinista y sus asesores, en los tres días posteriores a la caída de Somoza; y se filtró luego al público. En él se establecía de largo, mediano plazo y corto plazo para el establecimiento de la hegemonía del Frente Sandinista en Nicaragua.

3. Eddy Matute, “Carácter y Perspectivas de la Revolución en Nicaragua”, publicación del Centro de Investigación de la Realidad Nacional, UCA, Septiembre de 1984.

Efectivamente, al producirse el derrocamiento de Somoza, su estructura económica, es decir, sus empresas, bancos, inversiones y tierras pasaron íntegramente al Estado en virtud del decreto No. 3 de la JGRN. Si consideramos que Somoza había organizado sus intereses de manera que éstos estuvieran siempre por encima de los intereses de la burguesía local, el decreto No. 3 otorgaba al Estado en forma automática la hegemonía económica. Si a lo anterior agregamos la nacionalización de la banca, del comercio exterior y las expropiaciones para fines de la reforma agraria, resultaba evidente que, como afirmó Sergio Ramírez Mercado, “la burguesía nicaragüense asistió el 19 de julio a su propio entierro”.⁴

En lo político, la burguesía sufría las consecuencias de su falta de pericia política producto tanto de su renuencia a asumir la representación de sus propios intereses, como de la exclusión a la que el somocismo la había sometido por un lapso de más de 40 años. La burguesía nicaragüense a lo más que podía aspirar era a ser una clase empresarial y no una clase dominante propiamente dicha. La falta de un partido político que organizara y diera coherencia a sus intereses, así como el desplome de los convenios con el Gobierno norteamericano, la dejaron indefensa frente a un enemigo político formidable como lo era el Frente Sandinista. Su única fortaleza, de cara a los nuevos tiempos, era su capacidad productiva y administrativa esenciales en un país confrontado con las necesidades de la reconstrucción nacional y carente de recursos humanos y financieros.

La hegemonía del Frente Sandinista en el aparato del Estado queda resumida en la siguiente cita extraída del Informe de Coyuntura y Perspectiva 1980 del Ministerio de Planificación:

“Desde el triunfo de la revolución, la importancia económica del Estado se ha expandido en forma extraordinaria. Su importancia dentro del PIB se ha triplicado desde 1978, abarcando el 20% de la producción agropecuaria, el 30% de la producción manufacturera, el 95% en la construcción y el 100% en la minería. En efecto, la nacionalización de las exportaciones agropecuarias y el con-

4. Sergio Ramírez M., obra cit., p. 227.

tro] casi absoluto sobre las importaciones de alimentos básicos; el elevado control que posee sobre las importaciones de petróleo; el dominio casi total que tiene en el complejo de la construcción y los materiales de construcción; la nacionalización del sistema financiero y sobre todo el sector social, sumados a la gran hegemonía que goza nuestra vanguardia, el FSLN, presentan un cuadro extraordinariamente positivo para el avance del dominio estatal sobre el conjunto de la economía nicaragüense”.

El control de los principales aparatos coercitivos del Estado tales como el nuevo ejército (EPS) que empezaba a formarse, la policía, la seguridad del Estado (DGSE), el Ministerio del Interior, los Comités de Defensa Sandinista, los ministerios estratégicos como el de la Reforma Agraria, Planificación y Cooperación Económica, así como la legitimidad que la lucha insurreccional había dado al Frente Sandinista, le conferían a éste hegemonía indiscutible dentro del nuevo orden revolucionario.

La coyuntura internacional no podía presentarse mejor. La política exterior de la administración Carter, basada en la concepción de un mundo multipolar y en el apoyo a los cambios democráticos en el tercer mundo; las grandes simpatías que la Revolución nicaragüense despertaba en los pueblos y gobiernos de América Latina y del mundo, así como en los organismos internacionales, aseguraban un espacio político amplio que facilitaba la obtención de los recursos económicos necesarios para sacar adelante un proyecto nacional basado en el pluralismo, el no alineamiento y la economía mixta.

Las condiciones objetivas internas y externas garantizaban que ese espacio político no tenía sus límites en la realidad de un proyecto socialdemócrata, sino que iba más allá de la aceptación de un simple esquema reformista y daba cabida a un proyecto revolucionario creativo que avanzara en la búsqueda de una tercera vía entre el capitalismo y el colectivismo, sistemas que se habían revelado incapaces de dar respuesta a los problemas de los países en vías de desarrollo. Al respecto, los casos de Chile y Cuba hablaban con elocuencia. Incluso se afirma que Fidel Castro había dicho a los comandantes sandinistas que ellos tenían la oportunidad de

realizar un proceso socialista financiado con los dólares del imperialismo norteamericano.

La burguesía nicaragüense, derrotada políticamente el 19 de julio, reveló en las actitudes de sus dirigentes estar dispuestos a aceptar la nueva realidad y de poseer la voluntad de acomodarse dentro del nuevo orden revolucionario. No pueden interpretarse de otra manera las acciones de Alfonso Robelo, en ese tiempo miembro de la Junta de Gobierno y presidente del Movimiento Democrático Nicaragüense. Sus pronunciamientos, la adopción por su partido del lema "socialismo en libertad", su presencia en Cuba al lado de Fidel Castro durante la celebración del 20 aniversario de la Revolución cubana, manifiestan una conversión de buena fe y un compromiso con las reivindicaciones revolucionarias.

En conclusión, todas las condiciones políticas, económicas y sociales se presentaban favorables para un desenlace feliz de la Revolución nicaragüense. Desenlace que, a su vez, tendría un impacto positivo en los procesos de democratización que vivían otros países de la región, como El Salvador; e incluso se preveía que las repercusiones se proyectarían al ámbito latinoamericano.

Las opciones políticas de la Dirección Nacional

Según el testimonio personal de varios militantes y allegados al sandinismo que se involucraron en el debate de las opciones políticas abiertas tras el derrocamiento de Somoza, entre ellos Carlos Coronel⁵ y Mario De Franco,⁶ una vez que el Frente Sandinista se vio confrontado con las realidades inesperadas del poder, su principal preocupación fue definir una estrategia de corto, mediano y largo plazo encaminada a la instauración de un régimen socialista en Nicaragua y promover el avance de la Revolución en Centroamérica. Dado

5. Carlos Coronel Kautz, miembro de la Asamblea Sandinista y Comandante tercerista del Frente Sur, 1978-1980.

6. Mario De Franco, economista e intelectual nicaragüense asesor en un tiempo de la Dirección Nacional del Frente Sandinista y de la Junta de Gobierno (1977-1983).

que las diferentes tendencias en el seno de la Dirección Nacional concordaban en el objetivo final, quedaba por definir el camino que debía recorrerse para alcanzarlo.

De acuerdo con el testimonio de varios miembros de la facción tercerista, durante la insurrección, tanto ellos como los proletarios coincidieron en torno a un proyecto político que debía desarrollarse en tres etapas: en el corto plazo se establecería un régimen socialdemócrata que permitiera poner en orden el país, iniciar la reconstrucción nacional y consolidar el poder del Frente Sandinista; una vez logrados esos objetivos se procedería en el mediano plazo a iniciar la etapa de transición al socialismo, el cual desembocaría, al final, en la instauración de un régimen socialista democrático. Sin embargo, una vez en el poder, las opiniones se dividieron en el seno de la facción tercerista y mientras los llamados terceristas auténticos,⁷ mantenían la tesis inicial, Humberto Ortega se plegó a las posiciones de Jaime Wheelock, jefe de la tendencia proletaria, quien sostenía que la etapa socialdemócrata era superflua y, por tanto, se debía pasar de inmediato a la transición al socialismo. La tesis moderada fue derrotada con el apoyo de los radicales de la GPP quienes propugnaban por una rápida etapa de transición al socialismo. En consecuencia, la decisión que se tomó, favoreció a la tesis de entrar de lleno a la transición y las tensiones que sobrevivieron a ese debate en el seno de la Dirección Nacional, se concentraron en el ritmo en que debían llevarse a cabo las transformaciones, que, según los antiguos terceristas debía ser lento y la GPP pugnaba por un ritmo más acelerado.

Sobre este tema, Mario De Franco cuenta que en agosto de 1979, en el transcurso de una reunión en la cual se buscaba establecer los alcances del proceso revolucionario, Julio López, asesor de la Dirección Nacional, dijo: *“aquí vamos a llegar hasta donde la historia lo permita”* con lo cual dio a entender que la voluntad del sandinismo era llegar hasta las últimas consecuencias en pos de la instauración de un régimen comunista ortodoxo.

7. Se llamaban “terceristas auténticos” los que integraron el Frente Sur Benjamín Zeledón durante la insurrección y luego abandonaron el gobierno en 1982 al lado de Edén Pastora.

La Dirección Nacional, a pesar de haber tenido todos los factores a su favor para llevar adelante un proyecto revolucionario de tercera vía, se decidió por la inmediata transición hacia un “socialismo” ortodoxo, que era concebido como la reproducción fiel de las experiencias soviética y cubana.

El significado de un proceso revolucionario de tercera vía

Los nicaragüenses que, a la caída de la dictadura somocista, apoyaban la opción de un proyecto revolucionario creativo, sostenían que éste debía fundamentarse en los elementos siguientes:

La consolidación de una vanguardia abierta y democrática que fuera capaz de llevar el liderazgo y de establecer una hegemonía relativa, necesaria para llevar adelante las transformaciones sociales; fomentar la difusión del poder con un sano sentido del equilibrio entre las clases mediante la concertación de un pacto social que permitiera avanzar en la reconstrucción del país; conservar la alianza pluriclasista que se había forjado durante la insurrección, para asegurar el apoyo de los sectores medios, (en especial de los pequeños, medianos empresarios y profesionales), a las transformaciones revolucionarias, ya que el concurso de ellos era fundamental para el desarrollo económico que debería realizarse en beneficio y con la incorporación de los obreros y campesinos.

En el campo económico, el Estado, que ya contaba con los instrumentos necesarios para un efectivo control de la economía, combinaría un sistema de planificación centralizada (en la medida que fuera posible aplicarlo en un país cuyos ingresos están sujetos a las fluctuaciones del mercado internacional) en el área estatal de producción (Area Propiedad del Pueblo, APP), y un sistema de planificación indicativa para el sector privado, con sus correspondientes mecanismos de armonización intersectorial.

La actividad reguladora del Estado además de aplicarse a la reactivación de la producción, acentuaría su acción en las

políticas anticíclicas y redistributivas del ingreso nacional a fin de subsanar los desequilibrios socioeconómicos permanentes y eventuales.

La estructura productiva privada se reorganizaría con base en la pequeña y media empresa, la promoción de cooperativas, la cogestión y la autogestión, en las áreas en que estos dos sistemas pudieran funcionar con eficiencia.

Se crearía un mercado de valores mediante la transformación de las grandes empresas familiares en verdaderas sociedades anónimas, que deberían sacar sus acciones al mercado con el objeto de obtener recursos financieros y servir de mecanismos redistributivos de las utilidades.

La reforma agraria, además de garantizar a los campesinos y a los empresarios el derecho a la propiedad y al cultivo eficiente de la tierra, debía proporcionar el crédito, la tecnología y la asistencia técnica necesarios para la producción.

Dentro de un marco de respeto a las tradiciones y creencias del pueblo nicaragüense, se buscaría encauzar las aspiraciones pequeño-burguesas de la población para ponerlas al servicio de las transformaciones sociales y la reconstrucción del país.

En el plano internacional, el rescate de la soberanía nacional era impostergable. Para ello se debían tener en cuenta los imperativos de la geopolítica regional y hemisférica, así como las condiciones objetivas de Nicaragua, en su calidad de país en vías de desarrollo.

La relación de dependencia que la dictadura somocista había establecido con los Estados Unidos, debía ser reemplazada por una relación de respeto mutuo dentro del contexto de la interdependencia característica del mundo moderno. Las relaciones comerciales y las fuentes de financiamiento se diversificarían. Se estrecharían las relaciones diplomáticas, económicas, culturales y solidarias con los países de Europa Occidental y con el bloque soviético, a fin de ampliar el mar-

gen de maniobra, hacer efectivo el ejercicio de la soberanía y adoptar una política exterior de auténtico no alineamiento.

En fin, el proyecto de tercera vía debía armonizar las transformaciones sociales con las libertades políticas, el estado de derecho y el rescate de la soberanía nacional.

El significado de la transición al socialismo para el Frente Sandinista

De acuerdo con la ortodoxia marxista-leninista predominante en la Dirección Nacional y sus asesores, el proceso de transición debía de cumplir las etapas siguientes:

La consolidación de una vanguardia de corte leninista constituida por el FSLN, organizado bajo el "centralismo democrático" y como un partido de cuadros cerrado.

Iniciar un proceso de concentración y centralización del poder en la vanguardia con el objeto de establecer la hegemonía absoluta sobre la sociedad, mediante la neutralización y eliminación de las organizaciones y grupos opositores.

Transformación del Estado en un instrumento de poder de la vanguardia en el partido, el ejército y los organismos de masas.

La estatización gradual de los medios de producción (tierras, maquinarias y empresas), y el desarrollo de un sistema de planificación centralizado.

Aceleración del proceso de proletarianización y masificación de la población y el establecimiento de los mecanismos de control social, basados en la coacción extraeconómica y la movilización permanente.

Homogenización ideológica de la población, por medio de la aplicación de políticas educativas, culturales y propagandísticas para difundir la ideología marxista-leninista, unidas a una intolerancia hacia las otras expresiones ideológicas,

en especial hacia las creencias religiosas que se desarrollaban fuera de la llamada Iglesia Popular.

Apoyar las actividades subversivas en los países vecinos, en especial en El Salvador, a fin de acelerar el avance revolucionario y asegurar la supervivencia de la Revolución nicaragüense.

Estrechamiento de las relaciones con el bloque soviético, el cual era considerado como el aliado natural de los países del tercer mundo en su lucha contra el imperialismo norteamericano, al que se debía combatir.

Cultivar una política de acercamiento con los países latinoamericanos y europeos, con el objetivo de neutralizar la influencia de los Estados Unidos y ganar tiempo para consolidar las estructuras de poder.

Utilizar las instituciones políticas burguesas para proyectar una imagen democrática en el exterior.⁸

Lo que en realidad sucedió

Al iniciar la “transición al socialismo”, la Dirección Nacional lo hizo en función a una definición errada de la situación. Arturo Cruz Sequeira explica el desfase entre la percepción y la realidad en un artículo que se incluye en este libro.⁹

En primer lugar, la decisión se tomó al calor de la euforia producida por un triunfo inesperado, que no dio tiempo de ajustar a la realidad nicaragüense la percepción marxista-leninista que de ella tenían los dirigentes sandinistas. En segundo lugar, la Dirección Nacional no asimiló la lección histórica que la insurrección les ofrecía y olvidaron que las tesis ortodoxas planteadas en términos simples de una lucha entre burguesía y proletariado, apoyada en el foquismo y la guerrilla rural y mantenida por diecisiete años, habían llevado a la

8. Resumen extraído de los principales documentos y discursos de los dirigentes sandinistas, así como de mi experiencia personal como miembro del gobierno hasta julio de 1981.

9. Arturo Cruz Sequeira, Centroamérica: “La Crisis Actual. Ausencia de Alternativas y la Experiencia Sandinista”. En este mismo volumen.

organización al borde de la extinción. La historia había enseñado que en los últimos tres años (1977-1979) los terceristas habían abandonado la ortodoxia leninista e innovado la estrategia abriendo así un camino hacia la toma del poder. El cambio consistió en sustituir el discurso comunista por uno socialdemócrata, abandonar el aislamiento para establecer una amplia alianza estratégica con todos los sectores antisomocistas, incluida la burguesía, y sustituir la guerrilla rural por la insurrección urbana y la guerra convencional en la frontera sur, que involucró internacionalmente a Costa Rica.¹⁰

El regreso a la ortodoxia original se produjo con el paulatino repliegue de los hermanos Ortega (quienes eran los representantes de los terceristas en la Dirección Nacional) hacia las posiciones radicales sustentadas por la facción de la Guerra Popular Prolongada, lo cual despojó a los terceristas de la hegemonía que habían mantenido durante la insurrección sobre las otras dos tendencias. En ese sentido puede decirse que la heterodoxia tercerista, sólo había servido para darle el triunfo a la ortodoxia leninista que profesaba la GPP, que desde entonces aumentó considerablemente su influencia en las decisiones concernientes a la conducción de la Revolución.

Desde la percepción leninista, la Dirección Nacional se consideró a sí misma como la vanguardia clásica de la clase proletaria y traspuso mentalmente la realidad rusa de 1919 a la realidad nicaragüense de 1979. Sin embargo, como Arturo Cruz S. ha demostrado, esa percepción era incorrecta debido a los factores siguientes:

El proletariado nicaragüense, en el sentido estricto del concepto, era numéricamente insignificante, débil, difuso y, objetivamente hablando, no existía como clase en sí, ni para sí. Esta aseveración, que no niega la existencia de los sectores desposeídos y de la explotación, confirma en cambio la imposibilidad de aplicar una definición teórica sustentada en la hipótesis de que el proletariado era el centro de la transición al socialismo o el motor del proceso, pues ello significaba

10. Conversaciones con Carlos Coronel y otros disidentes terceristas.

anteponer una ficción a la realidad. Esta apreciación se refuerza con el hecho de que el papel clave en la insurrección lo había jugado el llamado “sector informal”, más numeroso que el proletariado y altamente permeado por la ideología pequeño-burguesa, y los sectores medios.

La decisión de la Dirección Nacional apuntaba hacia la consecución de dos objetivos que en la realidad resultaron excluyentes; la reactivación de la economía y la transición simultánea al socialismo. Nicaragua, que había estado sometida durante los últimos dos años de la guerra a un acelerado proceso de descapitalización, necesitaba estabilizar su economía y consolidar sus mecanismos de acumulación de capital para hacer frente a las tensiones que sobrevendrían en la transición. De no hacerlo así se corría el riesgo de castigar a la clientela política que sería el soporte del nuevo régimen al imponerle sacrificios innecesarios que la harían alejarse del proceso y ponerla en su contra.

Otras tensiones provenían de los mismos miembros de la vanguardia, que en gran medida pertenecían a la clase media. Aventureros en su mayoría, habían vivido entre el lumpen y el clandestinaje sin los puntos de referencia que proporciona la vida normal en sociedad y el contacto con la producción. La falta de estos elementos los empujaba a dar respuesta a los problemas inmediatos con un socialismo de “recetas de cocina” extraído de la aplicación literal de los textos de Lenín y Bujarin, a la vez que se rehusaban a compartir los sacrificios que tan a la ligera le imponían a todo el pueblo nicaragüense.

Prisioneros de la definición del somocismo que ellos mismos habían fabricado, no eran capaces de comprender que lejos de constituir el desenlace clásico de la lucha entre dos clases fundamentales (no puede interpretarse de otra forma el fracaso de la ortodoxia leninista y el éxito de los terceristas), el triunfo era el producto del colapso de un régimen víctima de su propio proceso de modernización; y que si por otro lado, la insurrección de todo el pueblo nicaragüense había significado un voto contra la dictadura, ésto no lo convertiría automáticamente en un voto a favor del Frente Sandinista

y, mucho menos en un cheque en blanco para instaurar un régimen comunista en el país.

La decisión de avanzar en la “transición al socialismo” y el abandono de las tesis terceristas se tradujeron, en la práctica, en la sustitución del discurso socialdemócrata por una retórica marxista-leninista estridente que excluía del proceso a la burguesía y a los sectores medios, enviándoles señales contradictorias sobre su papel y lugar en las tareas de reconstrucción del país.¹¹ Además, dicha retórica era inconsistente con el tren de vida de los nuevos gobernantes.

La tesis tercerista de establecer una alianza de carácter estratégico con la burguesía nacional (los restos del naufragio, según Sergio Ramírez Mercado), a fin de obtener toda su participación en la reactivación de la producción, en la reconstrucción del país, en el avance del proceso y en el reestablecimiento de la estabilidad, se sustituyó por una alianza táctica que concebía la participación burguesa como transitoria, en el sentido de utilizarla durante el tiempo que el Estado sandinista requería para adquirir la capacidad técnica y administrativa necesaria, a la vez que la aprovechaba publicitariamente para proyectar una imagen de pluralismo hacia el exterior. En estos términos, se le ofrecía a la burguesía una supervivencia temporal mientras cumplía una labor económica limitada excluida totalmente de la política. En síntesis, una situación similar a la que tuvo dentro del esquema somocista, con la diferencia que el sandinismo había decidido eliminarla en el mediano plazo.

En el campo internacional, a la concepción pragmática que reconocía las necesidades de seguridad nacional de los gobiernos centroamericanos —y de los propios Estados Unidos— como un imperativo de la geopolítica regional y global, (las cuales debían ser tenidas en cuenta desde una postura nacionalista, sin menoscabo de la soberanía nacional), se antepuso la concepción de un proceso revolucionario expan-

11. El lema de que “sólo los obreros y los campesinos llegarán hasta el final” extraído de un escrito de Carlos Fonseca (fundador del Frente Sandinista) se repitió y se repite constantemente en los medios de comunicación y en la propaganda sandinista.

sionista con carácter mesiánico y urgido a rebasar las fronteras nacionales para proyectarse sobre toda la América Central. Dicha concepción, a la vez, era sustentada en un progresivo alineamiento con la Unión Soviética y sus afines.

El cambio de las reglas del juego que significó el regreso a la ortodoxia leninista original, produjo el rompimiento de las alianzas que daban al sandinismo su gran legitimidad y degeneró con el tiempo en una serie de enfrentamientos entre la "vanguardia" y el pueblo nicaragüense.¹² Esos enfrentamientos se transformaron en barreras objetivas para la transición hacia un socialismo democrático y crearon en el mediano plazo un conjunto de incoherencias y contradicciones, imprimiendo un curso distinto al proceso revolucionario y una nueva naturaleza al régimen sandinista.

El rompimiento de la alianza con la burguesía limitó la reactivación del aparato productivo, en un momento en que el área económica, afectada por las reformas revolucionarias, y el aparato estatal no tenían capacidad para asumir los costos económicos de las medidas tomadas. El modelo económico de la transición exigía la existencia de un sector productivo que generara el excedente necesario para subsidiar las reformas y, a la vez, produjera los beneficios sociales para la clientela política del sandinismo. Dentro de ese esquema, la exclusión de la burguesía canceló el establecimiento de los mecanismos efectivos de acumulación socialista y obligó a los gobernantes a recurrir al uso masivo del financiamiento externo, el cual en su mayor parte se destinó a subsidiar el consumo y no a invertir en actividades productivas. La deuda externa, que a la caída de Somoza era del orden de los 1.600 millones de dólares, casi se triplicó en el lapso de cuatro años y a fines de 1984 llegó a los 4.000 millones de dólares. En la medida en que el crédito externo se restringía y se reducía la capacidad de endeudamiento, el gobierno sandinista se veía obligado a recurrir a las reiteradas ayudas económicas de carácter político procedentes del bloque soviético, que se tra-

12. Arturo Cruz Porras y Arturo Cruz Sequeira, *The New Republic* 18 de Marzo de 1985, reproducido bajo el título de "Un plan de paz para Nicaragua" en *Intercambio*, publicación de Ed. Libro Libre, San José, No. 1, Julio de 1985.

ducían necesariamente en limitaciones al libre ejercicio de la soberanía nacional.

Sin embargo, el rompimiento con la burguesía, pese a la retórica antiburguesa y a las apariencias, no fue total. Y aquí surge una de esas inexplicables incoherencias del sandinismo, pues mientras por un lado creaban y aplicaban todo un marco jurídico-político que legalizaba el despojo de sus haberes a miles de medianos y pequeños empresarios, por otro dejaba subsistir y hasta halagaba los privilegios de algunos fuertes empresarios, tradicionalmente vinculados al gran capital. Esta situación se volvió más compleja debido a que en vez de mantener la alianza con los empresarios eficientes, el Frente Sandinista entró en componendas con sectores diletantes de las antiguas oligarquías, quienes luego de parasitar sobre los intereses del gran capital, pasaron a servir de intermediarios entre esos mismos intereses y el Frente Sandinista.

La única explicación que admite este fenómeno es que desde la óptica ideológica del sandinismo, la pequeña-burguesía constituye el enemigo principal, y por ello debe ser suprimida, para desarraigar de una vez las bases ideológicas del capitalismo. Cumplido este objetivo y en la medida que era susceptible de ser manipulado y vulnerado, la existencia del gran capital ideológicamente castrado y sin sus bases de sustentación, se volvió funcional dentro del esquema de dominación sandinista. Además, su presencia serviría para demostrar en el exterior que en Nicaragua funcionaba la libre empresa.

En relación a la alianza con los sectores oligárquicos, se debe señalar que el glamour y los mitos de la antigua oligarquía ejercían una fascinación subyugante en el inconsciente lumpen pequeño-burgués de los comandantes sandinistas, hasta el punto de impulsarlos a compartir con ella una serie de valores y un nuevo estilo de vida, que consideraban muy acorde con su nueva realidad de élite gobernante.¹⁴

14. Jorge Alaniz Pinell ha expuesto muy bien la fascinación que ejerce la antigua oligarquía y su estilo de vida en los comandantes sandinistas. Al respecto puede consultarse su libro *Nicaragua la Revolución Reaccionaria*, Ed. Kosmos, Panamá, 1985, pp. 168-171.

Las políticas agrarias de corte neostalinistas aplicadas por el Frente Sandinista inspiradas en la experiencia soviética, pretendían desarrollar la ciudad a costa del campo, es decir, anteponian la ficción de un proletariado idealizado a la realidad de un campesinado numeroso. Consecuentemente, la estatización de las empresas agrícolas, las políticas de precios bajos para los granos básicos, la requisición de las cosechas, las restricciones al comercio interno, los reasentamientos de grandes contingentes campesinos procedentes de las regiones fronterizas, el reclutamiento de los jóvenes para el servicio militar obligatorio y las confiscaciones arbitrarias terminaron por poner al campesinado en contra del Frente Sandinista.

La incapacidad para reactivar las empresas industriales y la construcción a los niveles anteriores a 1979 elevaron el desempleo. Las medidas impuestas por las autoridades del Ministerio del Trabajo como la anulación de los beneficios sociales señalados en los convenios colectivos (por los que tanto había luchado la clase trabajadora), el establecimiento de límites salariales arbitrarios, las movilizaciones obligatorias con fines políticos, el alza del costo de la vida, la inflación galopante y la caída del salario real (ver cuadros Nos. 8, 9 y 12) con el subsiguiente deterioro del nivel de vida en las ciudades, afectaron profundamente las relaciones entre el Frente Sandinista y la clase obrera.

El desconocimiento de la realidad antropológica del litoral atlántico y las riberas del río Coco, donde habitan los indios miskitos, sumus, ramas y creoles, se unió una vez más al dogmatismo marxista-leninista que pretendía hacer “transitar al socialismo” de una manera expedita a conglomerados tribales, basados en economías de subsistencia y con concepciones mágicas del mundo.

Vale la pena aclarar que debido a procesos históricos diferentes, la problemática social del litoral atlántico difiere grandemente de la del pacífico. El litoral atlántico, que fue en una época protectorado británico, no estuvo expuesto a la conquista y a la colonización españolas, por lo que ambas regiones presentan diferencias notables. En la costa atlántica

predominan las sectas protestantes (mormones, moravos, testigos de Jehová, etc.), se habla una mezcla de inglés con dialectos locales y, el aislamiento del resto del país, permitió a las minorías étnicas conservar sus estructuras tribales y sus formas primitivas de producción.

El somocismo, si bien mantuvo a la región atlántica en un abandono relativo, al menos tuvo la sabiduría de no alterar el status quo de las tribus. Durante esa época se construyeron algunos hospitales y escuelas y se cooptaba a los caciques locales dentro de las estructuras de poder del partido gobernante. Los indígenas que abandonaban sus tribus, lo hacían para trabajar en las explotaciones madereras y las minas o se incorporaban al ejército. Ajena a la realidad sociopolítica que vivía la gente del pacífico, la población no se vio involucrada en la insurrección, a la que contemplaban como si ocurriera en otro país. Al tomar el poder, el sandinismo envió a la región contingentes de tropas procedentes del pacífico, quienes imbuidos en su propia problemática procedieron como primera medida a castigar brutalmente a los cabecillas somocistas, que resultaron ser los jefes naturales de las tribus. Estos hechos despertaron gran descontento entre los nativos. Se procedió también a saquear los pequeños comercios de ciudadanos chinos, que constituían los únicos centros de aprovisionamiento de las escasas mercancías que circulaban en la región, con lo cual se agravó el problema de los abastecimientos, ya de por sí difícil. La retórica marxista-leninista que hablaba de la explotación burguesa y la lucha de clases, no tenía ningún sentido para esos aborígenes, que vivían de la caza y de la pesca. La hostilidad de los sandinistas contra los pastores de las sectas protestantes y de los sacerdotes católicos (en su mayoría misioneros norteamericanos), aumentó las tensiones. Es comprensible que el verso del himno sandinista que dice: "luchamos contra el yanqui, enemigo de la humanidad", resultara un verdadero contrasentido a los ojos de una comunidad abandonada y aislada a quien llegaban unos pocos beneficios de la civilización, por medio de la labor abnegada de estos misioneros norteamericanos. Los hechos aquí enumerados definieron al sandinismo como enemigo de las minorías étnicas y alimentaron la rebelión antisandinista y la lucha

por la autonomía, a las cuales el Gobierno respondió con actos de barbarie que rayan en el genocidio. La represión sandinista se manifiesta con la destrucción de los poblados ribereños y los traslados masivos de la población a nuevos asentamientos, bajo el pretexto de destruir las bases en apoyo de la “contrarrevolución”.¹⁵

El deterioro general del nivel de vida ha incidido obviamente en los sectores medios, que se han visto obligados a comprimir substancialmente sus niveles de consumo, a contener sus expectativas y a compartir una visión pesimista del futuro que sólo promete mayores privaciones y sacrificios. Estos sectores también han sido afectados por las restricciones impuestas al ejercicio profesional, la politización de los empleos, la amenaza a sus valores morales tradicionales por la imposición de un régimen educativo obligatorio basado en la ideología marxista-leninista, la inseguridad de un ordenamiento legal arbitrario, las amenazas contra la patria potestad, las restricciones a la libre circulación de las personas y la agresión ideológica constante. Ante esta situación se ha producido un éxodo masivo de profesionales calificados e incluso de obreros calificados. Se calcula que desde 1979 hasta la fecha han abandonado el país más de 350.000 nicaragüenses en su mayoría pertenecientes a la clase media, quienes, como decía Lenín, han votado con los pies. La pérdida de valiosos recursos humanos ha significado un rudo golpe a la capacidad técnica y administrativa nacional, cuyas profundas repercusiones negativas se notan en todos los ámbitos de la vida del país.

El desenlace de la “transición”

El análisis anterior permite apreciar el aislamiento progresivo en que ha ido cayendo el Frente Sandinista.

La ruptura de la alianza que hizo posible la derrota del somocismo, cuya preservación era de importancia crítica para el avance del proceso, así como el distanciamiento entre

15. La forma en que el Frente Sandinista ha tratado al pueblo Miskito y a las minorías étnicas, contrasta a todas luces con la apología que Jaime Wheelock hiciera de las luchas de los aborígenes en contra de la conquista española en su libro titulado: *Raíces indígenas de la lucha anticolonialista en Nicaragua*, Ed. Siglo Veintiuno, México, 1977.

el poder y los sectores de obreros y campesinos, producto de los castigos infligidos, provocaron un daño irreparable al liderazgo de la "vanguardia", que quedó despojada de su legitimidad inicial. En la medida en que los sandinistas toman conciencia de esta realidad (que contradice su autoconcepto de vanguardia proletaria) han cambiado su llamado o "interpelación" desplazándolo del proletariado a la juventud, bajo la premisa de que el romanticismo y la generosidad de los jóvenes les devolverá el apoyo y la legitimidad perdidas. De allí que las verdaderas bases de sustentación con que todavía cuenta el Frente Sandinista se encuentran entre los sectores juveniles de la población.

El predominio de los instintos de venganza y revanchismo sobre el interés nacional, que exigía la aplicación de una auténtica política de reconciliación nacional para dar oportunidad a quienes formaron parte del régimen anterior a reeducarse e incorporarse a las tareas revolucionarias, y de esta manera propiciar la unidad nacional y la paz social, creó las condiciones objetivas para el surgimiento de la "contrarrevolución" en el norte del país, la que más tarde se nutriría con el descontento del campesinado y de las minorías étnicas.

La purga de los antiguos terceristas que continuaban manteniendo la vigencia de un proyecto de tercera vía y no avalaban los desaciertos de la Dirección Nacional, produjo el surgimiento de la disidencia rebelde en el Sur del país. Ambas situaciones de contrarrevolución y disidencia, resultaron en el desencadenamiento del conflicto interno que asume ya el carácter de una guerra civil.

Dentro del esquema inicial de la "transición" se requería que el aparato administrativo se convirtiera en un instrumento eficaz para llevar adelante las transformaciones revolucionarias; sin embargo, la toma de decisiones basada en un voluntarismo mágico que otorga virtudes todopoderosas a los dogmas marxistas-leninistas, la incapacidad de crear una mística productiva y una disciplina laboral, la corrupción administrativa acelerada y el surgimiento de una actitud hedonista inducida por el "efecto de demostración" del estilo de vida

de los dirigentes sandinistas, tuvieron un efecto catastrófico en la burocracia estatal, que ha resultado inoperante e incapaz de asumir sus tareas.

Otros desaciertos y fracasos se derivaron del éxodo masivo de los técnicos nacionales y su sustitución con personal no calificado e internacionalistas. En el nivel de la planificación estratégica la Dirección Nacional mitificó el papel de un grupo de teóricos mediocres que ejercitaban un discurso que poseía una lógica interna impecable pero que no tenía nada que ver con la realidad que se pretendía transformar. A la cabeza de este grupo de bucaneros de la revolución se encuentran todavía Xavier Gorosteaga, Valpy FitzGerald y varios exiliados chilenos.

Un factor que influyó poderosamente en el destino de la “transición” fue la sustitución de la flexibilidad y la capacidad creativa demostrada durante la insurrección por los dirigentes sandinistas, por una mentalidad neocolonialista, que se expresa a través de una admiración servil por los modelos políticos, económicos y sociales de la metrópoli soviética y más específicamente por el patrón cubano. En ese sentido el proceso revolucionario más que a dar respuestas a una realidad concreta ha quedado reducido a la imitación y a la copia de las experiencias citadas.

El estado de recesión que ha envuelto a la economía internacional durante los últimos años, impone limitaciones reales a las posibilidades de éxito de la “transición” y magnífica el efecto de los errores internos. La caída de la producción agroexportable (algodón, café, azúcar, carne) agravada por los precios desfavorables en el mercado internacional, se ha traducido en una drástica reducción de las exportaciones que bajaron de 700 millones de dólares en 1978 a aproximadamente 350 millones en 1984. La expansión de la demanda interna y el encarecimiento de las importaciones han elevado el monto de estas últimas a 800 millones de dólares; resultando así una brecha externa anual que promedia los 450 millones de dólares (ver cuadro No. 10). El uso masivo del crédito externo ha elevado la carga de la deuda al 40% de los ingre-

sos por exportaciones (ver cuadro No. 11). El bloqueo comercial de los Estados Unidos y la renuencia a negociar un plan de estabilización con el Fondo Monetario Internacional han cerrado las puertas a nuevos empréstitos con la banca privada, con los organismos financieros internacionales y a una eventual renegociación de la deuda externa. Si a esta situación se añade la falta de la voluntad política definida por parte del bloque soviético para asumir los costos totales de la “transición” (lo que se debería de concretar con un masivo traslado de recursos económicos no militares) no hace falta ser un experto para concluir que la economía nicaragüense ha entrado en una fase de colapso y se encamina a un regreso a la economía de subsistencia.

La coyuntura política internacional caracterizada por el agravamiento de las tensiones entre las superpotencias, en paralelo con el empecinamiento del sandinismo de trasladar la crisis nacional al seno del conflicto este-oeste y de hostigar al mismo tiempo a los países vecinos, han cerrado el espacio político que existía al inicio para desarrollar en Nicaragua un proceso revolucionario como el que se intenta realizar hasta ahora.

En resumidas cuentas, el Frente Sandinista ha quedado atrapado en su propia madeja, puesto que el rompimiento de las alianzas internas, la guerra civil, la incapacidad administrativa, la mentalidad neocolonialista de la dirigencia, las complicaciones del proceso decisorio en el seno de la Dirección Nacional, los errores económicos ampliados por la recesión mundial y la reversión de la coyuntura política internacional, determinaron el fracaso de la “transición al socialismo” y el alejamiento cada vez mayor de su meta que, al menos teóricamente era la instauración de un Estado de obreros y campesinos.

La situación caótica en la que se encuentra el país, producto de seis años de desaciertos, ha provocado el deterioro del consenso interno y la ineficacia de los mecanismos de persuasión como medios de poder, de tal manera que el Frente Sandinista ha recurrido sistemáticamente al desarrollo de

una complicada estructura de controles sociales y a la represión selectiva con el fin de mantener bajo control a una población que rechaza la imposición de un orden que, en esencia contradice los valores que dieron origen al proceso revolucionario. Estas medidas evidencian un cambio cualitativo en la naturaleza del régimen sandinista el cual, convertido en sujeto y objeto de su proyecto político ha optado por el establecimiento de un sistema cuyas acciones se agotan en sí mismo, dado que el alcance de ellas ha quedado reducido a la acumulación, conservación y disfrute del poder, por todos los medios a la disposición.

En ese contexto, la única transición que el Frente Sandinista está realizando con éxito es la transición de una dictadura autoritaria a una dictadura totalitaria. Entre el somocismo y el sandinismo se ha producido un relevo histórico que encadena a ambos regímenes, sin solución de continuidad.

El inconsciente histórico de los pasados gobernantes nicaragüenses (forjado en la exclusión, la corrupción y la crueldad de años de dictadura) que a la caída de Somoza se creía superado para siempre, continúa determinando las acciones de los dirigentes sandinistas, con la diferencia de que estos últimos se han actualizado para enfrentar los nuevos tiempos, adoptando nuevos y sofisticados métodos y enriqueciéndose con nuevas experiencias. Pareciera que los fantasmas de Pedrarias,¹⁶ Somoza y Stalin tomados de las manos se interpusieran en el largo camino del pueblo nicaragüense hacia la democracia. Al respecto (y de acuerdo con una feliz expresión de Carlos Coronel Kautz) a lo más que puede aspirar el régimen del Frente Sandinista es a ser un “somocismo científico”, en la medida que ha sabido administrar más racional y eficientemente el poder.

La administración racional y eficiente del poder dentro de una dinámica acumulativa, ha producido el surgimiento de una nueva dictadura, que no es precisamente la dictadura del proletariado, sino que la dictadura de un partido, o más espe-

16. Pedro Arias de Avila alias “Pedrarias”, conquistador español de la provincia de Nicaragua, famoso por su crueldad y abyección en su trato para con los indígenas. Consultar a Jaime Wheelock, obra cit.

cíficamente, de una élite político-militar (nomenclatura). Dentro de este nuevo esquema, las relaciones entre la “vanguardia”, el aparato del Estado y la sociedad civil marcan la diferencia entre la naturaleza de ambas dictaduras (la somocista y la sandinista). Dada su importancia, procederemos a continuación a estudiar sus mecanismos de exclusión y coerción.

Vanguardia y sociedad civil. Exclusión selectiva y progresiva.

La realización de un proceso de “transición al socialismo” desde la perspectiva ortodoxa de la “vanguardia”, exigía la neutralización de los centros alternos de poder y su posterior destrucción. Es precisamente con base en este designio que cobra vida la consigna que tanto se repitió en las estructuras partidarias al inicio de la revolución: “todo el poder al Estado Sandinista” (“Todo el poder a los soviets”). Esta actitud reveló desde un comienzo una intolerancia visceral hacia la intermediación del poder, la cual se percibía en contradicción con el concepto de “vanguardia”. Sin embargo, dada la vulnerabilidad inicial del régimen y la necesidad de mantener una imagen exterior coherente con el disfraz de un gobierno socialdemócrata, así como la imposibilidad real de que el Partido asumiera todas las funciones correspondientes a los otros grupos sociales que se pretendían sustituir, la eliminación de los centros alternos de poder asumió un carácter selectivo, progresivo y coyuntural. Selectivo en el sentido de que no se ejercía simultáneamente sobre todos los centros, sino que únicamente sobre aquellos cuya neutralización fuera esencial y estratégica para el proceso de concentración del poder en la élite dominante. Progresivo porque avanzaría de manera constante y paulatinamente en la medida que se consolidaran las etapas anteriores. Coyuntural desde el punto de vista que se desplazaría de acuerdo al apareamiento de condiciones ambientales favorables.

La necesidad de la “vanguardia” de constituirse en un partido de cuadros de corte leninista y la naturaleza del proyecto que se intentaba realizar requería la transformación del Estado somocista, que se apegaba formalmente a un republi-

canismo burgués, en un Estado revolucionario que conjugara en sí mismo al partido, al aparato administrativo, al ejército y a los organismos de masas. Las barreras que se levantaban ante los designios del Frente Sandinista eran básicamente cinco: las iglesias, los sindicatos, el sector empresarial, los partidos políticos y los medios de comunicación independientes.

A continuación procederemos a considerar en detalle la relación entre la “vanguardia” y cada uno de estos sectores.

La “vanguardia” y las iglesias

Hablar de las relaciones entre el Estado Sandinista y las iglesias en un país donde el 95% de la población profesa la religión católica, significa en gran parte referirnos a las relaciones de dicho Estado con la Iglesia Católica y en menor grado con las otras confesiones religiosas.

Como punto de partida de este análisis tomaremos la propia percepción que el Frente Sandinista tenía de la Iglesia Católica en Diciembre de 1978. Al respecto, un estudio de coyuntura elaborado por un grupo de militantes sandinistas establecía:

“La iglesia como estructura institucionalizada, que en gran medida jugó por décadas un papel legitimador de la dictadura, muestra también cierto grado de tensión con el somocismo. Sin embargo su acción no es unitaria. . . y pueden distinguirse tres posiciones (en su interior). La primera es la postura integralista, caracterizada por su consonancia ideológica con el sector hegemónico de la burguesía y, en consecuencia aliada a la dictadura militar. Una segunda corriente, opuesta a la anterior es la de la Iglesia Popular. Esta vive y conoce los problemas de los sectores explotados y se compromete en sus luchas; vive el conflicto social y la represión desencadenada por el Estado contra el pueblo. La tercera corriente está constituida por la Iglesia Reformista, asociada a los sectores no hegemónicos de la burguesía, cuenta con un notorio influjo en la burguesía media, pequeña-burguesía y en algunos sectores populares con escaso grado de concientización. Juega un papel de legitimación condicionada del Estado de excepción lo cual la convierte en un aparato ideológico relativamente crítico del mismo. La condición de la legitimación viene dada por la defensa de cier-

tos derechos humanos, la exigencia de una democratización y ciertas críticas a los modelos de desarrollo, etc. Como corriente intermedia es proclive a inclinarse hacia uno y otro sector en pugna según la coyuntura".¹⁷

De la cita anterior se concluye que el Frente Sandinista percibía a la Iglesia dividida en tres segmentos: la iglesia somocista, la iglesia sandinista y la iglesia oportunista. Si bien en la práctica era posible distinguir entre las dos primeras actitudes, el error del sandinismo consistía en conceptualizar como oportunista el comportamiento del sector que ellos calificaban de reformista, pues al examinar en retrospectiva la actuación histórica de dicho sector resulta evidente una coherencia completa en las actitudes asumidas tanto frente al somocismo como frente al sandinismo. Nos referimos aquí a su labor de denuncia de las injusticias, las violaciones a los derechos humanos, la prédica del mensaje evangélico y la salvaguarda de la libertad humana, de cara a los abusos de ambos regímenes.

La participación de la Iglesia institucional en la lucha contra la dictadura somocista al denunciar las atrocidades de la Guardia Nacional, la corrupción, la injusticia social, su participación activa como mediadora en situaciones críticas (como en el caso de las tomas de la casa de Chema Castillo y del Palacio Nacional), el impulso al diálogo y a la mediación en busca de una salida política de la crisis y la legitimación del derecho a la insurrección, son perfectamente consistentes con las denuncias de las atrocidades del Ejército Sandinista cometidas en contra del pueblo misquito y de las minorías étnicas; la validez de la objeción de conciencia ante un servicio militar partidarista; el rechazo a la prédica del odio y la imposición a la educación alienada; la condena a la abolición de las libertades de los ciudadanos, al uso de la violencia y al irrespeto a los valores nacionales; y la defensa de la tradición cristiana.

En segundo lugar el Frente Sandinista se equivocaba al poner en términos de igualdad a los tres segmentos eclesiales,

17. Carlos F. Chamorro y Julio López, *Nicaragua, Reforma o Revolución*, Revista del Pensamiento Crítico, Managua, 1978, pp. 77-78.

pues ello le impidió la comprensión de que en vez de ser tres sectores distintos, tanto la "iglesia somocista" como la sandinista eran dos pequeñas ramificaciones que surgían del tronco común de la Iglesia Institucional, la cual contaba con la legitimidad, el arraigo popular de su autoridad, las estructuras eclesiásticas y las relaciones orgánicas con el Vaticano. En ese sentido, la percepción sandinista confundía y subestimaba a la Iglesia Institucional, a la vez que magnificaba las dimensiones de las otras dos, en especial las de la iglesia sandinista.

Esta percepción oblicua del problema eclesiástico, que el Frente Sandinista sustentaba antes de la caída de Somoza, determinó la política que seguiría con la Iglesia una vez asumido el gobierno. Dado que el objetivo de la "vanguardia" era acumular el poder en el partido, la Iglesia constituía un obstáculo formidable para una organización política inspirada en una militancia ideológica que asumía en la práctica un carácter de fanatismo religioso y, por lo tanto se mostraba intolerante y excluyente con las otras formas ideológicas. Además, si se considera que en un país donde el bajo nivel educacional y cultural había generado muy reducido desarrollo de las ideológicas políticas, la Iglesia Católica era la única institución capaz de enfrentar con éxito el proceso de hegemización ideológica que impulsaba el Frente Sandinista. De ese modo la Iglesia fue definida como el enemigo principal, cuya participación en la vida social debía de ser excluida.

Con posterioridad a la caída de Somoza, desapareció el pequeño segmento de la mal llamada iglesia integralista (la cual se tenía como favorable a la dictadura) y quedaron vigentes la incipiente iglesia popular (que casi era una ficción compuesta de un pequeño grupo de sacerdotes afectos al sandinismo) y la Iglesia Institucional. Al considerar sus opciones, el Frente Sandinista no desechó en un inicio la posibilidad de atraerse (o cooptar) a la Iglesia Institucional, pues dado el concepto de oportunista que de ella tenían daba por seguro que aceptaría un reacomodo con el nuevo régimen, a cambio de algunas prebendas. En ese sentido se interpretó la carta pastoral de los Obispos de noviembre de 1979, como un gesto

conciliador de la jerarquía en busca de tal reacomodo.¹⁸ Este intento de mediatizar a la Iglesia se inicia con la incorporación del clero al Consejo de Estado y culminó en Octubre de 1980 con el fracaso de la componenda que el Frente Sandinista quiso montar con la proclama de la Dirección Nacional sobre el problema religioso. En dicha proclama el Frente Sandinista para atraerse a la Iglesia reconocía nominalmente “el derecho inalienable de profesar fe religiosa, el respeto a las tradiciones y celebraciones y el derecho de los religiosos a participar en política”. Ante esta maniobra y para sorpresa del sandinismo, los que eran considerados oportunistas respondieron con un rechazo al coqueteo sandinista y activaron su labor de denuncia contra las arbitrariedades y presiones del nuevo régimen. La respuesta de la Conferencia Episcopal a la proclama dejó claro que “como cristianos nos toca exigir una participación consciente y deliberativa como hombres libres no como esclavos”.

Ante el fracaso de la maniobra, el Frente Sandinista decidió adoptar una estrategia de confrontación y exclusión con la Iglesia, la cual se desarrolló en dos fases simultáneas. Por un lado trató de debilitar al máximo las estructuras institucionales de la Iglesia; mientras por el otro se daba impulso al desarrollo de la Iglesia Popular. Para ello se inició una campaña por los medios de comunicación de ataques directos a la jerarquía eclesiástica en que se cuestionaba la personalidad de los Obispos. El Estado se inmiscuyó en los asuntos religiosos, en un intento de valorar su imagen a costa de la imagen de la

18. Esta carta pastoral tuvo un impacto ambivalente ya que si en los sectores “moderados” del sandinismo fue tenida como una señal positiva de la jerarquía eclesiástica, en los sectores radicales fue considerada como una pretensión sin precedentes por parte de la misma, especialmente si se considera que la pastoral definía lo que en el concepto de “socialismo” significaba para la Iglesia y para los cristianos.

En su parte medular la Pastoral sostenía que apoyaba un proyecto revolucionario socialista que contemplaba lo siguiente:

Preeminencia de los intereses de la mayoría de los nicaragüenses; modelo de economía planificada nacionalmente, solidaria y progresivamente participativa; disminución de las injusticias y de las desigualdades tradicionales; impulso a las masas populares para asumir responsabilidades y exigir derechos; reconocimiento de la lucha de clases como hecho dinámico que debiera conducir a transformaciones justas, pero no como instrumento para promover el odio de clases; el proceso revolucionario debía orientarse hacia una sociedad plena, auténticamente nicaragüense, no capitalista, ni dependiente, ni totalitaria, Periódico Barricada, 20 de Noviembre de 1979.

Iglesia. Para lograrlo trató de darle una interpretación marxista-leninista a las tradiciones católicas con el fin de apoderarse de los símbolos y del lenguaje religioso. Se negó acceso a la Iglesia a los medios de comunicación, se decretó la expulsión de muchos sacerdotes y religiosos extranjeros, se agredió físicamente a los Obispos y se atentó contra la integridad moral de los sacerdotes, a fin de desprestigiarlos involucrándolos en supuestos actos deshonestos y conspiraciones.¹⁹

En la etapa señalada es importante notar que el uso de la violencia física y moral fue asumida por “las organizaciones de masas” y las fuerzas de choque (turbas) manejadas por el partido gobernante, el cual tras bastidores mantenía un bajo perfil institucional, para no verse involucrado directamente y así dar la apariencia de que se trataba de la violencia del pueblo en contra de sus enemigos de clase.

En la segunda etapa, el partido usó los recursos públicos para desarrollar a la Iglesia Popular. Se crearon centros teológicos e instituciones como el Centro Valdivieso, el Instituto Histórico, el CEPAD, el CEPA y la CONFER, destinados a dar apoyo orgánico e ideológico a la nueva Iglesia, que empezó a gozar el uso irrestricto de los medios de comunicación. El Estado alentó la división de la Iglesia bajo la premisa de que existía una Iglesia de los ricos y una Iglesia de los pobres. Finalmente, los clérigos de la Iglesia Popular (independientemente de su vinculación con el sandinismo) se convirtieron en puntas de lanza de las posiciones de apoyo al Frente Sandinista y en sus abanderados en los enfrentamientos entre el Estado y la Iglesia.

Se debe señalar también las intrigas diplomáticas tejidas en el Vaticano por comisiones especiales y por la Embajada sandinista ante la Santa Sede a fin de socavar el apoyo que Roma daba a la Conferencia Episcopal Nicaragüense. Esas gestiones estuvieron siempre encaminadas a conseguir la sustitución de los Obispos que con mayor celo defendían la fe, por elementos de la Iglesia Popular.

19. Sobre estos aspectos puede consultarse a Humberto Belli, “Una Iglesia en peligro”, CEDRENIC, San José, 1985.

El sandinismo ha tratado de vender la imagen de que el conflicto religioso obedece a un enfrentamiento entre los sectores “progresistas” de la Iglesia, que apoyan a la “vanguardia”, y los sectores reaccionarios que pretenden regresar al pasado somocista.

Esta falacia ha sido elaborada con el objeto de encubrir la verdadera contradicción que existe entre la “vanguardia” y el pueblo nicaragüense, que reconoce en la Iglesia y en los Obispos a los legítimos depositarios del mensaje evangélico.

En esta medición de fuerzas, la “vanguardia” ha llevado, sin lugar a dudas, la peor parte; los intentos de debilitar a la Iglesia han sido contraproducentes, ya que la han convertido en el centro de la resistencia que se enfrenta al avance totalitario. Por otro lado, la Iglesia Popular pese a todo el apoyo del Estado-partido no ha pasado de ser un movimiento elitista compuesto de intelectuales mediocres y clérigos oportunistas que medran a la sombra del poder en busca de prebendas y publicidad, con una reducida base de apoyo popular.²⁰

La recepción que los organismos de masas del Frente Sandinista y su Dirección Nacional brindaran al Papa Juan Pablo II el 3 de Marzo de 1983 y que ha pasado a la historia con el nombre de la “Profanación de Managua” demostró fehacientemente al Vaticano con quién se las tenía que ver; y provocó un cambio radical en la actitud de Roma hacia el régimen.

En resumidas cuentas el capelo cardenalicio conferido por su Santidad a Monseñor Obando y Bravo y el recibimiento multitudinario que le brindó el pueblo nicaragüense a su regreso de Roma son signos palpables que demuestran de qué lado está el apoyo popular.

Las relaciones entre el Estado sandinista y las otras confesiones se ajusta al mismo patrón de intolerancia y disociación que han asumido los actuales gobernantes para con la Iglesia Católica.

20. En la campaña del Frente Sandinista por imponer su propia visión del conflicto entre la Iglesia y el Estado, la Compañía de Jesús y la orden de Maryknoll han jugado un papel clave en favor del régimen.

La “vanguardia” y el sector privado

Según se demostró en el segundo capítulo, el sector privado nicaragüense había experimentado un notable crecimiento institucional y organizativo durante los últimos años del somocismo.

Sus organismos cúpula, el Consejo Superior de la Empresa Privada (COSEP) y el Instituto Nicaragüense de la Empresa Privada (INDE) aglutinaban a múltiples asociaciones y gremios integrados por medianos y pequeños empresarios y profesionales (ver anexo No. 1).

Las reivindicaciones más inmediatas del sector privado frente a la dictadura, se centraron en sus demandas de participación en la formulación y aplicación de las políticas económicas y de desarrollo del país, en la erradicación de la corrupción y la competencia desleal, en la lucha por el establecimiento de un régimen democrático acorde con las nuevas realidades que inducía una economía en proceso de modernización, capaz de armonizar las libertades públicas con la justicia social (ver informes del INDE años 1974-1978). El compromiso con esas demandas lo había llevado a la confrontación con el somocismo a través de varias acciones que se inician con la Primera Convención del Sector Privado en mayo de 1974, y que se profundiza con los grandes paros de actividades realizados en 1978 y 1979, y finalizan con el involucramiento directo de sus dirigentes y organizaciones de base en la insurrección y posteriormente en el gobierno revolucionario de la primera Junta de Gobierno.

A la caída de Somoza las primeras medidas revolucionarias, tales como la nacionalización de la banca y del comercio exterior y la puesta en marcha de la reforma agraria, descabezaron a la mayor parte de los grandes empresarios; mientras, por otro lado, los estragos causados por la anarquía generada por la insurrección golpeaban fuertemente a los medianos y pequeños. A pesar de ello, el sector privado había salido fortalecido ideológica y orgánicamente de la lucha contra Somoza, dada su participación, su grado de movilización y la

elevación de sus niveles organizativos. Esta situación había incrementado las expectativas de los empresarios, de modo que ellos aspiraban legítimamente a que por primera vez sus opiniones fueran tomadas en cuenta por el nuevo gobierno en la conducción de la economía del país. Esa participación la concebían dentro de un nuevo proyecto nacional que ellos percibían de tercera vía, basado en el pluralismo, la economía mixta y el no alineamiento. En ese sentido, muy conscientes de su situación real y de las limitaciones de su poder de negociación se mostraban dispuestos a poner su capacidad administrativa, sus conocimientos técnicos y sus contactos con la administración norteamericana, al servicio de la revolución a cambio de participar en pie de igualdad con los otros sectores y tener la garantía de que se establecería un clima adecuado para el desarrollo de la empresa privada.²¹

De hecho un proceso revolucionario tipo tercera vía auguraba el surgimiento de fuertes tensiones recíprocas entre el Estado, los empresarios y el sector laboral; sin embargo, dada la gran legitimidad de que gozaba la “vanguardia”, la centralización de los medios de poder y el elevado control que el Estado ejercía sobre la actividad productiva, era un hecho que tales tensiones eran susceptibles de ser controladas y encauzadas por el buen camino.

Sin embargo, en vista de que la “vanguardia” se decidió por una “transición ortodoxa al socialismo” y por el inesperado cambio de las reglas del juego establecidas durante la insurrección, la única forma que podían asumir las relaciones entre el sandinismo y el sector privado dentro de ese nuevo contexto, era la de una alianza táctica que permitiera al partido sandinista usar a los empresarios mientras generaba la capacidad administrativa necesaria para desplazarlos definitivamente; lo cual, como se ha sostenido, significaba regresar al antiguo esquema somocista de “producción sin participación”, con la diferencia de que los empresarios estaban perfectamente conscientes de que sus días estaban contados. Al respecto, Jaime Wheelock, miembro del Directorio Sandinista afirmó:

21. Pueden consultarse las comunicaciones y correspondencia entre el COSEP y la JGRN entre 1979 y 1980.

“Aquí lo que hay que plantearse teóricamente es si existe la posibilidad de que la burguesía produzca sola, sin poder, que se limite como clase a un papel productivo, es decir que se limite a explotar sus medios de producción y que utilice estos medios para vivir, no como instrumentos de poder”.²²

La cita anterior nos revela que el sandinismo pretendía tener en la burguesía a un contrincante formidable en la lucha por el poder, lo cual no coincidía con la realidad; ya que la burguesía consciente de su derrota a lo único que aspiraba (como lo demuestran sus actitudes, documentos y discursos de la época) era a participar en los procesos decisivos al lado de todos los sectores sociales. Posteriormente la práctica demostraría que debido a su propia dinámica histórica, la burguesía no estaba dispuesta a aceptar un acuerdo en los términos ofrecidos por los comandantes y que de la misma manera que se había rebelado contra Somoza se rebelaría contra el sandinismo, puesto que las causas del conflicto seguían siendo las mismas frente al nuevo régimen.

Los primeros enfrentamientos entre la burguesía y el sandinismo han sido narrados por Sergio Ramírez²³ quien ha infundido a esas acciones un carácter fantástico. Estos acontecimientos son presentados por Ramírez en un escenario épico, donde una “vanguardia” idealizada, aplasta la cabeza de un temible dragón que representa a la burguesía. Dicha trama, más digna de un sociodrama Stalineano, que de un estudio político serio, ha sido sustituida en el presente ensayo por una perspectiva más objetiva, en la cual los diferentes sectores sociales de Nicaragua se enfrentan (en busca de participación) con una élite dominante (nomenclatura) en el contexto de un proceso acelerado hacia la concentración del poder.

La estrategia que el Frente Sandinista aplicó en sus relaciones con la clase empresarial nicaragüense siguió tres etapas sucesivas: debilitamiento económico, debilitamiento político y debilitamiento organizativo.

22. Jaime Wheelock, (entrevista con Martha Harnecker) *El Gran Desafío*, Ed. Nueva Nicaragua, Managua, 1983, p. 35.

23. Sergio Ramírez M. “Los Sobrevivientes del naufragio”, en *El Alba de Oro*, Ed. Siglo Veintiuno, México, 1983, pp. 219-241.

El debilitamiento económico requirió del establecimiento de un marco legal que permitiera continuar las confiscaciones (en un primer momento limitadas a los bienes de Somoza y sus allegados) y extenderlas a los bienes de los empresarios. Consecuentemente se procedió a suprimir el recurso de amparo al que tenían derecho los ciudadanos para protegerse de las medidas arbitrarias del gobierno. Luego se procedió a efectuar confiscaciones arbitrarias sujetas a los impulsos de las nuevas autoridades (las propiedades confiscadas, lejos de pasar a manos de los obreros y campesinos se constituyeron en patrimonio del Estado), las cuales estaban dirigidas en su mayor parte a afectar a medianos y pequeños empresarios. Con posterioridad se dictó un decreto contra la descapitalización, que imponía severas penas a aquellos que dejaban de invertir en sus negocios; sin embargo, el decreto fue sólo un recurso legal para expropiar e intervenir las empresas que el Frente Sandinista consideraba de importancia estratégica. Cuando el citado decreto agotó su potencial expropiatorio, se emitió la ley de ausencia que castigaba con la expropiación automática a las personas que se ausentaban del país por un período de seis meses. Al momento que estos mecanismos legales fallaban en su propósito expropiatorio, se inducía a las organizaciones de masas (ATC y CST) a apoderarse de las empresas.

Mediante el uso de las leyes y del despojo arbitrario se fueron acumulando los medios de producción en manos del Estado sandinista que, carente de la capacidad necesaria para administrar las empresas de Somoza, día a día hacía más evidente su ineptitud al agregársele el producto de las nuevas expropiaciones. En la actualidad, como consecuencia de esta acumulación de funciones productivas el Estado ha incrementado su participación en la generación del PIB de un 15% en 1977, a un 41% en 1980, para llegar a un 60% en 1985.²⁴

El debilitamiento político y organizativo del sector privado se efectuó por medio de una campaña constante de

24. Datos tomados del artículo, "La Economía Nicaragüense: un balance necesario", aparecido en la edición especial de la revista: *Pensamiento Propio*, No. 15, Julio, 1984, INIES, Managua, pp. 17-21.

desprestigio a través de los medios de comunicación. En tal campaña las protestas y demandas del sector privado, eran presentadas como intentos de la burguesía explotadora por recuperar el poder y regresar al pasado somocista. En una ocasión dentro de esa misma tónica, Daniel Ortega, miembro de la Junta de Gobierno y de la Dirección Nacional, llegó a expresar lo siguiente:

“Yo creo que el COSEP no representa ni a los grandes ni a los medianos ni a los pequeños empresarios. Esa cúpula del COSEP está formada por políticos que como empresarios no valen nada, aún en términos capitalistas, donde la gente se mide por su peso en oro, por sus acciones o por sus inversiones. La cúpula del COSEP no representa nada para la economía del país. Algunos son dueños de ferreterías, otros son empresarios que quebraron porque fueron incapaces de manejar sus propios negocios, otros son dueños de tiendas en el Centro Comercial Managua. Los grandes productores que sí tienen influencia en el curso de la economía del país, tienen un entendimiento hasta ahora normal con la Revolución”.²⁵

Las expresiones vertidas por Ortega guardan gran similitud en su contenido con lo que dijo Anastasio Somoza Debayle en la secuela de la Primera Convención del Sector Privado Nicaragüense (3 de marzo de 1974) en la cual se emplazó al dictador a dar respuestas a los acuciantes problemas políticos del momento. En esa oportunidad Somoza dirigiéndose a un grupo de campesinos expresó en su estilo demagógico:

“El mérito que tienen ustedes que no son niños de escritorio con concesiones para procesar aforos, que no son jóvenes que se sientan alrededor de una mesa para hablar de supuestos problemas y tratar de enseñar su plata en una convención como la que hubo en el Teatro Nacional. Yo quisiera que esos empresarios vinieran aquí donde se golpea el tacón y el calcetín en el lodo, donde se levantan a las cinco de la mañana para ordeñar las vacas, para que se den cuenta cuál es la verdadera iniciativa privada que existe en Nicaragua”.²⁶

25. Entrevista con Daniel Ortega, miembro de la JGRN, *Revista Amanecer*, Nos. 10-11, Junio-Julio 1982, Managua, p. 14.

26. Discurso de Anastasio Somoza Debayle en la inauguración de la empresa “Prolacsa”, Matagalpa, 11 de Marzo de 1974, aparecido en *La Prensa*, Managua, 12 de Marzo de 1974.

Esos reproches dirigidos contra el sector privado, tanto de parte del somocismo como de parte del sandinismo, encubre la naturaleza excluyente de ambos regímenes, que coinciden en negarse a reconocer la legitimidad de los reclamos de un importante y numeroso sector social que con todo derecho demandaba una cuota de participación en igualdad de condiciones con los otros grupos sociales en la conducción del país, lo cual es perfectamente compatible con un régimen democrático y con el ejercicio de una hegemonía relativa.

A la campaña de desprestigio en los medios de comunicación se añadieron el crimen político y la persecución de los dirigentes del sector privado. En septiembre de 1980 se produjo el asesinato del empresario Jorge Salazar, a la sazón presidente en funciones del COSEP. Víctima de una trama urdida al más alto nivel, Salazar fue abatido a balazos, “sorprendido” —según las fuentes oficiales del sandinismo— mientras transportaba armas para un complot contrarrevolucionario. Este crimen fríamente planificado, fue una clara advertencia a los empresarios del país, para que vieran en lo sucedido a Salazar la suerte que correría todo aquel que se atreviera a desafiar al régimen y a reclamar participación política. Esta acción fue acompañada de amenazas personales a los dirigentes empresariales en todo el país y de una movilización masiva en la plaza 19 de julio durante la cual Jaime Wheelock la justificó.

A fines de 1981 los dirigentes del COSEP enviaron una carta a la Dirección Nacional en la cual le señalaban que el abandono del programa original de gobierno y la violación constante del Estatuto Fundamental eran las principales causas de la difícil situación que enfrentaba el país. Un reclamo similar formuló coincidentemente la dirigencia del Partido Comunista de Nicaragua. La Dirección Nacional respondió enviando a prisión a empresarios y comunistas por el lapso de seis meses. Tomás Borge justificó la arbitrariedad del régimen afirmando que el Frente Sandinista era pluralista hasta en la cárcel.

Mientras eso sucedía, se emitieron leyes que prohibían el acceso directo de todas las organizaciones y asociaciones al

financiamiento externo, lo cual afectó grandemente los programas cooperativistas y de apoyo a la pequeña empresa, que impulsaba el Instituto Nicaragüense de Desarrollo (INDE), con recursos provenientes del Banco Interamericano de Desarrollo y de otras fuentes del financiamiento europeas y norteamericanas. Las prohibiciones afectaron por igual a todas las organizaciones intermedias. El gobierno alegó con posterioridad que esas medidas se tomaban para evitar que la CIA financiara a la contrarrevolución.

Imposibilitado de someter a los profesionales, el régimen se valió de un grupo de profesionales pertenecientes a la burocracia estatal para dividir a la Confederación Nacional de Profesionales (CONAPRO), que aglutinaba a la gran mayoría de los profesionales del país. La nueva organización fue bautizada con el nombre de CONAPRO Héroes y Mártires. Siguiendo la misma pauta se creó una asociación llamada Unión Nacional de Agricultores y Ganaderos (UNAG) y se estableció la colegiación obligatoria de los empresarios del ramo. Para forzar el ingreso a UNAG de los pequeños y medianos empresarios agrícolas (altamente dependientes del crédito bancario, así como del acceso a los insumos agrícolas, la maquinaria, los repuestos y la posesión de sus tierras), el Estado sandinista otorgó facultades plenas a los dirigentes de la UNAG para decidir a quién se le otorgaban esas facilidades y a quién se le negaban. En consecuencia, para realizar los trámites correspondientes era imprescindible tener un aval político de dicha organización.

En resumen, la política del Frente Sandinista con el sector privado remozaba dentro de un nuevo contexto la vieja política de Anastasio Somoza García, conocida en Nicaragua como la ley de las tres "P", cuyo enunciado establecía:

"Al amigo plata, al enemigo plomo y al indiferente palo".

La actuación del Frente Sandinista ha cosechado algunos éxitos y alcanzado en parte sus objetivos, que consisten en debilitar a las organizaciones empresariales hasta llevarlos al borde de su extinción, mediante el socavamiento de su legitimidad, la negación de los recursos financieros, la represión

a sus dirigentes y la creación de organizaciones paralelas. A pesar de todo, los medianos y pequeños empresarios y sus organizaciones continúan dando batalla en el interior de Nicaragua.

Finalmente, es preciso señalar que la cobertura ideológica elaborada por el sandinismo para justificar el despojo de los medianos y pequeños empresarios, sostiene la necesidad de concentrar los medios de producción en el Estado con el objeto de que el excedente generado beneficie directamente al pueblo y no quede en manos de los empresarios. Sin embargo, este argumento ha resultado ser una falacia, pues la crisis generalizada que vive el país ha reducido tanto la generación del excedente que éste apenas alcanza a satisfacer los apetitos consumistas de la nueva clase dominante, en detrimento de los sectores populares.

La “vanguardia” y los partidos políticos

Antes de iniciar este análisis se debe aclarar que en la historia de Nicaragua sólo han existido tres partidos políticos propiamente dichos: el Liberal Nacionalista (PLN), el Conservador de Nicaragua (PCN) y el Frente Sandinista (de reciente formación). El resto de los grupos políticos que han asumido el carácter nominal de partidos, con todo el respeto que se merecen, constituyen pequeños núcleos de políticos e intelectuales apoyados por reducidas clientelas populares que han carecido, en la mayoría de los casos, de la estructura, el arrastre y los recursos necesarios para transformarse en partidos de masas. No es por coincidencia que los tres partidos mencionados han sido los únicos que han ejercido el poder en la historia del país.

En el capítulo II de este ensayo se señala que durante el somocismo se instituyó un régimen bipartidista formal, constituido por el partido Liberal Nacionalista y el partido Conservador; mientras el resto de las organizaciones políticas que, incluso puede decirse tenían potenciales atributos para convertirse en verdaderos partidos (ejemplo: el partido Social

Cristiano) quedaban siempre al margen del juego político; pues la dictadura ni en sus momentos de mayor liberalidad, dio la mínima señal de ampliar el esquema. Precisamente la exclusión política, unida a la diversificación social fomentada por la modernización, provocó el surgimiento de la crisis y el subsecuente desborde de la actividad política hacia la subversión y la lucha armada.

Dado el largo período de exclusión política que habían padecido las fuerzas vivas del país, uno de los principales reclamos del pueblo nicaragüense a la caída de Somoza, fue el establecimiento de un sistema político pluripartidista que reconociera, en condiciones de igualdad a todos los partidos que habían participado en la lucha contra la dictadura, así como a los que surgieran posteriormente gracias a la dinámica revolucionaria. Al respecto el Estatuto sobre Derechos y Garantías de los Nicaragüenses, emitido el 21 de Agosto de 1979 por la Junta de Gobierno, en el artículo 25 establece:

“Todos los ciudadanos gozarán *sin restricciones* de los siguientes derechos:

- a) Organizar partidos o agrupaciones políticas, o formar parte de ellos;
- b) Participar en la dirección de los asuntos públicos directamente o por medio de representantes libremente elegidos;
- c) Hacer peticiones por escrito en forma individual y colectiva;
- d) Votar, ser elegido y tener acceso en condiciones generales de igualdad a las funciones públicas”.

Sin embargo, los esfuerzos de los legisladores se estrellaron con un lastre histórico que, aunque se creía superado para siempre iba a influir y estar presente en el curso de la historia reciente.

Durante la etapa insurreccional (1977-1979) el Frente Sandinista había logrado acumular fuerzas por medio de la realización de tres importantes maniobras políticas. La primera fue la formación del Movimiento Pueblo Unido (MPU), que consistía en una alianza de las agrupaciones de extrema izquierda integrada por el Frente Sandinista, el partido Comunista y una facción del partido Socialista. La segunda

maniobra fue la constitución del Grupo de los Doce, que por primera vez dio al Sandinismo una imagen aceptable ante los demás sectores, tanto nacionales como internacionales. Este acierto ha sido ilustrado en su exacta dimensión por Sergio Ramírez, quien afirmó desde su propia perspectiva lo siguiente:

“La estrategia propagandística de la dictadura y de los sectores tradicionales del país temerosos de un cambio demasiado radical, había sido la de presentar al Frente Sandinista como una organización marginal, minoritaria y terrorista incapaz de adquirir representatividad política o de funcionar como alternativa de cambio. La escogencia por parte del FSLN de un grupo de personas vinculadas a la vida pública del país, sacerdotes, empresarios, profesionales, intelectuales que aparecen dando su respaldo abierto a la lucha armada al producirse las acciones armadas de octubre (1978) es determinante en el cambio del panorama. El FSLN empieza a ampliar su rango de legitimidad entre las masas y empieza a ganar terreno entre los demás sectores del país, profesionales y empresarios, gente que si antes se mostraba escéptica frente a la posibilidad de la lucha armada, ahora comienza a apoyarla siguiendo al Grupo de los Doce”.²⁷

La tercera maniobra fue la creación del Frente Patriótico Nacional. Para conformarlo, el Grupo de los Doce se incorporó al Frente Amplio Opositor (FAO) (que aglutinaba a la mayoría de los partidos y organizaciones políticas del país de todo espectro nacional, que iba desde la izquierda hasta la derecha), para dividirlo y con algunos elementos sustraídos al FAO y unidos al MPU, los sandinistas integraron el Frente Patriótico Nacional (FPN). Sobre este tema Sergio Ramírez afirma:

“La separación del Grupo de los Doce del FAO en Octubre de 1978 derrota totalmente cualquier iniciativa de esos grupos tradicionales; y la creación del Frente Patriótico Nacional (FPN) en diciembre de 1978, que atrae a los grupos más consecuentes del FAO fundiéndolos en una sola organización con las agrupaciones populares del Movimiento Pueblo Unido (MPU) orientados por el FSLN, termina para siempre con la injerencia de estas organizaciones tradicionales en la conducción de la lucha política”.²⁸

27. Sergio Ramírez M., *El Alba de Oro*, obra cit., p. 82.

28. Ramírez, obra cit., pp. 83-84.

Las tres maniobras a las que nos hemos referido lograron el objetivo del sandinismo, consistente en polarizar las fuerzas políticas en los extremos representados por el Frente Amplio Opositor y el Frente Patriótico Nacional, en estos dos bloques se ubicaban las fuerzas políticas del país de acuerdo con la siguiente distribución:

En el Frente Amplio Opositor:

Partido Social Cristiano

Movimiento Liberal Constitucionalista

Partido Socialista Nicaragüense

Acción Nacional Conservadora

Central de Trabajadores de Nicaragua

Movimiento Democrático Nicaragüense

Confederación de Unificación Sindical

En el Frente Patriótico Nacional (FPN):

Frente Sandinista

Partido Popular Social Cristiano

Partido Liberal Independiente

Una facción del partido Socialista Nicaragüense

El Movimiento de Acción Popular marxista-leninista

Partido Comunista de Nicaragua.

Como resultado de las tres maniobras citadas, el sandinismo había logrado en primer lugar, estructurar un núcleo orgánico (el MPU) que asumió las tareas políticas de la movilización popular y la logística de la insurrección; en segundo lugar fijó una imagen pluralista con base en las calidades de los miembros del Grupo de los Doce; y en tercer lugar dividió a la oposición (el FAO) y logró acumular fuerzas en su favor. De esta manera el Frente Sandinista había reclutado a sus compañeros de viaje. En adelante, se encargó de ahondar las diferencias entre los proyectos políticos de ambos bloques (es decir del FAO y del FPN). Así, mientras el proyecto político del FPN era definido como un proyecto revolucionario, nacionalista, basado en un orden pluralista, de economía mixta y no alineamiento; el proyecto del FAO era definido como orientado a establecer un somocismo sin Somoza, vendido al imperialismo norteamericano y al capital transnacional y en

busca de una componenda que dejara intactas las estructuras de opresión y explotación.

En la realidad existían diferencias entre ambos proyectos, los cuales respondían a las distintas preferencias de los actores políticos. Sobre este tema Xavier Zavala, ex dirigente del Frente Amplio Opositor (FAO), ha manifestado:

“El FAO luchaba por el derrocamiento de Somoza con el objeto de sustituir a la dictadura por un gobierno democrático inspirado en el modelo occidental, es decir, un régimen de poderes compartidos con tanta sociedad civil como fuera posible y tanto Estado como fuera necesario, en donde pudieran coexistir la justicia social y las libertades públicas, que comprendiera el establecimiento de un régimen pluripartidista, una economía mixta y no alineamiento en política exterior; en donde las autoridades fueran elegidas por el voto popular directo y que diera impulso a la reconstrucción nacional y beneficiara a las clases desposeídas mediante políticas redistributivas. Desde ningún ángulo este proyecto puede ser considerado como un somocismo sin Somoza.

Por su parte el Frente Sandinista a pesar de la careta que se había puesto con el Grupo de los Doce y sus repetidas adhesiones al pluralismo, la economía mixta y el no alineamiento en la realidad actuaba con base en una agenda oculta, que muchas veces se hacía evidente. En el fondo yo sabía que eran extremistas radicales que buscaban implantar una dictadura totalitaria, vaciada en el modelo cubano y que, además le hacían el juego a los soviéticos.

Cuando el Frente Sandinista fracasó en el FAO al intentar imponer un proyecto político, decidió romper con el FAO, comenzó a acusarlo de entreguista y decidió crear el Frente Patriótico. Luego del rompimiento con el Frente en Octubre de 1978, el FAO siguió buscando la unidad de la oposición y le propuso al Frente Sandinista una reunión pública en la que participaran todos los sectores del país, con el objeto de ponerse de acuerdo en cómo debía ser la nueva Nicaragua. Para esta reunión el FAO estaba dispuesto a realizarla en cualquier parte. Una vez logrado un acuerdo entre las diversas fuerzas, ellos quedaban libres para escoger sus métodos de lucha. Finalmente el Frente Sandinista se opuso a la realización de esa reunión”.²⁹

La cita anterior nos demuestra la existencia de un aparente proyecto revolucionario sustentado por el Frente Sandi-

29. Conversaciones personales con Xavier Zavala Cuadra.

nista y el FPN y un proyecto reformista impulsado por el Frente Amplio Opositor (FAO). La insurrección de Mayo de 1979 encontró a los políticos nicaragüenses y a los partidos divididos, entre los que apoyaban al Frente Sandinista y los que buscaban una salida política que le sirviera de contrapeso pues ya había logrado alcanzar gran prominencia. En ese sentido durante la “ofensiva final” (julio 1979) los dirigentes del FAO, bajo los auspicios del Presidente de Venezuela, Luis Herrera, convocaron a una reunión a todas las fuerzas antisomocistas, incluido el Estado Mayor del Frente Sandinista y la Dirección Nacional. Esta reunión debía celebrarse en Caracas a fin de unificar criterios en cuanto al esquema que habría de sustituir al somocismo y buscar una salida política a la situación, que amenazaba desembocar nuevamente en un impase. La reunión de Caracas no llegó a realizarse debido a que la administración norteamericana representada por el enviado especial del Presidente Carter pactó directamente con el Frente Sandinista la salida de Somoza, con base en la integración de una Junta de Gobierno que incorporaría a elementos moderados como Alfonso Robelo y Violeta de Chamorro, y la formación de un gabinete pluralista. Por otro lado, se imponía la reestructuración de la Guardia Nacional que debía ser limpiada de sus elementos nocivos e incorporados en sus filas miembros del Frente Sandinista. Todo ésto (aunque ahora lo nieguen) fue aceptado por el Frente Sandinista con el objeto de hacerse con una importante cuota de poder y continuar la lucha desde adentro. El desplome de la Guardia Nacional y el control que el sandinismo llegó a ejercer en las nuevas estructuras militares confirmó una vez más, la validez de la célebre máxima de Mao, según la cual “el poder sale de la boca del fusil”.

Una vez roto el equilibrio dentro de las fuerzas antisomocistas a favor del sandinismo, todos los actores políticos quedaron subordinados a sus designios, con el agravante de que el Frente Sandinista, dada su concepción leninista y su configuración de vanguardia revolucionaria, no aspiraba a establecer una hegemonía relativa que permitiera cierta autonomía a las otras expresiones políticas, sino, por el contrario buscaba implantar una hegemonía absoluta que a mediano

plazo excluiría al resto de esas organizaciones políticas. Es decir, iría dejando a lo largo del camino a sus compañeros de viaje.

De este modo, una vez con los medios de poder en sus manos, el sandinismo decidió unilateralmente alterar la composición original del Consejo de Estado (órgano legislativo del Gobierno Provisional) que establecía un balance de fuerzas entre las organizaciones políticas, para ello procedió a incorporar a organizaciones ad-hoc que respondían directamente al Frente Sandinista. La composición original del Consejo de Estado establecía, de acuerdo con el Estatuto Fundamental, una representación equitativa de 13 miembros para el Frente Patriótico y 13 para el Frente Amplio Opositor. La reforma al Estatuto, efectuada el 16 de Abril de 1980 según el decreto No. 374, cambió por completo el balance de fuerzas al asignar 32 representantes para el Frente Sandinista y sus aliados y 15 representantes para las organizaciones del FAO. La alteración del compromiso de mantener un balance en el Consejo de Estado y el incumplimiento de los acuerdos de Costa Rica; trajeron como consecuencia la llamada "Crisis de Mayo", en la que se inscriben las renunciaciones de dos miembros de la Junta de Gobierno, Alfonso Robelo y Violeta de Chamorro.

Una vez superada la crisis de Mayo con la incorporación de Rafael Córdoba, miembro del Partido Conservador, y don Arturo J. Cruz, ex miembro del Grupo de los Doce, la situación en la arena política tendió a polarizarse en dos grandes núcleos, por un lado el Frente Sandinista y los partidos que le daban apoyo, reunidos en el Frente Patriótico de la Revolución (versión actualizada del FPN); y el por el otro los partidos políticos democráticos, las centrales sindicales independientes y las organizaciones de la empresa privada que se oponían al Frente Sandinista y se habían agrupado en la Coordinadora Democrática Nicaragüense. Otros grupos de menor relevancia, de tendencias ultraradicales como el Partido Comunista, se mantuvieron en la oposición al sandinismo desde las posiciones de la ultraizquierda.

Al iniciarse el año 1984 el Frente Sandinista se vio obligado, más que todo por el cambio en la coyuntura inter-

nacional, a iniciar un proceso electoral cuyos alcances y motivaciones fueron expuestos claramente por Bayardo Arce miembro de la Dirección Nacional, en los términos siguientes:

“Es conveniente para nosotros convocar a elecciones y quitarle a la política norteamericana uno de los factores justificados de agresión contra Nicaragua. Porque los otros dos factores para nosotros es imposible de concederlos. El imperialismo nos pide tres cosas: que abandonemos el internacionalismo; que abandonemos nuestros vínculos estratégicos con la Unión Soviética y la comunidad socialista y que seamos democráticos.

Nosotros no podemos dejar de ser internacionalistas ni dejar las relaciones estratégicas sin dejar de ser revolucionarios. Esto no entra en ninguna consideración, pero los aspectos superestructurales, “la democracia” como le llaman, la democracia burguesa, tiene un elemento que podemos manejar, que le podemos sacar incluso, elementos positivos para la construcción del socialismo en Nicaragua.

Esos elementos positivos son la elaboración de la nueva Constitución. Eso es lo más importante, porque nos va a permitir plasmar los principios jurídicos y políticos para la construcción del socialismo en Nicaragua; entonces, utilizando un instrumento que reivindica la burguesía se desarma a la burguesía y nos permite neutralizar la agresividad del imperialismo y por otro lado nos da un instrumento para avanzar en nuestra revolución”.³⁰

Al iniciarse el proceso electoral que tendría lugar en Noviembre de 1984, la actividad política reveló serias tensiones en el interior del Frente Patriótico de la Revolución (FPR). Como resultado de ellas el Partido Liberal Independiente (PLI) abandonó el FPR en una actitud de marcada desaveniencia con el Frente Sandinista y asumió al mismo tiempo, una posición crítica ante su gestión gubernamental. Sobre ese punto el presidente del PLI, Virgilio Godoy, ha dado la siguiente explicación:

“A la vuelta de casi cinco años creemos que fuimos un poco románticos al creer que el FPR funcionaría, pues al final, de las cuatro organizaciones (que lo conformaban) una sola era la que controlaba y controla el poder. Las demás, por su carácter peri-

30. Conferencia de Bayardo Arce miembro de la Dirección Nacional del Frente Sandinista ante el Comité Central del Partido Socialista Nicaragüense, Mayo de 1984.

férico, no podían establecer un balance adecuado en una relación de alianzas.

Al comienzo hubo un compromiso inicial para fortalecer a todas las organizaciones participantes del FPR, pero este se vio entrabado al reservarse para sí una de las organizaciones, el FSLN todo el espacio. Nosotros podíamos hacer trabajo sólo al interior de nuestra propia casa. Mientras el espacio exterior quedaba en manos del partido en el poder. Esto se agravó después del dictado el Estado de Excepción, quedando el FPR en una situación de invernación o de congelamiento. Nosotros planteamos entonces, desde hace aproximadamente dos años, la necesidad de redefinir al FPR, pero no pareció haber interés por parte del FSLN".³¹

Críticas en este mismo sentido fueron expresadas por el más leal de todos los aliados del sandinismo dentro del FPR, el Partido Socialista Nicaragüense, a través de su dirigente Luis Sánchez Sancho, quien ha manifestado lo siguiente:

"Existen inconsecuencias en el manejo de la política de alianzas. Nosotros creíamos que era necesario concertar una alianza con el Frente Sandinista como fuerza de vanguardia, pero manteniendo cada organización su propia identidad; en cambio, el Frente nos planteaba que nos disolveríamos. Es algo parecido desde el punto de vista formal a lo que está ocurriendo ahora y que ha impedido concertar una alianza de las fuerzas revolucionarias para las elecciones del 4 de Noviembre".³²

La opinión del Partido Comunista también resulta reveladora en este mismo sentido, si se toma en cuenta lo dicho por su dirigente Alan Zambrana, quien manifestó:

"Desde luego los comunistas somos adversarios del hegemonismo problema clave en la relación con el FSLN y uno de los problemas por los cuales el Partido Comunista no pudo tomar parte en el Frente Patriótico de la Revolución. En ese sentido es justificable la salida del PLI de ese organismo".³³

Las citas anteriores revelan que, lejos de tratarse de una verdadera alianza de partidos revolucionarios, en donde sus

31. Virgilio Godoy, "Romper la polaridad", en *Pensamiento Propio*, Ed. INIES, Managua, No. 13, Abril de 1984, p. 10.
32. Luis Sánchez Sancho, "No hay revolución perfecta", en *Pensamiento Propio*, Ed. INIES, Managua, No. 14, Mayo/Junio de 1984.
33. Allan Zambrana, "Rechazamos los condicionamientos", en *Pensamiento Propio*, INIES, Managua, No. 13, Abril de 1984, p. 8.

miembros participan al menos de una forma consultiva en la toma de las decisiones que afectan al proceso revolucionario, el FPR constituía una mera fachada destinada a proyectar una imagen pluralista del Frente Sandinista, así como una forma de adormecer y cooptar a los partidos miembros sin que estos tuvieran menor influencia para fijar el rumbo de la revolución. El problema fundamental consistía, en que el Frente Sandinista no era capaz de establecer relaciones horizontales con sus supuestos aliados, sino solamente relaciones verticales de subordinación y de hegemonismo absolutos.

Al ingresar el proceso electoral en su fase definitiva y optar la Coordinadora Democrática Nicaragüense (CDN) por la abstención, el Frente Sandinista estimuló a sus antiguos aliados del FPR a tomar actitudes críticas y beligerantes en su contra, con el objeto de crear de manera artificial una oposición controlada, con lo cual se reprodujo aunque en una forma más compleja, el antiguo esquema somocista que el pueblo nicaragüense bautizó con el nombre del “zancudismo”, con que se definía la colaboración de una facción del Partido Conservador con la dictadura.³⁴ Dicha facción se prestaba al juego del somocismo a cambio de prebendas y cargos públicos para sus integrantes. La participación del Partido Conservador en los comicios permitía a Somoza proyectar una imagen democrática hacia el exterior.

Por su parte los partidos aglutinados en la Coordinadora Democrática Nicaragüense (CDN), al anunciarse el proceso electoral escogió como candidatos a la presidencia y vicepresidencia a Don Arturo J. Cruz, antiguo miembro de la Junta de Gobierno, y al Lic. Adán Fletes Valle, dirigente del Partido Social Cristiano, respectivamente. Con posterioridad y en vista de la falta de un ambiente propicio para las elecciones y la decisión del sandinismo de no jugarse el poder, según

34. El zancudismo es un vocablo acuñado por el pueblo nicaragüense para referirse de manera despectiva a la relación que existía entre el Partido Conservador y el Gobierno somocista; en dicha relación los conservadores le hacían el juego a la dictadura a cambio de jugosas prebendas y 1/3 de cargos burocráticos de la administración pública. La dictadura sacaba provecho de esta situación en el sentido que le permitía cobijarse con el manto de una democracia de apariencia para consumo externo. En la fantasía popular el aquelarre conservador somocista se asimilaba a la acción del mosquito que chupa la sangre de su víctima.

expresión de sus líderes, la CDN emitió un documento titulado "Un paso hacia la democracia — Elecciones Libres", en el cual se señaló que las elecciones para que fueran libres requerían de previo la existencia de un clima de plena libertad y garantía de los derechos ciudadanos. Con el objeto de establecer ese clima se solicitó el cumplimiento de los requisitos siguientes:

1. Separación del Estado-partido.
2. Derogación de las leyes violatorias de los Derechos Humanos.
3. Suspensión del Estado de Emergencia.
4. Ley de Amnistía.
5. Respeto a la libertad de culto.
6. Libertad sindical.
7. Autonomía del Poder Judicial.
8. Ley de Amparo con dimensión de recursos de inconstitucionalidad.

Con base en estos ocho puntos, los partidos miembros de la Coordinadora Democrática negociaron su participación en el proceso electoral. Esas negociaciones tuvieron su punto culminante en las conversaciones de Río de Janeiro, realizadas en Septiembre de 1984, con la participación de la Internacional Socialista como mediadora y garante; pero la iniciativa culminó en un fracaso por la negativa del Frente Sandinista a otorgar las garantías mínimas para unas elecciones limpias. En consecuencia, los partidos de la CDN, al no inscribirse en el Consejo Nacional de Elecciones según lo prescribía la ley electoral y de partidos, decretada por el sandinismo, fueron privados de la personería jurídica y del derecho a expresarse públicamente como partidos políticos.

Los resultados de las elecciones dieron por supuesto, una victoria aplastante al Frente Sandinista sobre sus hipotéticos adversarios; de manera que el poder constituyente quedó integrado por una abrumadora mayoría de miembros del Frente Sandinista, que ascienden al 70% de los escaños, el resto fue repartido entre seis grupos políticos minoritarios, entre los cuales destacan el Partido Liberal Independiente, el

Partido Conservador Demócrata y el Partido Comunista. Los dos primeros partidos sufrieron serias escisiones en sus filas como consecuencia de haber participado en las elecciones, por lo que llegaron a las urnas con escaso caudal político. Con posterioridad la prepotencia del Frente Sandinista en las deliberaciones sobre la nueva Constitución, han sido fuentes de fricciones y enfrentamientos entre el partido gobernante y sus aliados, quienes reiteradas veces han amenazado con retirarse de la Asamblea Constituyente.

En los últimos tiempos el principal problema con el que se ha enfrentado el Frente Sandinista en el área de la política interna, ha sido el de poder fabricar un adversario que acepte su hegemonía absoluta y las reglas de su propio juego y que al mismo tiempo tenga alguna credibilidad internacional que le permita manejar su imagen exterior y, en menos escala, que sirva de válvula de escape a las disidencias internas. En ese sentido al momento de las elecciones pensaron que Arturo J. Cruz podría representar el papel de opositor con credibilidad y que aceptaría convertirse en lo que el pueblo llamó “el zancudo de oro”; sin embargo, al negarse Cruz a participar en las elecciones como candidato de la CDN, el Frente Sandinista concentró sus esfuerzos en Virgilio Godoy y en el Partido Liberal Independiente.

En conclusión: la concentración de las decisiones y de la actividad política en el seno de la Dirección Nacional del Frente Sandinista, la existencia de una alianza espúrea dentro del Frente Patriótico de la Revolución, la irrelevancia de los grupos políticos que se oponen al sandinismo y que van desde el oportunismo hasta la ultraizquierda, y la exclusión de los partidos miembros de la Coordinadora Democrática Nicaragüense de la actividad política, han producido el surgimiento de un modelo excluyente que en la forma se presenta más complejo que el modelo somocista, pero que en el fondo repite el mismo esquema de “coopción sin participación”. En última instancia la necesidad de una oposición con credibilidad sólo tiene importancia para el Frente Sandinista en la medida que le permita proyectar una imagen de pluralismo y democracia hacia el exterior. En síntesis, el “zancudismo”

somocista no ha sido superado en el sistema político sandinista y la exclusión política continúa siendo una de sus principales características.

La "vanguardia" y los sindicatos

Los sindicatos que agrupan a los trabajadores nicaragüenses, en su gran mayoría surgieron durante la dictadura somocista con la finalidad de impulsar las reivindicaciones económicas, políticas y sociales del sector laboral.

En el momento del derrocamiento de Somoza existían seis centrales sindicales que compartían la representación de la clase obrera organizada, cada una de ellas influenciada por una ideología e identificada con un partido político. Consecuentemente, la Conferederación General del Trabajo Independiente (CGTI) y la Central de Acción y Unidad Sindical (CAUS), de ideología marxista-leninista se identificaban, la primera con el partido socialista y la segunda con el partido comunista; el Frente Obrero (FO) de tendencia maoista, estaba adscrito al Movimiento de Acción Popular, marxista-leninista; la Confederación de Unificación Sindical (CUS) de ideología social-demócrata, con simpatías para los movimientos de la misma índole; la Central de Trabajadores de Nicaragua (CTN), de ideología social cristiana y relacionada con el partido de ese nombre; y la Federación de Trabajadores de la Salud (FETSALUD), que no manifestaba orientación ideológica definida.

El hecho que la mayor parte de las ideologías del espectro político estuvieran presente en las organizaciones sindicales, demuestra la existencia del pluralismo ideológico dentro de la clase obrera nicaragüense. Se debe señalar también que ninguna de estas centrales sindicales tuvo nexos orgánicos con el Frente Sandinista en el momento de la lucha antisomocista, aunque sí hubo colaboración de parte de ellas. Sobre este punto, Allan Zambrana, dirigente de la Central de Acción y Unidad Sindical, afirma:

"Nuestras relaciones con el Frente Sandinista se dan más bien en la práctica que sobre bases programáticas. El Frente Sandinista

no tenía relaciones con el movimiento obrero, puesto que centró su actividad particularmente en la lucha guerrillera en la montaña. Nosotros entramos en contacto con representantes sandinistas, pero por sus calidades individuales, cuando nos integramos a la Comisión de Derechos Humanos en la que figuraban también personeros de la burguesía”.³⁵

Sobre este mismo aspecto Luis Sánchez Sancho de la Confederación General de Trabajadores (CGTI) expresó:

“Hubo momentos de agudos confrontamientos ideológicos y otros de colaboración. Nosotros teníamos algunas ventajas. Nuestros vínculos con el movimiento de masas, con el trabajo legal nos permitía ofrecerle al Frente Sandinista cierta cobertura, protección física e incluso cuadros; todo ello luchando por hacer valer los principios que cada organización consideraba más consecuentes en cada momento”.³⁶

A partir del 19 de julio de 1979, las relaciones entre el Frente Sandinista y las centrales obreras manifiestan una fuerte tensión. Por su parte, el Frente Sandinista trató de unificar a los trabajadores en una sola organización sindical que respondiera a sus directrices; por otro lado, las centrales sindicales reivindicaban el derecho a la identidad ideológica y a la autonomía organizativa, en tanto que apoyaban la creación de formas de colaboración entre ellas, orientadas a la integración de los esfuerzos destinados a beneficiar a la clase obrera en su conjunto. Esta contradicción resume los enfrentamientos recientes entre la “vanguardia” y las organizaciones de los trabajadores en la época post-revolucionaria.

La ortodoxia predominante en la Dirección Nacional no permitía a sus miembros aceptar que en una sociedad que había iniciado la supuesta transición al socialismo, la clase obrera se encontraba disgregada, permeada por el diversionismo ideológico y fuera del control directo de la que se suponía era su vanguardia. Desde esa perspectiva, la dirigencia sandinista contemplaba como rivales en la conducción de los trabajadores, a los antiguos líderes sindicales. Ello resultaba especialmente inaceptable sobre todo cuando la dirigencia

35. Allan Zambrana, obra cit., p. 8.

36. Luis Sánchez Sancho, obra cit., p. 12.

comunista de la CAUS emprendió en los días posteriores a la caída de Somoza, una campaña masiva tendiente a organizar nuevos sindicatos en las empresas confiscadas a Somoza y a sus allegados.

El sandinismo respondió con un vigoroso esfuerzo para unificar a los obreros en una sola organización sindical con carácter nacional. Para ello creó la Central Sandinista de Trabajadores (CST), (creada el 26 de julio de 1979), y la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC) que nominalmente existía desde mediados de 1978. Estos organismos serían empleados en adelante para poner a los sectores obreros y campesinos bajo el control del Frente Sandinista y, al mismo tiempo, desarticular a las centrales sindicales independientes.

El Frente Sandinista, por medio de la CST y la ATC y haciendo uso de los recursos públicos, se dedicó a organizar sindicatos en todo el país a los cuales obligaba a aceptar *velis nolis* las nuevas estructuras oficialistas; al mismo tiempo trató de minar la confianza de los trabajadores en sus antiguas organizaciones negándoles la personería jurídica a los nuevos sindicatos. El Ministerio del Trabajo bloqueó las gestiones emprendidas por las centrales sindicales independientes, para demostrarles a los trabajadores de qué lado se encontraba el poder; al mismo tiempo la propaganda oficial atribuía a las nuevas organizaciones sandinistas, supuestos éxitos y beneficios conquistados por los trabajadores en el terreno laboral. Se completó la labor con la infiltración de las centrales independientes con el fin de provocar problemas internos y divisiones.

A pesar de las maniobras y presiones, las centrales sindicales independientes adoptaron entre 1979 y 1981, una política de apoyo al Frente Sandinista, la cual fue justificada por los dirigentes con el argumento de que se debía apoyar el proceso de "transición al socialismo". Pero, cuando a fines de 1981 los sectores obreros empezaron a resentir la excesiva carga de sacrificios que se les imponía, los dirigentes sindicales cuestionaron el rumbo que se le imprimía a la revolución, la cual, según ellos, se dirigía hacia un capitalismo de Estado, que sustituiría la explotación de Somoza y la burguesía, por

la explotación del Estado.³⁷ Entonces la Dirección Nacional prohibió a los dirigentes sindicales toda crítica al proceso y los acusó de ser pro-capitalistas y aliados al imperialismo. Más adelante, al evidenciarse las incoherencias y contradicciones de la política sandinista que negaban el modelo revolucionario original, aún las mismas organizaciones sindicales de ideología marxista-leninista reclamaron a la vanguardia por su falta de definición y compromiso revolucionario. Yendo todavía más lejos, el Partido Comunista y la Central de Acción y Unidad Sindical (CAUS), quienes en su segundo congreso celebrado en julio de 1984, atacaron abiertamente al Frente Sandinista alegando que:

“En la situación extrema que vive Nicaragua y disponiendo el FSLN de todo el poder en sus manos, era lógico esperar que la Revolución tomara el camino de las profundas transformaciones sociales. Pero no fue así. El Gobierno de Reconstrucción Nacional relegó a último término la atención del Area Propiedad del Pueblo, se ocupó de aparentar rápida “efectividad”, “desarrollo” y “bonanza”, y se dedicó a reactivar empresas privadas. . . cuando el país y el pueblo urgían de la revolución social y no de las falsas apariencias y remiendos. . .

En vez de proceder a la reforma agraria revolucionaria, expandir y desarrollar el Area Propiedad del Pueblo y con todos los recursos a su alcance impulsar la producción estatal la JGRN se consagró a solicitar nuevos empréstitos al imperialismo para reactivar las empresas capitalistas. En tanto se agudiza cada día más la profunda crisis económica, política y social que azota a Nicaragua, los trabajadores sufren las dramáticas consecuencias de la desocupación crónica y creciente. . .

El socialismo resuelve de raíz los cardinales problemas económicos, sociales y políticos de las grandes masas populares. El socialismo no reparte miseria, distribuye riquezas.

El socialismo no se decreta. Al socialismo se llega avanzando por etapas que responden a grados sucesivos de un largo y escabroso proceso de realizaciones.

La clase obrera es la clase social capaz en absoluto de transformar revolucionariamente el orden capitalista y en su lugar y sobre sus

37. Estos argumentos se encuentran en los documentos de las centrales sindicales independientes en especial en el “Mensaje a los trabajadores y al pueblo de Nicaragua en el 19 aniversario de la Central de Trabajadores de Nicaragua” (CTN). Boletín oficial de la CTN, mayo de 1982; y en las resoluciones del Segundo Congreso del Partido Comunista Nicaragüense celebrado en Junio de 1984.

ruinas construir la sociedad comunista. Y nadie puede sustituir a la clase obrera para gobernar en su nombre.

Se ha demostrado que los tutelajes caudillescos y las imposturas de individuos carreristas niegan por completo la construcción del socialismo.

Hay una diferencia abismal entre el "socialismo" híbrido, entumecido, deformado y parasitario con el socialismo proletario, es decir: con el socialismo científico.

Para los comunistas es odioso que alguien pretenda "endiosarse" o ubicarse por encima del Partido, de la clase obrera y de las masas populares.

El socialismo es producto sólo del poder político de la clase obrera y jamás de la dictadura personal de ningún caudillo o camarilla".³⁸

Los párrafos citados revelan que la crítica comunista estaba dirigida al corazón del proyecto sandinista, puesto que cuestionaba su gestión gubernamental, así como el carácter y la legitimidad de la "vanguardia".

Mientras esto sucedía, la Central Sandinista de Trabajadores (CST) y la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC) continuaban creciendo aceleradamente. Según cálculos oficiales de 1983 la CST contaba ya con 504 sindicatos y 111.498 afiliados; por su parte, la ATC tenía 480 sindicatos y 40.000 afiliados.³⁹ Las centrales independientes por el contrario, permanecían estancadas o se debilitaban al perder a algunos de los sindicatos afiliados. La Federación de Trabajadores de la Salud (FETSALUD) fue intervenida directamente por el Frente Sandinista, su antigua dirigencia expulsada y sustituida con personal adicto al partido gobernante.

De manera simultánea, los derechos y las conquistas alcanzadas en el pasado por la clase obrera a costa de muchos sacrificios, fueron paulatinamente abolidos, los contratos colectivos quedaron sin efectos y las prestaciones sociales, que la retórica oficial presentaba como aspiraciones economicistas y pequeño-burguesas de los trabajadores, reducidas a su mínima expresión.

38. Partido Comunista de Nicaragua. "Documento del Segundo Congreso del Partido, Managua, 1, 2 y 3 de Junio de 1984, Ed. especial, pp. 40, 41, 42, 58 y 59.

39. Datos tomados de la publicación del CIERA titulada: "La democracia participativa en Nicaragua", Managua, 1984, pp. 44-45.

Se establecieron cuatro instrumentos legales cuya aplicación fue similar al de una camisa de fuerza impuesta al proletariado; ellos fueron, la ley de emergencia, las reformas al Código de Trabajo, el reglamento para el funcionamiento de las milicias populares y la ley del servicio militar obligatorio.

Con base en las leyes de emergencia y orden público, se emitió el 22 de diciembre de 1981 la ley de suspensión del derecho de huelga, que prohíbe todo paro de actividades en las empresas estatales y privadas. A partir de entonces la huelga ha sido utilizada por el Frente Sandinista como un instrumento de sometimiento por medio de los sindicatos oficialistas para apoderarse de las empresas privadas consideradas estratégicas, o para desarticular a los sindicatos independientes que no se sometieran a los designios del régimen.

Las reformas al Código de Trabajo confirieron al Ministerio del Trabajo facultades omnímodas para resolver los conflictos laborales. A través de ellas los salarios fueron congelados y las prestaciones sociales suprimidas. El Estado pudo intervenir directamente en la negociación de los convenios colectivos al establecerse en el código la participación y aprobación de las autoridades laborales de dichas negociaciones, con lo cual la administración se transformó en juez y parte. Las reformas confieren al Ministerio del Trabajo la representación del Estado empresario y de los trabajadores, usurpando esa función a los sindicatos. Se han establecido una serie de obstáculos a la libertad de asociación y organización sindical destinados a retener e impedir la inscripción de los sindicatos independientes.

Por su parte el reglamento sobre el funcionamiento de las milicias populares y la ley del servicio militar obligatorio, sirven para someter a los obreros y campesinos a un fuero militar especial, por el cual su identidad y sus actividades laborales quedan determinadas por su pertenencia a dichas organizaciones militares, que exigen de los reclutas lealtad y disciplina incondicionales. El reclutamiento militar ha sido utilizado para debilitar y destruir a los sindicatos independientes, pues se aplica con más rigor en los sectores y empresas en donde éstos tienen la mayoría de sus afiliados.

La aplicación de este conjunto de leyes ha servido para subordinar totalmente a los trabajadores al Frente Sandinista, el cual ha superpuesto sus propios intereses de élite gobernante a los intereses del proletariado; a la vez que paradójicamente se presenta como la vanguardia que impulsa la transformación revolucionaria de la sociedad nicaragüense hacia un Estado de obreros y campesinos.

Las enérgicas acciones del sandinismo para organizar e incorporar a los trabajadores en las estructuras sindicales partidarias, han logrado sus objetivos. Sin embargo, tanto la CST como la ATC, lejos de convertirse en verdaderas organizaciones sindicales que defienden con fidelidad los intereses de sus afiliados, constituyen tan sólo un aparato transmisor de órdenes al servicio de la Dirección Nacional, sin ninguna autonomía frente al Estado y el partido. De hecho funcionan como instrumentos de poder y de control político.⁴⁰

A pesar de los progresos que el sandinismo ha logrado con la ATC y la CST, el objetivo último de crear una sola organización sindical, parece estar lejos de alcanzarse. Las centrales sindicales independientes se resisten a fundirse con las organizaciones sindicales partidarias, y resulta significativo el hecho de que ante una iniciativa del Frente Sandinista en 1981, para lograr estructurar la Central Unica de Trabajado-

40. Se debe aclarar que esta crítica no está dirigida hacia el nacimiento de nuevas organizaciones sindicales o civiles de todo tipo con arraigo auténtico en las bases sociales del país, lo cual es parte del proceso democrático, en el sentido que desarrolla a la sociedad civil. Esta crítica va dirigida a la falacia sandinista que trata de presentar a estos adesios (ATC, CST, etc.) como producto de la voluntad popular y destinados a construir un consenso desde abajo; cuando la realidad demuestra que dichas organizaciones son meros mecanismos de poder, manipulados y controlados por la dirigencia del partido sandinista y cuya función real es la de ser instrumento de imposición dentro de una maquinaria dictatorial. Esta crítica ha sido compartida (en forma velada) incluso por Orlando Núñez director del Centro de Investigaciones y estudios de la Reforma Agraria y uno de los principales ideólogos del sandinismo, quien al referirse a la creación de los "organismos de masas" afirma: "Eso lleva a enfrentamientos complejos, ya que por muy popular que estas formas democráticas (se refiere a los organismos de masas y demás instituciones de la "democracia sandinista") sean y parezcan, y por mucho que respondan a los intereses más sentidos de los explotados y oprimidos, su aceptación por los trabajadores no es siempre fácil dado el atraso cultural heredado, y su implementación no está exenta de excesos y deformaciones que pueden crear tendencias hacia el fortalecimiento de las decisiones tomadas verticalmente, en detrimento de la participación y la gestión popular. CIERA, "La Democracia Participativa en Nicaragua", p. 15.

res, la Central de Trabajadores de Nicaragua (CTN), respondiera con una contrapropuesta encaminada al establecimiento de una alianza de todos los trabajadores basada en los puntos siguientes:

- 1) Autonomía e independencia efectiva de las organizaciones sindicales frente al Estado, los partidos y la empresa privada.
- 2) Que la conducción de la organización quede en manos de los dirigentes de los trabajadores.
- 3) Que la unidad debe ser con base en una alianza en la que cada organización conserve su propia estructura orgánica y no con base en la integración en una sola estructura o central única. A fin de compartir experiencias y trabajos concretos que beneficien a los trabajadores y al pueblo en general.⁴¹

El Frente Sandinista rechazó la propuesta; no obstante, los sectores sindicales ideológicamente afines al sandinismo entraron en componendas con el régimen para sobrevivir. La componenda desembocó en la aparición de una nueva organización llamada Coordinadora Sindical de Nicaragua (CSN) que es definida por los sectores oficialistas como “un esfuerzo para trabajar en la unidad del movimiento obrero y la construcción de una central sindical única”. En ella participan la CST, la ATC, FETSALUD, la CAUS, el FO, y la CGTI.

Por su parte, la Central de Trabajadores de Nicaragua (CTN) y la Confederación de Unificación Sindical (CUS) permanecen fuera del esquema oficialista soportando las embestidas del régimen, que no escatima oportunidad para aplicar una represión selectiva y encubierta, por medio de los organismos de seguridad y las fuerzas de choque (turbas) que se encargan de perseguir a los dirigentes, infiltrarse en los sindicatos para dividirlos y asaltar y destruir sus instalaciones físicas. Mientras tanto, los medios de comunicación persisten en una campaña de desprestigio e injurias contra ambas organizaciones.

41. CTN: Mensaje a los trabajadores y al pueblo de Nicaragua en el 19 aniversario de la Central de Trabajadores de Nicaragua, Boletín oficial, Mayo de 1982.

La vanguardia y los medios de comunicación

El Frente Sandinista se propuso controlar los medios de comunicación y para ello recurrió a tres maniobras sucesivas. Por la primera se apoderó de los medios pertenecientes a Somoza y sus allegados; por la segunda intentó apropiarse de los que pertenecían a propietarios privados; y la tercera consistió en someter a una estricta censura a los que no pudo controlar directamente. De esta manera, el Estado sandinista posee el monopolio de los medios de comunicación de Nicaragua.

El caso del diario La Prensa ilustra en términos concretos la metodología sandinista. Pedro Joaquín Chamorro Barrios, subdirector del mencionado rotativo, explicó en cierta ocasión la forma en que el Frente Sandinista ha tratado de controlar a La Prensa con la utilización de los siguientes procedimientos:

- “1) Control desde adentro mediante el apoyo a un sindicato que gradualmente vaya copando todos los centros vitales del medio.
- 2) Presión económica vía boicot de los anuncios oficiales y discriminación en la asignación de divisas para importación de insumos.
- 3) Control vía leyes represivas que pueden llevar al cierre temporal o definitivo de los medios independientes.
- 4) Control por intimidación vía autocensura. Esta intimidación puede ser a los funcionarios, empleados y canales de distribución.
- 5) Control directo vía censura previa, y;
- 6) Control mediante la intimidación y represión física contra los periodistas”.⁴²

En un inicio, el Frente Sandinista intentó apoderarse de La Prensa por medio de la infiltración del sindicato del diario y de algunos periodistas cómplices; sin embargo, la maniobra fracasó ante la resistencia que presentaron los propietarios, apoyados por una parte del personal y por la repercusión internacional que tuvo el intento. Ante el fracaso, el grupo disidente, con ayuda del gobierno, fundó un nuevo periódico que lleva el nombre de “El Nuevo Diario”. A continuación

42. Pedro Joaquín Chamorro Barrios, “Situación de los medios de comunicación”, *Revista del Pensamiento Centroamericano*, Managua, No. 186. Enero a Marzo de 1985, p. 83.

el gobierno comenzó a aplicar severas medidas de restricción al periódico La Prensa para provocar el cierre, cosa que tampoco consiguió gracias a la solidaridad de los lectores. La Prensa se sigue publicando bajo censura y fuertes presiones, que con frecuencia impiden la salida del diario.

El Frente Sandinista ejerce un control directo sobre los dos canales de televisión que existen en el país y también, sobre el 70% de las radioemisoras. Además controla indirectamente a los pocos medios de comunicación privados del país a través de la censura.

El control de los medios de comunicación y la supresión de la libertad de expresión es consustancial a la exclusión ideológica que el Frente Sandinista practica, pues por un lado impide todo tipo de expresión ideológica independiente y, por el otro, utiliza los medios a su disposición para difundir e imponer su propia ideología. El comportamiento de la "vanguardia" se fundamenta en su intento de imponer al pueblo nicaragüense un solo sistema de valores que contradice sus aspiraciones de democracia y libertad.

El control de la cultura,⁴³ de la educación⁴⁴ y de los medios de comunicación junto con la imposición de la ideología del partido gobernante, constituyen un paso importante en la transición del autoritarismo al totalitarismo.

La militarización de la sociedad

En la medida que el Frente Sandinista reducía la participación de las organizaciones intermedias en todos los niveles de la estructura social, simultáneamente creaba un conjunto de organizaciones militares y paramilitares para darle soporte al régimen. Estos cuerpos castrenses, entre otras cosas, com-

43. La problemática de la cultura bajo la dictadura sandinista ha sido abandonada en forma acertada por Pablo Antonio Cuadra en el artículo: "Situación de la Cultura", *Revista del Pensamiento Centroamericano*, Managua, No. 186, Enero a Marzo de 1985.

44. Xavier Zavala Cuadra ha efectuado un análisis a fondo de la alienación educativa en el régimen sandinista en el artículo titulado: "Situación de la Educación", *Revista del Pensamiento Centroamericano*", obra cit.

plementan la labor de las organizaciones paralelas (ATC, CST, UNAG, etc.), encargadas de destruir o debilitar a las organizaciones independientes. De ese modo se inició el proceso de militarización de la sociedad, es decir, el avance de la sociedad política sobre la sociedad civil.

El proceso de militarización de la sociedad empezó cuando el Frente Sandinista dio al Ministerio del Interior y a la Seguridad del Estado el carácter que dichos organismos asumen en los regímenes soviético y cubano, es decir, les otorgó la facultad de actuar impunemente en contra de la ciudadanía invocando la doctrina de la seguridad nacional. En agosto de 1979 se creó el Ejército Popular Sandinista al cual quedaron subordinados, al menos teóricamente, todos los cuerpos armados y de policía. En febrero de 1980 se crearon las milicias populares sandinistas. En agosto del mismo año, se organizaron la policía voluntaria y los cuerpos de defensa civil. Y para culminar, se estableció en 1984 el servicio militar obligatorio que afecta a la población masculina comprendida entre las edades de los 16 y los 40 años.

Al lado de las instituciones militares propiamente dichas, el Frente Sandinista hizo surgir las organizaciones paramilitares dependientes de las primeras, tales como las fuerzas de choque (turbas) que ejercen una represión selectiva disfrazada de violencia popular (con el objeto de evitar un involucramiento directo de los cuerpos armados en las actividades represivas); los Comités de Defensa Sandinista, de naturaleza polifacética y que de hecho actúan de comodín en la estrategia sandinista, aplicando los controles sociales, promoviendo la movilización popular y efectuando labores de espionaje e intimidación en cada vecindad. Los CDS constituyen una versión más compleja y refinada de los jueces de mesta y capitanes de cañada utilizados por la dictadura somocista.⁴⁵

Al dársele gran relevancia a las funciones de las organizaciones militares y paramilitares tanto en la estructura social

45. Los jueces de Mesta y los Capitanes de Cañada eran las autoridades partidarias en las áreas rurales y ejercieron funciones de policía y vigilancia. Fueron también origen de grandes abusos de autoridad y de atrocidades. En la práctica funcionaban como mecanismos de control social.

como en el discurso ideológico sandinista, que exalta la lucha, la victoria, la muerte heroica y el martirologio, esas instituciones ejercen una influencia decisiva en la vida del ciudadano común y desplazan paulatinamente a las instituciones civiles. La afiliación obligatoria a los cuerpos armados, ejercida por medio del servicio militar obligatorio, tiene como finalidad someter al ciudadano al fuero y a la disciplina militares. Este recurso ampliamente utilizado por el fascismo y el estalinismo, constituye, (como ha sido demostrado), un mecanismo eficaz para el control social, político e ideológico de la población, ya que, en la práctica, el individuo queda aprisionado dentro del conjunto de obligaciones compulsivas que forman su papel social como militar o miliciano; por consiguiente su comportamiento como trabajador, padre, empresario, profesional, etc., está subordinado a su papel obligatorio; es decir, que su responsabilidad ante el instituto armado al que pertenece lo sustrae de su condición civil. Por ejemplo, un obrero que al mismo tiempo es miliciano, no puede desenvolverse en un sindicato con plena libertad, sobre todo si sus intereses como sindicalista entran en conflicto con la lealtad y disciplina que le impone el fuero militar. Esto es particularmente grave si se considera que esa nueva condición en el individuo es manipulada por un partido político, como es el Frente Sandinista.

La militarización de la sociedad y la destrucción de las organizaciones civiles simplifica grandemente el ejercicio del poder, haciendo más fácil el manejo de los individuos y las organizaciones, pues sustituye a la creación del consenso, a la labor persuasiva y a los compromisos, por la imposición dictatorial.

Actualmente el alto grado de militarización de la sociedad nicaragüense (que no se desvirtúa con la formación de un sinnúmero de organizaciones "civiles" de carácter espúreo, puesto que no están destinadas a crear consenso, sino a imponer directrices) ha configurado en Nicaragua una nueva dictadura militar (ver anexo No. III).

Los controles sociales

La crisis generalizada por la que atraviesa el país, la incapacidad del régimen para hacer frente a las necesidades de la población; y la imposición de un proyecto que contradice los valores de la ciudadanía, han agudizado las contradicciones entre la “vanguardia” y el pueblo nicaragüense. Ante esa situación el Frente Sandinista ha recurrido al establecimiento de férreos controles sociales a fin de conservar el poder. Esos controles se ejercen por medio de la administración de la escasez y la movilización permanente. De ese modo el partido gobernante utiliza la escasez y el conflicto como instrumentos de poder.

La administración de la escasez

La caída de la producción de granos básicos, la reducción de las importaciones, la destrucción de las empresas agrícolas y la incapacidad del Estado para asumir la responsabilidad de dirigir la producción, han provocado una escasez cada vez mayor de los bienes de consumo popular. Escasez que se ha agravado por una espiral inflacionaria sin precedentes y por la congelación de los salarios (ver cuadros Nos. 8, 9, 10 y 12). El Frente Sandinista, lejos de buscar soluciones realistas, trata de sacar ventaja de la situación para concentrar y consolidar aún más el poder del partido. En consecuencia, se ha convertido en el acaparador y distribuidor de las medicinas, la comida y el vestuario de los nicaragüenses. Con ese propósito al Ministerio de Comercio Interior (MICOIN), se le ha asignado el monopolio de la adquisición, transporte y almacenamiento de los bienes de consumo popular, mientras los Comités de Defensa Sandinista se encargan de distribuirlos entre la población utilizando criterios políticos.

A través de los comités de defensa el sandinismo presiona y castiga a los disidentes, ya sea reduciéndoles las asignaciones de los alimentos o cancelándoles la tarjeta de racionamiento; y por el contrario, otorga generosas asignaciones de bienes de consumo a quienes se someten y colaboran con el régimen. Esta práctica está desembocando en la paulatina

sustitución del dinero como medio de cambio por la lealtad política al partido. El ciudadano común se ve obligado a obtener la subsistencia a cambio de su libertad. En resumen, la administración de la escasez es una forma de generar lealtad política hacia el partido sandinista mediante la manipulación de las necesidades elementales de la población.

La administración de la escasez con fines políticos es una medida mucho más cruel que aquella utilizada en los albores de la formación de la economía agroexportadora por los incipientes empresarios agrícolas de los treinta años conservadores (1860-1893), que ordenaron la prohibición legal y la destrucción de los cultivos de plátanos con el objeto de obligar a los campesinos a integrarse al contingente de fuerza de trabajo en las plantaciones cafetaleras.⁴⁶ Fue José Coronel Urtecho quien definió las relaciones de dominio predominantes en aquella época con la famosa expresión de que “se puede ser libre porque se es fiel; y se puede ser fiel porque se es libre”.⁴⁷ A pesar de las duras críticas que Coronel Urtecho soportó de Jaime Wheelock (a la sazón en su época de intelectual),⁴⁸ es evidente que las relaciones de dominio establecidas por el sandinismo exceden en crueldad a las del siglo pasado. De la misma manera es posible definir las diciendo que en la actualidad se debe ser fiel al partido para subsistir; y se subsiste para ser fiel al partido.

El Estado de movilización permanente

La movilización permanente de la población constituye otra forma de control social del sandinismo, la cual se basa en el uso de la ideología como un instrumento de poder. En esa dirección la política exterior del Frente Sandinista se fundamenta en el menosprecio infantil de los imperativos de la geopolítica regional y mundial; en el entreguismo y el alineamiento con el bloque soviético sustentado por la mentalidad neocolonialista de los comandantes; en la concepción mesiáni-

46. Pablo Levy, *Notas Geográficas y económicas sobre la República de Nicaragua*, Fondo Cultural del Banco de América, Managua, 1976, p. 387.

47. José Coronel Urtecho, “Economía rural con contenido espiritual”, *Revista Conservadora*, No. 82, pp. 18-29.

48. Jaime Wheelock, *Raíces Indígenas de la lucha anticolonialista en Nicaragua*, Ed. Nueva Nicaragua, Managua, 1981, p. 51.

ca e internacionalista de la revolución que los impulsa a intervenir en los asuntos de los países vecinos; y en un antinorteamericano visceral e insuperable que define al yanqui como "enemigo de la humanidad". Estos elementos reunidos inducen al sandinismo a provocar situaciones de enfrentamientos y desafíos que nada abonan al desarrollo del proyecto revolucionario y que en cambio generan complicaciones insuperables en el entorno internacional.

La confrontación con los países vecinos (El Salvador, Honduras y Costa Rica) y con los Estados Unidos, a pesar de sus aspectos negativos, ha tenido una contrapartida favorable para el partido gobernante, ya que la aprovecha como pretexto para mantener movilizada a la población, justificar la militarización de la sociedad y la carrera armamentista. Si bien existe un fuerte movimiento rebelde que se nutre del descontento campesino en todo el país, dada la carencia de recursos bélicos no constituye hasta el momento, una verdadera amenaza militar para el sandinismo; no obstante le ha resultado a éste funcional para concentrar y consolidar su poder. La "agresión", en tal caso, se ha convertido entonces, en una necesidad permanente o inherente del sistema político sandinista, puesto que le permite crear las condiciones internas para el ejercicio de la dictadura.

La imposición del estado de emergencia y la suspensión de las garantías constitucionales decretadas desde el inicio de las acciones insurgentes, han estado más bien orientadas a conseguir los efectos siguientes: el cierre del espacio político interno para la disidencia; la unificación compulsiva de todos los sectores en torno a la "vanguardia"; la desautorización e ilegitimación de la oposición; la destrucción de las organizaciones civiles; y el fortalecimiento del rol social y político de las instituciones militares y represivas como el ejército, las milicias, los CDS, la Seguridad del Estado, etc.

Tras el anuncio reiterado de una nueva invasión por los "marines", el Frente Sandinista procede a movilizar a la ciudadanía para construir refugios antiáereos y trincheras, se realizan interminables vigias nocturnas que son aprovechadas

para el adoctrinamiento político de la juventud y la exaltación de los sentimientos nacionalistas de la población.

En síntesis, tanto la administración de la escasez como el estado de movilización permanente, ambos provocados deliberadamente por el Frente Sandinista, constituyen los principales mecanismos de control social; ellos generan importantes dividendos políticos y permiten ejercer eficazmente el dominio.

En la medida en que el estado de movilización permanente es consubstancial a las relaciones de dominación implantadas por el sandinismo, la ideología, instrumento esencial de la movilización, deja de ser algo metafísico y superfluo para convertirse en un medio de poder manipulado por la élite gobernante.

Conclusiones

En aras de la brevedad, este ensayo no aborda las profundas distorsiones culturales y educativas promovidas por el régimen sandinista, ni las políticas desarrolladas frente al sector informal y a las categorías sociales como la juventud y las mujeres. Por lo tanto, nos limitaremos a extraer las conclusiones concernientes al análisis realizado, con la esperanza de poder continuarlo en otra ocasión.

En la primera parte de este capítulo quedó demostrado que el Frente Sandinista no está realizando en Nicaragua ni un proyecto revolucionario de tercera vía, ni una verdadera transición al socialismo, ni mucho menos un proyecto democrático. Por consiguiente, la verdadera naturaleza del régimen es la de una dictadura militar que se cobija bajo una ideología de izquierda y que guarda muchas semejanzas con el sistema estalinista.

En comparación con la dictadura somocista, el nuevo régimen ha ampliado la exclusión, extendiéndola del nivel político a los niveles ideológico y económico, mostrando un

mayor refinamiento y eficiencia en la administración del poder; lo cual revela la existencia de un proceso evolutivo que transforma gradualmente al autoritarismo tradicional somocista en un totalitarismo colectivista.

En la segunda parte de este mismo capítulo se establece la forma en que se está dando en Nicaragua, un proceso de concentración y centralización del poder en manos de una élite gobernante, el cual afecta selectivamente la participación de las organizaciones civiles en los procesos decisorios a todos los niveles de la estructura social (es decir, en lo ideológico, lo político y lo económico) y avanza en función de la aparición de coyunturas favorables que permiten a los gobernantes excluir a la sociedad civil y proyectar al mismo tiempo una imagen externa que no concuerda con la realidad.

La exclusión de las organizaciones civiles de los procesos decisorios se efectúa por dos vías: el debilitamiento, la división y la destrucción de dichas organizaciones y la creación deliberadas de estructuras paralelas, (organismos de masas) meras prolongaciones de la sociedad política que proyectan hacia el exterior la ilusión del surgimiento de una nueva sociedad civil hegemónizada por los obreros y los campesinos nicaragüenses. En la realidad esos entes constituyen simples mecanismos de imposición y de transmisión de órdenes. Estos factores, unidos a la simultánea militarización de la sociedad y al establecimiento de severos y complejos controles sociales, basados en la administración de la escasez y el estado de movilización permanente, aseguran la sustitución constante de la sociedad civil por la sociedad política. En esta última terminan confundiendo el Estado, el Partido, el Ejército y las "organizaciones de masas", para constituir una formidable maquinaria que aplasta al ciudadano y a las organizaciones independientes, utiliza la ideología como un instrumento de dominación y consagra el ejercicio de la dictadura.

En consecuencia, la conceptualización que corresponde en este momento al régimen del Frente Sandinista, es la de un régimen autoritario de excepción, típico de las llamadas "transiciones al socialismo" (por no decir transición al totali-

tarismo). Conviene señalar que como Estado de excepción mantiene múltiples similitudes con los estados corporativos de modo que no es pura coincidencia la semejanza entre el lema fascista que prescribía “¡Creer y Obedecer!” y el lema sandinista que proclama “Dirección Nacional Ordene”.

Para concluir, debe quedar claro que el Frente Sandinista llevó al fracaso el intento del pueblo nicaragüense por sustituir la abyección somocista por una sociedad humanista, equitativa y democrática, y la posibilidad de establecer un paradigma que catalizara las transformaciones sociales en Centroamérica y resto del continente. En esa medida su desempeño como vanguardia revolucionaria constituye una verdadera regresión en la revolución. Consecuentemente, la dictadura militar sandinista se ha convertido en un nuevo episodio de la eterna rebelión contra la libertad; es uno de los tantos accidentes que hemos sufrido los nicaragüenses en nuestra permanente y dolorosa lucha por construir una sociedad igualitaria democrática y libre.

“¡Y que bien mañana!
cuando nuestros corazones maduren;
cuando sobre este aire limpio, inaugurado,
colocaremos otra vez la rama,
la manzana, el pájaro y la estrella,

ANEXO I
“SOCIEDAD CIVIL”

Cuadro Comparativo 1960—1979

1960	1979
I— ORGANIZACIONES IDEOLOGICAS	I— ORGANIZACIONES IDEOLOGICAS
I—a. Organizaciones Religio- sas	I—a. Organizaciones Religio- sas
I—a.1 Iglesia Católica D. León D. Granada D. Managua D. Matagalpa	I—a.1 Iglesia Católica D. León D. Granada A.D. Managua D. Matagalpa D. Chontales D. Estelí D. Costa Atlántica
I—a.2 Iglesia Bautista	I—a.2 Iglesia Bautista
I—a.3 Iglesia T. de Jehová	I—a.3 Iglesia T. de Jehová
I—a.4 Iglesia Episcopal Angli- cana	I—a.4 Iglesia Episcopal Angli- cana (Un Obispo)
I—a.5 Iglesia Morava	I—a.5 Iglesia Morava D. Bluefils D. Pto. Cabezas
	I—a.6 Iglesia Pentecostal
	I—a.7 Iglesia Mormona
	I—a.8 Iglesia Judía

1960	1979
<i>I-b. Organizaciones Educativas</i>	<i>I-b. Organizaciones Educativas</i>
I-b.1 Colegios Católicos	I-b.1 Colegios Católicos
I-b.2 Escuelas Privadas Laicas	I-b.2 Escuelas Privadas Laicas
I-b.3 Universidad Autónoma UNAN	I-b.3. Universidad Autónoma UNAN Universidad Centroamericana UCA Escuela Nacional de Agricultura y Ganadería UNAG. Centro de Estudios Superiores
	I-b.4 Colegios Bautistas
	I-b.5 Colegios Pentecostales
	I-b.6 Colegios Moravos
<i>I-c. Organizaciones Culturales</i>	<i>I-c. Organizaciones Culturales</i>
I-c.1 Instituciones Recreativas	I-c.1 Instituciones Recreativas
a) Clubes sociales	a) Clubes sociales
b) Clubes de Servicio ³	b) Clubes de Servicio ¹²
c) Clubes Gremiales ²	c) Clubes Gremiales ⁷
d) Cruz Roja	d) Cruz Roja
e) Bomberos	e) Bomberos
f) Clubes deportivos ²	f) Clubes deportivos ²⁶
I-c.2 Periódicos	I-c.2 Periódicos
a) La Prensa	a) La Prensa
b) Novedades	b) Novedades
c) La Noticia	c) Editorial el Pez y la Serpiente
d) Revista del Pensamiento Centroamericano	d) Revista del Pensamiento Centroamericano
e) La Prensa Gráfica	
I-c.3 Canales de Televisión ¹	I-c.3 Canales de Televisión ⁴

1960	1979
I-c.4 Radio Difusoras ¹⁵	I-c.4 Radio Difusoras ⁴⁸
I-c.5 Bibliotecas ¹	I-c.5 Bibliotecas ²⁵
I-c.6 Museos ¹	I-c.6 Museos ²
<i>II— ORGANIZACIONES POLITICAS</i>	<i>II— ORGANIZACIONES POLITICAS</i>
<i>II—a. Partidos Políticos</i>	<i>II—a. Partidos Políticos</i>
II—a.1 P. Liberal Nacionalista	II—a.1 P. Liberal Nacionalista
II—a.2 P. Conservador	II—a.2 P. Conservador
II—a.3 P. Liberal Independiente	I—a.3 P. Liberal Independiente
II—a.4 P. Socialista	II—a.4 P. Socialista
II—a.5 P. Social Cristiano	II—a.5 P. Social Cristiano
	II—a.6 Mov. Democrático Nicaragüense
	II—a.7 Mov. Liberal Constitucional
	II—a.8 P. Comunista de Nicaragua
	II—a.9 Mov. Acción Popular
	II—a.10 P. Popular Social Cristiano
	II—a.11 Alianza Nacional Conservadora
	II—a.12 Acción Nacional Conservadora
	II—a.13 P. Socialista de los Trabajadores

1960	1979
<p><i>II—b. Entidades Políticas</i> Juventud Patriótica Nic.</p> <p>Mov. Nueva Nicaragua</p> <p>Frente Dem. Cristiano Juventud Lib. Somocista</p> <p>Alianza Femenina Liberal</p> <p>Juventud Socialista</p>	<p><i>II—b. Entidades Políticas</i> Juventud Liberal Somocista</p> <p>Alianza Femenina Liberal</p> <p>Juventud Socialista</p> <p>Frente Sandinista de Lib. Nacional</p> <p>Liga Marxista Revolucionaria</p> <p>Juventud Rev. Social Cristiana</p> <p>Frente Estudiantil Revolucionario</p> <p>Asociación Estudiantes Secundarios</p> <p>Movimiento Cristiano Revolucionario.</p> <p>Juventud Revolucionaria Nic.</p> <p>Federación Estudiantes Secundaria</p> <p>Comités de Lucha de Estud. Secun.</p>
<p><i>III— ORGANIZACIONES ECONOMICAS</i></p>	<p><i>III— ORGANIZACIONES ECONOMICAS</i></p>
<p><i>III—a. Organizaciones Patronales</i> Cámara Comercio Managua</p> <p>Asociación Cafetalera Nic.</p> <p>Asociación Ganaderos Nic.</p> <p>Asociación Destiladores Nic.</p>	<p><i>III—a. Organizaciones Patronales</i> Instituto Nic. de Desarrollo</p> <p>INDE Chinandega</p> <p>INDE Granada</p> <p>INDE Jinotega</p> <p>INDE Zelaya</p> <p>INDE León</p> <p>INDE Matagalpa</p> <p>INDE Rivas</p> <p>Confederación Cámaras de Comercio Nic.</p> <p>C.C de Managua</p> <p>C.C de Boaco</p>

1960

1979

C.C de Carazo
 C.C de Chinandega
 C.C de Estelí
 C.C de Granada
 C.C de Jinotega
 C.C de León
 C.C de Masaya
 C.C de Matagalpa
 C.C de Rivas
 Asoc. Nic. de Vehículos
 Automotores
 Asoc. Repuestos Casas
 Extranjeras
 Asoc. de Ferreteros
 Asoc. Nic. de Talleres
 Automotores
 Asoc. Nic. Distribuidor
 Petróleo
 Asoc. Transportes de
 Carga
 Asoc. Comercial Pro-
 ductos Básicos
 Asoc. Nic. Pequeños
 Distr. Repuestos Aut.
 Asoc. Comerciantes Ma-
 yoristas (ACM)
 Cámara Nicaragüense
 de la Construcción
 Cámaras de Industrias
 de Nicaragua (CADIN)
 Asoc. de Terrenos de
 Nicaragua
 Asoc. de Industriales del
 Aluminio
 Asoc. de Industrias
 Químicas
 Asoc. de Cosmetólogos
 de Nicaragua
 Confederación Asocia-
 ciones Profesionales
 Col. Contadores Públi-
 cos de Nicaragua
 Asoc. Nic. de Ingenie-
 ros y Arquitectos
 Asoc. de Médicos Vete-
 rinarios

1960

1979

Asoc. de Economistas
Sindicato de Juristas
PJCH
Col. Nic. de Administradores de Empresas
Col. Odontológico
Col. Farmacéutico Nicaragüense
Cámara de Ing. y Arquitectos Consultores
Asoc. Microbiólogos y Químicos Clínicos
Col. Optometrista
Asoc. Médica Odontológica y Farmacéutica
Unión Productores Agropecuarios de Nic.
Asoc. Nacional de Productores de Sorgo
Asoc. Nic. Productores de Banano
Fondo Desarrollo de Industria Láctea
Asociación Cañeros de Nicaragua
Asoc. de Productores Indep. Caña de Occi.
Asoc. de Productores de Caña de Rivas
Asoc. Arroceros de Nicaragua
Unión Nacional de Caficultores de Nic.
Asoc. Cafetaleros Estelf
Asoc. Cafetaleros Jinotepe
Asoc. Cafetaleros Masatepe
Asoc. Cafetaleros Jinotega
Asoc. Cafetaleros Sn. Juan Rfo Coco
Asoc. Cafetaleros Nueva Segovia
Cooperativa Cafetaleros Diriamba

1960

1979

Cooperativa Cafetaleros
Granada
Cooperativa Cafetaleros
Masaya
Cooperativa Cafetaleros
Managua
Cooperativa Cafetaleros
Boaco
Cooperativa Cafetaleros
León
Cooperativa Cafetaleros
Madriz
Cooperativa Cafetaleros
Matagalpa
Confederación Asocia-
ciones Algodoneras Nic.
Federación de Asocia-
ciones Ganaderas Nic.
Cooperativa Agropecua-
ria Cerro Grande
Cooperativa Agropecua-
ria Nueva Guinea
Cooperativa Agropecua-
ria Matiguas

*III—b. Organizaciones Sindica-
les*
Mov. Obrero Sindical
(MOSAN)
Central General de Tra-
ajo.
Sindicato carpinteros,
albañiles, armadores y
similares (SCASS).

*III—b. Organizaciones Sindica-
les*
Confederación General
Trab. Independiente
Central General del Tra-
abajo (oficial)
Confederación Unifica-
ción Sindical (CUS)

Confederación Trabaja-
dores Nic. (CTN)
Central de Acción y Ve-
rificación (CAUS)
Frente Obrero (FO)
Mov. Sindical del Pue-
blo (MOP)
Comités Obreros Revol-
ucionarios (COR)
Federación Trabajado-
res de la Salud

1960

1979

NOTA: En 1979 existían 133
sindicatos con 27.000 afiliados

Asociación Nacional de
Educadores de Nic.
Unión Periodistas de
Nic. (UPN)
Confederación General
de Trabajadores Agríco-
las de Nicaragua
(CGTAN)

ANEXO II

SOCIEDAD CIVIL ESPUREA

I— ORGANIZACIONES IDEOLOGICAS

I—a. Organizaciones Religiosas

- 1) Iglesia Popular
- 2) Eje Ecuménico de Nicaragua
- 3) Centro Antonio Valdivieso

I—b. Organizaciones Educativas

- 1) Consejo Nacional de la Educación Superior
- 2) Consejo Nacional Asesor de la Educación
- 3) Consejo Nacional de Educación de Adultos
- 4) Colectivos de Educación Popular
- 5) Campaña Nacional de Alfabetización (control e imposición de estudios basados en la filosofía marxista-leninista, a todos los niveles de la Educación Nacional).

I—c. Organizaciones Culturales

(Destrucción de Organismos recreativos y clubes sociales, de artesanos).

- 1) Cruz Roja
- 2) Cuerpo de Bomberos

(Creación de Centros deportivos controlados por el Partido-Estado, a fin de lograr un dominio cada vez más efectivo sobre la juventud).

- 3) Movimiento Deportivo Bosco Monge
- 4) Comités Voluntarios Deportivos

(Desaparición de periódicos y publicaciones independientes excepto La Prensa. Creación de Organos ideológicos disfrazados de publicaciones serias).

- 5) Barricada
 - 6) Nuevo Diario
 - 7) Semana Cómica
- (Creación de entidades que se ocupan de controlar toda expresión cultural y encauzarla según los intereses del Estado-Partido).
- 8) Centros Populares de Cultura
 - 9) Movimiento Cultural "Leonel Rugama"
 - 10) Movimiento de Expresión campesina, artística y teatral
 - 11) Movimiento Cultural del EPS
- (Estatización de los canales de televisión y radioemisoras las que están hoy al servicio del Estado-Partido).
- 12) Canales de Televisión
 - 13) Radio Emisoras
- (Creación de Museos, bibliotecas, editoriales apologistas a la supuesta historia del Estado-Partido FSLN en Nic.).
- 14) Quince publicaciones y revistas

II— ORGANIZACIONES POLITICAS

II—a. Partidos Políticos

- 1) FSLN

II—b. Entidades Políticas

- 1) Juventud Sandinista 19 de Julio (JS—19 de Julio)
- 2) Asociación de "Mujeres Luisa Amanda Espinoza" (AMLAE)
- 3) Asociación de Niños Sandinistas (ANS)
- 4) Unión Nacional de Estudiantes de Nicaragua (UNEN)
- 5) Federación de Estudiantes de Secundaria (FES)

III— ORGANIZACIONES ECONOMICAS

III—a. Organizaciones Empresariales y Profesionales

- 1) CONAPRO "Héroes y Mártires"
- 2) Unión Nacional de Agricultores y Ganaderos (UNAG)

III—b. Organizaciones Sindicales

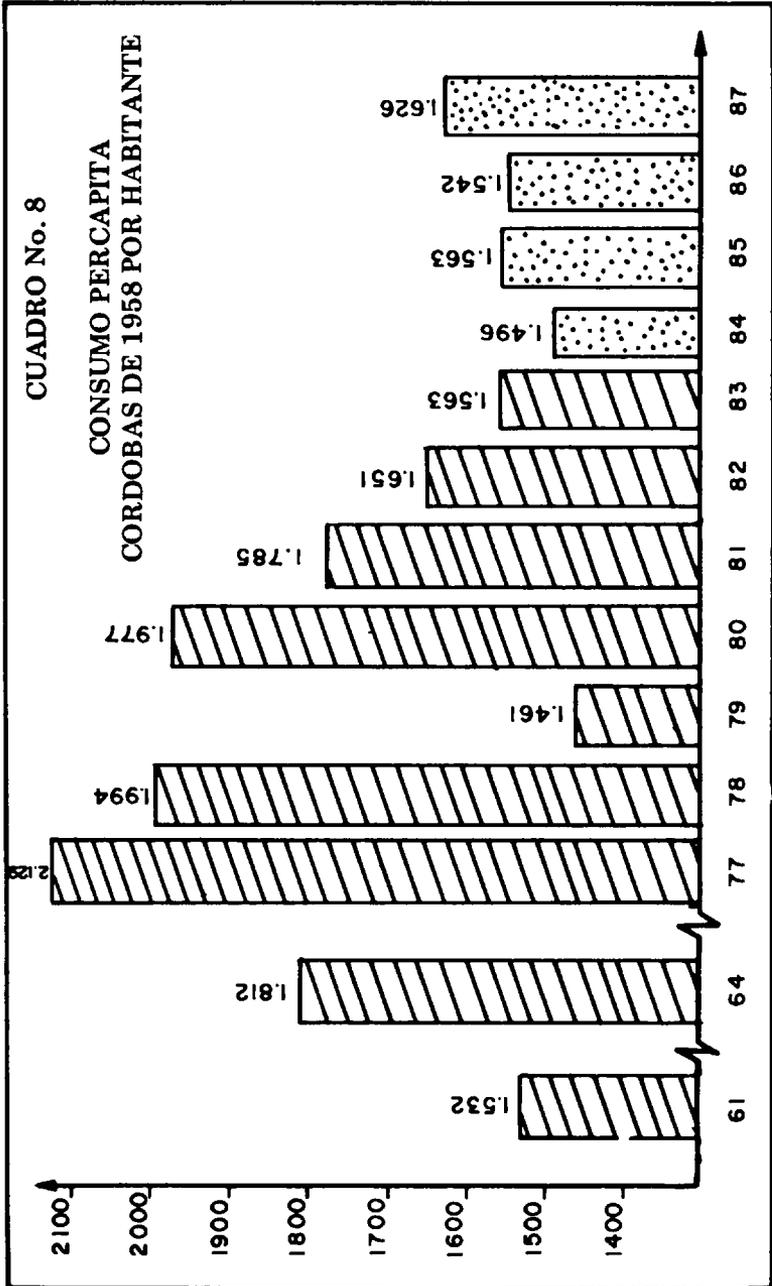
(Según fuentes oficiales, existen 984 sindicatos que agrupan a 151.498 afiliados voluntarios).

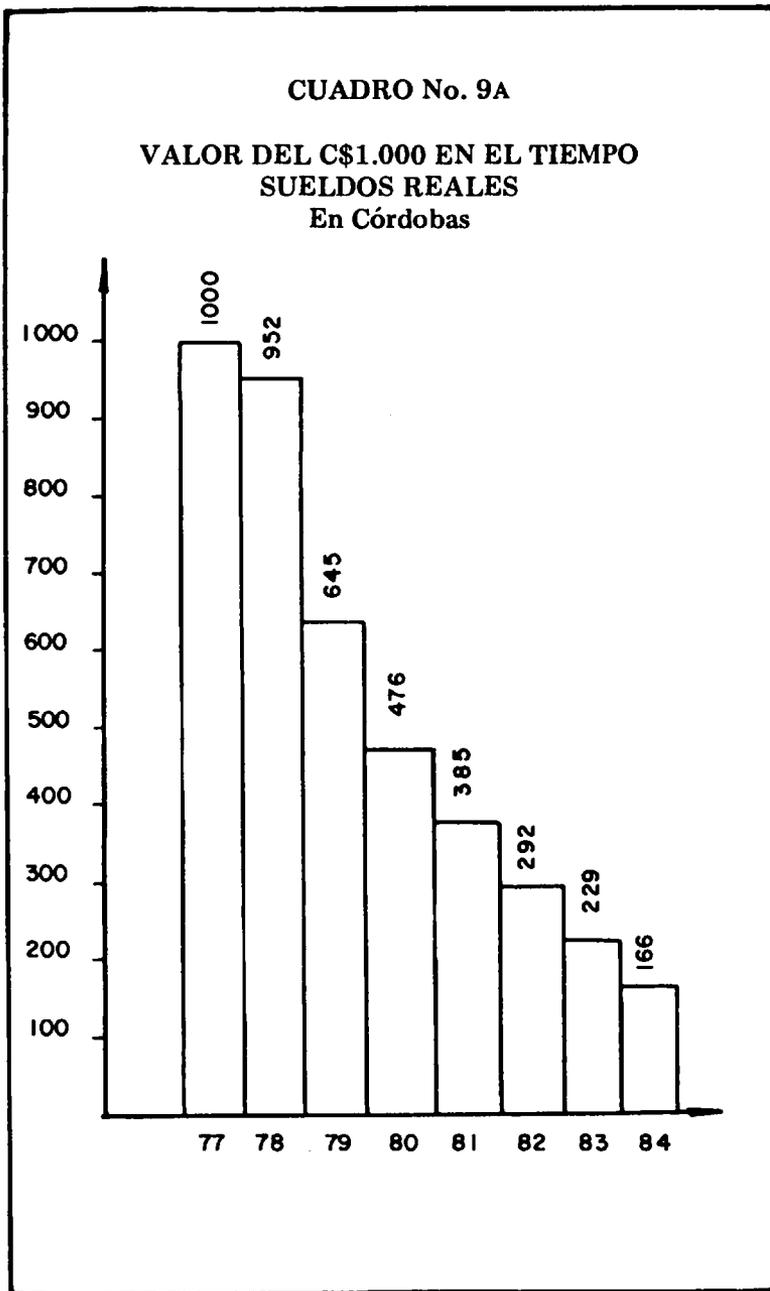
- 1) Central Sandinista de Trabajadores (CST)
- 2) Asociación de Trabajadores del Campo (ATC)
- 3) Asociación Nacional de Educadores de Nicaragua (ANDEN)
- 4) Asociación Sandinista de Trabajadores de la Cultura (ASTC)
- 5) Unión de Periodistas de Nicaragua (UPN)

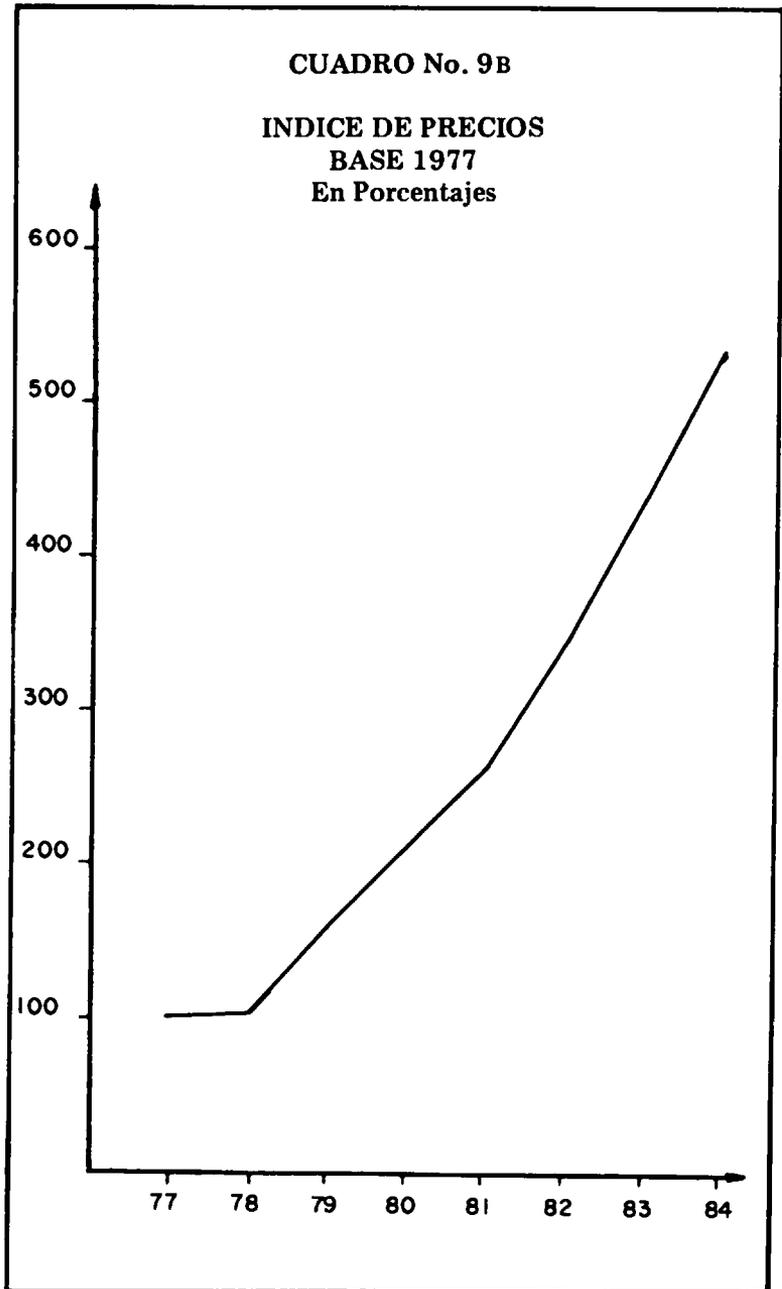
ANEXO III

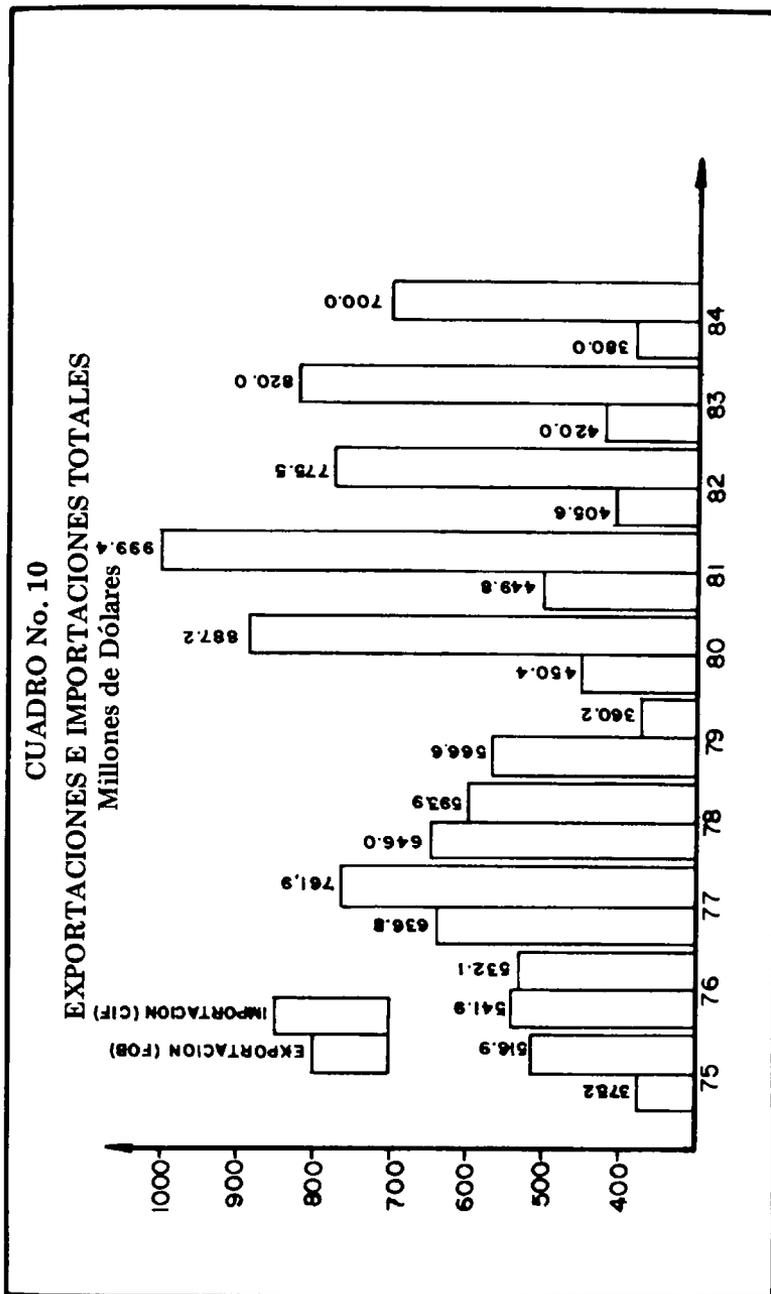
LA SOCIEDAD POLITICA SANDINISTA

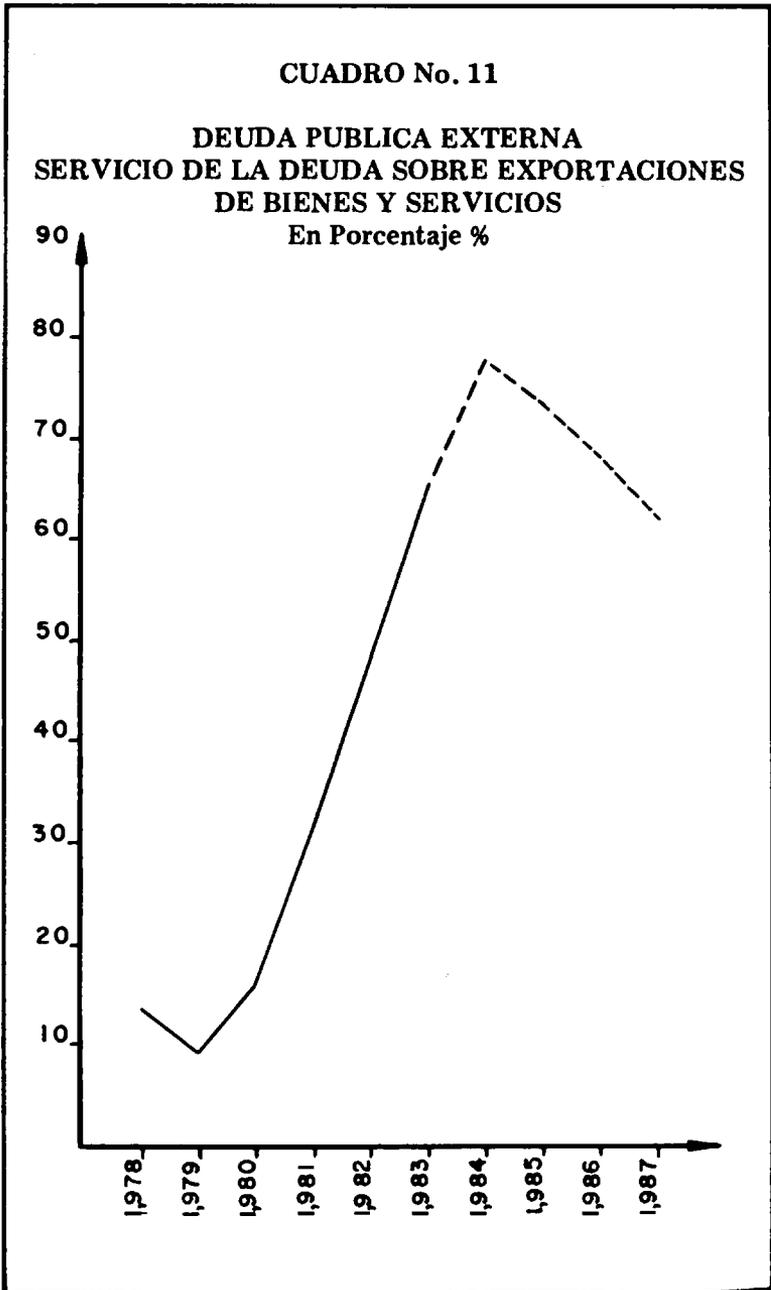
- I— ORGANIZACIONES MILITARES**
- 1) Ejército Popular Sandinista (EPS)
 - 2) Fuerzas Especiales del Ministerio del Interior
 - 3) Milicias Populares Sandinistas
 - 4) Policía Sandinista
 - 5) Servicio Militar Obligatorio
 - 6) Dirección General de Seguridad del Estado
 - 7) Batallones de Infantería de Reserva
- II— ORGANIZACIONES PARAMILITARES**
- 1) Comités de barrio
 - 2) Comités de Defensa Sandinista (CDS)
 - 3) Policía Voluntaria
 - 4) Brigadas de vigilancia revolucionaria
 - 5) Fuerzas de choque (TURBAS)
- III— ORGANIZACIONES ADMINISTRATIVAS**
- 1) Tribunales Especiales de Anti-somocistas
 - 2) Tribunales de Reforma Agraria
 - 3) Consejo de Estado
 - 4) Ministerio de Comercio Interior
 - 5) Corporación "Área Propiedad del Pueblo" (APP)



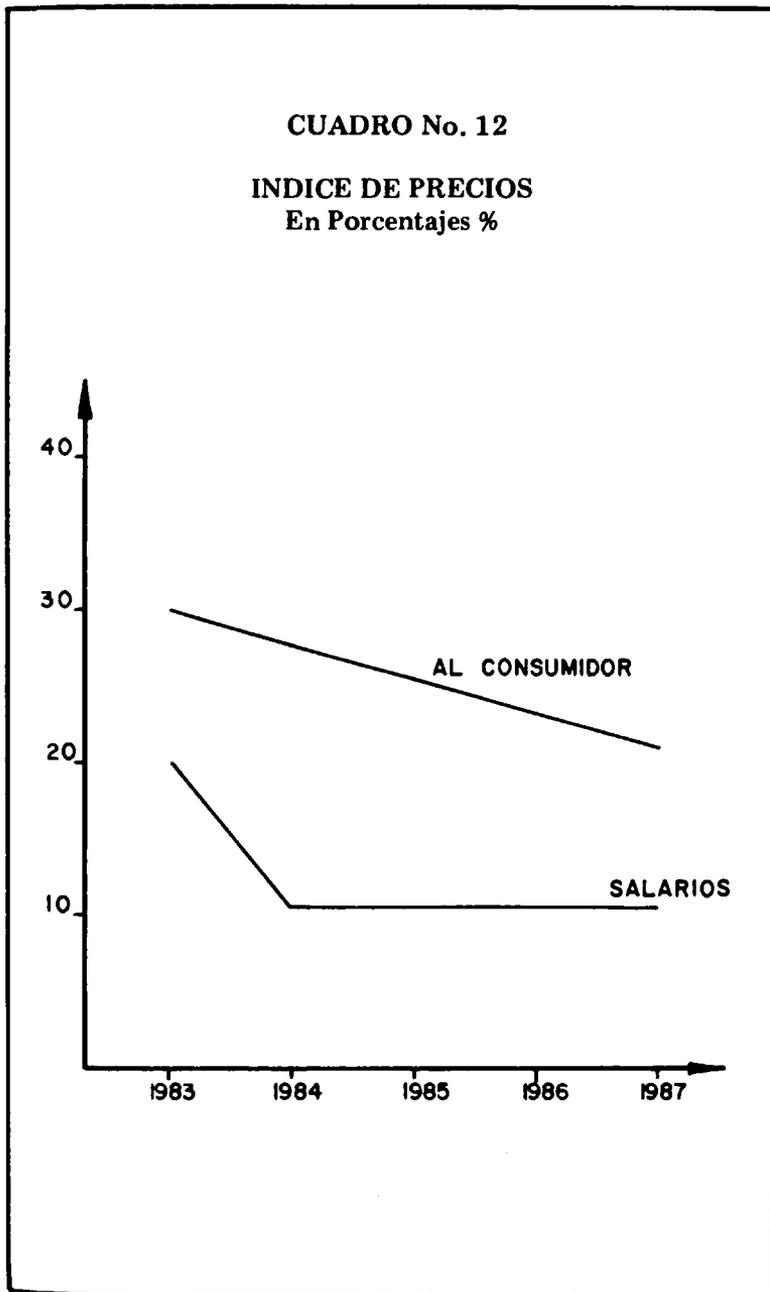








CUADRO No. 12
INDICE DE PRECIOS
En Porcentajes %



BIBLIOGRAFIA

- Alaniz Pinell, Jorge. *Nicaragua, Una Revolución Reaccionaria*, Ed. Kosmos, Panamá, 1985.
- Arent, Hannah. *The Origins of Totalitarianism*, Harvest/HBJ Book, USA, 1968.
- Arent, Hannah. *On Revolution*, Penguin Books, England, 1976.
- Belli, Humberto. *Una Iglesia En Peligro*, CEDRENIC, San José, 1983.
- Bujarín, Nicolai. *Teoría Económica del Período de Transición*, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 1974.
- Centro de Investigaciones y Estudios de la Reforma Agraria (CIERA). *La Democracia Participativa En Nicaragua*, publicación, Managua, 1983.
- Chamorro, Carlos F. y López, Julio. *Nicaragua, Reforma o Revolución*, Revista Pensamiento Crítico, Managua, 1978.
- Coronel Urtecho, José. *Economía Rural con Contenido Espiritual*, Revista Conservadora, No. 82, Managua.
- Coronel Urtecho, José. *Tres Conferencias a la Empresa Privada*, Ed. El Pez y la Serpiente, Managua, 1984.
- Cruz Porras, Arturo y Cruz Sequeira, Arturo. *Un Plan de Paz para Nicaragua*, Intercambio, Ed. Libro Libre, San José, 1985.
- Cuadra, Pablo Antonio. *El Nicaragüense*, Ed. El Pez y la Serpiente, Managua, 1981.
- Dahl, Robert. *Polyarchy, Participation and Opposition*, New Haven, The University Press, 1971.
- De Franco, Silvio. *Employment and the Urban Informal Sector: The Case of Nicaragua*, Tesis Doctoral, Wisconsin University, 1979.
- Djilas, Milovan. *La Nueva Clase*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1972.

Engels, Federico. *Ludwing Feurbach y el Fin de la Filosofía Clásica Alemana*, en Marx y Engels, Obras Escogidas, Ed. Progreso, Moscú, Tomo II.

Gramsci, Antonio. *Notas Sobre Maquiavelo, Sobre Política y Sobre el Estado Moderno*, Ed. Lautaro, Buenos Aires, 1950.

Gramsci, Antonio. *Passato y Presente*, Ed. Einaudi, Torino, 1964.

Gramsci, Antonio. *Los Intelectuales y la Organización de la Cultura*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1972.

Gramsci, Antonio. *Cuadernos de la Cárcel*, Ed. Eunaldi, Turín, 1966.

Hilferding, Böhm-Bawerk, Bortkiewicz. *Economía Burguesa y Economía Socialista*, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 1975.

Huntington, Samuel. *El Orden Político en las Sociedades en Cambio*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1968.

Kirkpatrick, Jeane J. *Dictadura y Contradicción*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1983.

Lanuza, Barahona y Chamorro. *Economía y Sociedad en la Construcción del Estado en Nicaragua*, Ed. ICAP, San José, 1983.

Lenin, V.I. *Obras Completas*, Ed. Progreso, Moscú, 1984.

Levy, Pablo. *Notas Geográficas y Económicas Sobre la República de Nicaragua*, Fondo Cultural Del Banco De América, Managua, 1976.

Linz, J. *Totalitarian and Authoritarian Regimes*, Ed. Addison Wesley Press, Handbook of Political Science, Vol. III, 1975.

Marx y Engels. *La Ideología Alemana*, Ed. Pueblos Unidos, Montevideo, 1968.

Matute, Eddy. *Carácter y Perspectivas de la Revolución en Nicaragua*, publicación del Centro de Investigación de la Realidad Nacional, UCA, Septiembre, 1984.

Milbrath, R. *Political Participation*, Penguin Book, England, 1972.

Moore, Barrington. *Los Orígenes Sociales de la Dictadura y de la Democracia*, Ed. Península, Barcelona, 1976.

Orr, Lorna. *La Asociación Paracasteca de Desarrollo*, Caso escrito para INCAE, Managua, 1978.

Partelli, Hugues. *Gramsci y el Bloque Histórico*, Ed. Siglo XXI, México, 1976.

- Paterman, C. *Participation and Democratic Theory*, Penguin Book, England, 1973.
- Popper, Karl. *La Sociedad Abierta y sus Enemigos*, Ed. Paidós, España, 1981.
- Poulantzas, Nicos. *Poder Político y Clases Sociales en el Estado Capitalista*, Ed. Siglo XXI, España, 1972.
- Poulantzas, Nicos. *Fascismo y Dictadura*, Ed. Siglo XXI, España, 1976.
- Preti, Luigi. *El Desafío entre Democracia y Totalitarismo*, Ed. Península, Barcelona, 1980.
- Ramírez, Sergio. *El Alba de Oro*, Ed. Siglo XXI, México, 1981.
- Sweezy, Gerratana, Fenghi, Rossanda, Chitarin, Jobic. *Teoría del Proceso de Transición*, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 1973.
- Velázquez, José Luis. *Nicaragua: The Formation of the National State*, Dissertation, University of Essex, 1976.
- Voslenski, Mijail. *La Nomenklatura*, Ed. Argos, Barcelona, 1982.
- Wheelock, Jaime S. *Imperialismo y Dictadura*, Siglo XXI, México, 1975.
- Wheelock, Jaime S. *Raíces Indígenas de la Lucha Anticolonialista en Nicaragua*, Ed. Siglo XXI, México, 1977.
- Wheelock, Jaime S. *El Gran Desafío*, Ed. Nueva Nicaragua, 1983.
- Zavala, Bolaños, Cardenal, Guevara, Chamorro, Huembes, Cuadra, Cruz. *1984, NICARAGUA*, Ed. Libro Libre, San José, 1985.

Orígenes de la Política Exterior del Frente Sandinista

Arturo Cruz Sequeira

Esta es una traducción de un artículo publicado originalmente en inglés en el libro editado por Bob Deixen "Central America. Anatomy of a conflict". (Enero de 1985 por Pergamon Press y Carnegie Endowment).

I

En Julio de 1979 el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), llegó al poder a través de una amplia alianza de clases, contra una dictadura agotada y aislada de la sociedad en su conjunto. En esa coyuntura, la dirigencia revolucionaria tenía dos opciones: romper gradualmente la alianza de clases y avanzar hacia el "socialismo" o continuar con la alianza, asegurando su hegemonía y fortaleciendo una tercera vía, basada en una economía mixta, el pluralismo político y una posición de no-alineamiento efectivo en las relaciones internacionales de la Revolución Nicaragüense.

Dentro de ese contexto, surgieron los llamados asesores moderados del Frente Sandinista. Estos favorecían en términos generales la segunda opción. Sostenían que nuestra política exterior no podía ser expresión de simples preferencias ideológicas. Recomendaban una política exterior cuya estrategia tenía que partir de tres grandes consideraciones: la difícil ubicación geopolítica de Nicaragua, su complicada dependencia financiera y la situación revolucionaria en Centroamérica.

Consecuentemente, si bien es cierto que los defensores de esta corriente aceptaban la legitimidad de los impulsos nacionalistas que condicionaban al proceso revolucionario, también insistían en la importancia de un *modus vivendi* con el Poder Imperial —ya que a fin de realizar nuestras reivindicaciones históricas, había que encontrar un acomodo con los imperativos geopolíticos. Señalaban el carácter estructural de la dependencia económica de Nicaragua, los problemas inmediatos de tener que reconstruir una economía con recursos externos y lo prematuro de iniciar en estas condiciones una transición directa hacia el socialismo. Después de todo, la vocación revolucionaria del nuevo Estado no modificaba, según los moderados, las características de la economía Nicaragüense: una economía abierta, con un mercado interno reducido, productora de bienes primarios, y dependiente de las importaciones de petróleo.¹ Argumentaban, además, que la política exterior de Nicaragua tenía que tomar en cuenta los orígenes tradicionales de la ayuda económica y estar en función de las necesidades financieras del país.

El Frente Sandinista, según los moderados, tenía la obligación con los revolucionarios centroamericanos de ser cautelosos en su comportamiento político y de abstenerse de forjar vínculos innecesariamente estrechos con la Unión Soviética. Nicaragua representaba la esperanza de la “tercera opción”. Marxistas y no marxistas serían capaces en ella de entrar en alianzas estratégicas y conformar un modelo revolucionario híbrido, que ciertamente no sería una segunda Costa Rica, pero tampoco una segunda Cuba. Nicaragua se había convertido en un pequeño laboratorio en el cual los verdaderos “aliados naturales” de la Revolución —la Social Democracia

1. Sobre las dificultades de una transición directa hacia el socialismo en condiciones como las que heredó la Revolución Sandinista y tomando en cuenta los límites que impone el modelo agroexportador, ver el trabajo de Mario DeFranco, “Aspectos del desenvolvimiento económico de Nicaragua”, presentado en la Fundación Friederich Ebert en Marzo de 1981, Bonn, Alemania. También ver el ensayo de Arturo Cruz Sequelra, “Nicaragua: ¿Crisis económica, radicalización o moderación?” en *Centroamérica: Más allá de la crisis*, compilado por Donal Castillo Rivas, ediciones SIAP, México, México DF (1983). Para una versión diferente, sobre las posibilidades de una transición más inmediata al socialismo, ver el artículo de E.V.K. Fitzgerald, “The Economics of the Revolution” en *Nicaragua in Revolution*, compilado por Thomas W. Walker, ediciones Praeger, New York, New York (1982).

Europea, los Poderes Regionales como México y Venezuela y los vecinos Costa Rica y Panamá— podrían juzgar las intenciones de los movimientos revolucionarios en el resto de Centroamérica.

De acuerdo con esta línea de pensamiento, nuestra mejor diplomacia era la evolución del sistema político hacia una democracia imperfecta, dentro de un sistema pluralista formal, consistente con un proyecto amplio de alianza de clases que permitiera la viabilidad de la Revolución. En esa perspectiva, la diplomacia se tenía que ajustar a la dinámica de un proceso condicionado por la geografía y la debilidad de su base material. Si surgía la tercera opción en Nicaragua, esta no sería el resultado de la voluntad del Frente Sandinista, sino más bien, el resultado de las tensiones entre lo deseable por la militancia del Frente y lo posible. La verdadera esperanza dentro de la tercera opción era que las concesiones tácticas, con el tiempo, se convirtieran en concesiones estratégicas.

Los asesores moderados, en su afán de educar a los dirigentes del Frente Sandinista, alegaban que la experiencia Cubana no cabía en Nicaragua y que el mundo de 1979 era mucho más tolerante y abierto que el de los cincuenta. De hecho, el Frente Sandinista aislado incluso de los propios cubanos al final de los años sesenta, se encontraba ahora en el poder. Por primera vez, el espacio para una tercera opción existía realmente: una administración liberal en los Estados Unidos, gobiernos progresistas en Europa y poderes emergentes en la región.

Los moderados admitían que la administración Carter había cuestionado el triunfo del Frente Sandinista, pero reconocían la buena voluntad del presidente Carter hacia la nueva Nicaragua, y, más que todo, el deseo de muchos liberales norteamericanos de experimentar en la Nicaragua revolucionaria lo que, según ellos, se debería haber hecho con la Cuba de Fidel. En efecto, no bastaba, decían los moderados, tomar solamente en cuenta el préstamo de los 75 millones de dólares, obstaculizados por una minoría conservadora y provin-

ciana en el Congreso, para encontrar señas de esta buena voluntad, sino que también había que considerar otras instancias, como las gestiones de la administración en favor de Nicaragua en los Organismos Multilaterales (Banco Mundial y Banco Inter-Americano de Desarrollo) y en favor de la reestructuración de nuestra deuda externa.² Sin duda, la administración Carter había reconocido en el triunfo revolucionario un *fait accompli* y no había pretendido más que influenciar la Revolución, en el mejor de los casos, hacia una democracia imperfecta y, en el peor, hacia la finlandización de la misma.

Los moderados recurrían, asimismo, a las posibilidades que ofrecían México y Venezuela, países en medio de una bonanza petrolera y con pretensiones de ejercer influencia en la región. De igual manera, los países Europeos tenían que ser tomados en cuenta como una de las múltiples opciones que se presentaban, ya que en su mayoría estaban dispuestos a otorgar recursos tangibles, mantener posiciones independientes de los Estados Unidos y hacer un esfuerzo prolongado por “asimilar” la Revolución. Más aún, los moderados se atrevían hasta cuestionar lo que podía ofrecer la Unión Soviética más allá de ayuda militar y ponían en duda las posibilidades de un compromiso Soviético con Nicaragua en la misma escala del que tenían con la Revolución Cubana. En esencia, los moderados recomendaban una política exterior que consideraban “racional”, alejada de las ideologías y preocupada con los medios para alcanzar gradualmente los objetivos de la Revolución.

¿Por qué entonces, si se toman en cuenta los imperativos geopolíticos y los incentivos económicos, así como otras

2. En los primeros 18 meses de la revolución Nicaragua recibió de los Estados Unidos 117.6 millones de dólares en préstamos suaves y 20.3 millones de dólares en donaciones. Más aún, los Estados Unidos participaron activamente en el desembolso de 189.1 millones de dólares provenientes del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y en el desembolso de 102.7 millones de dólares otorgados por el Banco Mundial. De hecho, entre el 19 de Julio de 1979 y el 11 de Febrero de 1982, Nicaragua recibió en préstamos, líneas de crédito y donaciones, 1.552.7 millones de dólares, en su gran mayoría provenientes del mundo occidental y en su total equivalentes a casi un 75% del PIB nacional para 1980. Fuente: División Planificación, Estudios y Control, Fondo Internacional para la Reconstrucción (FIR), 1982.

condiciones favorables para el proceso revolucionario, la Dirección Nacional del FSLN se empeñó desde un principio en una política exterior pro-Soviética, al extremo de no establecer relaciones diplomáticas con la República Popular China e irónicamente mantener relaciones con Taiwán, aliado de Somoza hasta el último momento?³ ¿Por qué fracasaron los asesores moderados en lo que, en última instancia, era su objetivo central: el de “educar” al Príncipe hecho realidad en la Dirección Nacional? De ahí la importancia de conocer los orígenes del Frente Sandinista. Sólo así pueden entenderse los motivos de nuestra política exterior, lo que podríamos llamar el *Weltanschauung* de quienes llegarían a ser los dirigentes de la Nación y ahora dirigen el Estado, el Partido y las Fuerzas Armadas.

II

Uno de los grandes “logros” del Somocismo en sus primeras etapas, fue haber roto en los años cuarenta con el viejo bloque en el poder de Conservadores y Liberales e, incluso, de haberle llegado a ofrecer a la incipiente clase obrera una alternativa populista. De hecho, tanto los sindicatos como el único partido de izquierda (Partido Socialista Nicaragüense, PSN), apoyaron la consolidación del régimen del primer Somoza, y recibieron a cambio un proyecto reformista que incluía un código de trabajo, inspirado por el movimiento Peronista en la Argentina y el primer seguro social del país. Con el tiempo, los Somozas fueron capaces de llegar a despolitizar a la sociedad nicaragüense, haciendo de la actividad cívica un monopolio familiar. Los intelectuales de la época, estableciendo un precedente para el futuro, se conformaron

3. Los partidos políticos representativos de la pequeña y mediana burguesía fueron quienes, paradójicamente, insistieron en el Consejo de Estado en establecer relaciones diplomáticas con la República Popular China. Y fueron estos mismos partidos quienes insistieron en condenar la intervención soviética en Afganistán y apoyar las reivindicaciones de Solidaridad en Polonia. Sin embargo, el FSLN desde un inicio —ver los discursos de Daniel Ortega en la Conferencia de los países no alineados en La Habana, Cuba (Septiembre 1979), y en la Asamblea de la ONU (Octubre 1979)—, se había identificado plenamente con la agenda de la Unión Soviética, desde el problema de Kampuchea hasta el desplazamiento de los misiles en Europa. De hecho, los órganos de propaganda del Frente Sandinista llegaron a hacer un paralelo entre los sindicatos disidentes en Nicaragua y Solidaridad en Polonia, como agentes del imperialismo.

únicamente con poder “educar” al dictador. Con la excepción de algunas de las antiguas familias, como la de los Chamorro, la burguesía nicaragüense nunca asumió conciencia como clase dirigente ya que su preocupación exclusiva era ampliar sus capitales, primero a través de la siembra de algodón y la banca y, posteriormente, en los años sesenta, desarrollando sus actividades manufactureras por medio de la integración económica centroamericana. A pesar del enorme desarrollo en las fuerzas productivas, la sociedad civil en tiempos de los Somoza era inexistente, el discurso político de la Nación sumamente pobre y las clases sociales, desde la burguesía hasta los obreros y campesinos, no estaban configuradas completamente ya que, entre otras cosas, carecían de expresión política capaz de darle coherencia a un proyecto político nacional.

En gran medida, el Frente Sandinista como organización fue una manifestación de esa cultura política, limitado en todos sus aspectos y con una visión ideológica muy estrecha del mundo. El aislamiento geográfico de Nicaragua y la preponderancia imperial de los Estados Unidos hacían inevitable un pro-Sovietismo exagerado entre los fundadores del Frente. Tanto Carlos Fonseca como Tomás Borge, ambos fundadores del FSLN, dieron sus primeros pasos en la teoría marxista a través de elementos manuales de educación política soviéticos.⁴

Hay que recordar que a finales de los años cincuenta el Partido Socialista Nicaragüense, o sea el partido comunista pro-Soviético de Nicaragua, era el único partido de referencia para la izquierda nicaragüense. El Partido Socialista, independientemente de su pasividad política, dio a la nueva militancia su primera concepción ideológica del mundo y sus rudimentarias herramientas teóricas. La gran diferencia entre el Partido y el Frente consistiría en el método de acción, esto es, en cuanto a la conveniencia de la lucha armada. Obviamente, las diferencias con el tiempo fueron mayores, sobre todo

4. Uno de los libros más importantes para entender la admiración de los fundadores del Frente Sandinista, por la Unión Soviética es el folleto de Carlos Fonseca *Un nicaragüense en Moscú*, publicado recién pasada la intervención de la Unión Soviética en Hungría.

porque tanto el Frente como el Partido competían por una reducida clientela política.

La verdad es que la gran mayoría de los miembros del Frente nunca salieron más allá de la Universidad Nacional. Aquellos que dejaron el país en los años sesenta, pasaron la mayor parte de su tiempo en Cuba y, en algunos casos, en la Unión Soviética. Naturalmente, que por mucho tiempo la única experiencia que los militantes del Frente Sandinista llegaron a tener fue la Cubana y, paradójicamente, así como la burguesía nicaragüense imitaba vulgarmente los hábitos norteamericanos, el Frente Sandinista empezó a copiar indiscriminadamente el discurso político de la Revolución Cubana. Hay que insistir, sin embargo, que la memoria histórica de la Nación, marcada por múltiples intervenciones imperiales, exigía a la juventud nicaragüense una posición anti-norteamericana y Fidel Castro, con su joven revolución, encarnaba el desafío a la arrogancia del poder.

Lo interesante del caso fue que aún en los momentos de mayor tensión entre Cuba y la Unión Soviética, los cuadros más avanzados del Frente Sandinista no tomaron partido en el debate, a pesar de haber adoptado el método de lucha cubano y haber entrado en graves contradicciones con el Partido Socialista Nicaragüense. En esos momentos, el Frente Sandinista además de haber sido un grupo marginal, con la preocupación primaria de sobrevivir en medio de una gran escasez de recursos, también carecía de la capacidad política para ponerse a la altura del alcance del debate. A pesar de todo, el Frente "evolucionó" a finales de los años sesenta de la tesis del foquismo a lo que se llegó a conocer como la estrategia de la Guerra Popular Prolongada.⁵ Fue hasta principios

5. Podría afirmarse *grosso modo* que el foquismo como método de lucha nació de la experiencia cubana, en la cual se le daba prioridad al movimiento armado (aún en los casos en que estuviera constituido por un puñado de hombres) por encima del Partido. Régis Debray, en su esfuerzo de racionalización teórica, en su texto clásico, *La revolución dentro de la revolución: La lucha armada y la lucha política en la América Latina*, partía del supuesto que las condiciones objetivas en América Latina ya existían para un proceso revolucionario y que solamente faltaban las condiciones subjetivas, el pequeño motor como lo llamaba Ernesto Guevara, el foco, para echar a andar el gran motor de la revolución. Con el fracaso de las tesis del foquismo, no solamente en Nicaragua sino en toda la América Latina, el

de los setenta, que por primera vez surgió dentro de las filas del Frente, una corriente fresca enmarcada en el pensamiento marxista. Una nueva generación de Sandinistas educados en Chile durante el período de Allende había establecido vínculos estrechos con la militancia del MAPU y llevaron a Nicaragua no solamente las teorías de la “dependencia”, las cuales sugerían una ruptura total con los centros capitalistas para lograr desarrollo en la periferia,⁶ sino también una nueva estrategia que trasladaba la lucha del campo a la ciudad y descansaba en la formación del partido entre la clase obrera nicaragüense.

Las divisiones ideológicas entre los partidarios de la Guerra Popular y Prolongada (GPP) y los de la Tendencia Proletaria (TP) dio lugar a una lucha por el poder que había estado por años latente dentro de las estructuras del Frente Sandinista. Surgió como consecuencia una tercera fuerza que se llegó a conocer como la Tendencia Insurreccional, los “terceristas” (o la Tercera Opción).⁷ En gran medida, los de la GPP liderados por Tomás Borge, Bayardo Arce y Henry Ruiz representaban a la vieja guardia y a los viejos conceptos, mientras que los de la Tendencia Proletaria bajo el control de Jaime Wheelock, Carlos Núñez y Luis Carrión, represen-

Frente Sandinista se vio obligado, al menos teóricamente, a reevaluar su concepción de la lucha. Fue en este contexto, que las tesis revolucionarias chinas fueron convenientemente utilizadas para seguir justificando la presencia del Frente en la montaña y el papel de la ciudad como el pulmón de la guerrilla. Es decir, la visión militar en la cual Carlos Fonseca creía fervorosamente: que la guerra era primordialmente campesina y el ejército revolucionario debía desarrollarse con el apoyo logístico de los centros urbanos. En última instancia, el foquismo seguía teniendo vigencia bajo una nueva racionalización, que era el concepto de la Guerra Popular y Prolongada.

6. Los trabajos más popularizados de la teoría de la dependencia, aceptados ideológicamente por los militantes del Frente Sandinista, eran *Dialéctica de la dependencia* de Ruy Marini, *Socialismo o fascismo: El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano* de Teotonio Dos Santos, algunos ensayos de Vania Bambirra y los escritos de Gunder Frank. Otras contribuciones teóricas importantes de la época, como los trabajos de Celso Furtado y el pensamiento de la CEPAL no fueron asimilados.
7. La Tendencia Proletaria fue la única tendencia que se preocupó por elaborar un marco teórico para racionalizar las divisiones dentro del Frente Sandinista, en el trabajo “La crisis interna y las tendencias” en la *Colección 4 de Mayo*. Sin embargo, mucho antes de esta elaboración teórica, Carlos Fonseca en su último documento, considerado ahora su testamento político, apoyaba las posiciones de Tomás Borge y criticaba con violencia a Jaime Wheelock por posiciones divisionistas y por actuar con arrogancia hacia los esfuerzos de la vieja militancia del Frente. En efecto, Tomás Borge, en la ausencia de Carlos Fonseca, era el defensor de la ortodoxia Sandinista. Wheelock representaba el espíritu revisionista que se mantenía, sin embargo, dentro de los parámetros marxistas.

taban a la nueva generación, aquellos que no se conformaban con ser cuadros secundarios y que, en muchos aspectos, mantenían posiciones tan dogmáticas como los de la GPP. Los Terceristas por su parte, Humberto Ortega, su hermano Daniel y Víctor Tirado, concebían con imaginación una transición más gradual hacia el socialismo y tenían un concepto mucho más amplio de la alianza de clases, al punto de no solamente haber creado un grupo de “burgueses progresistas” como el de *Los Doce*, sino también de haber permitido dentro de su propia tendencia una poderosa fracción que se conocía como la del Frente Sur, constituida por Edén Pastora, Germán Pomares y José Valdivia y cuyo vínculo primario se remontaba a la línea de Omar Torrijos en Panamá.

Entre los miembros de lo que eventualmente sería la Dirección Nacional existía, sin embargo, consenso general sobre lo que ellos entendían como los objetivos socialistas de la Revolución. Las diferencias eran de modalidades de lucha, edad e, incluso, personalidades. Entre ellos no se daban diferencias de duros y moderados. Existían Comandantes cuyo discurso político era menos rígido y cuya estrategia de lucha capturaba la imaginación popular y el momento histórico contra la dictadura del último Somoza. En la práctica, fueron los Terceristas quienes demostraron tener la estrategia de lucha correcta; los que a través de su pragmatismo hicieron que los cubanos, Torrijos y los venezolanos forzaran a las demás tendencias del FSLN a plegarse a su línea; y quienes en el día del triunfo representaban la fuerza principal dentro del Frente Sandinista.

Una vez en el poder, todos los Comandantes que formaban parte de la Dirección Nacional, incluyendo los Terceristas, actuaron al margen de la dinámica que los llevó a la victoria. El Frente Sur fue relegado a un segundo plano y los Ortegas optaron por favorecer a los denominados *Terceristas Jóvenes*⁸

8. Dentro de los Terceristas habían dos fracciones con un punto de equilibrio que representaban los hermanos Ortega. Una de estas fracciones era la de los terceristas jóvenes, quienes estaban ubicados en el frente interno, y cuyo líder ideológico, Pérez Casar, perteneciente a la generación de cristianos radicales, gozaba del apoyo, entre otros, de Joaquín Cuadra y Dora María Téllez. El Frente Interno desconfiaba de las inclinaciones pequeño-burguesas del Frente Sur y se mantenían dentro del Tercerismo por la

dentro de su propia Tendencia y ceder terreno a los otros Comandantes. Más aún, la mayoría del grupo de *Los Doce*, que supuestamente representaban en el nuevo Gobierno la moderación y el equilibrio, empezaron a actuar de manera radical con tal de adquirir “credibilidad ideológica” y así reproducir sus posiciones burocráticas. En efecto, el Frente Sandinista no fue consistente con la plataforma política que le permitió en el interior del país semejante pluralidad de fuerzas. Tampoco reconoció la importancia que tuvo internacionalmente el hecho que las tres tendencias no se reunificaran únicamente por la autoridad de Fidel, sino también gracias a la presencia de Torrijos y los esfuerzos del ex-Presidente de Venezuela Carlos Andrés Pérez.

Algunos Comandantes llegaron al extremo de sostener en los primeros meses de gobierno revolucionario que los Estados Unidos no intervenían militarmente en Nicaragua —como la lógica imperial exigía—, por el cambio en la correlación de fuerzas a nivel mundial entre los Estados Unidos y la Unión Soviética e, incluso, por temor a Cuba, la cual había demostrado, según los Comandantes, su ascendencia militar en la liberación de Angola contra el ejército de Africa del Sur. Para el Frente Sandinista, los cambios en la correlación de fuerzas a nivel mundial solamente podían tener un carácter bipolar. No concebían su victoria como el producto de un mundo en movimiento hacia la multipolaridad. En su análisis del triunfo revolucionario no había cabida para el Congreso, la opinión pública y las contradicciones dentro de la propia administración Carter. Para ellos, el imperialismo actuaba como si fuese un solo hombre y como si tuviese una sola voluntad.

Los Comandantes no confiaban plenamente en los socialistas Europeos como tampoco en amigos latinoamericanos como Torrijos y Carlos Andrés Pérez, cuya credibilidad tanto había contribuido para la victoria del Frente. Para el FSLN, lo que ellos perseguían era mediatizar los objetivos finales de la Revolución y cooptar el proceso en favor de la Socialdemocracia. Y puesto que el objetivo histórico de la lucha sandinista

confianza que habían depositado en la firmeza ideológica de Humberto Ortega.

era su propia concepción del socialismo, los aliados estratégicos tenían que ser entonces Cuba y la Unión Soviética. Después de todo, los dirigentes del Frente, tanto de la vieja como la nueva generación, concebían la lucha entre el capital y el trabajo como la contradicción central de toda sociedad capitalista. Para la mayoría de la militancia sandinista, las contradicciones operativas tenían que ver con el capital y con el trabajo, con el capitalismo y con el socialismo. Proyectaban así esas contradicciones de una manera mecánica en lucha mundial entre el imperialismo y el Campo Socialista.⁹

En el contexto de Centroamérica, los Comandantes argumentaban que no se podía pensar en “socialismo en un país”. Sostenían que por la misma naturaleza de la economía nicaragüense, abierta y dependiente, no había más alternativa para construir el socialismo que la de una integración completa con la Unión Soviética. En consecuencia, para los dirigentes de la Revolución, el desafío inmediato consistía en mantener el apoyo de los aliados temporales, mientras se forjaban las bases para una relación permanente con el Campo Socialista. De ahí que el Frente Sandinista diera muestras a los pocos días del triunfo de una gran vocación pro-Soviética, lo cual le dificultaba sus relaciones inmediatas y, en especial, los vínculos económicos con los países de occidente. Al margen de los costos inmediatos, sin embargo, considerando la perspectiva estratégica, el FSLN tenía que demostrarle a Moscú que no era un movimiento típicamente tercer mundista, en el cual no se podía confiar. Incluso, era imprescindible probar que sus dirigentes habían aprendido las lecciones de Cuba y que no se cometerían los errores de los años sesenta, cuando la relación entre los Cubanos y la Unión Soviética fue tan tensa y difícil.

9. Esta posición se vio claramente reflejada en el discurso pronunciado por el Comandante Humberto Ortega ante los oficiales del E.P.S. el 25 de Agosto de 1981, cuando sostuvo “que la humanidad ha venido avanzando y al momento del triunfo de la Revolución Popular Sandinista, el 19 de Julio de 1979, el desarrollo histórico de la sociedad se encuentra polarizado en dos grandes campos: por un lado el campo del imperialismo, el campo del capitalismo encabezado por los Estados Unidos y resto de países capitalistas de Europa y del mundo y por otro lado el campo socialista, compuesto por distintos países de Europa, Asia y de América Latina, vanguardizados por la Unión Soviética”.

Los cubanos, que gozaban de un prestigio sin paralelo en la militancia del Frente, actuaron de manera compleja y a veces contradictoria en la formación de la concepción ideológica del Frente Sandinista. Por un lado, principalmente al nivel conceptual, les recordaban a los nicaragüenses que todas las revoluciones son diferentes y que por lo tanto debían buscar sus propias soluciones; por otro, en la práctica cotidiana, no hacían más que extrapolar en lo económico y en lo militar sus propias experiencias a la realidad nicaragüense.¹⁰ Los Cubanos se contradecían al ser los primeros en señalar que los Países Socialistas no estaban dispuestos a subsidiar satisfactoriamente a la economía nicaragüense y, sin embargo, en las pugnas entre los Comandantes, aparentemente apoyaban a los más pro-Soviéticos y menos flexibles dentro de la Dirección Nacional, como Tomás Borge y Bayardo Arce. Lo cierto fue y ha sido, que los Cubanos recomendaban moderación táctica y no podían concebir la importancia de la tercera opción como el proyecto estratégico de la Revolución Sandinista. Es por esto que para muchos, incluyendo aquellos que simpatizan con la Revolución, Cuba ha demostrado muy poca imaginación en su política hacia Nicaragua. En sus veinte años de bloqueo y aislamiento perdieron tal vez el sentido de la realidad Centroamericana o, tal vez, porque son incapaces de recomendar una alternativa que no sea la de su propio modelo. A pesar de lo dicho, no podemos sin embargo dejarnos de preguntar, cuán amplio ha sido el espacio de maniobra de Fidel Castro en el contexto de Nicaragua, sobre todo cuando tomamos en cuenta la enorme dependencia financiera de Cuba y la dinámica pro-Soviética que ya existía dentro de la Dirección Nacional.

III

De acuerdo a la concepción estratégica del Frente Sandinista, la seguridad de la Revolución descansaba casi exclusi-

10. Nuestros sistemas de contabilidad y centros de compilación de estadísticas han cambiado su metodología para conformarse al sistema cubano. Y en el caso de la Costa Atlántica, los cubanos, por una preocupación histórica muy propia, han insistido en manejar la cuestión costeña como un problema de seguridad y han recomendado políticas similares a las que usaron en el Escambray a principios de los años sesenta.

vamente en la adquisición de los medios militares y en la configuración de un ejército con capacidad de proyectarse regionalmente. Esta preocupación sobre una presencia militar fuerte obedecía en parte a la memoria histórica de la Nación, marcada por múltiples intervenciones imperiales y también a lo que los Comandantes entendían como la necesidad de encontrar un balance entre las fuerzas nicaragüenses y el conjunto de los demás países centroamericanos. Según este cálculo, en un espacio tan limitado como el de Centroamérica, solamente había cabida para dos opciones: la salida revolucionaria para toda la región, dado el efecto multiplicador de la Revolución Sandinista, o la eventual derrota de Nicaragua. La distensión que se dio con Honduras al principio de la Revolución, razonaban los Comandantes, solamente podía ser considerada temporal y ni siquiera era posible contar con que continuarían las relaciones amistosas con Costa Rica y Panamá. Más aún, la nueva Nicaragua no podía esperar en un plano más global, tal y como lo aseguraban los moderados, que el ambiente internacional se mantuviera indefinidamente a su favor. Después de todo, la marcha hacia el socialismo, sus preferencias por Cuba y sus vínculos con la Unión Soviética, tarde o temprano, terminarían alejando a la Revolución Sandinista de los social-demócratas en Europa, los liberales en los Estados Unidos y hasta de los gobiernos de los poderes regionales.

El Frente Sandinista, por lo tanto, no solamente había decidido armarse a niveles superiores a los de las demás fuerzas centroamericanas, sino que hacerlo con material Soviético y asesoramiento cubano. Los asesores panameños que habían llegado al principio de la Revolución fueron asignados exclusivamente al entrenamiento de la policía de tránsito, lo que llevó en protesta a Torrijos a retirarlos con prontitud. Nunca hubo un esfuerzo genuino por parte de Managua de diversificar sus fuentes de asistencia militar. Para los Comandantes, todo era negociable, menos los objetivos finales de la Revolución y su voluntad de armarse. El criterio que se manejaba en los documentos de discusión interna del Frente Sandinista, sobre posibles negociaciones con los Estados Unidos, hacían hincapié en rechazar cualquier posibilidad que afectara su

decisión vital de fortalecerse militarmente. Y lo que es más, que cualquier esfuerzo de negociación no era un objetivo estratégico de nuestra política exterior, sino más bien un medio para comprar tiempo y obtener ventajas estratégicas.

Paradójicamente, este criterio no fue sostenido por los sandinistas a raíz del viaje a Nicaragua del entonces subsecretario de Estado para asuntos latinoamericanos, Thomas Enders, en Agosto de 1981, cuando llegó a ofrecerle a los Comandantes una *Pax Finlandia*, sino más bien después del discurso del entonces Presidente de México López Portillo, en la Plaza de la Revolución en Febrero de 1982. Por eso, en la opinión callada de los Comandantes, los Mexicanos habían cometido traición al proponer públicamente en Managua un *quid pro quo* por medio del cual: “el gobierno de los Estados Unidos debía descartar toda amenaza o uso de la fuerza dirigida contra Nicaragua. Y si se lograba desarmar a las bandas somocistas que operaban a lo largo de la frontera entre Honduras y Nicaragua y cesaba el entrenamiento de grupos semejantes en los Estados Unidos —desapareciendo así una amenaza real contra la integridad del país— era de pensarse que el Gobierno de Nicaragua renunciara simultáneamente tanto a la adquisición de armas y aviones, como a canalizar sus escasos recursos al mantenimiento de efectivos militares cuya envergadura preocupaba a países vecinos y cercanos”. Para finales de 1982, ya no solamente era el Frente Sandinista quien sostenía la tesis de una Centroamérica homogenizada, sino que ahora también eran el General Alvarez en Honduras y Enders en Washington, quienes empezaban a hablar de la lucha entre la democracia y el totalitarismo en Centroamérica.

Con el viaje de Enders a Managua, el Frente Sandinista llegó a la conclusión que para la administración Reagan, la libertad de prensa, el pluralismo político y el futuro de la propia burguesía, eran irrelevantes. Para Washington la preocupación central se encontraba en el comportamiento geopolítico de la Revolución, en sus relaciones con la guerrilla salvadoreña, y en sus vínculos militares con el Campo Socialista. Lo que Enders había llegado a proponer era muy sencillo: dentro de las fronteras de Nicaragua el proyecto Sandinista

sería tolerado, pero a cambio de esa tolerancia, Nicaragua tenía que ajustar su política exterior a los intereses básicos de los Estados Unidos.

Sin embargo, cuando Enders estuvo en Managua en Agosto de 1981, los dirigentes del Frente Sandinista se sentían muy seguros de su futuro, como para aceptar el ofrecimiento del enviado imperial. La contrarrevolución era apenas un problema secundario, que incluso resultaba funcional para cerrar el espacio político doméstico y racionalizarlo como resultado de la amenaza externa. Asimismo, la economía había registrado por segundo año consecutivo tasas de crecimiento positivas y la guerrilla salvadoreña parecía estar a las puertas del triunfo. Más aún, quedaba por ver el alcance real de la administración Reagan en su política contra la Revolución Sandinista y la relevancia que en el campo socialista asignaría a Nicaragua en el momento oportuno.

Con el tiempo los hechos demostraron que la voluntad de la administración Reagan lograría imponerse sobre el Congreso, la opinión pública y los aliados. De igual manera, se comprobó que las posibilidades de los países socialistas de ayudar a la economía de Nicaragua eran limitadas. Así, para Mayo de 1982, con la economía nicaragüense en crisis, entre otras causas por la drástica reducción de la asistencia de los países occidentales, Daniel Ortega, en su carácter de Jefe de Estado, acudió a Moscú y lo único que logró fue firmar un convenio por el equivalente de 150 millones de dólares en maquinaria agrícola y otros renglones de asistencia técnica para ser aplicado en los cinco años siguientes. Al saber los resultados del viaje, algunos líderes del Frente Sandinista comentaron que el Comandante Ortega al ser recibido por los herederos del Partido de Lenin, había pernoctado en el propio Kremlin, mientras que Nixon en su histórico viaje de 1972 había sido hospedado en las Colinas de Moscú. Aparentemente, para algunos Sandinistas los símbolos compensaban con creces lo que no recibían en recursos tangibles. En todo caso, el optimismo era injustificado. Para esa época, el Gobierno de Managua conocía las proyecciones de la balanza de pagos que demostraban la verdadera magnitud de la crisis. El

país iba a necesitar a partir de 1982 un mínimo de 450 millones de dólares en ayuda económica para cubrir la brecha externa y entre 500 y 650 millones de dólares anuales para los cinco años siguientes.

I V

Sugerir que la administración Reagan ha sido responsable de la radicalización de Nicaragua y de empujar la Revolución hacia el Campo Socialista, es negar el comportamiento del Frente Sandinista durante los años de Carter y olvidar sus orígenes históricos y su vocación ideológica. Debe admitirse, sin embargo, que la administración Reagan ha forzado la radicalización prematura del proceso y que con su retórica excesiva y su apoyo a la contrarrevolución ha dado a los Comandantes —especialmente a los más dogmáticos dentro de la Dirección Nacional—, la posibilidad histórica de justificar sus inclinaciones radicales y hacer de sus preocupaciones profecías que se cumplen a sí mismas. Lo que se ha producido es una relación simbiótica entre los miembros de la Dirección Nacional y los ideólogos de la administración Reagan: las acciones de unos, justificaban las acciones de otros y, en ambos casos, la capacidad de ofrecer concesiones tácticas con el propósito de ser intransigentes en lo estratégico.

Si bien es cierto que al principio de la revolución hubo un consenso general entre los Comandantes, esto no quiere decir que a estas alturas ninguno de ellos haya empezado a cuestionar el valor de una relación tan íntima, que solamente ha garantizado abundancia de armas pero que no ha proporcionado, en medio de una crisis, la ayuda económica para superarla. Lo que al principio era solamente una lucha por el poder entre las tendencias del Frente Sandinista y, más aún, una lucha por un *primus inter pares* entre los Comandantes de la Dirección Nacional, ahora pareciera tener ramificaciones ideológicas más de fondo que podrían afectar la orientación política de la Revolución. Como consecuencia, aunque la administración Reagan no haya sido responsable por la estrechez de los vínculos entre Moscú y Nicaragua, su actitud hacia la Revolución complicó la dinámica de la Dirección

Nacional y pudo entorpecer o anular la posibilidad de una redefinición de las relaciones entre la Revolución Sandinista y el Campo Socialista.

Es un hecho incuestionable que mientras algunos Comandantes se han radicalizado en el ejercicio del poder, otros han adquirido posiciones más flexibles a través de una curva de aprendizaje. Los Comandantes Terceristas, que demostraron tanta moderación táctica en el pasado, y Jaime Wheelock, miembro destacado de la Tendencia Proletaria, han sido los responsables de las actividades estatales que tienen que ver con la reproducción de la economía. Por otro lado, los pertenecientes a la tendencia de la Guerra Popular Prolongada, como Tomás Borge y Bayardo Arce, encargados del Ministerio del Interior (aparatos de Seguridad del Estado) y de los órganos políticos como las estructuras partidarias, nunca han tenido que gestionar un préstamo de soporte para la balanza de pagos del país en un Organismo Multilateral, ni han tenido que buscar ayuda tecnológica eficiente en cuanto al consumo de petróleo para desarrollar la frontera agrícola del país. Para los de la GPP, la radicalización de la Revolución trasciende preferencias ideológicas y obedece a mecanismos efectivos para aumentar sus propias cuotas de poder. Hay que recordar que en una revolución ya radicalizada, el Partido y la Seguridad del Estado adquieren ascendencia sobre las otras instancias de poder.

Lo paradójico de todo lo anterior es que tanto Tomás Borge como Bayardo Arce, estarían dispuestos a negociar un acuerdo con la administración Reagan (basado en un intercambio entre el apoyo de Managua por los revolucionarios Salvadoreños y el apoyo de Washington por los contrarrevolucionarios Nicaragüenses ubicados en la frontera con Honduras) con tal de no tener que hacer concesiones internas de alcance estratégico. La opción de una *Pax Finlandia* modificada (en una versión menos drástica para el caso de Nicaragua) sería aceptable por su carácter imperial para muchos sectores de la administración Reagan y para los más dogmáticos dentro de la Dirección Nacional. La verdadera esperanza de la Revolución Sandinista descansa, sin embargo, en la posibilidad que

las posiciones terceristas que prevalecieron en la guerra contra Somoza prevalezcan en el nuevo contexto y que en Nicaragua se le dé un espacio real a las fuerzas de centro y a la disidencia democrática. Si el centro no participa en la vida política de Nicaragua de manera efectiva y la izquierda en El Salvador no llega a compartir el poder, las perspectivas de una solución regional son prácticamente inexistentes.

Nicaragua: Contradicciones entre Teoría y Práctica Revolucionarias

Forrest D. Colburn

Las revoluciones no son solamente significativas por sí mismas, sino porque también brindan una oportunidad única de poder diferenciar los elementos más maleables del orden social y sus componentes esenciales. Nos permiten conocer los cambios que se pueden hacer en una sociedad. Es en países pequeños menos desarrollados como los de la América Central donde las revoluciones continúan siendo un importante fenómeno político. No queremos decir con esto que las revoluciones constituyan un fenómeno común. No obstante, han surgido con la frecuencia suficiente como para considerarlas un posible rumbo a seguir por algunos países, a la vez que han generado amplios debates sobre sus logros potenciales.

Un escrutinio de la revolución nicaragüense indica que existen varios impedimentos estructurales en los regímenes postrevolucionarios que no solamente dificultan el poder mejorar el bienestar de las clases bajas, sino que hacen difícil poder evitar la adopción de medidas que afectan los intereses de los diferentes grupos sociales que no comparten la ideología, ni la retórica revolucionaria. Los pequeños países en vías de desarrollo necesitan importar y, por tanto, también exportar, si es que quieren mantener los niveles de consumo. Si por casualidad tienen la bendición de generar gran cantidad de divisas, debido a yacimientos minerales o un patrocinador extranjero, entonces tienen más posibilidades de persis-

tir. Si por el contrario adolecen de ellos, como ocurre en la mayoría de los países en vías de desarrollo, tendrán una gran dependencia de los sectores claves que generan divisas, independientemente de quienes sean los propietarios de estos sectores.

Si los regímenes postrevolucionarios no son capaces de satisfacer las demandas de consumo, tendrán que enfrentarse a las presiones políticas que desplieguen los residentes de las zonas urbanas, que están más desarrolladas y concentradas (y que se encuentra geográficamente más próxima al gobierno). Este sector tiene una participación desproporcionada en el poder político. Así, los regímenes postrevolucionarios se enfrentan a un problema estructural económico-político ante la necesidad de mantener a los sectores urbanos satisfechos, a la par de una balanza de pagos dentro de límites razonables. El sector que por consiguiente será necesario "apretar" a fin de poder mantener a la revolución económica y políticamente solvente será el de los productores rurales, que no se encuentran organizados, ni controlan un tipo de producto vital que ofrezca divisas (agricultores pequeños y obreros agrícolas). Teóricamente este grupo habría sido el mayor beneficiario del cambio sociopolítico, debido a su pobreza. En América Latina, los ingresos en las zonas urbanas tienden a ser cuatro o cinco veces mayores que los de las clases rurales.

La experiencia de Nicaragua igualmente nos indica que mientras más militante sea la revolución, más probable es que se cometan errores en la producción económica; en las tareas emprendidas; y en la consiguiente necesidad de comprometerse con el proyecto político radical, o dejar que la economía descienda a niveles políticamente peligrosos. Aparentemente, las desorganizaciones económicas son axiomáticas a las revoluciones. Esto es particularmente cierto si las élites "producen" al igual que "consumen". La industrialización y la modernización de la agricultura, han hecho que esto sea cada vez más así. El terrateniente estereotipo ausente del siglo diecinueve ha sido substituído hoy día por el agricultor competente, que emplea modernas técnicas

agrícolas. Aunque las élites gobernantes aún monopolizan una porción desproporcionada de riquezas e ingresos en casi todos los países en vía de desarrollo, su destrucción como clase con toda seguridad resultaría mucho más costosa para el país, que si hubiera sido una élite ociosa tradicional.

Nicaragua pagó un alto precio para derrocar a Somoza. De acuerdo a un informe de las Naciones Unidas, 45.000 nicaragüenses murieron durante el período insurreccional. Según la Comisión Económica de las Naciones Unidas para la América Latina (CEPAL), se estima que la producción económica nacional disminuyó un 6 por ciento en 1978 y otro 24 por ciento en 1979. Esto significó que los niveles de producción para 1979 habían retrocedido a los existentes en 1962. Somoza dejó una deuda exterior de 1.640 millones de dólares, que en ese momento resultó ser la mayor deuda per cápita de todos los países de la América Latina. Además, quedaban solamente 35 millones de dólares en las arcas del Estado (apenas lo suficiente para pagar el costo de las importaciones de dos días).

La generosa ayuda internacional no tardó en llegar de países tan diversos como los EE.UU. Francia, Alemania Oriental y Occidental, la Unión Soviética, Bulgaria, Libia, Cuba, México y Venezuela. La deuda exterior fue renegociada en condiciones que no tienen precedentes por su generosidad. El petróleo fue adquirido en condiciones muy favorables en México y Venezuela. Entre mediados de 1979, cuando se formó el nuevo gobierno nicaragüense y principios de 1982, el país recibió alrededor de 950 millones de dólares en créditos extranjeros y 250 millones en donaciones. Dado el pequeño tamaño del país, esta erupción de asistencia resulta fenomenal. Aproximadamente el 49 por ciento de la ayuda ha sido de los países no alineados del Tercer Mundo, 32 por ciento de países capitalistas desarrollados y el restante 19 por ciento de países socialistas.

A pesar de amplia ayuda del exterior, la economía Nicaragüense se ha resentido. Es más, el futuro no parece prometedor. El producto Bruto Nacional creció un 8.9 por ciento

en 1981 por encima del bajo nivel de 1980, pero en 1982 el PBN cayó un 4.7 por ciento.

Los gastos públicos aumentaron rápidamente después de la toma del poder por los sandinistas, aumentando del 21 por ciento del Producto Nacional Bruto en 1980, al 31 por ciento en 1981. Sin embargo, no se han equiparado estos gastos con un aumento de los impuestos. En 1982, el gobierno se enfrentó a un déficit de 500 millones de córdobas en su presupuesto administrativo.

Aún más importante resulta el hecho que el valor en dólares de las exportaciones ha representado solamente la mitad del valor de las importaciones, desde que el nuevo régimen asumió el poder. La balanza comercial no muestra indicios de mejoría, con un déficit en la cuenta corriente de 1982 que ascendía a 500 millones de dólares. Teniendo en cuenta que Nicaragua es un pequeño país subdesarrollado, con una economía abierta, que no cuenta con la posibilidad de autoabastecerse, esto resulta amenazante. Si se suman las importaciones y las exportaciones, estas representan el 70 por ciento del Producto Bruto Nacional del país.

El incipiente sector industrial recibió serios daños durante el período insurreccional; más del 25 por ciento de las industrias de Nicaragua recibieron afectaciones en su maquinaria e inventario.

La recuperación industrial tendrá que marchar lentamente, debido a la necesidad de tener que reconstruir o sustituir la capacidad productiva. No obstante lo anterior y a pesar de una reducción del 25 por ciento de las cabezas de ganado vacuno, el sector agrícola más importante a penas se vio afectado por la lucha. La restauración de la producción agrícola no parecía ser demasiado difícil. Según algunos estimados, casi el 90 por ciento de las exportaciones provienen de la agricultura y más de la mitad de la población se gana la vida del cultivo de la tierra.

Comprometido a mucho más que a una recuperación económica, el nuevo régimen también pretende realizar una

reestructuración radical de la sociedad nicaragüense. El plan económico para 1980 señalaba que la meta no era solamente la construcción de una nueva economía, sino también de un "Hombre Nuevo". En 1982, el planteamiento fue hecho en términos más específicos. Según decía un lema del gobierno: "Defendamos la Revolución por la Construcción del Socialismo". Haciendo un examen de cada uno de los sectores dentro de la economía, vemos que es este intento de transformación radical de Nicaragua, basado en una lucha de clases acentuada, lo que ha complicado el desarrollo y el crecimiento económico; y no simplemente la tarea de la reconstrucción, la recesión mundial o las presiones contrarrevolucionarias que comenzaron en diciembre de 1982.

Las primeras leyes del gobierno nacionalizaron grandes sectores de la economía. Todas las propiedades de los Somoza y sus secuaces fueron inmediatamente confiscadas. En total, la nacionalización abarcó un 25 por ciento de las industrias de Nicaragua y dos millones de acres de propiedades agrícolas (o, lo que es igual, a aproximadamente el 25 por ciento de la tierra cultivable), la mayor parte de ellas totalmente productivas. Las inversiones extranjeras directas en Nicaragua son mucho menos significativas que en muchos otros países del Tercer Mundo, siendo los decretos de nacionalización de los recursos naturales el único paso que han dado los Sandinistas contra el capital extranjero. Mediante estos decretos el Estado asumió el control sobre la minería, la pesca y los recursos forestales. Además de esto, el nuevo gobierno nacionalizó la Banca, los seguros y el comercio exterior (y con ello, las divisas extranjeras que genera). Como consecuencia de estas nacionalizaciones, la contribución del sector público al Producto Bruto Nacional creció de un 15 por ciento en 1977 al 41 por ciento en 1980.

El sector agroexportador

Aunque la confiscación de los activos de los somocistas le dio al Estado el control directo del 25 por ciento de la economía, el restante 75 por ciento permaneció en manos del sector privado. El control de la Banca y del comercio

exterior, así como la capacidad de gobernar simplemente mediante decretos, le ha permitido al Estado limitar las ganancias de la élite que dominaba el sector agrícola de exportación, principalmente el algodón, puntal de la economía. A medida que resultaba evidente que el gobierno estaba decidido a hacer desaparecer a este grupo social, (según las palabras de un productor), las inversiones se detuvieron y comenzó a disminuir la producción. El área cultivada de algodón se ha reducido a menos de la mitad de lo que era antes de la revolución, lo cual ha implicado una estrepitosa caída en el ingreso de divisas.

A fin de evitar que la producción de algodón se desplomara completamente, el Estado tuvo que hacer concesiones a los grandes productores. Se concedieron créditos generosos, se mantuvieron bajos los jornales e incluso se recurrió a las organizaciones campesinas del FSLN para ayudar a los productores a conseguir mano de obra durante el período de cosecha; y lo que es más importante, el Estado fijó una tasa de cambio especial, en lugar de la tasa de cambio oficial que se utiliza para otros productores agrícolas. La retórica del gobierno nos enseña que a pesar de estas concesiones, los grandes productores no tienen futuro. Ellas consiguen, sin embargo, que muchos productores piensen que “siempre se puede obtener ganancias aún en situaciones difíciles” y en su mayoría mantengan la producción existente.

La necesidad que tiene el Estado de obtener divisas lo ha llevado a expropiar casi todas las propiedades de aquellos sectores que no cuentan con el recurso de retirarse de la producción. Los pequeños productores de café de Nicaragua son un buen ejemplo.

Se estima que existen 27,000 productores de café y que el 85 por ciento de ellos son pequeños agricultores marginales con rendimientos de un quinto o un sexto de los alcanzados por la mayoría de los grandes productores. A diferencia del algodón, el café constituye una inversión fija; una vez que las plantas comienzan a dar fruto, se mantienen produciendo durante años. Aunque teóricamente una de las razones funda-

mentales para el establecimiento de monopolios estatales era precisamente ayudar a los pequeños productores, los pequeños productores de café reportan un deterioro de sus ingresos reales. El valor de la moneda nacional ha caído estrepitosamente; sin embargo, los productores reciben el pago de sus cosechas en base a una tasa de cambio preferencial, menos los impuestos. Como los pequeños productores de café tienen una inversión fija y carecen del recurso de retirarse de la producción, lo único que les queda, como comúnmente se dice, es esperar que les llegue un futuro mejor.

El campesinado pobre

Las plantaciones agrícolas de los somocistas no fueron divididas y distribuidas entre los campesinos como se esperaba. En su lugar, el Estado asumió el control ellas, para garantizar que continuaran produciendo los productos de exportación esenciales para la economía y el Estado continuara recibiendo las divisas que ellas producían.

Mucha tierra que no formaba parte de estas fincas y otra que fue confiscada posteriormente ha sido sin embargo distribuida entre los campesinos organizados en cooperativas.

Ya para el 19 de julio de 1983, al cuarto año de la revolución, se habían entregado 305,020.6 “manzanas” (1 manzana = 0.705 hectáreas) entre 20,236 familias. La tierra distribuida representa alrededor del 20 por ciento de la tierra cultivada en Nicaragua.

Además de café, los campesinos cultivan maíz y frijoles (los principales productos de Nicaragua). Para muchos campesinos, la posibilidad de poseer tierra ha sido una aspiración acariciada desde hace mucho tiempo, principalmente en los departamentos noroccidentales donde siempre ha habido una gran competencia por la tierra. Desafortunadamente, el gobierno sandinista no ha sido capaz de suministrarle a los pequeños productores la asistencia técnica que les permita aumentar sus rendimientos. El aumento de los

rendimientos no solamente contribuiría a aumentar la producción nacional, sino también a aumentar sus bajos ingresos. A las dificultades señaladas hay que añadir la concentración de muchos pequeños agricultores en zonas aisladas, la emigración a otros países de muchos técnicos agrícolas y, sobre todo, la competencia que generan los grupos estatales por los recursos técnicos e insumos agrícolas.

La política agraria del gobierno ha aparentemente facilitado el acceso de los campesinos a la tierra, pero no ha mejorado los ingresos netos provenientes de la agricultura. Por otra parte, los diferentes cambios han influido en los costos y las ganancias de las principales cosechas de los campesinos (granos básicos). La escasez de divisas, originada en gran medida por la disminución de la producción de la burguesía, ha elevado el precio de muchos artículos, principalmente los de importación. El gobierno ha tratado de compensar esta situación controlando los precios de artículos de primera necesidad que se producen nacionalmente (principalmente los alimentos). Naturalmente, los bajos precios de los alimentos significan bajos ingresos para los campesinos. De esta forma, las ventajas que representa para los campesinos contar con una mayor cantidad de tierra, lo cual fue posible gracias a la confiscación de grandes fincas, se pierden ante los bajos precios que se les paga a fin de proteger a los consumidores, que padecen la escasez debido a la reducción de las exportaciones agrícolas.

El campesinado está consciente de esta realidad y existe un considerable resentimiento por los precios que impone el gobierno. Los bajos precios que se pagan por los granos básicos han desanimado a muchos campesinos a sembrar para algo más que no sea el consumo familiar. Consecuentemente, a pesar de la distribución de miles de acres de tierra la producción de maíz y frijoles se encuentra por debajo de los niveles pre-revolucionarios. El mismo gobierno ha anunciado que habrá que importar para este año el 25 por ciento de las necesidades en granos básicos.

Irónicamente, el sector que quizás se le ha pedido que haga más sacrificios por la consolidación de la revolución

ha sido el más pobre (los campesinos sin o muy poca tierra). El Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) trabajó durante años para convencer a los campesinos de que estaban siendo explotados y que les esperaba un futuro mejor con el triunfo de la revolución. Sin embargo, el FSLN se apresuró a cambiar su propaganda al tomar el poder y dejó de enfatizar la innecesaria pobreza de los nicaragüenses, promoviendo en cambio una política de austeridad y producción. Este cambio significó un viraje en el cual en lugar de promover la participación laboral, se comenzó a enfatizar la disciplina laboral. Se han prohibido las huelgas y se está haciendo presión sobre los sindicatos para que se unan todos en una sola central sindical controlada por el Estado.

Estos lineamientos políticos del gobierno han traído como consecuencia limitaciones en los salarios, al ser rechazados los aumentos que exigían con justicia los trabajadores. Solamente durante el primer año de la revolución se incrementaron los salarios de los trabajadores agrícolas por encima de los niveles de inflación. Durante las campañas agrícolas de 1981/1982 y 1982/1983 no se incrementaron los jornales generales en lo absoluto. El contraste entre los cambios salariales y la inflación nos sugiere que los jornales reales pueden haber disminuído hasta en un 40 por ciento. Desafortunadamente, tanto el desempleo como el subempleo también han aumentado.

La política de austeridad del gobierno ha ocasionado, inevitablemente, un enfrentamiento con los mismos trabajadores a quienes se les había venido diciendo que se merecían una vida mejor, y que ésta estaba a su alcance. Los obreros se quejan incesantemente sobre el incremento de los precios y el valor descendente de sus ingresos. Los salarios no son más altos en las empresas estatales y se dice que la única diferencia en las condiciones laborales es el cambio de patrón. Un sector que desde un punto de vista ideológico debería ser el baluarte de apoyo del régimen se ha vuelto así cínico y a veces completamente hostil hacia los políticos gubernamentales. La actitud de muchos obreros agrícolas se resume en un dicho campesino que se escucha por todas

las zonas rurales de Nicaragua: “La misma mona con diferente rabo”.

Economía de crisis

A pesar de lo loable que puedan ser las intenciones de los sandinistas, éstos han ocasionado problemas económicos que han puesto en peligro el bienestar de todos los nicaragüenses. El caso de los jornaleros de las zonas rurales pone de manifiesto hasta que punto, incluso los sectores que supuestamente han sido favorecidos por las medidas del gobierno, pueden ver afectado su bienestar por los errores económicos. Esto parece ser un patrón clásico en los períodos inmediatos postrevolucionarios de los pequeños países del Tercer Mundo. Un grupo de medidas origina dislocaciones en los sectores productivos, lo cual da como resultado una reducción de la producción nacional. A menudo esta disminución de la producción se concentra en el sector de los productos de exportación más remunerativo, ya que casi siempre ha sido monopolizado por las élites de la población (precisamente por ser el más remunerativo).

Una gran cantidad de medidas complementarias encaminadas a ayudar a los sectores pobres absorbe grandes cantidades de recursos, sin que se correspondan con un aumento en la producción (al menos a corto plazo) porque los recursos están dedicados principalmente al consumo y no a las inversiones. Estos dos tipos de medidas producen una crisis económica. En resumen, los “suministros” disminuyen y aumenta la “demanda”. Debido a la dependencia que tienen los pequeños países en vías de desarrollo del comercio internacional, por lo general el foco de la crisis es la balanza de pagos y la disponibilidad de divisas. La utilización de reservas, la asistencia extranjera y la solicitud de préstamos pueden ayudar a cubrir el desequilibrio resultante, pero a la larga lo más probable es que resulten insuficientes.

El examen de cuatro sectores de Nicaragua nos brinda detalles interesantes sobre cómo los regímenes revoluciona-

rios intentan resolver las crisis. Las características de la crisis postrevolucionaria son inherentemente inflacionarias (medidas fiscales y monetarias expansionistas) unidas a una caída de la producción de bienes y servicios esenciales. En Nicaragua, las ambiciosas medidas fiscales del gobierno han dado lugar a un enorme déficit gubernamental. Existe igualmente un enorme déficit en la balanza de pagos, ocasionada mayormente por la reducción de las exportaciones, aunque también por el incremento de las importaciones.

Por lo general, demasiado dinero cuando hay muy pocos artículos que comprar ocasiona la inflación. Aunque, con el objetivo de proteger el poder adquisitivo de las clases bajas, lo más probable es que los regímenes traten de controlar los precios, tal como ha sido el caso de Nicaragua. La regulación de los precios de los bienes de consumo, en un período en que por lo general los precios aumentan, afecta a los productores, quienes lo más probable es que sufran por lo menos un aumento de los costos. El caso de Nicaragua nos indica, que los gobiernos revolucionarios se inclinan a desatender a los productores, para ayudar a los consumidores. Lo que comienza como una hostilidad hacia los productores adinerados y un compromiso en mejorar el consumo de los pobres, se convierte lentamente en un prejuicio contra el productor y a favor del consumidor. En Nicaragua, los campesinos que producen granos básicos se han visto afectados por los bajos precios que reciben por sus cosechas, tanto como los miembros de la burguesía que producen algodón.

Un gobierno puede estar dispuesto a regular los precios de los bienes producidos nacionalmente, si los artículos de importación aumentan de precio, lo que ocurre cuando, como en el caso de Nicaragua, existe un gran déficit en la balanza de pagos. En efecto, el gobierno puede tratar de regular los precios en los sectores en que esto sea posible. Sin embargo, un análisis de los sectores agrícolas representativos de Nicaragua demuestra que los precios bajos constituyen un desestímulo para aumentar o, siquiera, mantener los niveles de producción. La falta de incentivos puede inclusive desestabilizar medidas específicas del gobierno

encaminadas a estimular la producción. Esto fue expresado con mucho más agudeza por un campesino nicaragüense que preguntó, “¿De qué sirve una reforma agraria si Ud. tiene que vender sus productos al gobierno a un bajo precio?”. Aunque es posible que a corto plazo algunos sectores se beneficien con el control de los precios, al final todos los sectores de la economía y el gobierno en general pueden salir afectados, si ello ocasiona una disminución de la producción. Extrapolando esta situación, se puede aplicar el planteamiento de Mao sobre la experiencia soviética: “Drenar el estanque para sacar al pez”.

Aunque desde un punto de vista económico la regulación de los precios impuesta por el nuevo gobierno no es prudente, existen motivos políticos que explican —aunque no necesariamente justifican— estas medidas. La primera es ideológica: no se desea lograr una alta producción cuyas ganancias vayan a parar a manos privadas. La segunda es de simple conveniencia. La regulación de los precios proporciona alivio a corto plazo y con frecuencia los gobiernos sometidos a presiones no cuentan con “recursos” políticos a largo plazo. Finalmente, existe el prejuicio urbano. Los residentes de las zonas urbanas siempre son más visibles y políticamente más poderosos que los residentes en zonas rurales. Resulta importante aplacar a los electores de las zonas urbanas y para ello la implantación de bajos precios en los alimentos constituye una medida muy efectiva. Naturalmente, los gobiernos por lo general están conscientes de los gastos económicos en que incurren por la carencia de incentivos a los productores. Pueden, a veces, aumentar los precios de los productores, anunciando públicamente incentivos, pero lo más probable es que los productores se demoren tratando de ponerse al día en el aumento de los costos de producción.

La complejidad de las relaciones del FSLN con los productores agrícolas privados nos enseña una lección muy importante: que no se puede pensar en una clara dicotomía entre los sectores “privado” y “estatal”, aunque existan diferencias obvias entre ambos. El nuevo gobierno cuenta

con una gama de medidas políticas tan amplia que de una u otra manera afecta decisivamente al sector “privado”. La mayoría de estas medidas políticas implican la intervención estatal en los mercados principales de los productos es decir: los mercados de los productos que ellos consumen y venden, además de la tierra, la mano de obra y el capital.

Reconocer hasta qué punto el Estado afecta al sector privado es importante porque puede ayudarnos a explicar su comportamiento. El Estado y el sector privado persiguen objetivos diferentes, pudiendo cada uno de ellos ayudar u obstaculizar al otro, dependiendo del grado de convergencia o divergencia de sus metas. Los productores privados operan en base a una lógica inversionista que se basa en la relación entre ganancia y riesgo. La lógica del Estado es diferente. Si interviene en los mercados de los productores, debe tener en cuenta sus intereses e incentivos si es que quiere que los productores sigan cumpliendo con los niveles de producción existentes. Puede resultar lamentable que los productores privados no produzcan si no obtienen ganancias, pero ésto no debe sorprender a nadie. En resumen, si el Estado depende de la cooperación de otras personas, debe tener en cuenta los incentivos ante los cuales responden esas personas.

Lo que resulta sumamente interesante en el caso de Nicaragua es que las concesiones del gobierno, tales como buenos precios para los productos, dependen del poder económico del afectado y no a la inversa, como sugiere la retórica revolucionaria. Se supone que el Estado no debe anteponer sus propios intereses al bienestar de las capas más pobres de la sociedad. Pero esto es precisamente lo que ocurre en el caso del precio del maíz y el arroz. Los campesinos que cultivan maíz han recibido un precio “terrible”, mientras que los grandes productores de arroz reciben un “buen” precio. La explicación de esto es que los productores privados de arroz tienen más influencia en el gobierno y el gobierno mismo es un gran productor de arroz (las fincas estatales colaboraron en la campaña para lograr un precio alto, de modo que pudieran mostrar un buen estado de cuentas financiero). Mas elocuente aún resulta el caso de

los odiados productores privados de algodón, que han recibido los incentivos más generosos. Parece ser que los precios que obtienen los productores no depende de su status de clase sino de la importancia de la cosecha para la economía nacional y la elasticidad del suministro.

El hecho de que existan conflictos de intereses entre el sector privado y el Estado es tan obvio que apenas es necesario plantearlo. Lo que no es siempre claro, sin embargo, es por qué ocurre lo mismo con aquellos sectores marginales a quienes el mismo gobierno revolucionario proclama estar comprometido a ayudar. Por ejemplo, los tradicionales productores de café de Nicaragua han padecido las medidas del gobierno tanto como los productores grandes y tecnificados, a quienes la revolución según la retórica no debe nada. Todos los gobiernos buscan mantener su "solvencia" y ello impone la necesidad de hacer acopio de recursos, tales como divisas extranjeras. La tendencia es siempre a obtenerlos donde sea más fácil. En el caso de Nicaragua, donde el Estado ha aumentado considerablemente su poder, las exigencias económicas han significado elevados impuestos (la mayoría camuflados a través de la manipulación de las divisas) a los productores agrícolas —independientemente de su status de clase.

El deterioro de la economía nicaragüense ha sido tan extenso y la reactivación de la economía tan difícil, que la prometida "liberación" de los campesinos parece lejana. Por el contrario, los campesinos sufren los bajos precios, mientras el nuevo gobierno apresuradamente trata de proteger a los consumidores urbanos, y se sienten abandonados mientras el Estado concentra sus esfuerzos en la administración de las grandes fincas estatales, que son consideradas más importantes para lograr la reactivación económica. Los trabajadores están sometidos a una política de austeridad y eficiencia, que les exige un sacrificio continuo, incluso de sus derechos sindicales, así como la aceptación de una prolongada congelación de los salarios. Esto ha ocurrido no porque la élite gobernante Sandinista lo haya deseado; se supone según la retórica que les gustaría poder darle una mejor vida a los campesinos y trabajadores. Pero, por el contrario, las

exigencias de la situación han convertido el empobrecimiento de los campesinos y trabajadores en una necesidad estructural. Lo que no debe sorprender es que las medidas de los regímenes post-revolucionarios, que cambian la suerte económica de las diferentes clases, tengan importantes consecuencias políticas. Las respuestas de los trabajadores y campesinos pobres a las medidas del gobierno Sandinista muestra con toda claridad que la lealtad política de las clases se basa en el mejoramiento de su bienestar y no en concesiones ideológicas. Esto resulta particularmente cierto tanto con las clases bajas como con las clases altas. La ideología es importante para moldear las percepciones, pero es necesario que se lleven a cabo cambios absolutos y relativos en el bienestar material para poder moldear y consolidar las lealtades.

La legitimidad de una revolución depende de sus planteamientos políticos; la legitimidad de un régimen postrevolucionario depende del desempeño económico. De ahí que un régimen revolucionario debe tener mucho cuidado de no socavar el bienestar de aquellos sectores que está comprometido a ayudar. Esto tiene especial importancia cuando un régimen revolucionario esté amenazado por una contrarrevolución; si las clases bajas se descontentan y se tornan cínicas, los contrarrevolucionarios (ya sean nacionales o extranjeros) pueden sumar fuerzas que de lo contrario no hubieran tenido las posibilidades de acumular. Esto ha sucedido con toda claridad recientemente en Nicaragua y Mozambique. Es un axioma tanto para la insurgencia revolucionaria como para la contrarrevolucionaria que el éxito depende del apoyo popular que se logre obtener o, por lo menos, del apoyo tácito de aquellos desafectos al régimen existente.

Finalmente, el análisis de los cuatro sectores de la economía agrícola de Nicaragua nos muestra los límites de lo que puede lograr la "política". La nacionalización o las medidas de redistribución de bienes no pueden por si solas resolver el principal problema que afecta la producción de maíz, frijoles y café, es decir: los bajos rendimientos. Estos productos se cultivan principalmente por campesinos marginales, que utilizan un bajo nivel tecnológico. Para elevar los bajos rendi-

mientos de los pequeños productores es necesario enseñarles mejores técnicas de cultivo, proporcionarles los recursos necesarios y lo que es más importante, hacerles ver que las técnicas de cultivo superiores redundan en su propio interés. Llevar a cabo esto es una tarea lenta, costosa y difícil; no obstante, no hay otra alternativa.

Producción y Revolución

Silvio de Franco y Forrest D. Colburn

Una vez pasada la euforia inicial causada por el derrocamiento del régimen somocista, el gobierno revolucionario nicaragüense empezó a depender de manera decisiva de su desempeño económico y de los logros que en este campo pudiera realizar. Importantes sectores de la producción continuaron, sin embargo, en manos de quienes eran considerados enemigos o, al menos, antagónicos de la revolución. Por razones obvias, en la primera etapa revolucionaria, el estado parecía incapacitado para asumir la responsabilidad plena de producir los bienes y servicios esenciales. Es por esta contradicción latente que el sector privado nicaragüense sigue siendo importante (aún después de la revolución), por lo menos hasta que el estado, si así lo decide, asuma en su totalidad el manejo de la economía.

La finalidad de este trabajo es averiguar, mediante el estudio de la experiencia que han tenido los algodoneros nicaragüenses después de la Revolución Sandinista de 1979, cuáles son las circunstancias extremas en las cuales los miembros de una clase o grupo social privilegiado continúan asumiendo su rol productivo, en la secuela de una revolución.

Antes de la Revolución, el algodón era el principal generador de divisas del país, así como una importante fuente de empleo. Sin embargo, la producción estaba sumamente concentrada, por lo cual, desde hacía tiempo era criticada por los sandinistas. En este trabajo intentaremos identificar los factores que en el período post-revolucionario han deprimido

la producción algodonera y aquellos que la han fomentado. Esto se hará analizando la reacción de los productores ante las diferentes políticas gubernamentales y mediante la comprensión de sus "estrategias de supervivencia" frente al cambio socio-político dado por una situación post-revolucionaria.

Para llevar a cabo este estudio emplearemos múltiples fuentes de datos. Se logró una sólida base empírica mediante una encuesta realizada por el Instituto Centroamericano de Administración de Empresas (INCAE) en 1981 entre los productores de café y algodón¹. Asimismo, fueron entrevistados 74 algodoneros en los Departamentos de León y Chinandega, donde está concentrado el 85% de la producción algodonera de Nicaragua. Algunas entrevistas no estructuradas con pequeños algodoneros permitieron, en 1982 y 1983, profundizar más tópicos sensibles no cubiertos en la encuesta previa. Los funcionarios y documentos aportaron importantes puntos de vista sobre las nuevas políticas del régimen, los cuales se complementaron con la información obtenida en las entrevistas con los algodoneros del sector privado.

La Producción Algodonera en Nicaragua

Si bien el café constituyó la primera base de acumulación de capital en Nicaragua, su importancia fue superada en las postrimerías del decenio de 1950 por el algodón. A mediados de la década de 1960 el algodón ya constituía la mayor fuente de empleo rural y el mayor generador de divisas, proporcionando aproximadamente 37% del empleo rural y 35% de las entradas de divisas de Nicaragua. El algodón era sin lugar a dudas el sector más moderno de la economía rural, tal como lo muestra el hecho que en los primeros años del decenio de 1970 su cultivo absorbía un 8% de los insumos agrícolas importados. La modernización del cultivo contribuyó a que se lograra un incremento de 268% en la producción entre 1960 y 1978, e impulsó a Nicaragua al décimo

1. Instituto Centroamericano de Administración de Empresas (INCAE). "Nicaragua: Estudio de la Situación del Empleo, la Absorción de la Mano de Obra y Otros Aspectos en Fincas y Productores de Café y Algodón", Managua, julio 1981. Este estudio fue financiado por el International Development Research Center (IDRC) del Canadá.

lugar entre los mayores productores de algodón del mundo, con rendimientos superiores al promedio mundial. El algodón fue el catalizador de la economía nicaragüense².

Aunque el algodón fue la fortaleza y orgullo del régimen anterior, de parte de los sandinistas ha sido objeto de acerbos críticas. Orlando Núñez, actual director del Centro de Investigación y Estudios de la Reforma Agraria (CIERA), resume las críticas de los Sandinistas en su libro *El Socialismo y el Modelo Capitalista Agroexportador*:

Si la economía capitalista nicaragüense descansa fundamentalmente en las actividades de agro-exportación, el papel preponderante dentro de éstas corresponde a la producción algodonera. De 1950 a nuestros días, el cultivo del algodón ha desplazado a los productos tradicionales de la economía en lo que respecta a área sembrada, área cosechada, efectos multiplicadores para la economía, capacitación de habitaciones, atención infraestructural, consumo de técnica moderna, influencia en la incipiente industrialización del país, consumo de mano de obra asalariada, captación del capital, generador de divisas para el país, etc.³.

La producción algodonera conforma definitivamente la economía nicaragüense como una economía capitalista cuya modelo de acumulación reviste las características siguientes: Concentración de los medios de producción (la tierra) y la proletarianización estacional, con un estrecho mercado interno y con una incipiente industrialización; fenómenos que bloquearán el acceso a la tierra y el acceso al empleo a la mayor parte de la fuerza de trabajo⁴.

Las citas anteriores dejan claro que la crítica al cultivo algodonero se centraba en los siguientes puntos: 1) desplazaba a la agricultura tradicional, 2) monopolizaba los servicios del gobierno y 3) acentuaba enormemente la distribución

2. Una discusión sobre el desarrollo de la producción algodonera en Nicaragua puede verse en *Estudio de la Economía del Algodón en Nicaragua*, Managua, 1965; y en *Análisis sobre las Perspectivas Algodoneras en Nicaragua*, Banco Central de Nicaragua, Managua, 1978.
3. Orlando Núñez Soto, *El Somocismo y el Modelo Capitalista Agroexportador*, Managua: Depto. de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, 1981, p. 17.
4. *ibid.*

inequitativa del empleo y del ingreso. En otra parte del mismo libro se critica el cultivo del algodón por una cuarta razón —“profundizaba el involucramiento en el mercado mundial”⁵.

Dada la importancia que tenía el algodón para la economía antes de la Revolución y la manifiesta antipatía de los sandinistas por el sector, es interesante estudiar el destino que ha corrido el algodón dentro del proceso Revolucionario. Asimismo, vale la pena analizar la reacción de los productores más avanzados del sector agrícola frente a las políticas de la Revolución, como también es interesante evaluar dichas políticas en relación con los algodoneros mismos.

Características de los Productores

Los productores del algodón varían en cuanto a la cantidad de tierra que cultivan. La Tabla 1 resume las tenencias de tierras de los algodoneros en 1977/78. Como fácilmente puede apreciarse, hay pequeños, medianos y grandes productores, pero aunque hay numerosos pequeños productores, el cultivo del algodón siempre ha estado altamente centralizado. En 1977/78 el 83% de la tierra sembrada de algodón estaba en fincas de 50 manzanas o más. Por tanto, el algodón estaba mucho más concentrado que el histórico cultivo de exportación de Nicaragua: el café. Hay aproximadamente 27,000 cafetaleros en Nicaragua y el 85% de ellos son pequeños productores.

Los algodoneros también se diferencian de los cafetaleros en el sentido de que no hay diferencias notables en cuanto a tecnología entre los pequeños, medianos y grandes productores. El algodón se cultiva empleando un nivel más bien alto de tecnología, comparable con otros niveles también altos a escala mundial. Una consecuencia es que no existen amplias diferencias en la estructura de costos o rendimientos. Las prácticas de cultivo más extensivas y eficientes

5. Ibid.

permiten a muchos algodoneros grandes lograr rendimientos de 40 quintales por manzana, en vez de los 30 quintales que obtienen muchos productores pequeños. Aunque esta diferencia no deja de tener sus consecuencias, es insignificante comparada con las diferencias en los rendimientos cafetaleros. Con el cultivo del café, los grandes productores tecnificados obtienen rendimientos cinco o seis veces mayores que los pequeños productores tradicionales.

Históricamente la modernización de la producción algodona en Nicaragua no sólo generó riqueza y empleos, sino que también dio origen a una nueva élite agrícola, una élite que posee valiosas destrezas técnicas y administrativas y que se diferencia del estereotipo del terrateniente latinoamericano del siglo XX en tanto que “produce” a la vez que “consume”. El estudio de INCAE antes mencionado descubrió que los grandes algodoneros tienden a ser bien educados y capacitados y que en promedio tienen veinte años de experiencia en el cultivo de algodón. Una anécdota que da fé de las reconocidas capacidades técnicas y gerenciales de los algodoneros se dio cuando el Estado confiscó hace poco una finca algodona en el Departamento de Masaya: las autoridades tomaron la extraordinaria medida de pedirle a un conocido algodonero vecino que administrara los cultivos confiscados.

El “auge del algodón” fue precipitado y fortalecido por el apoyo del gobierno anterior, principalmente con la construcción infraestructural y de habilitaciones agrícolas. Las tierras bajas de la costa del Pacífico donde se cultiva el algodón presentan pocos obstáculos al transporte y en las décadas de 1950 y 1960 quedó establecido un excelente sistema de carreteras. Al mismo tiempo, los márgenes de utilidad del algodón atraían al crédito bancario. Según la encuesta de INCAE, antes de la revolución el 94% de los productores estaban habilitados. Aunque puede que esta cifra esté un tanto inflada, es evidente que el algodón recibió un porcentaje mucho más alto de financiamiento que otros cultivos en Nicaragua.

La Política del Gobierno Sandinista Frente al Sector Algodonero

El triunfo de la insurrección encabezada por el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) atomizó profundamente a los algodoneiros. Aunque la familia Somoza no cultivaba algodón, era ampliamente reconocido que los algodoneiros eran parte sobresaliente de la "clase dominante", o sea "la burguesía", definido este último término en un sentido variable y muy abierto por los sandinistas mismos. Los productores vieron con ansiedad como casi el 17% del área dedicada al cultivo del algodón era confiscada y declarada "Propiedad del Pueblo". La mayoría de los productores afectados por las confiscaciones eran gente reconocida por sus nexos con el régimen anterior, pero algunas de las confiscaciones se realizaron para apaciguar a los obreros militantes, porque la propiedad quedaba cerca de centros urbanos, que clamaban por tierra, o por simple arbitrariedad. El establecimiento de un monopsonio gubernamental fue visto con recelo por los productores. Había preocupación, además, por la encendida retórica de los dirigentes del FSLN y por las dudas sobre la posición e intenciones finales del nuevo régimen.

Bajo la perspectiva oficial, el nuevo régimen buscaba tomarse las propiedades de aquellas personas asociadas con los excesos del gobierno anterior. El régimen de Somoza tenía tan poca legitimidad que la mayoría de los nicaragüenses consideró que ese acto equivalía a reclamar una propiedad robada. La expropiación por otras razones de fincas algodoneiras (inevitadamente ligadas a las presiones de campesinos y obreros) no se discutían públicamente y probablemente ni siquiera eran premeditadas⁶. El establecimiento del monopsonio del gobierno en el sector algodoneiro fue llevado a cabo para darle al gobierno un control total sobre las valiosas divisas generadas por las exportaciones de algodón y también para ampliar el poder impositivo del Estado.

6. En "State and Private Marketing Arrangements in the Agricultural Export Industries: The Case of Nicaragua's Coffee and Cotton", de Carlos Guillermo Sequeira (Disertación doctoral, Harvard University, 1981), se encuentra un análisis del monopsonio de comercialización estatal.

Las políticas inmediatas que el nuevo régimen emprendió estaban encaminadas a cerciorarse de que el sector sería purgado de sus elementos “criminales” y que la riqueza generada por ese sector sería empleada para satisfacer las necesidades de “todos los nicaragüenses”, tal y como eran interpretadas por el FSLN. Más la definición de quiénes eran “malos” variaba dependiendo de quién interpretaba, dentro del nuevo gobierno, las políticas revolucionarias.

La desorganización engendrada por la lucha, las tomas arbitrarias de tierra que acompañaron a la expropiación de las fincas somocistas y los temores generalizados por el proceso revolucionario fueron factores que contribuyeron a menguar notablemente la producción. El área sembrada de algodón bajó de 303,400 manzanas en 1977/78 a 135,900 manzanas en 1980/81, un descenso del 55% ⁷. Dado que el algodón había sido el mayor generador de divisas, esto presentaba una amenaza evidentemente grave a la economía, por cuanto Nicaragua sigue dependiendo en gran medida del comercio exterior. Además, la producción algodoneira mostraba pocas señales de recuperación para volver a su nivel de importancia de antes de la guerra.

La necesidad de evitar un descenso constante en la producción complicaba las políticas del FSLN en relación a los algodoneiros del sector privado. No es posible señalar con precisión una serie de políticas específicas que sugieran algún cambio de actitud de parte del FSLN para los productores algodoneiros. Antes bien, puede decirse que la actitud de los dirigentes revolucionarios se volvió cada vez más ambigua. Su opinión respecto a los algodoneiros nunca se alteró, pero a medida que el FSLN se involucraba más y más en la administración se percataba que no podía pasar por alto las consideraciones pragmáticas, la más apremiante de las cuales era la constante crisis en la balanza de pagos, debido a que el valor de las importaciones había persistido en aproximadamente duplicar el valor de las exportaciones a partir de la Revolución.

7. Es interesante observar que el descenso de la producción algodoneira en 1978/79 se produjo junto con una reducción del número de productores de todos los tamaños —pequeños, medianos y grandes.

En vista de que el Estado no puede asumir la plena responsabilidad de la producción algodonera, no tiene más opción que tratar de crear algunas de las condiciones necesarias para mantener activo al sector privado y, lo que sería ideal, persuadirlo de que incremente la producción. El nuevo régimen no ha tenido hasta la fecha más remedio que mostrarse ambiguo y conciliador, no sólo por la importancia que tiene este producto como generador de divisas, sino también por la naturaleza de la producción y la "movilidad" de los algodoneros. A diferencia del café, el algodón se siembra cada año y, por tanto, cada año se puede tomar la decisión de invertir o no en la producción algodonera.

La mayoría de los algodoneros es económica y socialmente móvil gracias a su status de clase. Casi un 40% del algodón se produce en tierra arrendada y, como se indicó anteriormente, un 94% del algodón se financiaba anteriormente mediante crédito. Además, los algodoneros tienden a poseer la educación y los recursos necesarios para cambiar de ocupación (o hasta para emigrar). Sobra decir que otros productores agrícolas (especialmente los productores marginales de granos básicos) no poseen la misma movilidad.

El nuevo régimen disponía en 1979 de una amplia variedad de políticas para facilitar las condiciones necesarias a los algodoneros, a fin de que estos continuaran cultivando el algodón. Al mismo tiempo, esos instrumentos les permitían asegurarse que los algodoneros no realizaran una ganancia mayor de la que el gobierno considerara "apropiada". Un documento interno del gobierno afirmaba que estos instrumentos de políticas eran los siguientes: disponibilidad de tierras, crédito, precios, salarios y condiciones de trabajo.

El instrumento de política más extensivo y el más fácil de manipular era el control de precios. Como afirmaba el documento, "el Estado puede regular casi todos los precios en el subsistema". Los precios de prácticamente todos los insumos pueden ser regulados, así como el precio pagado por el algodón producido. El informe concluía diciendo, sin

embargo, que la disponibilidad de crédito es lo más importante para mantener la producción algodonera.

En vista de que el gobierno ha tomado para sí casi todo el control del comercio exterior, ahora tiene la responsabilidad de proporcionar los insumos importados extensivos que son necesarios para la producción del algodón. Aunque el control de los insumos agrícolas importados puede considerarse como un instrumento de política, en la práctica ha resultado difícil de instrumentar. Los problemas administrativos, así como la escasez de divisas, con frecuencia han impedido la entrega oportuna de los insumos agrícolas necesarios y, como ejemplo, puede citarse el hecho de que en la cosecha de 1981/82 muchos de los remolques que transportaban el algodón no pudieron ser utilizados por una aguda escasez de llantas. También existen problemas engendrados por el hecho de que el gobierno ha desplazado el comercio de los países capitalistas a la Unión Soviética y sus aliados.

Además de proporcionar los insumos agrícolas necesarios, el gobierno dedica considerables recursos para calcular la cantidad de crédito necesaria para la producción algodonera y el precio que pagará a los algodoneros por sus cosechas. Esta es una tarea difícil por la tensión que existe entre el deseo de limitar las ganancias de una clase social a la que la Revolución (según interpretación del FSLN) no le debe nada y el reconocimiento de que los productores no cultivarán algodón si no hay incentivos financieros. La tarea del gobierno se complica aún más por cuatro factores:

1. La producción algodonera es, por naturaleza, arriesgada. Los rendimientos (y las ganancias) siempre han variado, dependiendo principalmente de los insectos y del clima.
2. En el período post-revolucionario, los precios internacionales del algodón han sido bajos.
3. Como era de preverse, los productores privados han intentado presentar costos inflados a fin de asegurarse la obtención de más crédito y precios más altos para sus cosechas de parte del gobierno.

4. El productor mismo se ha visto afectado en su ámbito familiar por los cambios ideológicos introducidos en el sistema educativo, participación política, status, etc., que van más allá de un simple efecto económico y que son percibidos como una amenaza a su reproducción como familia y como sistema.

Talvez precisamente por estas dificultades, sin embargo, el gobierno procura seguir muy de cerca los costos de la producción.

La Tabla 2 detalla los cálculos del gobierno sobre el costo y los réditos del algodón para el año agrícola 1981/82. La tabla es un resumen de una tabla aún mayor de un informe del gobierno. Se calcula el ingreso del productor respecto a una serie de diferentes rendimientos suponiendo que el precio para los productos es de 1.000 córdobas por quintal. Como puede observarse fácilmente, la rentabilidad depende decisivamente del rendimiento. La Tabla 3 pone de relieve la producción algodonera a partir de la revolución. El rendimiento promedio reportado para 1980/81 fue de 30.8 quintales por manzana. De acuerdo a la Tabla 2, los productores perdieron dinero. El gobierno indudablemente había esperado rendimientos, más próximos a los del año anterior, de 36.2 quintales por manzana.

Lo más interesante de la Tabla 2, sin embargo, es el precio pagado a los productores. Se informó que el gobierno nicaragüense había vendido la cosecha algodonera del país en el mercado internacional (principalmente a Taiwán y Corea del Sur) a 63 dólares el quintal. Dada la tasa oficial de cambio, eso sugeriría un precio para el productor interno de 630 córdobas. A los algodoneros nicaragüenses no se les pagó la cifra de C\$1,000 que implica la Tabla 2; se les pagó una suma aproximada a ésta, C\$964.00. En febrero de 1982, el gobierno anunció un programa de incentivos para incrementar las exportaciones agrícolas⁸. Resultaron afectados el azúcar, la carne y el algodón, recibiendo éste el mayor aumento porcentual de precios. Conforme a una complicada

8. *Barricada*, 9 de Febrero, 1982; *El Nuevo Diario*, 9 de Febrero, 1982.

fórmula, el precio pagado a los productos algodoneros aumentó efectivamente a C\$964.00. Esto equivalía a valorar el algodón a una tasa de cambio de C\$15 por US\$1.00.

Tomando en cuenta que el gobierno ha sobrevalorado enormemente el córdoba, el aumento del precio no es tan importante como puede parecer a primera vista. En el mercado paralelo legal el córdoba tiene aproximadamente un tercio del valor atribuido por la tasa oficial de cambio y en el mercado "negro" sólo vale un octavo de su valor oficial⁹. El marcado descenso del valor del córdoba, la inflación y la escasez han reducido sensiblemente el valor del ingreso nominal ganado por los productores. Con palabras contundentes, un productor resume esto diciendo: "Aquí no se gana más que papel". No obstante, otros productores agrícolas (incluyendo a los campesinos marginales) han tenido precios de venta para sus cultivos en base a una tasa de cambio de 10 por 1. La explicación de por qué los algodoneros han recibido un trato preferencial se encuentra en la tercera columna de la Tabla.2 (las divisas generadas por el algodón) y en la ya mencionada "movilidad" de los algodoneros.

En el año agrícola de 1982/83, el área sembrada de algodón se redujo de 132.8 a 129 mil manzanas. Los rendimientos, sin embargo, fueron bastante altos, con un promedio de 36 quintales por manzana. Este alto rendimiento se atribuyó a un clima sumamente favorable y no a una mejor tecnología o eficiencia¹⁰. El precio de venta permaneció prácticamente inalterado, pero como los costos de producción subieron modestamente en comparación con los de 1980/81 (gracias, en parte, a que el gobierno limitó los aumentos salariales), muchos productores lograron ganar algo en el año. No obstante, los algodoneros siguieron pesimistas porque consideraban que el valor de su ingreso nominal era bajo y porque continuaban las confiscaciones, que ellos consideraban injustificadas.

9. Al mes de Julio de 1983, cuarto aniversario de la Revolución.

10. Ministerio de Desarrollo Agropecuario y Reforma Agraria (MIDINRA). *Boletín Agrometeorológico*. Número 130, Managua, Mayo 1983.

A los algodoneros no sólo se les tentaba con la “zanhoria” de los incentivos financieros, sino también con el “palo” de la amenaza de las confiscaciones si no producían. El 19 de julio de 1981, el segundo aniversario del triunfo del FSLN, el régimen anunció una nueva y estricta ley de “descapitalización”. La descapitalización se refería a la desinversión a través de medios tales como permitir que la planta y la maquinaria se arruinen mientras se embolsan las ganancias, o sacar préstamos gubernamentales con bajos intereses para estimular las utilidades y convertir los fondos a dólares para ser enviados al exterior¹¹. Al mismo tiempo, se dio a conocer una importante ley de reforma agraria que estipulaba principalmente que la tierra ociosa sería expropiada. Para los algodoneros, el mensaje de ambas leyes era que cultivaran las fincas plenamente o de lo contrario las perderían.

La política gubernamental hacia el sector algodonero ha involucrado al gobierno mismo en el cultivo de algodón, en tierras expropiadas que ahora forman parte del sector estatal. Según un documento gubernamental, el Estado actualmente posee el 17% de la tierra dedicada al algodón, aunque otras cifras sugieren que esto podría alcanzar hasta un 22%. La información sobre el desempeño de las fincas estatales no es precisa y con frecuencia es poco confiable. La poca información disponible sugiere que las fincas estatales encaran los mismos problemas que las fincas privadas, desde la escasez de repuestos para maquinaria, hasta la indisciplina laboral. La opinión general es que las fincas estatales han tenido rendimientos promedio un tanto mayores que el sector privado, pero a un costo mucho más elevado. Los encargados de la producción del sector estatal afirman con orgullo que le “ganan en rendimiento al sector privado”, pero mantienen en discreto silencio sus costos de producción, o tienden a ignorar los costos por depreciación de la maquinaria y equipo, calificándolos de “conceptos burgueses”. En vista de que las confiscaciones han continuado, el sector estatal adquiriría cada vez más importancia. Sin embargo, por ahora (y en el futuro previsible) la atención del Estado se concentra

11. Dennis Gilbert, “The Bourgeoisie in the Nicaraguan Revolution”, documento inédito presentado a la South Eastern Conference on Latin American Studies, San Juan, Puerto Rico, abril, 1983, pp. 14—15.

en los grandes productores que cultivan el 77% del área sembrada de algodón en Nicaragua (los pequeños productores cultivan un 6%).

La Reacción de los Algodoneros Privados

Si bien los sandinistas no simpatizan con los algodoneros "capitalistas", la mayoría de estos tampoco siente simpatía por aquellos. Algunos algodoneros se unieron al esfuerzo de derrocar a Somoza y probablemente la mayoría se alegró con el colapso de la dictadura. Sin embargo, a medida que fue quedando para ellos cada vez más claro que el compromiso inicial de los sandinistas con el pluralismo político, las elecciones libres y una economía mixta no era más que una concesión táctica, de la que se retractarían una vez que el FSLN consolidara su poder, los algodoneros y otros miembros de la "burguesía" comenzaron a preocuparse por su futuro, pensando que se les daba cabida únicamente por su contribución a la economía y que una vez que se pudiera prescindir de ellos, estarían liquidados. Al preguntársele qué es lo que quiere el gobierno del sector privado, un empresario contestó: "Obediencia. Produzcan lo que quiero. Te degollaré cuando me plazca. Eres mi siervo. Haz lo que te ordeno hasta que esté dispuesto a disponer de tí"¹². Tal actitud es común entre los productores agrícolas.

A medida que han ido debilitándose las perspectivas para los grandes algodoneros privados tanto en el aspecto financiero como político, también se han ido debilitando sus opciones. Mientras antes los precios de la tierra apta para el cultivo algodonero eran muy altos (aún comparados con las normas de Estados Unidos) y el córdoba podía cambiarse libremente a dólares de Estados Unidos, a una tasa favorable, actualmente no hay mercado alguno para las fincas algodonerías y el córdoba sólo vale una pequeña fracción de lo que valía antes. Una conocida familia que posee considerables inversiones ha anunciado que no abandonará Nicaragua hasta que los sandinistas le quiten su apellido. Sin embargo, la mayoría de los algodoneros proba-

12. Ibid.

blemente se marcharían si sólo pudieran “liquidar”, como lo podían hacer antes de la Revolución. Como ésta ya no es una opción, poco hay que hacer más que arreglárselas lo mejor que se pueda, aferrarse a sus tierras y ver las pérdidas actuales como una inversión para un futuro mejor, en el cual los políticos sean diferentes.

Aunque los algodoneros no desprecian los incentivos financieros que les ofrece el gobierno, tampoco los consideran atractivos. Como lo atestiguan las propias cifras del gobierno (Tablas 2 y 3), ha sido difícil sacar ganancias con el cultivo del algodón en la Nicaragua revolucionaria. Además, los productores sostienen que con frecuencia los costos suben inesperadamente sobre las proyecciones del gobierno, debido a fallas gubernamentales. Por ejemplo, si los organismos del gobierno no tienen el repuesto necesario para reparar la maquinaria, el productor con frecuencia tendrá que dedicar grandes esfuerzos y gastos para conseguirlo por sí mismo y no es extraordinario que tenga que comprar dólares en el mercado negro y luego viajar a la vecina Costa Rica a comprarlo. O, si los insecticidas son ineficaces, es preciso hacer muchas más aplicaciones de lo que generalmente se acostumbra. Asimismo, los costos de mano de obra suelen ser más altos por la indisciplina laboral fomentada por la euforia de la Revolución.

Se dice que unos pocos algodoneros han ganado dinero cultivando algodón, pero la mayoría no lo ha logrado. Como culpables se citan los problemas antes mencionados, así como los precios bajos. Aunque la producción de algodón ha bajado recientemente en toda Centroamérica, los algodoneros nicaragüenses piensan que esto no se debe principalmente a los precios internacionales y muchos de ellos dudan de verse beneficiados por unos precios más altos, dado el monopsonio algodonero del gobierno y su política de sobrevaluar el córdoba¹³. Otros productores, sin embargo, están convencidos de que dado el poder negociador que tiene con

13. La relación entre los precios internacionales del algodón y el desarrollo del sector algodonero de Nicaragua se discute en “An Inquiry Concerning the Growth of Cotton Farming in Nicaragua”, de Pedro Belli (Disertación doctoral, University of California, Berkeley, 1968).

el gobierno, inevitablemente se beneficiarían de precios internacionales más altos.

Muchos productores se las ingenian actualmente para obtener ciertas ganancias a través de la reducción subrepticia de sus gastos y la retención de una parte del crédito que reciben del gobierno (una estrategia que al parecer era ya practicada desde antes de la Revolución). Por ejemplo, aplican digamos la mitad de los fertilizantes sugeridos, o reducen cualquier otra tarea agrícola cuando sea posible. Los rendimientos indudablemente bajan pero el productor alegrará que esto se debe a factores que no puede controlar y pide una extensión para pagar su deuda. La práctica se ha facilitado por la indulgencia del gobierno con las obligaciones crediticias pendientes, indulgencia debida en parte a las fallas en los sistemas de seguimiento del crédito.

En los círculos del gobierno hay conciencia de la estrategia de los algodoneros. Como indica un documento interno del gobierno: "Hay firmes razones que apoyan la suposición de que los costos empleados para calcular el crédito con la metodología actual incluyen elementos ocultos de ganancia, de los cuales 'viven' los productores de algodón".

Aunque se dice que esta práctica está difundida e indudablemente ha contribuido a reducir los rendimientos algodoneros, es difícil para el gobierno combatirla. El Estado tiene poca base o capacidad para vigilar los costos operativos en el sector privado. En efecto, los productores afirman que los altos costos operativos de las fincas estatales les ayudan en sus negociaciones crediticias con el Estado. Asimismo, los algodoneros con frecuencia se enfrentan a costos más altos que los previstos, como se ha indicado anteriormente, así como a diversos problemas que se traducen en rendimientos más bajos.

Una estrategia alternativa seguida por los algodoneros consiste en cambiarse al cultivo del sorgo. No hay manera de saber cuántos algodoneros han adoptado esta estrategia, pero el incremento en la producción del sorgo sugiere que el

número es considerable. Los algodoneros que adoptan esta estrategia no ganan réditos mayores, pero tienen menos dolores de cabeza por cuanto el sorgo es más fácil de cultivar y, además, pueden justificar el uso de sus tierras. El gobierno, no obstante, está tratando de desanimar a los algodoneros de que cultiven sorgo, por cuanto este cultivo produce muy pocas divisas. Ha comunicado ya a muchos algodoneros que sólo podrán ser habilitados para el cultivo del algodón.

Si bien los productores no pueden elevar mucho sus réditos cultivando algodón eficientemente y de buena fe, o aún reduciendo los costos y embolsándose parte del crédito que reciben, los que están situados más cómodamente desde el punto de vista financiero pueden arreglárselas (por lo menos hasta que llegue el momento en que necesiten comenzar a reemplazar bienes tales como maquinaria y equipo). La razón por la cual la mayoría de ellos continúa cultivando el algodón y aún permanece en Nicaragua, es el "garrote" que el gobierno blande sobre ellos: la amenaza de las confiscaciones. Los productores saben que si no cultivan sus fincas éstas serán expropiadas. Muchos se figuran que si pierden su tierra jamás volverán a ser prósperos, de manera que se quedan con la esperanza de ver llegar tiempos mejores (o más específicamente, un cambio de régimen).

El Futuro de la Producción Algodonera en Nicaragua

Los algodoneros y por extensión la producción algodонера, claramente están en posición precaria. El FSLN al parecer comprende la necesidad de conseguir la contribución que hacen a la economía nacional, pero el apoyo a los algodoneros está en contraposición con algunos de sus principios ideológicos. Por tanto, la política gubernamental hacia este sector es inevitablemente contradictoria. Simbólicamente, el logotipo oficial del cuarto aniversario de la Revolución nicaragüense muestra un número cuatro adornado con un rifle automático y motas de algodón. Los algodoneros, por su parte, desdeñan a los sandinistas y están seguros que la Dirección Nacional desea acabar con el sector privado. La

única interrogante que se plantean es cuándo. Por el momento, los algodoneros se sienten desanimados y prisioneros de un dilema cuyas premisas fundamentales son por un lado la famosa máxima que establece: “en toda tragedia siempre habrá dinero que ganar” y por el otro la grave advertencia de Lenín: “los capitalistas nos facilitarán la misma soga con que habremos de ahorcarlos”. Con estas dudas, su estrategia consiste en producir, invirtiendo lo mínimo posible de su propio pecunio para evitar, en lo posible, la confiscación.

Dada la tensión entre los algodoneros y el Estado, es muy improbable que la producción algodonera vaya a recuperar su dinamismo o, al menos, sus niveles de antes de la Revolución. También es improbable que siquiera un incremento en los precios mundiales tenga un efecto saludable en los actuales niveles de producción. Sin embargo, dada la desesperada necesidad de divisas de parte del Estado y su consecuente anuencia a financiar la producción algodonera, es improbable que los algodoneros abandonen sus apetecidas fincas. Por tanto, por lo menos hasta que se produzca un trastorno en el frágil equilibrio entre el nuevo régimen y los algodoneros, la producción algodonera probablemente permanecerá más o menos donde está ahora, gravemente deprimida, pero siendo siempre un importante contribuyente a la economía de Nicaragua.

Conclusiones

El nivel de producción algodonera en la Nicaragua post-revolucionaria es el resultado de decisiones individuales calculadas de cara a las políticas de un nuevo régimen. Muestra los límites y las posibilidades de un grupo social privilegiado, que continúa produciendo en la secuela de una revolución. Tres variables al parecer destacan sobre las otras: la primera es la rentabilidad intrínseca de la actividad, en este caso disminuida; la segunda es la predictibilidad de las reglas del juego del nuevo régimen. De suma importancia para esta última variable es la definición clara de los papeles respectivos del sector privado y del sector público. Nada es más peligroso para la confianza del productor individual

que la convicción de que las medidas tomadas por el Estado son arbitrarias, especialmente si (como en el caso de Nicaragua) no hay procedimientos judiciales efectivos. Desde luego, todo resulta peor si la actitud del régimen revolucionario es percibida como deliberadamente hostil al productor o al grupo social en cuestión. Muchos (si es que no la mayoría) de los algodoneros nicaragüenses se inclinan favorablemente por el principio modular de la reforma agraria del país, que se basa no en un límite al número de manzanas, sino en que si la tierra está o no siendo utilizada productivamente. Es la incidencia de las confiscaciones, que se consideran injustificadas, según la aplicación de la ley, lo que provoca la desconfianza del algodonero.

Si no hay por lo menos una pizca de confianza en el futuro, no habrá inversión individual. No obstante, si se da una combinación de incentivos monetarios y una ausencia casi total de riesgos en el corto plazo, cabe esperar que la producción se mantenga, especialmente si la falta de producción redundará en confiscación. De importancia singular en el corto plazo es la disponibilidad del crédito, por cuanto ello elimina el riesgo. Los algodoneros nicaragüenses no invertirán su dinero por una sola estación agrícola, pero si el rédito cubre sus gastos (incluyendo una asignación para insumos gerenciales) la producción existente se mantendrá en su mayor parte. El crédito, sin embargo, puede ser objeto del mismo engatusamiento que los pagos de impuestos, colocando así sobre el Estado una carga administrativa más.

La relación entre costos e ingresos sigue siendo importante, pero se vuelve secundaria. La experiencia de Nicaragua sugiere que los incentivos de precios pueden quedar anulados si la economía nacional se ve hostigada por graves problemas que reducen marcadamente el valor de la moneda nacional y refuerza la revelación de que esto puede ocurrir, asimismo, por un oneroso "impuesto" oculto, en la forma de una tasa cambiaria enormemente sobrevaluada¹⁴. Con todo y todo,

14. El resumen más claro lo presenta Robert H. Bates en *Markets and States in Tropical Africa*, Berkeley: University of California Press, 1981.

los algodoneros nicaragüenses han sido los productores agrícolas que más éxito han tenido en lograr concesiones de precios de parte del gobierno. Esto implica que los precios para la producción dependen no sólo de sus status de clase (como podría desprenderse de la retórica revolucionaria), sino también de la importancia del cultivo para la economía nacional y de la elasticidad de la oferta.

El régimen revolucionario se ve apoyado en sus esfuerzos para mantener la producción por el hecho de que a medida que menguan las perspectivas de los productores, también mengua el valor de su capital fijo. En otras palabras, a medida que aumenta el incentivo para abandonar la producción, aumenta también el costo por la pérdida de capital (o confiscación). En Nicaragua, las fincas algodoneras se venden a sólo un décimo de su valor anterior a la Revolución (en términos reales), si es que pueden venderse en absoluto. Esto constituye un fuerte estímulo para no abandonar la producción algonera, especialmente si se toma en cuenta que la mayoría de los algodoneros tienen ya una edad madura.

Aparte de la habilidad de ofrecer crédito y vigilar los precios, el Estado también tiene el poder de confiscación. Frente a este poder de confiscación juega la tercera variable importante de parte de los productores: la de "capear el temporal", es decir, la expectativa de tiempos mejores. Este instrumento de "política" (en realidad es un instrumento de coacción) no sólo puede transferir activos improductivos a uso productivo (incluyendo, pero limitándose, al Estado), sino también puede intimidar a los productores a que utilicen su capital en vez de dejarlo ocioso. Este instrumento de política, sin embargo, debería usarse con cautela y conforme a límites bien definidos, a fin de no provocar como hasta ahora se ha hecho un pánico propagado y pesimismo entre los productores, que de otra manera podrían estar dispuestos a mantener la producción. Si se le maneja torpemente, la amenaza de la confiscación puede hacer más daño que bien y reducir la variable "expectativa de cambio" a cero. Lo mismo puede decirse, en general, respecto a todas

las políticas gubernamentales de la época post-revolucionaria que apuntan a los centros productivos y grupos sociales, especialmente aquellos que adversan y/o son adversados, por razones reales o ideológicas, por la Revolución.

TABLA 1
Número de Algodoneros por Area Cosechada
1977-78

Manzanas	Productores	Manzanas
1 a 4	1,379	4,458
5 a 9	1,443	9,057
10 a 19	1,113	13,573
20 a 29	537	11,498
30 a 39	267	8,146
40 a 49	194	7,554
50 a 99	617	36,665
100 a 199	451	52,781
200 a 299	207	43,456
300 a 399	94	28,320
400 a 499	43	16,780
500 a 999	78	44,326
1,000 y más	19	26,786
Total	6,442	303,400

Fuente: Comisión Nacional de Algodón.

TABLA 2
Costos y Réditos del Algodón 1981/82
 (Fincas de más de 75 mz.)

Rendimiento	Costo Total (C\$/Mz.)	Divisas Generadas (US\$/Mz.)	Ganancia Neta (C\$/Mz.)
28	8,997	383	-1,443
29	9,060	408	-1,201
30	9,112	432	- 959
31	9,185	457	- 717
32	9,247	481	- 475
33	9,310	506	- 233
34	9,372	531	9
35	9,435	555	251
36	9,497	680	493
37	9,560	604	735
38	9,622	629	977

* Basado en un precio de 1,000 córdobas el quintal.

TABLA 3

Producción Algodonera

	Año Agrícola				
	78/79	79/80	80/81	81/82	82/83
Area (miles de manzanas)	248.2	54.6	134.6	132.8	129.0
Rendimiento (quintales)	32.8	24.6	36.2	30.8	35.9
Producción (miles de quintales)	2,446.2	473.7	1,646.5	1,389.6	1,629.1
Precio pagado (córdobas por quintales)	327.5	467.6	720.0	964.0	1,000.0

Fuente: Unión de Productores Agropecuarios de Nicaragua (UPANIC).

Cristianismo y Sandinismo

Humberto Belli

“Vivimos en una época en que el mundo entero proclama la libertad de conciencia y la libertad religiosa. Vivimos también en una época en que la lucha contra la religión, que se define como el opio de los pueblos, se lleva a cabo de manera que no se produzcan nuevos mártires. Así, el problema de la época es persecución, pero salvadas las apariencias, la persecución no existe y hay plena libertad religiosa. Lo que es más, este programa le ha dado a muchos la impresión de que están al lado de Lázaro, contra el hombre rico y, por consiguiente, al mismo lado de Cristo, cuando están, sobre todo, contra Cristo”.

Cardenal Karol Wojtyla, L'Osservatore Romano,
Noviembre 9, 1978.

A muchos observadores se les ha hecho difícil determinar la verdadera actitud de los sandinistas hacia la religión. Si bien los regímenes marxistas son típicamente hostiles a la religión y a los creyentes, en Nicaragua cuatro sacerdotes ocupan altos cargos en el gobierno sandinista. Por otro lado, si bien los marxistas predicán el ateísmo y restringen la diseminación de creencias religiosas, en la Nicaragua sandinista existe una amplia distribución de biblias.

¿Cuál es entonces la verdad? ¿Es hostil a la religión el gobierno sandinista?

¿Es amigo de ella? ¿Persigue a los cristianos?

El primer paso para responder a esta pregunta está en reconocer que la persecución religiosa puede tomar más de

una forma —el punto que señalaba Karol Wojtyla, ahora Papa Juan Pablo II, en la cita que encabeza este capítulo. Cuando se habla de persecución religiosa uno suele pensar en la toma de Iglesias, en la confiscación de biblias, en el maltrato a los cristianos por no repudiar su creencia en Jesucristo. Normal e históricamente, sin embargo, las maneras en que los gobiernos intentan restringir la influencia de la religión sobre la sociedad y socavar el compromiso de los ciudadanos con sus creencias religiosas, con sus líderes y sus instituciones, suelen ser más disimuladas e insidiosas. Los sandinistas han desarrollado por cierto una innovación en el campo de la persecución de los cristianos: la persecución en nombre del mismo Jesucristo.

Una nueva estrategia revolucionaria

La necesidad de una nueva estrategia frente a la religión fue vislumbrada por los líderes comunistas de América Latina hacia fines de la década 1960-1970. Refiriéndose a una reunión en Cuba, entre Fidel Castro y algunos “cristianos revolucionarios”, Pablo Richard, uno de estos últimos escribía:

“Fidel nos invitó a Cuba. Estuvimos tres semanas conociendo el proceso cubano, y al final pasamos como diez horas discutiendo también con el comandante Fidel estos temas de la alianza entre marxistas y cristianos. También nos ayudaron mucho las famosas palabras del Che Guevara: “Cuando los cristianos revolucionarios se atrean a dar un testimonio integral ese día la revolución latinoamericana será irreversible”. Fidel estaba profundamente convencido de que no habría revolución en América Latina sin los cristianos”.

Este reconocimiento de la importancia estratégica de los cristianos en la revolución no involucraba, empero, un cambio en la filosofía marxista ni una nueva apertura o tolerancia hacia la religión. Significaba, simplemente, un despertar a la necesidad de utilizar a los cristianos y, como corolario, la decisión táctica de no presentar una fachada manifiestamente anti-religiosa. En el caso de Nicaragua, este nuevo enfoque resultaba ser más imperativo para los marxistas-leninistas. Conforme la opinión de muchos observadores, Nicara-

gua es uno de los país más católicos del mundo. La devoción religiosa es ferviente y tanto los obispos como el Papa gozan de un gran respeto. Esta actitud es particularmente marcada entre los campesinos y los pobres de la ciudad. Como país católico, Nicaragua se parece en algunos aspectos a Polonia, nación donde la fe católica está bien arraigada en la vida de la gente sencilla.

Los sandinistas estaban muy conscientes de estas realidades cuando llegaron al poder en 1979. Oficialmente emitirían varios comunicados expresando su gran respeto por la religión y garantizando la libertad de cultos. Excepcionalmente, empero emergerían algunos indicios sobre la existencia de una agenda anti-religiosa secreta, tal como el “memorándum sobre la Navidad”, que inesperadamente se hizo público en Diciembre de 1979 y que demostraba las intenciones sandinistas de politizar el contenido de las creencias religiosas y de ocultar, al mismo tiempo, sus políticas anti-religiosas. Normalmente, sin embargo, los sandinistas pusieron un gran celo en no demostrar ningún matiz anti-religioso.

Los sandinistas se presentaron, por el contrario, como revolucionarios que encarnaban los valores cristianos mucho más fielmente que muchos cristianos. A favor de su alegato señalaban la presencia de varios “cristianos revolucionarios” en el gobierno y los elogios vehementes que estos les proporcionaban.

La colaboración con los “cristianos revolucionarios” demostró ser sumamente útil para los sandinistas. Primero que todo, estos “cristianos revolucionarios” han exhortado a los demás cristianos para que den su apoyo al gobierno sandinista, labor que han fundamentado en una re-interpretación de las creencias cristianas, que termina endosando los principios marxistas-leninistas sobre el hombre y la sociedad. Dichos “cristianos revolucionarios” han promovido la idea de que el cristianismo es, en realidad, una doctrina plenamente coincidente con el marxismo. El gobierno ha sido capaz de dar amplia publicidad y respaldo a este punto de vista sin parecer hipócrita, porque puede señalar a los sacerdotes revo-

lucionarios y decir: “Son los mismos cristianos los que promueven dicha prédica”.

En segundo lugar, los “cristianos revolucionarios” han servido los propósitos del gobierno mediante su disponibilidad para desafiar y dividir a los líderes de la Iglesia, fieles a la ortodoxia cristiana y a su misión eclesial. De esta forma los sandinistas han podido confrontar a los prestigiosos obispos católicos nicaragüenses con un mínimo costo político. Christopher Batash comentaba en *Le Monde Diplomatique* (Octubre 22, 1981) la astucia de los sandinistas “al dejar que los cristianos de izquierda se encarguen de combatir a los obispos”. Muchas veces, cuando los sandinistas han sido interpelados respecto a las críticas y ataques a los obispos, su alegato ha sido de que ellos no tienen nada que ver en esos asuntos, y de que estos son el resultado de rivalidades internas entre los cristianos.*

El auge de los cristianos revolucionarios

Los “cristianos revolucionarios” en Nicaragua incluyen tanto a católicos como a protestantes. Su beligerancia en la Iglesia Católica está ligada al Concilio Vaticano II (1963 a 1965) y a la Conferencia General de Obispos Latinoamericanos de 1968, en Medellín, Colombia, eventos que reafirmaron la preocupación de la Iglesia por la justicia y el compromiso social. Desde entonces los cristianos en Nicaragua y en toda Latinoamérica han afrontado estas inquietudes desde tres posiciones: una es la Conservadora. Los cristianos conservadores desconfían de los nuevos énfasis y tienden a *simpatizar con el “status quo”* o las formas religiosas tradicionales, con fuerte dosis de ritualismo y moralismos. El segundo enfoque podría catalogarse como “Progresista”. Estos cristianos asumen con beneplácito el mayor énfasis por la justicia social, llegando hasta abanderar la defensa de los derechos humanos

*La estrategia de “divide y vencerás”, que los sandinistas emplean en Nicaragua, no es una estrategia marxista enteramente nueva. En Checoslovaquia, por ejemplo, los comunistas han fomentado una organización leal al gobierno dentro de la Iglesia Católica, llamada *Pacem in Terris*. Pero, contrario al caso nicaragüense, dichos sacerdotes no han obtenido para el estado al que sirven, la opinión favorable que los sacerdotes pro-marxistas en Nicaragua han conseguido para su gobierno ante una audiencia internacional confundida y mal informada.

en pro de los más pobres. Están conscientes, sin embargo, de la necesidad de proporcionar una respuesta inconfundiblemente cristiana —ni capitalista ni comunista— a los problemas económicos y políticos de América Latina. El tercer grupo corresponde a los cristianos que han asumido el marxismo como la única vía de liberación. La consolidación de esta corriente data de los comienzos de la década de los setenta, con la creación de los “Cristianos por el Socialismo”. Ellos afirman inspirarse en la “teología de la liberación”.

El grupo de los cristianos conservadores incluía en Nicaragua a la jerarquía católica anterior a 1970 y a las sectas protestantes. En la década del setenta algunos de los personajes conservadores de más renombre regentaban instituciones educacionales y aparecían frecuentemente en recepciones oficiales. Los progresistas vinieron a estar encabezados por el sacerdote salesiano Miguel Obando, nombrado arzobispo de Managua en 1970. Hombre de origen humilde y ancestro indígena, Monseñor Obando encarnó la ruptura de la Iglesia Católica con su pasado conservador. Organizó el primer sindicato campesino en Nicaragua y rechazó los intentos de Somoza de neutralizarlo con regalos. También se constituyó en la voz más potente de la Iglesia con sus denuncias de las violaciones humanas —postura que le valió amenazas y un atentado contra su vida, además de campañas de difamación en la prensa somocista, que le acusó de comunista.

Los cristianos marxistas, autollamados “revolucionarios”, se iniciaron con un pequeño grupo, la mayoría estudiantes universitarios, que llegaron a involucrarse profundamente con las guerrillas del FSLN. Uno de sus líderes era el Padre Uriel Molina, quien durante la década del setenta organizó “grupos de reflexión” que adoptaron la teoría marxista como la clave para entender y transformar las estructuras políticas y sociales existentes. A medida que el fin del régimen de Somoza se acercaba, un mayor número de sacerdotes, incluyendo algunos miembros de las órdenes religiosas, comenzaron a suscribir este concepto, influenciados como estaban por la rama más radical de la teología de la liberación.

Cuando los sandinistas llegaron al poder en 1979, tanto los cristianos progresistas como los cristianos radicales recibieron el cambio con alegría. Los obispos nicaragüenses, encabezados por el Arzobispo Obando, expresaron en una carta pastoral (“Compromiso Cristiano por la Nueva Nicaragua”; 7 de Nov. 1979) “que la revolución era una ocasión propicia para hacer realidad la opción de la Iglesia por los pobres”. El documento daba incluso su aprobación al socialismo siempre y cuando este significara una auténtica redistribución del poder y la riqueza en beneficio del pueblo, y no convirtiera a éste en mero instrumento de un poder arbitrario.

Los cristianos radicales tenían, por su parte, una interpretación muy diferente acerca de la sociedad ideal. Sus miradas las dirigían a Cuba, a quien tenían como modelo o inspiración para el cambio social, y no objetaban las características totalitarias que acompañan a los gobiernos marxistas. Trabajando en armonía plena con los sandinistas, estos “cristianos revolucionarios” se convertirían en la punta de lanza de una estrategia orientada a politizar el evangelio y a dividir las iglesias.

Poco después del triunfo sandinista los “cristianos revolucionarios” comenzaron a recibir un alud de ayuda y personal extranjero a fin de impulsar el desarrollo de varios centros de “reflexión teológica” que abogaban por la síntesis del marxismo y el cristianismo. La red de estos centros incluye las siguientes organizaciones: Centro Antonio Valdivieso (CAV)—católico, aunque de fachada ecuménica; Centro de Promoción y Desarrollo (CEPAD)—evangélico; Centro de Promoción Agraria (CEPA), Jesuita; Eje Ecuménico (MED-CELADEC)—protestante; Instituto Nacional de Investigaciones Económicas y Sociales (INIES)—oficialmente no-confesional, pero dirigido por un Jesuita extranjero; Confederación de Religiosos de Nicaragua (CONFER)—católico; el Consejo Ecuménico Blufileno de Iglesias Cristianas (CEBID)—interdenominacional y el Instituto Histórico Centroamericano (IHCA), Jesuita.

El centro de gravedad de sus enseñanzas era proclamar como deber cristiano por excelencia el comprometerse con la

revolución sandinista. Similar proclamación hacia el Gobierno. En su mensaje de año nuevo en 1981, la junta de Gobierno aseveró que “los verdaderos cristianos, los cristianos sinceros, abrazan la opción de la revolución sandinista, que es hoy, en Nicaragua, el camino hacia la ‘opción por los pobres’ (*Barricada*, 2 de Enero de 1981). La implicación política de este esquema es que los cristianos que no prestan su adhesión al FSLN no son, en realidad, cristianos verdaderos o sinceros. En consecuencia, el criterio más importante para distinguir a los verdaderos cristianos de los no-cristianos se convertía en el compromiso con un partido político (el FSLN). Quien no se comprometiera con él no sólo era infiel al pueblo —a quien el FSLN supondría representar— sino también a Cristo.

Semejante forma de ver las cosas ha sido utilizada por los sandinistas para rebatir los cargos de persecución religiosa en los casos en que han hostigado o reprimido a los cristianos no sandinistas. Conforme a la interpretación oficial —repetida por los cristianos revolucionarios— los cristianos no sandinistas no son verdaderos cristianos, sino reaccionarios con disfraz religioso.

La calidad del compromiso con el FSLN, exigida por los “cristianos revolucionarios”, es la de un compromiso absoluto. “Para un cristiano no existe otra manera de mostrar su fe en el reino más que comprometiéndose absolutamente con un proyecto relativo” —(esto es, con la revolución sandinista) escribía el Padre Juan Hernández Pico S.J., teólogo español del Instituto Histórico Centroamericano.

Pablo Richard, de Chile, siguiendo el mismo criterio, escribió: “no se trata de buscar en el evangelio una justificación a nuestro compromiso, sino al revés: a partir de un compromiso que es asumido por sí y por su propia racionalidad nosotros queremos repensar toda nuestra fe”. (Pablo Richard, *Volver a repensar nuestra Fe* —“La experiencia de los cristianos en Chile durante la Unidad Popular”— en *Cristianos Revolucionarios No. 4*, Instituto Histórico Centroamericano, Managua, Nicaragua 1980). Como objeto de lealtad absoluta, y como pedestal incuestionable desde donde se juzga todo lo

demás, la revolución venía así a ocupar un lugar similar al de Dios.

Paralelamente a esta sacralización de la revolución, los conceptos y significados claves de la religión eran reemplazados por otros de carácter sociopolítico, totalmente coincidentes con los postulados del marxismo-leninismo. El pecado se identificaba con las estructuras sociales injustas, es decir, el capitalismo. La salvación o rescate del pecado se lograba por medio de la revolución armada. El partido o vanguardia revolucionario actuaría entonces a manera de mesías, conduciendo al pueblo al verdadero reino, el socialismo. El argumento discurre que así como Jesús estuvo al lado de los pobres, de igual forma los cristianos han de estar con los pobres en lo político, luchando contra sus opresores; que así como Dios se encarnó en un hombre, así los cristianos deben “encarnarse” en un proyecto político temporal y concreto, es decir, la revolución marxista. A Jesús se le reinterpreta como el primer revolucionario; un zelote dedicado a la liberación política de Israel. Los “cristianos revolucionarios” opinan que “NO NOS BASTO JESUCRISTO”. Para ellos el Cristianismo necesita de la “mediación de una teoría histórica y de una praxis revolucionaria, (invariablemente marxistas), a fin de que las promesas contenidas en el evangelio se hagan realidad. (Juan Fernández Pico, S.J., “No nos bastó Jesucristo”—Cristianos Revolucionarios II, Instituto Histórico Centroamericano. También en “Análisis de Estructura y Coyuntura, panfleto publicado por CELADEC, Comisión Latinoamericana para la Educación Cristiana, Lima, Perú, 1979).

El proceso de ir sustituyendo los significados religiosos cristianos por otros de significado político, se ilustra en forma gráfica en la portada de un libro publicado por el Instituto Histórico Centroamericano, organización Jesuita pro-marxista. En ella la imagen de Jesucristo crucificado se ve sumergida dentro de la imagen de un guerrillero. El revolucionario armado es promovido de esta forma a la altura del Redentor y, como tal, susceptible de una veneración igual o mayor que la debida a éste.

El Padre Ernesto Cardenal, ministro de Cultura del Gobierno sandinista ha sostenido que “el marxismo es la única solución para el mundo”, y que “los cristianos deben abrazar el marxismo para poder estar con Dios y con los hombres”. (*Sábado Gráfico* 1978).

En la práctica los cristianos revolucionarios no le predicaban a los marxistas para atraerlos a Jesucristo. Es al revés: le predicaban a los cristianos para atraerlos a Marx. Convertir cristianos al marxismo es, en realidad el mayor empeño pastoral de los centros detallados anteriormente. El Instituto Histórico Centroamericano, dirigido por el padre Jesuita Alvaro Argüello, ha impreso numerosos folletos aconsejando a los Cristianos a que no le teman al marxismo y presentando a Fidel Castro como amigo del cristianismo. (“Socialismo!, Marxismo!, Comunismo!, Yo le tengo miedo. ¿Y vos?”, en panfletos monográficos “Rutilio Grande” No. 6, publicados por el Instituto Histórico Centroamericano, Nicaragua, 1980).

Un empeño similar ha sido mostrado por el CEPAD, organización evangélica protestante cuyos líderes son muy amigos de los dirigentes sandinistas y que gozan de muchas conexiones en los Estados Unidos. En Septiembre de 1980 el CEPAD co-publicó, junto con otras organizaciones religiosas, un folleto para consumo popular con dibujos animados, ensalzando a Marx, a quien se le presenta como amigo de los cristianos, así como al socialismo marxista y a la revolución cubana, a su vez elogiada como un modelo superior para América Latina. El libro tiene por título “*Capitalismo y Socialismo para Principiantes*”.

El ateísmo de Marx y el comunismo no ha perturbado a los “cristianos revolucionarios”. Para estos el no creer o no creer en Dios no es de importancia fundamental. Miguel D’Escoto, sacerdote Maryknoll y Ministro de Relaciones Exteriores del régimen sandinista, en declaraciones a *La Prensa* en 1980 dijo: “Hay gente que se dice o se confiesa atea y nosotros tenemos que respetar que la gente se diga atea. Desde el punto de vista cristiano en realidad no tiene mayor importancia, lo que tiene importancia es el comportamiento

de las personas. La práctica, no la teoría. . .". Refiriéndose a Alejandro Bermúdez, un conocido comunista nicaragüense que falleció en 1979, el Padre D'Escoto añadía: "El era, a pesar de que teóricamente pudo haberse dicho ateo. . .una de las personas más creyentes". ¿Porqué? podemos preguntarnos nosotros. Aunque D'Escoto no lo dice, la implicación obvia es que dicho señor —ateo por confesión propia— era de hecho creyente porque luchaba por la Revolución y creía en ella. Vemos de nuevo, como la Revolución se convierte en Dios. Un ejemplo nítido de esta sustitución lo ofrece "El Credo Sandinista" publicado por *El Nuevo Diario* en 1984.

Sandinistas y "cristianos revolucionarios" contra la Iglesia

Los sandinistas y los cristianos pro-marxistas han confrontado a la Iglesia institucional y desafiado la autoridad de sus líderes. Por un lado han exigido que los cristianos otorguen su apoyo incondicional no a la Iglesia, sino a la revolución. Por otro lado han promovido coordinadamente la idea de que existen dos iglesias: la iglesia de los "pobres" o "iglesia popular" (de los cristianos sandinistas) y la "iglesia de los ricos" —que es supuestamente la iglesia institucional representada especialmente por los obispos Católicos. En base a esta dicotomía, y en consonancia con portavoces oficialistas como el Ministro del Interior, Tomás Borge, los "cristianos revolucionarios" desataron desde 1980 una campaña destinada a desacreditar a la jerarquía católica. La campaña, que comenzó con críticas moderadas ("los obispos son muy conservadores", "muy temerosos del marxismo"), evolucionó rápidamente hasta llegar a constituir un ataque frontal e injurioso. ("Los obispos son la voz de la burguesía", "han caído en manos de las políticas de Reagan", "son arrogantes, autoritarios", "son contra-revolucionarios, enemigos del pueblo").

Paralelamente a esta campaña, el gobierno comenzó a presentar a un sacerdote pro-sandinista, el Padre Arias Caldera, como el verdadero pastor de los católicos nicaragüenses. El periódico oficial *Barricada* lo nombró "el Monseñor de los pobres" (en oposición a Mons. Obando). La meta que se proponían los promotores de la "Iglesia Popular" y los sandinistas

tas era obviamente la misma; pasar por alto la autoridad de los legítimos pastores de la Iglesia y reemplazarlos por los suyos propios. El hecho de que Mons. Obando gozara del respaldo abrumador de los nicaragüenses pobres, en contraste con la escasa clientela popular del Padre Caldera, constituía un permanente motivo de irritación para los detractores del Arzobispo.

Otro blanco de los ataques sandinistas y de los “cristianos revolucionarios” fueron las denominaciones protestantes. El Centro Valdivieso inició la campaña publicando folletos en que los pastores protestantes eran presentados como títeres del Tío Sam, enviados a Nicaragua para desestabilizar a la revolución – cargo que el gobierno luego repetiría a viva voz como justificación para apoderarse por la fuerza de muchos templos.

En contraste con el criticismo implacable propinado a la jerarquía católica y a todos aquellos cristianos no dispuestos a bendecir el evangelio de Marx, los promotores de la “iglesia popular” han brindado a los sandinistas un apoyo acrítico y total. Los escritos y publicaciones de los centros teológicos de los cristianos revolucionarios han defendido prácticamente todas las políticas del régimen. La denuncia de las injusticias del poder, proclamada por ellos como un deber cristiano fundamental durante el régimen de Somoza, se convirtió de la noche a la mañana en un acto de deslealtad anti-cristiano, rayano en la traición.

Los cristianos revolucionarios no sólo cerraron sus ojos al cúmulo de abusos del régimen sandinista, sino que servirían para justificar muchos de ellos, desde las agresiones contra los disidentes, hasta la represión de los indios Miskitos. Cuando las turbas organizadas por el FSLN salieron a las calles en 1981 para agredir a los miembros del partido político MDN (Movimiento Democrático Nicaragüense), después de que éste obtuviera permiso legal para efectuar una concentración pacífica, el Centro Valdivieso describió el ataque como una expresión de la furia de los pobres frente a las provocaciones de sus enemigos. (“La Media Docena de Desafíos

Revolucionarios” —Colección La Trocha No. 1, Versión popular del documento Fidelidad Cristiana en el Proceso Revolucionario de Nicaragua, Managua, 24-III-81, publicado por el Instituto Histórico Centroamericano).

Respecto al traslado forzoso de miles de Miskitos, que le atrajo a los Sandinistas críticas de sus propios amigos, el CEPAD ensalzó dichos traslados como un plan “para garantizar el derecho a la vida del pueblo Miskito”, (*Nuevo Diario*, 16 de marzo de 1982, pág. 5).

Lejos de intentar frenar el empuje de los sandinistas hacia el totalitarismo, los cristianos revolucionarios han otorgado su apoyo total a las medidas anti-democráticas implantadas por el gobierno en violación de sus promesas originales. El Centro Valdivieso proclamaba en un artículo en *Barricada*, 15 de agosto, 1980, página 3, que “*Estos no son tiempos para elecciones ni catedrales*”, precisamente cuando las fuerzas pro-democráticas en la sociedad nicaragüense trataban desesperadamente de hacer que los sandinistas cumplieran su promesa de elecciones libres.

En virtud de la colaboración que recibe de los “cristianos revolucionarios”, el gobierno ha podido justificar e intentar un programa muy activo para debilitar y dividir a las iglesias. Una de las maneras en que los sandinistas han hecho tal cosa es suministrándoles a sus aliados de las filas cristianas, acceso exclusivo al virtual monopolio de los medios de comunicación, a la vez que se lo negaba a los líderes de la Iglesia y a cristianos con diferentes perspectivas.

En julio de 1981, por ejemplo, los sandinistas suspendieron las misas televisadas dominicales que el arzobispo de Managua venía celebrando desde hacía muchos años. Luego se impusieron fuertes restricciones a Radio Católica, la única emisora de la Iglesia Católica. A los restantes medios de información, tales como *La Prensa*, periódico que había defendido a la Iglesia y que constituye el único diario independiente de Nicaragua, se les aplicó una censura sumamente estricta. Por último, los sandinistas demandaron que las homilias y sermo-

nes de los líderes de la Iglesia fueran censurados por el Ministerio del Interior como condición previa para su transmisión.

Todas estas medidas les permitieron a los “cristianos revolucionarios” y al Gobierno orquestar sus ataques y acusaciones contra los obispos católicos y los cristianos no marxistas a través de la televisión, las emisoras de radio y los periódicos del país, sin que estos pudieran responder o defenderse.

Una rica “Iglesia de los pobres” y una pobre “Iglesia de los ricos”

Además de todas las ventajas anteriores, los “cristianos revolucionarios” han recibido una generosa ayuda económica internacional. Una de sus fuentes ha sido el Consejo Mundial de Iglesias. En abril de 1983, por ejemplo, este otorgó una donación de US\$176,000 al Centro Valdivieso. Muchos protestantes norteamericanos han contribuido también al financiamiento del CEPAD. En 1981, por ejemplo, el Servicio Mundial de Iglesias del Consejo Nacional de las Iglesias de Estados Unidos le dio US\$365,329; el Comité Metodista Unido para la Ayuda le dio US\$100,000 y el Programa Presbítero Unido para Contrarrestar el Hambre le donó US\$10,000. El INIES, por su parte, recibió US\$25,000 en 1982 procedentes de la Junta Global de Ministerios de la Iglesia Metodista Unida. El gobierno, mientras tanto, en un decreto de agosto de 1982, prohibió que la Iglesia Católica y las instituciones privadas recibieran donaciones del extranjero.

La ayuda proporcionada a los “cristianos revolucionarios” por organizaciones cristianas de Norteamérica y Europa les permite emplear personal de tiempo completo, incluyendo teólogos y laicos. La mayoría de los primeros son extranjeros que han llegado al país después del triunfo de la revolución; por ejemplo, el Padre Hernández Pico, S.J., el Padre Teófilo Cabestrero, el Padre Plácido Erdozán (miembro del FDR, Frente Democrático Revolucionario, de El Salvador) y muchos otros en su mayoría españoles. Sus centros han adquirido además equipos de impresión y de grabación sofisticados que editan boletines en varias lenguas (en inglés,

alemán, francés) para su distribución en el exterior, amén de innumerables folletos y libros, impresos para el consumo interno. Los fondos les han capacitado asimismo para organizar seminarios y retiros con la participación de los partidarios más abiertos de la teología de la liberación de corte marxista: Gustavo Gutiérrez, Jon Sobrino, Enrique Dussel, Jules Girardi, y otros.

En vivo contraste con sus adversarios, la Iglesia Católica y aquellas denominaciones protestantes no alineadas con el régimen, carecen prácticamente de centros de comunicación y de cristianos con preparación o tiempo suficiente para dedicarse a abordar los debates ideológicos. A estos cristianos también se les ha limitado drásticamente su posibilidad de dar a conocer sus necesidades y problemas al mundo exterior. El gobierno nicaragüense decretó una ley, en el verano de 1981, estableciendo que cualquier nicaragüense que diera declaraciones en el exterior, susceptibles de perjudicar al régimen sandinista, podría ser castigado con tres a diez años de cárcel.

Paradójicamente entonces, lo que los “cristianos revolucionarios” llaman la “iglesia de los pobres”, ha llegado a ser una iglesia rica; y la que ellos señalan como la “iglesia de los ricos” es, en realidad, una iglesia pobre. Más aún, la “iglesia de los pobres” o “iglesia popular”, es una élite de intelectuales, la mayoría extranjeros, que carecen de apoyo popular, mientras que la iglesia institucional, acusada de representar a una minoría rica, es mayoritariamente indígena y goza de un respaldo abrumador entre los pobres de Nicaragua.

En octubre de 1981 los “cristianos revolucionarios” intentaron demostrar su popularidad en Managua en una misa pública, programada después de haberse realizado una manifestación en protesta por el traslado a otra diócesis de un sacerdote sandinista. Para ello movilizaron a sus partidarios en todas las parroquias de la capital y utilizaron vehículos del Estado. Conforme los estimados de la prensa oficialista no asistieron más que quinientas personas. Es normal que cuando estos “cristianos” se apoderan de los templos, o efectúan manifestaciones en contra de la jerarquía, tengan que movili-

zar gente de sitios alejados y que completen la multitud con militares sandinistas provenientes de masas del FSLN. Yo solía ir a misa en una pequeña capilla universitaria de Managua. Después de unos tres años de asistir asiduamente, conocía prácticamente a todos los fieles. En septiembre de 1981, al terminar la misa, unos ocho “cristianos revolucionarios” entraron a la capilla para protagonizar una toma de una semana, (en la que no permitían la conducción de ningún servicio religioso) en protesta contra Mons. Obando. Ni quienes asistían con frecuencia a la capilla, ni yo, habíamos visto jamás a uno solo de los manifestantes.

A diferencia de sus adversarios, Mons. Obando arrastra multitudes dondequiera que va, compuestas mayoritariamente de pobres. Una encuesta llevada a cabo en agosto de 1981 por el Centro de Estudios Religiosos —organización laica independiente a la cual yo pertenecía— demostró, en base a una muestra de 900 hogares, que el Arzobispo Obando era la figura más popular en el país.* Muchos periodistas extranjeros pudieron corroborarlo en ocasión de la visita del Papa a Managua, cuando el Arzobispo recibió una clamorosa ovación al aparecer ante casi medio millón de nicaragüenses, mientras los nueve comandantes del FSLN recibieron una rechifla sin precedentes.

Presiones directas del Gobierno

La estrategia sandinista de usar a los cristianos revolucionarios para dividir y debilitar a las iglesias les ha facilitado el atacar algunas organizaciones religiosas en forma más agresiva y directa. Las primeras víctimas de estos ataques fueron las organizaciones más débiles o aisladas, en particular algunas sectas protestantes y los judíos—. Los sandinistas confiscaron la única sinagoga y expulsaron o arrestaron a casi todas las familias judías que habían permanecido en el país.

Los primeros cristianos en experimentar la hostilidad directa del gobierno fueron los misioneros moravos, localiza-

*A partir de esta encuesta el Gobierno pasó una ley prohibiendo la ejecución de encuestas no autorizadas por el Estado.

dos en la aislada región atlántica de Nicaragua, zona donde residen los indios Miskitos y otras minorías étnicas. Los misioneros moravos había proporcionado por más de un siglo a los indios la mayor parte de sus iglesias, escuelas y hospitales. Poco después del triunfo de la revolución los sandinistas comenzaron a hostigar a muchos de los misioneros. Lo que el Gobierno buscaba era sustituir su liderazgo e influencia por la de militantes sandinistas, entre los cuales figuraban algunos cubanos. A raíz de la ola de protestas que ocasionó esta acción, los sandinistas arrestaron a varios misioneros alegando que incitaban a los Miskitos a rebelarse contra las autoridades y que eran agentes de la CIA. En el proceso algunos misioneros fueron asesinados, otros desaparecieron.

Para el resto de la población nicaragüense, así como para el resto del mundo, se hizo muy difícil mantenerse al tanto de los eventos concernientes a los cristianos de la Costa Atlántica Nicaragüense. Tanto el acceso a la región como las informaciones sobre la misma fueron prohibidas.

El silencio y el aislamiento que produjeron estas medidas hicieron que la situación empeorara. De acuerdo a Edgard Macías, ex-Vice Ministro de Trabajo en el gobierno sandinista, para mediados de 1982 las milicias del gobierno habían destruido por lo menos 55 templos en la zona atlántica del país —una tragedia de inmensas proporciones, de acuerdo a Macías, ya que esas Iglesias habían sido la única forma organizada de brindarle servicios sociales —y evangelización— a los indios Miskitos. (Edgard Macías Gómez, “Revolución Sandinista y Religión”, San José, Costa Rica, 1982, página 5).

En enero de 1982, dos líderes de la iglesia morava, los Rev. Fernando Colomes y Norman Bent, fueron obligados a dejar la región Atlántica y dirigirse a Managua. En mayo de 1982, las autoridades sandinistas anunciaron la clausura de CASIM, Comité de Acción Social de la Iglesia Morava, que tenía a su cargo el suministro de servicios sociales y socorro para los Miskitos. También arrestaron al Rev. Santos Clevban, a quien mantuvieron incomunicado del 11 al 25 de julio.

Un testigo autorizado, el profesor Bernard Nietschmann, de la Universidad de California en Berkeley, quien convivió durante dos meses y medio con los Miskitos en 1983, nos da la siguiente narración sobre la represión de la libertad religiosa en la zona atlántica:

“Solamente en aquellos poblados que están ahora bajo la protección de los guerreros Miskitos (rebeldes anti-sandinistas) se llevan a cabo servicios religiosos. En algunos de los poblados que visité apenas acababan de obtener esa protección. Aún en esta extensa zona muchos poblados no pueden tener servicios religiosos porque sus líderes han sido arrestados o se han ido al exilio a Honduras o Costa Rica.

Durante la ocupación militar sandinista de los poblados, las iglesias han sido usadas comúnmente como cárceles, en las que confinan a hombres y mujeres acusados o sospechosos de ser contrarrevolucionarios. Sus biblias y libros de canto han sido destruidos. Los pobladores acusan a los soldados sandinistas de utilizar las iglesias para sus necesidades fisiológicas. Hay muchos informes dignos de crédito acerca de estas actividades. También escuché informes de iglesias que han sido quemadas en otras comunidades indígenas, pero en la zona que yo visité no encontré iglesias destruidas.

Los Miskitos son gente muy religiosa y han sufrido mucho por la falta de libertad de religión. En casi todas mis conversaciones con cientos de mujeres y hombres Miskitos, ésta fue su principal preocupación”.

En la populosa región del Pacífico el gobierno también tomó acciones directas contra algunos grupos protestantes. A mediados de 1980 el predicador evangélico, Morris Cepullo, fue expulsado al aterrizar en el aeropuerto capitalino. La explicación oficial, comúnmente utilizada en las acciones contra los grupos religiosos, fue que Cepullo venía enviado por la CIA. En este caso, como en todos los demás, el gobierno no respaldó sus acusaciones con ninguna evidencia.

En el resto del país, mientras tanto, las presiones y hostigamientos contra las iglesias católicas y protestantes comenzaron a incrementarse gradualmente. Como regla general, las presiones eran mayores entre más distante quedaba la región de la capital. A veces, grupos auspiciados por el gobier-

no organizaban mitines políticos frente a los templos católicos, precisamente a la hora de la misa. En otras ocasiones los militantes sandinistas interrumpían las clases de catecismo para repartir propaganda política o para rebatir o burlarse de los catequistas. (Monseñor Pablo Vega, Obispo de Juigalpa, agosto 27, 1980, carta pastoral).

Como ya se había mencionado, el 7 de julio de 1981 el gobierno suspendió la misa televisada que el Arzobispo de Managua había celebrado durante muchos años y que constituía, para un buen porcentaje de los feligreses de Managua, la única oportunidad de atender un servicio religioso los domingos. La razón ofrecida por los sandinistas fue de que había que darle lugar a sacerdotes más progresistas. Con esta acción el gobierno no solo invadía un terreno privado de la Iglesia, sino que le arrebatava a la jerarquía Católica su último acceso a la televisión. Mientras tanto se multiplicaban los ataques públicos de los "cristianos marxistas", en contra de la jerarquía. Al mismo tiempo, muchos rótulos religiosos, colocados en diferentes puntos de la capital por católicos independientes, eran destruidos o manchados. El reportar esta noticia le significó al periódico *La Prensa* su primer cierre temporal.

Más ominosos aún serían los ataques a los obispos y sacerdotes católicos. El primero tuvo lugar hacia fines de 1981, cuando una turba sandinista apedreó al Obispo de Juigalpa, Mons. Pablo Antonio Vega, a la salida de misa. Pocas semanas después, otra turba en Managua le destruyó los vidrios y las llantas al "jeep" del Arzobispo de Managua.

De ahí en adelante, los ataques se multiplicaron en muchos frentes. El 13 de enero de 1982, cinco católicos norteamericanos (tres monjas y dos sacerdotes) misioneros en la zona atlántica, fueron expulsados del país. El gobierno atribuyó la expulsión a un error burocrático y anunció que podían volver a Nicaragua, aunque advirtiéndoles que no podrían regresar a sus parroquias de origen. Sólo dos de ellos regresaron al país. Similares incidentes experimentó el Obispo de la Costa Atlántica, Mons. Salvador Schlaefel, quien para

mediados de 1982 ya había sido expulsado tres veces de su zona.

En marzo de 1982, el gobierno dio muestras claras de estar preparando una persecución más generalizada contra los grupos religiosos no sandinistas, tanto protestantes como católicos. El 3 de marzo de 1982, *Barricada*, órgano oficial del FSLN, publicó el primero de una serie de reportes acerca de las denominaciones protestantes y de otras organizaciones tales como los Testigos de Jehová. *Barricada* ridiculizaba a las sectas como supersticiosas o fanáticas e, inevitablemente, como asociadas al imperialismo norteamericano. La campaña del periódico allanaba así el camino para acciones más directas.

Paralelamente el gobierno desataba una ofensiva mayor contra la libertad de expresión. La radio del episcopado católico, cuyo director era el Padre Bismarck Carballo, fue clausurada por un mes por transmitir informaciones supuestamente distorsionadas. Luego, el 15 de marzo de 1982, fue declarado el Estado de Emergencia. Decretado por un mes, pero renovado en cada vencimiento, el Estado de Emergencia señaló el fin del remanente de libertad del que aún gozaba el periódico *La Prensa y Radio Católica*. Asegurado de este modo el silencio de sus críticos, el gobierno incrementó sus ataques.

Después de mayo, iglesias y locales de los moravos, adventistas, mormones, Testigos de Jehová, y de algunas sectas evangélicas, fueron confiscados en rápida sucesión. Sus pastores fueron acusados de trabajar para la CIA y la contrarrevolución. Como ocurría siempre, las acusaciones no fueron sustanciadas con pruebas de ninguna clase y a las víctimas no se les permitió su defensa.

La agresividad verbal y física de los sandinistas iban en claro ascenso. En un discurso televisado el Ministro del Interior, Tomás Borge, profirió nuevos insultos contra la Iglesia Católica y le endilgó a Mons. Obando el título de "Anticristo". A los protestantes también se les ofendía con insultos similares. Además de las usuales acusaciones de ser agentes de la CIA, Borge les acusó en un discurso de ser aliados de los

somocistas. Las turbas del FSLN que le escuchaban comenzaron a corear: “¡que se vayan!”. Luego procedieron a ocupar por la fuerza las iglesias y locales protestantes. Sólo en la noche del lunes 9 de agosto de 1982, las turbas del FSLN ocuparon 20 de estos edificios.

El 20 de julio de 1982, los Obispos católicos de Nicaragua enviaron al periódico *La Prensa* una carta abierta, solicitándole al gobierno, en tono cortés, que aclarara la situación de hostigamiento a la que estaba sometido Mons. Schlaefer, en la Costa Atlántica y a que cesara la campaña antirreligiosa que con burlas e injurias desataban los medios de comunicación estatal. A *La Prensa* le fue prohibida la publicación de la carta por el censor oficial. Al día siguiente las turbas sandinistas intentaron ocupar por la fuerza varios templos católicos en protesta por la decisión del Arzobispo de Managua de trasladar al sacerdote marxista, Arias Caldera, a otra diócesis de Managua. Las turbas, estimuladas por los medios de difusión controlados por el Estado y gozando del apoyo logístico de vehículos gubernamentales, atacaron a varios sacerdotes. En uno de los incidentes el obispo auxiliar de Managua, Mons. Bosco Vivas fue pateado en el suelo hasta quedar semiinconsciente. La Asociación del Clero Nicaragüense protestó en una carta el ataque, pero el censor del gobierno impidió de nuevo su publicación.

Otra seria intervención gubernamental ocurrió el 31 de julio de 1982, cuando el régimen sandinista prohibió la publicación de una carta del Papa Juan Pablo II a los Obispos nicaragüenses. No fue sino después de un mes, tras varios cierres de *La Prensa* y vigorosas protestas nacionales e internacionales, que se levantó la prohibición.

El régimen sandinista perpetró un ataque aún más grotesco contra la Iglesia al mes siguiente. En efecto, el 11 de agosto de 1982, el gobierno hizo pública una noticia conforme la cual el Padre Bismarck Carballo, portavoz del Arzobispado católico, había sido sorprendido en un incidente sexual. La noche del día siguiente la televisión sandinista presentó un documental en donde se veía al Padre Carballo, desnudo y

sangrando, mientras era sacado a empellones de una casa del barrio residencial Las Colinas por la policía sandinista. El sacerdote, que había arribado a dicha casa ante el ruego insistente de una feligrés —que resultó ser agente del Estado— reportó cómo a los escasos minutos de haber llegado entró a la casa un hombre que blandiendo una pistola y golpeándolo, le obligó a desvestirse. Al instante entraron cuatro policías y lo arrastraron a la calle, donde se hallaba congregada una multitud delirante de unas 70 personas, incluyendo los reporteros de los periódicos sandinistas y las cámaras ya listas de la televisión estatal. Conforme la versión del gobierno, estos se hallaban allí por “coincidencia”. Otra circunstancia extraña es que en su informe inicial los medios de difusión sandinista no mencionaron el nombre del supuesto marido ofendido, si bien publicaron su fotografía. Cuando el supuesto esposo apareció a declarar ante la corte, resultó ser otra persona manifiestamente más baja que la de la fotografía. El periódico *La Prensa* quiso informar esta incongruencia pero la censura gubernamental lo impidió. Numerosas defensas del Padre Carballo y muestras de adhesión a su persona también fueron censuradas, indicando que la intención oficial no era explotar un caso de mala conducta sacerdotal, sino prefabricar todo el incidente para socavar a la Iglesia Católica, denigrando a uno de sus voceros principales. Entre muchos otros documentos el gobierno prohibió también la publicación de una carta de protesta enviada por el Consejo Presbiteral de la Arquidiócesis de Managua.

Evidencia adicional acerca de cómo los sandinistas pre-fabricaron el incidente del Padre Carballo fue proporcionada en fecha posterior al “Washington Post” por Miguel Bolaños, agente de la Seguridad del Estado nicaragüense que escapó de Nicaragua en Mayo de 1983. Entre otras cosas, Bolaños reporta que el Ministro del Interior, Tomás Borge y el Jefe de la Policía de Managua, Lenin Cerna, observaron riéndose todo el incidente desde una camioneta con vidrios ahumados, estacionada cerca del lugar de los hechos.

Cuando el régimen sandinista transmitió las fotografías del Padre Carballo desnudo y sangrando, la reacción de

muchos nicaragüenses fue previsiblemente violenta. La degradación del sacerdote fue interpretada como un insulto profundo a la dignidad humana y a su dignidad clerical. Miles de estudiantes católicos se declararon en huelga. Aún más significativo fue que miles de indios monimboseños, miembros del barrio indígena que inauguró la insurrección contra Somoza, se amotinaron improvisando barricadas y atacando estaciones de policía. El saldo fue de tres muertos y varios heridos.

En represalia el gobierno sandinista expulsó del país a dos sacerdotes salesianos bajo el pretexto de que habían incitado a la violencia contra el gobierno. Esto ocasionó otra ronda de protestas dentro y fuera de Nicaragua. La Conferencia Episcopal emitió una vehemente declaración que comenzaba diciendo, "No podemos permanecer callados", firmada por los nueve obispos católicos. Los obispos protestaban por la difamación pública y los ultrajes a personas e instituciones educacionales católicas, así como por la ocupación violenta de algunos centros religiosos por parte de las turbas sandinistas.

Los padres salesianos también enviaron una enérgica protesta en que ponían de manifiesto muchas de las falsas acusaciones y medidas arbitrarias del gobierno en contra de la congregación. En el plano internacional, Radio Vaticano, los obispos católicos de Venezuela y de Costa Rica, y el presidente de la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos, Arzobispo John R. Roach, de Minneapolis, —entre otros— emitieron comunicados protestando por las acciones de los sandinistas.

Ante esta demostración de solidaridad para con los cristianos nicaragüenses los sandinistas retrocedieron avergonzados. Aunque no permitieron el regreso a Nicaragua del Padre Moratalla, devolvieron el colegio a la congregación salesiana. Los sandinistas también devolvieron varios de los templos protestantes ocupados semanas atrás por las turbas gubernamentales.

Una tregua intranquila siguió a estos acontecimientos. En un cambio de táctica, (¿un paso atrás?) el gobierno

comenzó a cortejar a los obispos católicos al tiempo que aumentaba sus empeños en presentar al Arzobispo Obando como el causante de todas las tensiones entre la Iglesia y el Estado.

La nueva estrategia del gobierno no duró mucho. En Diciembre de 1982 los obispos católicos, de nuevo a una sola voz, emitieron una carta pastoral advirtiendo sobre el contenido ateo de los programas educacionales impuestos por el Ministerio de Educación a *todos* los planteles de enseñanza. El gobierno respondió lanzando otra campaña difamatoria contra la conferencia episcopal. Los obispos fueron increpados burlescamente por funcionarios del Estado y por los “cristianos revolucionarios”. Sergio Ramírez, miembro de la Junta de Gobierno anunció que en Nicaragua jamás habría una educación paralela (El Nuevo Diario, 16 de Diciembre de 1982, pág. 10), implicando que no se toleraría una educación diferente de la educación atea oficial. El periódico sandinista *El Nuevo Diario*, publicó por su parte una declaración de los “cristianos revolucionarios”, muy significativa. Decía esta: “será una lástima que (la Iglesia) llore, porque la educación corre el peligro de no ser cristiana, cuando se está suministrando educación a personas que nunca la han tenido”. Apparently, lo único importante para los cristianos revolucionarios es que hubiera educación para todos, sin importar cuán falsos o anticristianos pudieran ser sus contenidos.

Con respecto al Padre Carballo, los sandinistas renovarían su intento de difamarlo un año más tarde. En Agosto de 1983 el rotativo sandinista *El Nuevo Diario*, vocero del Centro Valdivieso y de los cristianos revolucionarios, así como el periódico “La Semana Cómica”, publicaron caricaturas pornográficas en su contra, extraordinariamente denigrantes.

La visita del Papa en marzo de 1983

La forma en que el gobierno sandinista manejó la llegada del Papa ofrece evidencias adicionales sobre su actitud ante la religión. Los hechos que se enumeran a continuación describen ciertos eventos reportados coincidentemente por diferentes periodistas internacionales.

1. Los sandinistas no le concedieron a los nicaragüenses libertad de movilización para darle la bienvenida al Papa. El tráfico fue detenido en la mayor parte del país; solo los Comités de Defensa Sandinista estaban autorizados para efectuar el transporte a los puntos de concentración. Miles de católicos se vieron obligados a caminar grandes distancias desde las ciudades vecinas para poder ver al Papa. Otra gran cantidad no pudo hacerlo.

Juan Pablo II, consciente de lo que ocurría saludó “a los miles de nicaragüenses a quienes les ha sido imposible acudir como lo hubieran deseado”.

2. Los sandinistas impidieron que la gente se reuniera con anticipación en los sitios donde el Papa estaba programado a aparecer. En Managua, la policía disparó sus armas automáticas sobre las cabezas de los devotos que pretendían conseguir acomodo en horas tempranas. Sólo a los militares sandinistas les fue posible abarrotar las primeras filas en la plaza.

3. Juan Pablo II fue interrumpido durante su sermón y en la parte restante de la misa en Managua, por los gritos y las consignas. Citando un sólo ejemplo, durante la comunión, un agitador sandinista gritó a través de un potente megáfono: “Padre Santo, si de verdad eres el verdadero representante de Cristo en la tierra, te exigimos que te solidarices con nosotros”. La policía asignada a controlar a la multitud, con frecuencia dirigía las consignas. Los miembros del séquito papal comentaron que jamás habían visto conducta semejante en una gira del Pontífice.

4. Técnicos del gobierno distribuyeron micrófonos entre los grupos progubernamentales y los conectaron al sistema principal de altavoces, amplificando los gritos de los agitadores y los coros de “poder popular”, que interrumpían continuamente las palabras del Papa. En repetidas ocasiones Juan Pablo II pidió que se guardara silencio.

5. Durante la celebración de la misa, los nueve miembros del Directorio Nacional del FSLN —incluyendo a Tomás

Borge y Daniel Ortega— hicieron causa común con la multitud, agitando su brazo izquierdo, con la mano empuñada, y coreando: “ ¡poder popular! ¡poder popular!”.

6. La Iglesia Católica y el gobierno habían acordado que la visita papal sería exclusivamente religiosa y apolítica. La Iglesia advirtió a los feligreses que se abstuvieran de hacer política. No obstante, los militantes sandinistas llevaron estandartes y letreros políticos, gritaron sus consignas a través de los megáfonos y, en vivo coro con los miembros de la dirección nacional del FSLN, concluyeron la misa papal cantando el himno del partido.

Una observación que es importante recalcar acerca de estos incidentes es que no fueron arranques espontáneos del pueblo, sino acciones premeditadas llevadas a cabo por partidarios del FSLN debidamente adiestrados. También debe notarse que tales incidentes no fueron excesos de algunos sandinistas fogosos, sino actos en que participó plenamente el directorio del FSLN.

Evidencia más reciente acerca de los incidentes relacionados con la visita del Papa ha sido también proporcionada por el ex-agente de la Seguridad sandinista, Miguel Bolaños. Este explicó a la prensa internacional cómo el gobierno planificó todas estas acciones, incluyendo el corear de consignas, con anticipación al arribo del Papa.

Vale observar que en esta oportunidad los sandinistas actuaron abiertamente a la vista de los medios de difusión internacional. ¿Puede esperarse que personas capaces de propinar en tales circunstancias, tratamiento tan afrentoso y agresivo al líder religioso más venerado del mundo, muestren más tarde cortesía, o respeto, ante los creyentes más anónimos de su país, desprovistos de la cobija que brinda la publicidad internacional?

El trato dado al Papa es un termómetro de la calidad del respeto que el gobierno sandinista dice profesar por la religión y el riesgo que corren los cristianos nicaragüenses reacios a venerar los nuevos ídolos.

Persecución abierta

El endoso papal a los Obispos nicaragüenses fortaleció sus posiciones y asestó un duro golpe a los promotores de la "Iglesia popular". La persecución en nombre de Cristo había quedado profundamente desvirtuada. Los sandinistas comenzaron entonces a moverse hacia una confrontación más directa y agresiva, que utilizaría, como justificante, argumentos de corte político y patriótico.

Los primeros indicios de este cambio de dirección los proporcionó Tomás Borge cuando en la primavera de 1983 anunció que el Ministerio del Interior le venía siguiendo la pista a "sacerdotes contrarrevolucionarios". La amplitud con que los sandinistas usan dicho término —de acuerdo a ellos el máximo contrarrevolucionario es Mons. Obando— hacía susceptible de dicha acusación a cualquier sacerdote renuente a endosar las políticas del régimen.

En mayo de 1983, el Padre Timoteo Marino, quien por muchos años había estado sirviendo a los campesinos de la remota y pobre zona del Rfo San Juan (Atlántico Sur), fue expulsado de Nicaragua bajo el cargo de ser "Un agente ideológico de los grupos contrarrevolucionarios" (*Barricada*, 3 de mayo de 1983, p. 7). Las autoridades no le permitieron la más mínima oportunidad de defenderse de los cargos, a pesar de que él había ofrecido responder a cualquier acusación. La acción gubernamental provocó la protesta de nueve sacerdotes de su diócesis y la del Obispo de Juigalpa Mons. Pablo Vega, quienes en una carta abierta expresaron que "la insidiosa campaña contra este sacerdote y sus colaboradores más cercanos, Delegados de la Palabra, . . . nos hacen creer que existen personas interesadas en difamar y destruir la Iglesia". En su carta los sacerdotes se referían a otros casos de hostigamiento y amenazas contra sacerdotes "que no se han hecho públicas" (Pronunciamento del Consejo Presbiteral de Juigalpa, 5 de mayo de 1983).

En su carta de despedida a sus feligreses el P. Merino dijo que él había llegado a servir a esa parte empobrecida del

país “por la necesidad de estar al lado de los pobres de la Iglesia nicaragüense”. Respecto a las causas de su expulsión el padre expresó: “La verdadera razón es que ellos no han podido someterme a las demandas de quienes pretenden hacer de la Iglesia un instrumento al servicio de un proyecto político marxista leninista, en lugar de ser instrumentos del evangelio completo”. El sacerdote terminaba su carta exhortando a sus feligreses a recordar las palabras de la escritura: “Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas” (P. Timoteo Merino, “Testamento a los hermanos y hermanas de las comunidades de San Carlos, La Azucena, Sábalos, El Castillo y Morillo”, mayo, 1983).

El 29 de agosto de 1983 la Conferencia Episcopal publicó una carta pastoral donde cuestionaban la legitimidad de la ley de servicio militar obligatorio que el Gobierno estaba en vísperas de implementar. El razonamiento de los Obispos —compartido por grandes sectores de la juventud nicaragüense y sus padres— apuntaba que el Ejército Sandinista era una organización partidista; es decir una rama oficial del partido FSLN y no un verdadero ejército nacional de todos los nicaragüenses. Forzar a todos los ciudadanos a servir en dicha organización era, por consiguiente, una violación al derecho universal de la libertad de asociación, conforme el cual nadie puede ser obligado a pertenecer a un partido político. Los obispos también señalaron que a la pretensión estatal podía oponérsele la objeción de conciencia, pues nadie podía verse obligado a defender un partido, servidor de una ideología opuesta a sus convicciones religiosas.

Los sandinistas publicaron el documento episcopal en el diario *Barricada*, como para dejar una prueba fehaciente de la “traición” del episcopado nicaragüense. Demagógicamente, sin embargo, comenzaron a referirse al mismo como “el documento Obando”, continuando la política de concentrar sus iras en el Arzobispo de Managua.

Un mes más tarde, el domingo 30 de octubre, en una ola de ataques perfectamente coordinados, las turbas sandinistas asaltaron simultáneamente un total de aproximadamente 22

iglesias católicas situadas en distintas ciudades del país. Las turbas, armadas de garrotes, cadenas y armas de fuego, atacaron en los momentos de celebración de las misas. Con lujo de violencia destrozaron puertas y ventanas de muchas iglesias y golpearon salvajemente a numerosos feligreses, incluyendo al obispo auxiliar de Managua —a quien amenazaron de muerte— y a otros sacerdotes. De acuerdo a un reporte emitido por la Arquidiócesis de Managua, “Muchos de los feligreses sufrieron golpizas brutales dentro de los recintos sagrados”. Una procesión en honor de la Virgen María también fue víctima ese mismo día de un tratamiento similar. Al anoecer nuevos grupos de atacantes agredieron otros templos y rompieron las puertas de varios locales religiosos. No habían transcurrido 24 horas desde la comisión de estas acciones cuando una nueva medida gubernamental confirmó que los sandinistas habían decretado una ofensiva general contra la Iglesia. El primero de noviembre dos sacerdotes salesianos, los padres Luis Corral Prieto y José María Pacheco, fueron expulsados del país. De acuerdo a un comunicado oficial del gobierno la razón era que dichos sacerdotes habían urgido a ignorar la ley de servicio militar y habían apoyado a los contrarrevolucionarios al demandar un diálogo entre el gobierno y los rebeldes nicaragüenses (sugerir esto es considerado contrarrevolucionario por los sandinistas), (*The New York Times*, Nov. 2, 1983). El Padre Pacheco, quien ya había sido expulsado con anterioridad por el gobierno de Somoza, bajo cargos de interferir en asuntos políticos, declaró a su llegada a Costa Rica que lo que había precipitado la acción de los sandinistas era el hecho de que él predicaba amor, no odio. El sacerdote también informó que muchos jóvenes nicaragüenses se estaban negando a incorporarse al ejército alegando que estaban dispuestos a morir por su patria pero no por un partido político. (La Prensa Libre, edición extraordinaria, 2 de noviembre de 1983, Costa Rica).

El periódico del Vaticano, *L'Osservatore Romano*, calificó los ataques a las iglesias y la expulsión de los dos sacerdotes como un nuevo episodio de “provocación e intolerancia religiosa”, añadiendo: “Es difícil aceptar la explicación gubernamental en el sentido que los servicios de seguridad

habían descubierto un plan para lanzar una campaña contra el servicio militar obligatorio”. (*L’Osservatore Romano*, 2 de nov. 1983, pág. 1).

Días después el Gobierno invitó a los obispos a dialogar. La intención parecía calcada de la táctica leninista más clásica: Se dan dos pasos sobre el adversario, se platica con él, y se retrocede un paso. Al final el agresor ha dado la impresión de ceder pero ha obtenido del agredido más terreno que antes.

El gobierno ofreció a la iglesia la suspensión de los ataques físicos a cambio de una declaración eclesial condenando los ataques de los “contrarrevolucionarios y las amenazas de invasión extranjeras”. La propuesta gubernamental era en verdad comprometedora. Si la Iglesia condenaba a la contrarrevolución, los sandinistas explotarían el hecho como un endoso implícito a ellos mismos. Si la Iglesia no lo hacía, podrían acusarla de traidora a la Patria.

La respuesta de los Obispos nicaragüenses a los sandinistas, representados por Monseñor Pablo Vega, electo Presidente de la Conferencia Episcopal en septiembre de 1983, figurará indudablemente en los anales de la Iglesia Latinoamericana. “Es muy difícil decir” expresó Mons. Vega, “cual invasión sería la más grave; si la invasión militar de afuera o si la invasión ideológica de adentro que está amenazando todas las aspiraciones y necesidades fundamentales del hombre”.

No hubo reacción inmediata de los sandinistas a estas palabras, en parte porque los nuevos acontecimientos en el área —la invasión de Grenada y la amenaza de guerra con Honduras— los forzaron a entrar en un período de “retirada estratégica” y a demostrar una actitud más cautelosa.

No obstante, numerosos jóvenes cristianos nicaragüenses siguieron sufriendo la dolorosa disyuntiva entre incorporarse al ejército de un partido político, contrario a sus convicciones, o exponerse a pagar el ostracismo y las represalias que apareja no hacerlo. “Si me niego me linchan”, le confesó un joven al corresponsal de la revista *Time*. (*Time*, 21 de noviem-

bre, 1983, pág. 44). En efecto, la Juventud Sandinista, gozando de plena protección policial, demanda continuamente a los jóvenes en edad militar sus carnets de miembros del ejército. Para este fin realizan búsquedas casa por casa con la ayuda de los CDS (Comités de Defensa Sandinista), detienen autobuses, penetran en restaurantes, salas de cine, iglesias, etc. Los jóvenes incapaces de mostrar su tarjeta de identidad como miembros del ejército sandinista, deben escoger entonces entre firmar o ser salvajemente golpeados. Quienes se niegan sufren además en las escuelas toda clase de represalias académicas y castigos. De acuerdo a *Barricada*, quien no se inscribe en el ejército del FSLN es un “contrarrevolucionario”, epíteto que coloca a quienes lo reciben, en una posición parecida a la de los judíos en la Alemania Nazi.

Algo inquietante es que reportes originados en un período en que los sandinistas han buscado activamente exportar la imagen de revolucionarios moderados, abiertos al diálogo y a la concesión, continúan presentando graves instancias de persecución religiosa. El 9 de Noviembre de 1983, por ejemplo, Mons. Pedro Vílchez, Obispo de Jinotega, dirigió una carta dramática a las autoridades civiles y eclesiásticas del país, señalando sucesos como los siguientes: “La gente del lugar huye con sólo saber que vienen los Compas (Compañeros=miembros del ejército sandinista), pues temen a las torturas, violaciones y la muerte, por el tremendo delito, hoy en la montaña de atentar contra la seguridad del Estado”. “. . . generalmente echan presos a los miembros de los cuadros de pastoral y Acción Católica, mostrando gran agresividad religiosa y por supuesto ideológica, hasta la burla. . .”. El Obispo de Jinotega refiere además un hecho reiterado por otros testigos (Dr. Nietschmann y Mons. Pablo Vega): La saña sandinista contra las capillas y lugares de culto en muchas zonas rurales. Mons. Vílchez reporta la quema de las capillas Del Tigre y Aguascalientes y la ocupación militar de las capillas de Aguasas y Kaisiguas. También reporta cómo las autoridades exigen un censo de las personas que asisten a las capillas, y cómo, incluso en las ciudades, “se tiene una red de espionaje, con miembros de la Seguridad del Estado, tendida para hacer fichas bien caracterizadas, verdaderas o falsas,

de todos los sacerdotes, religiosos y religiosas; de todos y cada uno de los movimientos, como de sus integrantes y su línea pastoral; su organización, lo que dicen, lo que hacen, su participación política". Continúa Mons. Vílchez relatando como en los Colegios Católicos existe "una infiltración bien planificada para impedir toda labor pastoral. El programa está totalmente dirigido a implementar el sistema marxista. Han quitado los Cristos de las aulas, se ha prohibido hacer plegaria alguna antes de las clases". (Mons. Pedro Vílchez, Carta Abierta, Prelatura de Jinotega, 9 de Nov. 1983).

Denuncias aún más graves fueron también expuestas por Mons. Pablo Vega, —quien además de Presidente de la Conferencia Episcopal es Obispo de Juigalpa—. Mons. Vega reporta el asesinato de varios líderes cristianos y numerosos hostigamientos, amenazas y agresiones, que sufren muchos dirigentes eclesiales. La siguiente es su relación sucinta del asesinato del líder laico Alfonso Galeano, de la Comarca "Las Pavas".

"En varias ocasiones, había sido amenazado de muerte por sus actividades cristianas. Se presentó a su casa un grupo con apariencia de ladrones que no robaron nada y habiendo más personas en la casa, solamente él fue muerto. Más adelante resultó que tres de las personas que lo atacaron pertenecían a las Milicias Populares. A pesar de haber sido arrestados, poco tiempo después se les vio en libertad".

Otro caso: Daniel E. Sierra Ocón.

"Fue detenido acusado de actividades contrarrevolucionarias, cosa que no se comprobó. Después de haberlo declarado libre y con promesas de sacarlo de la cárcel, se le avisó a su esposa que el reo se había suicidado en la Cobacha de los Oficiales".

Otro caso: Yamilet Sequeira de Lorío.

"Había sido invitada en repetidas ocasiones a integrarse a la seguridad del Estado. Fue detenida en compañía de su esposo y otra persona más por el jefe de la seguridad de la localidad. Sus cadáveres fueron descubiertos días después con señales de violencia y torturas grotescas, en una zona despoblada en las inmediaciones de San Miguel".

El Obispo de Juigalpa también reporta la ocupación militar de las Ermitas de Betulia, Tapalhuas y la Unión, amén de innumerables atropellos —de los cuales él, personalmente, también ha sido víctima. (Mons Pablo A. Vega M. Obispo prelado de Juigalpa “Casos que consideramos de agresión a la Iglesia”, reporte de la Prelatura de Juigalpa, Nicaragua, 2 de Nov. de 1983).

¿Qué deparará el futuro a los cristianos nicaragüenses? Los discípulos de Lenin son maestros en el arte de alternar algunos pasos hacia adelante con otros menores hacia atrás, mientras afianzan el terreno o capean un aguacero. Es concebible, por tanto, que ante las presiones internacionales, los sandinistas desanden *temporalmente* parte de su camino, aliviando quizás, durante dicha pausa, parte del yugo que pesa sobre los cristianos. A largo plazo, sin embargo, y mientras los sandinistas tengan en sus manos el poder en Nicaragua, los cristianos nicaragüenses estarán expuestos a la hostilidad irrenunciable de un gobierno que, utilizando las palabras de Karol Wojtyla al inicio de este capítulo, “da a muchos la impresión que está al lado de Lázaro en contra del hombre rico y, por consiguiente, al mismo lado de Cristo, cuando está, sobre todo, contra Cristo”.

Historias nunca Contadas del Sandinismo

Robert G. Leiken

Tiene 72 años de edad y vive en una casa de mampostería construida por el Gobierno sandinista. Su hijo Germán Pomares fue uno de los fundadores del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) y cayó al frente de la ofensiva final contra Somoza en 1979. Separada por un cuidado jardín de los tugurios de los trabajadores del algodón de El Viejo, la vivienda de la señora Pomares parece cómoda. Dentro, sin embargo, la madre del celebrado líder duerme en un camastro cubierto por trapos. Las habitaciones carecen de muebles. Se mantiene con una pensión equivalente a diez dólares mensuales. Ha ido cuatro veces al hospital local, pero todavía no ha conseguido una cita con el doctor. Tres veces ha solicitado audiencia con el comandante Tomás Borge, el único sobreviviente de los fundadores del FSLN. Tres veces, el antiguo camarada de su hijo se ha negado a recibirla.

Para alguien que ha simpatizado con los sandinistas resulta penoso observar lo que están construyendo actualmente en Nicaragua. Pero sería injusto ignorarlo. En agosto pasé diez días en Nicaragua acompañado de mi hermano, sindicalista de Boston. Era mi sexta visita después del triunfo revolucionario y la más larga desde 1981. He prestado declaraciones en el Congreso contra la ayuda a los *contras* y he respaldado (y continúo haciéndolo) la negociación para poner fin a la guerra civil de El Salvador. Aún así, en cada visita a Nicaragua se me va agotando la simpatía inicial por los sandi-

nistas. El año pasado escribí en la introducción a un libro considerado por la prensa como “la alternativa demócrata al Reporte Kissinger” que “el fracaso (de los sandinistas) de mantener la alianza con la clase media y los pequeños productores, al igual que sus tomas de posición políticas y culturales sectarias, han polarizado al país, han conducido a la ausencia de inversiones, a la caída de la productividad y de los salarios, al descontento laboral y a la crisis agraria.” Esta visita me convenció que la situación es mucho peor de lo que yo había creído y me desengañó de algunos de los mitos remanentes sobre la revolución sandinista.

En todos los lugares visitados nos vimos confrontados por la disparidad entre los mitos y la desagradable verdad. Los sandinistas atribuyen a la guerra de los contras y a las sanciones económicas norteamericanas la responsabilidad de la crisis económica de Nicaragua. Sin embargo, el nivel de vida de Nicaragua ya estaba deteriorándose mucho antes de que los contras apoyados por Estados Unidos recurrieran al sabotaje económico en la primavera de 1983. Un memorando interno del Fondo Monetario Internacional de diciembre de 1981 constataba que los salarios reales habían bajado el 71% desde julio de 1979. Y han continuado descendiendo en los años sucesivos. Incluso, a pesar del “boycott” económico norteamericano, más del 25% de las exportaciones nicaragüenses todavía van destinadas a Estados Unidos, porcentaje no muy inferior al de tiempos de Somoza. Nicaragua ya no puede vender azúcar a los Estados Unidos a precios subvencionados, pero lo perdido en este mercado ha sido vendido a Irán a precios superiores a los del mercado mundial. La guerra y las sanciones norteamericanas únicamente han complicado aún más el desorden creado por los mismos sandinistas.

Los propios nicaragüenses ya no parecen aceptar más la aseveración oficial de que la agresión yanqui es responsable de la escasez general de bienes de consumo. Los campesinos están obligados a vender sus productos al ministerio de Comercio e Industria y los precios que se les pagan son demasiado bajos para cubrir sus costos. Una gran parte del

campesinado produce ahora solamente para su consumo personal y la escasez resultante ha elevado dramáticamente los precios al consumidor. El mercado, centro en otro tiempo de la animación de la vida nicaragüense, es ahora una experiencia desalentadora tanto para compradores como vendedores. Cuando los compradores buscan arroz, frijoles, leche, papel higiénico, jabón o bombillas oyen constantemente "no hay" por respuesta del vendedor. Para el que no pueda permitirse los precios inflados o no tenga moneda extranjera para comprar en las nuevas tiendas diplomáticas, las colas al estilo de Europa Oriental son cosa de todos los días.

Uno de los aspectos más deprimentes de nuestro viaje fue oír a tantas personas decir que sus condiciones de vida son ahora peores que en los tiempos de Somoza. Antes de la revolución, los nicaragüenses comían bien para los niveles centroamericanos. Gracias a su suelo fértil y escasa población, incluso los nicaragüenses pobres estaban acostumbrados a la carne de res y de pollo. Ahora no se pueden conseguir bienes de consumo disponibles para las masas de otros países centroamericanos. No es raro ver a niños descalzos en la región, pero yo nunca había visto a tantos completamente desnudos. Al verlos, sus estómagos distendidos desplegando los signos traicioneros de la malnutrición, los nicaragüenses recuerdan con amargura el eslogan oficial de que *"los niños son los mimados de la revolución."*

La escasez de las necesidades básicas está también generando una corrupción general. Cuando preguntamos a un tendero rural cómo podía vender Coca-Cola mientras en muchos restaurantes de Managua no se conseguía, nos dijo que había obtenido la soda pagando soborno. Más tarde encontramos a Ramiro, un repartidor de Coca-Cola en León y antiguo miembro del FSLN, quien viajaba en aventón desde la ciudad de Chinandega. Regresaba de una excursión semanal después del trabajo en procura de las tres botellas de leche que necesitan sus hijos. La leche le costó 150 córdobas, el 30% de su salario semanal. (El cambio oficial es de 28 córdobas por dólar; el cambio real, o de mercado negro, era para entonces de 250 por 1). Para conseguir el

dinero, nos dijo, aceptaba sobornos de algunos de sus clientes por cajas adicionales de Coca-Cola. “Este sistema me está corrompiendo contra mi voluntad,” dijo.

Acciones desesperadas como las de Ramiro apenas merecen censura. Pero otros, especialmente los sandinistas de rango, están sacando grandes beneficios de la escasez. Algunos miembros de una cooperativa de trabajadores del cuero de Masaya nos dijeron que oficialmente se les destina 10,000 metros de cuero al mes. De hecho, llegan entre 5,000 y 7,000. Los directores sandinistas de la cooperativa venden el resto en el Mercado Oriental de Managua y se embolsan el dinero. Es práctica común ahora que los coordinadores de los Comités de Defensa Sandinista (CDS) de los barrios vendan en el mercado negro parte de las provisiones adjudicadas a ellos. A la gente se le dice que las provisiones se acabaron.

En el pueblo de El Tránsito, a dos horas al noroeste de Managua, la mayoría de los residentes pertenecieron a los CDS al principio de la revolución. Ahora sólo queda un miembro, el coordinador, el somocista principal en otros tiempos. (La transformación de somocistas en sandinistas y de sandinistas en opositores es muy común. En todos los pueblos que visitamos se nos dijo que los antiguos oficiales somocistas dirigen ahora los CDS). El coordinador se enriquece vendiendo las provisiones y el suministro de los CDS en el Mercado Oriental. Cuando pasamos frente a su casa nos asomamos por la ventana y lo vimos sentado con lentes ahumados, aislado y envilecido.

El estilo de vida de los nuevos ricos contrasta vívidamente con el del resto del país y con la retórica oficial. Ha surgido una *nomenklatura* sandinista. Los miembros del partido hacen sus compras en las tiendas de divisas, comen en restaurantes de lujo reservados a los oficiales del partido y toman sus vacaciones en las mansiones de la dinastía Somoza denominadas “casas de protocolo.” Todos los días se acercan camionetas a los despachos del Gobierno y del partido para repartir jamón, langosta y otras delicias que no

se encuentran en otros lugares. Asistí a una suntuosa cena con un comandante, sentado a una larga mesa servida por cinco criados. Mientras consumíamos nuestro pastel de limón se me cruzó por la mente la imagen de los estómagos salidos de los “mimados de la revolución.”

Los intelectuales y ex miembros del partido afirman que la decadencia es endémica en los altos peldaños del Gobierno y del partido. Un antiguo diplomático sandinista nos contó historias de grandes juergas y extravagancias de los oficiales sandinistas en viajes gratis al extranjero y las empleadas estatales se quejaban del mismo hostigamiento sexual y chantaje común en otros países de Centroamérica. El alegre liderato sandinista presenta cínicamente una imagen de ascetismo revolucionario al mundo externo a la vez que es adicto a los mismos vicios que rutinariamente denuncia en “la sociedad burguesa degenerada.”

La extensa corrupción que permea el escalafón sandinista desde los más altos peldaños hasta los más bajos no permite a los nicaragüenses aceptar fácilmente la idea de que sus problemas tienen origen extranjero o que deben hacer aún más sacrificios “para enfrentar al enemigo imperialista.” Un desocupado del pueblo indio de Monimbó se quejó de que “el CDS insiste en que desenrosquemos los bombillos del alumbrado público a fin de conservar energía para la lucha contra el imperialismo. La gente se cae en los baches mientras los sandinistas se enriquecen con nuestra miseria. ¿Qué sacrificios hacen ellos?

Los sandinistas que se resisten a ser corrompidos reconocen que sus sueños se han convertido en pesadilla. Un funcionario del gobierno, buen amigo, me dijo: “Hemos dado vida a un monstruo, pero debemos mantenerlo vivo.” Pero ¿qué se puede hacer cuando el monstruo se convierte en amenaza para su pueblo y los vecinos? Existe la impresión general, entre los estadounidenses que se oponen al minado de los puertos por la CIA y al apoyo norteamericano a los torturadores profesionales que hay entre los contras, que los sandinistas son las víctimas, no los victimarios. Dentro de Nicaragua, sin embargo, la imagen es la contraria.

La palabra más usada por los nicaragüenses para describir al Gobierno sandinista es la de *engaño*. En la ciudad de Chinandega hablamos con obreros del transporte de un sindicato de la oposición que en su tiempo libre y con las cuotas sindicales habían pintado las señales de la carretera para hacerla más segura para el tráfico. El Gobierno sandinista se atribuyó el crédito por la mejora. La campaña nacional de alfabetización es uno de los logros más publicitados de la revolución, aplaudido incluso por muchos críticos de la oposición. A pesar de eso, dos “graduados” de la campaña de un pueblecito rural nos dijeron que no podían leer sus diplomas. No pudimos encontrar ni un estudiante de la campaña en aquel pueblo ni en el vecino que hubieran aprendido a leer. La campaña dio tal vez mejores resultados en ciudades más grandes como León, donde, se nos dijo, algunos habían aprendido a leer en los cursos de seguimiento. Pero la mayoría había olvidado lo poco aprendido y, en el mejor de los casos, podían señalar ahora sus nombres en la lista de empadronamiento electoral.

El *engaño* más claro ocurrió durante la visita del papa Juan Pablo II a Managua en marzo de 1983. Según lo cuentan los sandinistas, la misa del Papa había sido interrumpida “espontáneamente” por la multitud ofendida porque el Papa no accedió a la solicitud de las madres doloridas que querían que rezara por sus hijos muertos en la guerra con los contras. Dos antiguos funcionarios del Gobierno, partidarios todavía del sandinismo, nos contaron algo diferente. Se habían sentido horrorizados por las interrupciones hechas por los cuadros de la organización sandinista de mujeres, armados con micrófonos y altavoces. Al marcharse el Papa, la multitud se alejó disgustada, dejando a los jefes sandinistas embarazosamente solos en la plataforma. Deprimidos por el espectáculo, los dos funcionarios se retiraron a un bar ubicado cerca de las oficinas de la emisora del FSLN. Allí oyeron a un grupo de empleados de la radio sandinista que en una mesa cercana alardeaban de cómo habían alimentado el sistema de sonido con cintas pregrabadas cantando temas sandinistas mientras se celebraba la misa.

El engaño sandinista ha tenido mucho más éxito entre la prensa extranjera residente. Los periodistas conocedores de las atrocidades de las tiranías derechistas de Centroamérica quieren creer, muy comprensiblemente, que los sandinistas ofrecen una alternativa. En la Nicaragua de hoy es fácil confundir el deseo con la realidad. La prensa residente frecuentemente se mezcla con la población más grande de “internacionalistas,” término que abarca a todos los extranjeros que expresan su solidaridad con los sandinistas, desde los aparatos propagandistas búlgaro y cubano hasta norteamericanos y europeos occidentales idealistas. Existe un sentimiento general entre los nicaragüenses de que la prensa extranjera de Managua simpatiza profundamente con el Gobierno y que es peligroso hablar con ella. Los intelectuales sandinistas desafectos, amigos de amigos, que me abrieron su corazón en Managua tenían miedo de hablar con la prensa norteamericana. Algo parecido nos sucedió con un residente de Monimbó, donde una insurrección espontánea encendió la revolución contra Somoza en febrero de 1978. A pesar de un amigo en común que nos unía, con quien habíamos pasado un año antes toda una noche conversando, al comienzo se mostró desconfiado con nosotros. Nos dijo que la revolución había producido “muchos avances para el pueblo.” Dos horas más tarde nos dijo: “Parece que Monimbó está dormido, lo mismo que estaba durante la época de Somoza, pero el pueblo está unido. Un día pronto se levantarán de nuevo.”

Uno de los medios más comunes para mantener el mito del respaldo popular es el uso como mecanismo de presión hecho por los sandinistas del sistema de racionamiento. Nos enteramos que en muchos pueblos y ciudades las cartillas de racionamiento son retiradas por no asistir a las reuniones sandinistas. En Masaya se nos dijo que antes de una de las llamadas reuniones “De cara al pueblo” (en las que los comandantes se reúnen con los residentes locales) fueron colectadas las cartillas de los miembros de las cooperativas. La condición para su devolución era la asistencia a la reunión. En una de esas reuniones celebradas en Chinandega, Ortega calificó la inflación como “trama contrarrevolucionaria”. Todavía puede comprarse una libra de frijoles por

cinco córdobas, exclamó. Uno de los asistentes se levantó y gritó: "Comandante, aquí tiene diez córdobas. Por favor, cómpreme una libra de frijoles." De acuerdo con uno de sus vecinos, aquel hombre fue encarcelado ese mismo día.

Aunque los nicaragüenses en su mayoría todavía se inclinan ante la presión gubernamental, lo hacen sin convicción. Nosotros presenciamos dos manifestaciones sandinistas, una en Masaya y la otra en Chinandega, dos ciudades históricamente partidarias de los sandinistas. El mitin de Chinandega, a las 10 de la mañana de un miércoles, conmemoraba el quinto aniversario de la campaña de alfabetización. La concurrencia estaba formada enteramente por estudiantes obligados a asistir por las autoridades escolares. Durante su marcha por las calles entonando eslóganes, que les habían sido entregados en pequeños papelitos por sus instructores sandinistas, los peatones ni siquiera se molestaron en volver la cabeza. Ninguno de los supuestamente agradecidos alfabetizados acudió a saludar al comandante enviado de Managua.

En Masaya, la demostración ni siquiera contó con la participación estudiantil. Al acercarnos a la reunión celebrada a la caída de la tarde, un grupo de estudiantes se encontraba en los escalones de una escuela católica. Se habían negado a tomar parte en la demostración porque los sandinistas habían sacado a varios de sus maestros católicos. El pequeño grupo de manifestantes tenía miradas perdidas para cuando terminó el último discurso. Yo pregunté a un campesino si había acudido alguno de los comandantes. "No sé. Estuve dormido," contestó.

El pueblo nicaragüense ha sido saturado con la ampulosidad sandinista desde la radio, televisión, periódicos, reuniones políticas nacionales e internacionales y comités de bloque, que se extienden a las escuelas, fábricas y cooperativas. La gente se resiste de varias maneras: con la indiferencia y aburrimiento que observamos en Chinandega y Masaya; con un resurgimiento del sentimiento religioso que ha llenado las iglesias y escuelas católicas; con la sospecha y el humor negro.

Los chistes y gracias contra los sandinistas están proliferando. Los dos periódicos prosandinistas, *Barricada y Nuevo Diario*, tienen el mote de *Burricada y Nuevo Diabolo*. El FSLN es el “Frente Somocista de Liberación Nacional.” “¿Por qué la gente prefiere cerveza *Toña* (una de las dos cervezas nicaragüenses)? Porque la otra, la *Victoria*, es amarga.” La desconfianza es tan profunda que las familias de los muertos en la guerra ya no creen que los ataúdes enviados desde el frente contengan los cuerpos de sus hijos (por norma, los ataúdes están sellados). La gente cree, improbablemente, que los ataúdes contienen piedras o troncos de plataneros. En Monimbó nos dijeron que, cuando la familia y amigos quisieron abrir el ataúd con un martillo y un cincel, la policía los llevó detenidos.

Por otra parte, el descontento popular no se limita a estas formas de resistencia pasiva. La simpatía con los contras se está haciendo más abierta y extensa. Me sorprendió oír a los campesinos referirse a los contras como los *muchachos*, el término de admiración usado para describir a los sandinistas, cuando luchaban contra la Guardia Nacional. Era claro que muchos nicaragüenses escuchan la radio contra 15 de Septiembre. Hay que notar, sin embargo, que los contras no operan en las zonas que visitamos y la simpatía hacia ellos puede estar en proporción a la ausencia de contacto directo.

La resistencia al reclutamiento se ha convertido en movimiento masivo dentro de Nicaragua. El Gobierno aprobó una ley en septiembre por la que los nicaragüenses comprendidos entre las edades de 16 y 40 años pueden ser reclutados por dos años. Cuando estuvimos en Nicaragua, 400 mujeres se congregaron frente a La Paz Centro, sede de la junta de reclutamiento, para protestar contra el reclutamiento forzoso de sus hijos. La manifestación era la última de una serie de demostraciones contra el reclutamiento realizadas en las ciudades y pueblos de Nicaragua. Stephen Kinzer, corresponsal del *New York Times* y uno de los pocos periodistas residentes que han barruntado el *engaño* de la política sandinista, reportó el 26 de junio que “la evasión del reclutamiento es extensa” y descubrió que la asistencia a la escuela secundaria en

seis capitales de provincia ha disminuido hasta el 40% . Un estudiante de León manifestó que su clase de secundaria de 45 ha bajado a 14 estudiantes el último año. Algunos investigadores hondureños dicen que los evasores del reclutamiento nicaragüense pagan 25,000 córdobas para ser transportados al otro lado de la frontera, y que parte del dinero va a parar como soborno a los oficiales del Ejército nicaragüense. La demanda es tanta que los contrabandistas exigen ahora que los grupos sean de al menos cinco personas. La resistencia al reclutamiento es tan fuerte que asesta un fuerte golpe al mito del amplio respaldo popular al Gobierno. Los jóvenes han sido históricamente los principales partidarios de los sandinistas.

Quizás el acontecimiento más revelador de los cinco años de gobierno sandinista fue el mitin celebrado por el candidato presidencial de la oposición Arturo Cruz el 5 de agosto en Chinandega. Aquel domingo por la mañana, se dieron cita la trapacería sandinista, la cobertura de la prensa doméstica censurada y de la apática prensa internacional y el creciente vigor de la oposición.

Chinandega, ciudad de unos 60,000 habitantes, ha sido históricamente el corazón de la organización sandinista y de su fuerza. De ahí partían los organizadores hacia los vecinos campos de azúcar, a las dos refinerías cercanas, las más grandes del país, a los estibadores de Corinto, el mayor puerto de Nicaragua, y hasta León, otro centro antisomocista. Se podía suponer que la oposición más débil residiera aquí, y que fuera baluarte del Gobierno.

El mitin de Chinandega fue el último de una serie de seis celebrados en apoyo de Cruz. Cada uno de ellos había estado más concurrido que el anterior. Los organizadores no tuvieron acceso a las estaciones de televisión, controladas por los sandinistas. Se les permitió poner un anuncio en una emisora local de radio no sandinista, pero confiaron principalmente en dos vehículos con altavoces y en la palabra de los interesados. Dos días antes del mitin, tres "ángeles", como son conocidos popularmente los miembros de la seguridad del

Estado, llamaron a los organizadores de la demostración y les acusaron de ser agentes de la CIA. Las *turbas* divinas de los seguidores sandinistas rodearon sus casas por la noche aporreando botes con palos y cantando hasta casi el amanecer. (La versión somocista de las *turbas divinas* —la *Nicolasa*— usaba el mismísimo método contra la oposición). Por su parte, la prensa y televisión sandinistas dijeron que la oposición estaba compuesta de contras y agentes del imperialismo y anunciaron que no se les permitirían “agresiones” ulteriores. Las autoridades locales dieron a entender que la demostración sería declarada ilegal. El día antes del mitin, Daniel Ortega, jefe del Gobierno sandinista y candidato presidencial, habló en El Viejo, pueblecito a unas tres millas de distancia. Los residentes del El Viejo dijeron luego que los jóvenes habían sido incitados contra los líderes de la demostración.

Temiéndose un ataque de las *turbas*, los organizadores no colocaron las banderas y cartelones hasta el día de la demostración por la mañana temprano. Pero, mientras trabajaban, una cincuenta *turbas* irrumpieron en el campo de fútbol, rompieron las banderas y dispersaron a los organizadores que regresaron más tarde para intentar reparar los daños.

Hablamos con dos organizadoras, dos profesionales de clase media que habían pertenecido al FSLN antes de la revolución. (Según una de ellas, “el FSLN dice que la oposición es somocista. Pero la mayoría de los antiguos somocistas trabajan para el Gobierno. La oposición ha seguido siendo la misma. Es el FSLN lo que ha cambiado.”). Nos dijeron que, después de la serenata nocturna de las *turbas*, habían ido a quejarse a las oficinas del representante del partido, al jefe de la policía y jefe de la seguridad del Estado, y a los sandinistas. Les aseguraron que las *turbas* serían controladas y que la demostración no sería obstruida. Después del ataque de por la mañana temprano, las dos mujeres fueron a la casa del líder del partido. La puerta estaba abierta y entraron. En la recámara vecina oyeron a las *turbas* informándole del éxito de su misión.

No cabe duda de que muchos de los que hubieran querido ir al mitin de Cruz se quedaron en casa. El día de la manifestación, las autoridades locales impidieron el tráfico de las zonas aledañas hacia Chinandega. Cuando Cruz marchaba por la ciudad, muchas personas abrían la puerta, hacían el signo de la V, por victoria, y se retiraban hacia el interior de las casas para escapar a los omnipresentes ojos de los CDS. Una mujer nos dijo que no fue a la demostración por vivir demasiado cerca del centro sandinista juvenil. Nos habló de otros que habían sido amenazados por teléfono. Dos semanas después de la demostración, un dependiente de una gasolinera de Managua nos dijo que había ido a la manifestación y que tres amigos que lo habían acompañado estaban en la cárcel.

Como era de esperar, varían las cifras sobre la concurrencia al mitin. La oposición la situó en 20,000; los periodistas locales dieron la cifra de 7,000. Puesto que los sandinistas trataron de limitar la asistencia, incluso 7,000 es un número impresionante, especialmente porque tres meses antes el FSLN había atraído solamente 2,500 a Chinandega para el mitin principal del país por el 1 de Mayo. NBC grabó la entera demostración de Cruz. Si esta cinta llega a mostrarse, los expertos podrán hacerse una idea justa del número de los asistentes. Cuando yo vi la cinta me pareció evidente que difícilmente estos miles de manifestantes eran “la burguesía”, como dijeron los sandinistas. La gran mayoría eran trabajadores, campesinos y jóvenes. Luego supe que los trabajadores habían alquilado sus camiones para ir de la refinería San Antonio y del puerto de Corinto. Cantaban consignas como el *Frente y Somoza son la misma cosa*.

Cuando Cruz comenzó a hablar, docenas de *turbas* armadas con palos, piedras y machetes rodearon el campo de fútbol. Llegaron en lo que parecían camiones del Ejército y cantaban el “poder para el pueblo”. Luego empezaron a romper los vidrios y a ponchar las llantas de los autos de los manifestantes. Parecía que la policía no hizo esfuerzos serios para frenarlos. Cuando las *turbas* comenzaron a atacar a las personas de los manifestantes, los jóvenes de la oposi-

ción se retiraron para regresar blandiendo sus propios palos y piedras. Superadas en número, las *turbas* tuvieron que huir.

La casi completa ausencia de cobertura de la prensa extranjera y doméstica permitió a los sandinistas describir la demostración a su antojo. A mediodía, saludamos a un oficial sandinista borracho en las calles de El Viejo. Nos dijo que la demostración había tenido lugar en la casa particular de un burgués y que sólo unos cuantos plutócratas habían acudido. En Managua, los sandinistas nos dijeron que habían concurrido unos centenares de personas. La prensa nicaragüense del día siguiente no mencionó los hechos a excepción de una fotografía en el periódico oficial *Barricada* que supuestamente mostraba a las *turbas* atacadas por “fascistas”. *La Prensa* había dedicado varios artículos y fotografías a la demostración y a los choques, pero fueron censurados y el periódico no salió. Fue el mismo día en que Daniel Ortega había anunciado la supresión de la censura de prensa.

Las manifestaciones a favor de la candidatura de Cruz fueron una prueba del sentimiento popular y de las perspectivas de “las primeras elecciones libres de Nicaragua”, como decía el eslogan sandinista. Entre las condiciones impuestas por Cruz y sus partidarios como indispensables para la participación está la garantía de libertad de movimiento, asamblea, acceso igual a la prensa y televisión; suficiente tiempo para la campaña; observadores internacionales; y, la más importante, la garantía de que se permitiera tomar posesión del cargo a cualquier ganador de las elecciones. Lo sucedido en Chinandega es un fuerte argumento de que no pueden existir ni elecciones ni campaña genuinas.

Chinandega puso al descubierto también la estratagema electoral sandinista. La decisión de celebrar las elecciones en noviembre está basada en un cálculo rudimentario. Para los sandinistas, la legitimidad externa conferida por las elecciones más que compensa por los costos internos. Sabían que en Centroamérica el poder no cambia fácilmente de manos por medio de elecciones. Las elecciones de Somoza

lo habían comprobado y los sandinistas están en mucha mejor posición que Somoza para controlar las elecciones.

Con todo, cometieron dos errores de cálculo. Primero, no tomaron en cuenta el estado de ánimo del pueblo nicaragüense. Los oficiales sandinistas de alto rango con los que he hablado parecen vivir en un mundo de ilusiones. Piensan que los "sentimientos antimperialistas" del pueblo nicaragüense le hace soportar cualquier sacrificio aun cuando los líderes "antimperialistas" no soportan ninguno. Les llegan reportes favorables de los cuadros inferiores cuya sobrevivencia depende de la percepción del éxito. Los sandinistas sabían que, después de cinco años de obligada parálisis política, la oposición estaba mal organizada, dividida y era principiante. La espontánea recepción popular de Cruz los agarró por sorpresa. Segundo, no se dieron cuenta del grado en que habían alienado a la opinión progresista de Latinoamérica y de Europa Occidental. El altamente exitoso reciente viaje de Cruz por Costa Rica, Venezuela y Colombia, y su respaldo de los socialdemócratas europeos como el primer ministro español Felipe González, ha confundido los planes electorales del FSLN.

Así que los sandinistas se encuentran a sí mismos en un dilema. ¿Retrocederán y permitirán a Cruz postularse en condiciones razonables o seguirán adelante con unas elecciones desacreditadas? Por ahora, por lo menos, los sandinistas no se muestran dispuestos a pagar el precio de someter su autoridad a la prueba popular. Un oficial sandinista, a quien siempre he considerado moderado, me dijo en privado que ellos preferirían una invasión norteamericana porque "aceleraría la revolución latinoamericana contra el imperialismo de los Estados Unidos." Me dijo que el Ejército nicaragüense invadiría inmediatamente a Honduras y Costa Rica y que sería recibido como "liberador" por el pueblo.

Sólo hay que esperar que prevalezcan las cabezas sandinistas más frías. Las elecciones auténticas pueden ser la última oportunidad para evitar la guerra civil a gran escala. Si no se abren los canales democráticos, la oposición civil se

verá forzada a entrar en contacto con la oposición armada, que fue exactamente lo que sucedió en los años setenta en El Salvador después de las elecciones fraudulentas. Los Estados Unidos, que tienen un historial monstruoso en Nicaragua, puede ayudar. Lo que ahora se necesita es un esfuerzo bipartidista en apoyo de elecciones auténticas en Nicaragua.

Al salir de Managua a la puesta del sol de un domingo por la tarde, nos encontramos directamente detrás de un convoy militar compuesto por unos veinticinco vehículos. A diferencia, sin embargo, de los convoyes que había visto en El Salvador, Honduras y en otras partes, éste no permitía a nadie pasar. Un vehículo grande con las luces de emergencia ocupaba la calzada izquierda de la carretera obligando a salirse del camino a los autos que venían en dirección contraria. Un soldado armado con una ametralladora estaba apostado en el último vehículo.

Nos llevó cuatro horas recorrer las 50 millas hasta León. El viaje fue un paradigma de la Nicaragua actual: los sandinistas en la “vanguardia” impidiendo el flujo normal del tráfico, sea por auténtico miedo, paranoia o fanfarronería. Tras ellos, seguía el resto de la población, molesta, irritada y aguantando otro “sacrificio” inútil del militarismo sandinista. Nuestra molestia duró sólo cuatro horas: el pueblo nicaragüense la experimenta veinticuatro horas al día. Su paciencia se va terminando.

Tormenta dentro de un Caracol

Xavier Argüello

El derrocamiento de la dictadura somocista y la victoria revolucionaria provocaron una poderosa ola de entusiasmo en todo Nicaragua. Se anticipaban grandes avances, con poco dinero y mucha participación popular, en campos como la salud pública y la educación, que otros países de América Latina con mayores recursos no habían sido capaces de alcanzar. El pueblo respiraba tranquilo sin burgueses ni patrones, dentro de un nuevo marco de relaciones humanas en el que la presión social había desaparecido. (De este alivio inicial sólo queda el humo de un rencor apagado, un revanchismo social reducido a cenizas, la satisfacción de una antigua venganza que una vez conseguida se transforma en nostalgia). La relativa limpieza en el manejo de préstamos internacionales prometía compensar la incompetencia e improvisación revolucionarias. La nueva policía era amable y no aceptaba sobornos, aunque desde un comienzo mostró una ominosa capacidad de desdoblamiento, que le permitía despojarse de su investidura civilista cuando se trataba de adversarios de la revolución. El consumo de drogas empezó a ser erradicado, gracias al control policíaco absoluto del Estado sobre la ciudadanía. El mimetismo cultural tan repulsivo en la juventud de los peores aspectos de la sociedad norteamericana cedía terreno ante la vigencia de la guerra y la exaltación del patriotismo. El desfile de estrellas de cine cuarentonas, gobernantes que llegaban a Nicaragua como a una clínica geriátrica para recuperar la juventud política perdida y de escritores de izquierda que abandonaban sus ratoneras llenas de calcetines sucios y manuscritos sin publicar para bañarse en los rayos de notorie-

dad que irradiaba generosamente la revolución sandinista, hacían cada día memorable.

En seis años el F.S.L.N. dispó todo este caudal político. Para mantenerse en el poder ha tenido que recurrir a la intolerancia, el indoctrinamiento y el perverso asesoramiento cubano. Sus logros y conquistas no son más que un distorsionado reflejo de la propaganda. Pero esta propaganda oficial convierte en crédulos portadores de la buena nueva del sandinismo a muchos desprevenidos visitantes extranjeros, algunos de ellos demasiado perezosos para buscar la verdad debajo de las apariencias y las simpatías personales.

La Reforma Agraria

La Reforma Agraria, por ejemplo, promovida como un programa de desarrollo económico y social a través de la creación de una nueva estructura de tenencia de la tierra, no ha resultado más que un costoso juego político para ganar partidarios y destruir la propiedad privada. Beneficia a milicianos y activistas políticos que con la intención de obtener tierra se enlistan en estas actividades, pero que ni siquiera pueden trabajarla pues al poco tiempo son llamados a servir en el ejército o a dedicarse a labores partidarias. Otros pierden interés en sembrar al recibir Títulos de Reforma Agraria que no transmiten propiedad y sólo los autoriza a trabajar una parcela, asignada individualmente o en una cooperativa estatal, convirtiéndolos en virtuales asalariados del gobierno. Además, tienen que vender sus cosechas al Ministerio de Comercio Interior, al precio que este señale, sin estar facultados ni siquiera para quedarse con su propia provisión. En ningún caso se cumple con las obligaciones financieras con los bancos. El control de precios deja un margen muy escaso de rentabilidad y el criterio impuesto por el gobierno sobre los bancos para recuperar sus préstamos es político y no económico. Por consiguiente, los beneficiados por la Reforma Agraria están más allá de todo reclamo legal. De hecho, el Sistema Financiero Nacional ya empezó a otorgar condonaciones de la astronómica deuda campesina, financiando así un proyecto de propaganda política del Partido e incidiendo de una mane-

ra considerable en la gran presión inflacionaria que sufre la economía.

La salud pública

Los beneficios en materia de salud de que habla el sandinismo están reservados a la nueva clase dirigente y sus familiares. A la espera por horas para recibir atención médica y hasta días (como sucede en el hospital ruso de Chinandega, donde la gente deja piedras con marcas especiales para indicar su lugar en la cola e irse a pasar la noche en enramadas improvisadas), se antepone el bien surtido Hospital Militar o el viaje a Cuba, a recibir tratamiento médico privilegiado en esa isla paraíso de las élites. A los desolados mostradores de las farmacias privadas, en los que sólo se encuentran productos búlgaros y soviéticos sin fecha de vencimiento y una que otra aspirina o Alka Seltzer, como artículos de mercado negro, se antepone la importación directa de medicamentos por parte de los Comandantes para sus allegados y colaboradores. A la niñez abandonada y desnutrida a causa de la mayor crisis económica que ha conocido el país, se anteponen las modernas guarderías infantiles para los hijos de los cuadros directivos de las instituciones estatales. Los logros se reducen a ocasionales campañas de vacunación de resultados dudosos, organizados como todo con ocultas motivaciones políticas, para mantener movilizadada y ocupada a la población.

La Alfabetización

La Cruzada Nacional de Alfabetización no pasó de ser más que un ensayo masivo de movilización popular con el que la Revolución puso a prueba su capacidad organizativa. Durante los meses que duró esta jubilosa reedición de la guerra, miles de muchachos y muchachas sustituyeron tutela familiar y escuela por las orientaciones del Partido. Se les organizó en brigadas, bajo las órdenes de un Estado Mayor, en un Ejército Popular de Alfabetización y se les despidió como si fueran a combatir, convertidos en milicianos y guerrilleros. Además, se les garantizó que al volver obtendrían buenas notas y prioridad en la obtención de becas.

El primer paso al frente para el Servicio Militar obligatorio estaba dado. La manipulación política de que ahora son objeto los jóvenes se disfrazó con independencia y autodeterminación.

La mejor manera de conocer los resultados de este tan propagandizado proyecto, que ganó para el sandinismo tantos adeptos y dólares en el exterior, no es recurriendo a las estadísticas oficiales. Es ir al campo a pedirle a los verdaderos analfabetos que fueron alfabetizados y recibieron diplomas que escriban su nombre. La misma UNESCO, que con tanta impaciencia honró desde París con el Premio Krupskaya esta campaña, haría bien en mandar a sus investigadores a hacer un poco de trabajo de campo para descubrir la verdad. La reducción de la tasa de analfabetismo del 50 al 12 por ciento en cinco cortos meses no es más que muestra del cinismo que el sandinismo había alcanzado para esa fecha. Este mismo descaro en el manejo de las estadísticas mostraría un sustancial perfeccionamiento en las elecciones, cuando ya la revolución había adquirido la suficiente sutileza para divulgar porcentajes que no pasaran los límites de la verosimilitud.

Los programas de muchas asambleas políticas en ministerios e instituciones estatales se llenaron con la entrega de diplomas. El organizador los repartía a sabiendas que los alfabetizados nunca habían asistido a clases y el alumno lo recibía para quedar bien y asegurar su trabajo, consciente que el otro sabía la verdad. Este mutuo engaño es el principio que rige la vida del empleado público nicaraguense. El que participa en una actividad promovida por el Estado con fines políticos sabe que todo es una mentira. Lo importante es que el show salga bien, sea alfabetización, vacunación o elecciones.

La Cruzada de Alfabetización ha tenido su continuación en un llamado programa de Educación de Adultos. Uno de los objetivos principales es “asegurar a los trabajadores la base fundamental de su preparación técnica, de manera que permita transformar la calidad de la producción del país”, pero su principal actividad educativa es la lectura de la edición diaria del periódico Barricada, órgano oficial del F.S.L.N.

La vivienda

La labor del sandinismo en materia de viviendas no se mide en metros cuadrados de área construida sino en kilómetros de muros levantados. Muros alrededor de distintas residencias de cada uno de los comandantes y alrededor de las oficinas e instituciones donde despachan, muros alrededor de las incontables instalaciones militares, muros alrededor de estos alrededores.

Para disimular su impotencia ante la agudísima escasez de viviendas, el Gobierno Revolucionario intentó realizar una Plan de Reforma Urbana. De acuerdo a este proyecto, el inquilino iba a convertirse en propietario de la vivienda que habitaba, pagándole alquiler por cierta cantidad de años al Estado, el que a su vez indemnizaría a los dueños. El plan fue eventualmente desechado. El fisco iba a dejar de percibir millones en impuestos y, además, nadie paga alquileres al Estado. Durante cinco años de revolución, la insensibilidad burocrática y el prejuicio demagógico contra todo aquel que es propietario habían protegido al inquilino moroso, en detrimento ya no de casatenientes explotadores, los cuales fueron expropiados muy al comienzo de la revolución y viven en el descanso eterno del exilio, sino de simples ciudadanos de clase media que habían invertido sus ahorros de toda su vida en una o dos casas de alquiler para tener su vejez asegurada. Se decidió que el inquilino (en muchos casos un internacionalista) siguiera viviendo gratis en una casa que no era suya y el casero pagara los impuestos.

La construcción de viviendas, como consecuencia, es nula. Las casas que ha construido el gobierno, que no pasan de ser cuatro paredes de bloques y un techo de zinc, ni siquiera cubren las necesidades de los activistas del Partido, que son los que se benefician de ellas. Para alojar a su numerosa élite e instalar las Casas de Protocolo que cada Comandante e institución ahora maneja, el gobierno se ha visto obligado a la costosa reparación de antiguas mansiones, que los propios sandinistas destruyeron y saquearon en los albores de la revolución. Estas sirven además de alojamiento a los huéspedes

extranjeros, entre los que hay que incluir a muchos salvadoreños relacionados con la subversión en su país que encuentran santuario seguro en Nicaragua.

El transporte

La presión sobre el transporte público ha aumentado enormemente con el racionamiento de la gasolina, la escasez de repuestos y llantas y la imposibilidad de adquirir vehículos para uso particular. Las desoladas calles de Managua, transitadas esporádicamente por taxis destartados, buses repletos de pasajeros y ocasionales caravanas de veloces vehículos oficiales, son el vivo reflejo del progresivo deterioro que sufre Nicaragua. De noche se agrega un nuevo elemento: la oscuridad, a causa de la ausencia casi absoluta de alumbrado público. Pedir un "aventón" a los escasos vehículos particulares es tarea inútil. Por lo general pertenecen a internacionalistas del bloque socialista y funcionarios del Partido y el gobierno, tan o más aislados del resto de la población como la antigua burguesía.

El único comprador de vehículos es el Estado. Importa un mismo modelo Toyota para los funcionarios civiles de cierta jerarquía (a quienes el Estado ahora se los vende con facilidades, en lugar de asignárselos, para que los cuiden mejor) y Ladas soviéticos para el Ministerio del Interior, la Seguridad del Estado y algunos funcionarios menores. Por el vehículo se conoce al funcionario. Aunque el vehículo símbolo de la Revolución continúa siendo el camión IFA de Alemania Oriental. Este armatoste de enormes ruedas y aspecto anfibio apareció de repente en nuestras calles y carreteras, luego de un viaje de Henry Ruiz a Europa a vender la cosecha de café. Circula a toda velocidad por pueblos y ciudades sacudiendo las barandas en misiones que van desde la gestión personal hasta el transporte de tropas. Su destino parece ser el fondo de un barranco, víctima de una mala maniobra, o "canibalizado" por sus camaradas en la sala de disección de un taller de mecánica. La industria pesada soviética ha venido en su ayuda con jeeps siberianos a los que habido que arrancarles de una vez las ventanas, pues eran fijas y ruidosos

camiones que consumen más combustible que un tanque T 55. De la flotilla de vehículos de lujo de los ricos y somocistas de antaño sólo queda la chatarra, después del increíble frenesí destructivo que mantuvieron por años los combatientes sandinistas, algunos de los cuales saltaron directamente del pretil de una carreta de bueyes al volante de un Mercedes Benz.

El abastecimiento

El sandinismo atribuye la escasez de comida a un mayor consumo por parte de una mejor alimentada población. Explicando ante las cámaras de televisión la escasez de maíz, Daniel Ortega aseguraba que aunque las estadísticas mostraban mayor producción, el maíz no daba para todos porque la distribución llegaba a sectores que antes no tenían acceso al producto. Hablaba como si el maíz fuera un artículo suntuario de consumo limitado y no la base milenaria de nuestra alimentación, que jamás le faltó antes al campesino (Tal vez debió aclarar que nunca tantos cubanos comieron tortillas como ahora y por eso el maíz no daba para todos).

Pocas semanas atrás el mismo Ortega había declarado la pasta de dientes y el papel higiénico “artículos urbanos” que no iban a ser más distribuidos en el sector rural, oficializando de esta manera un enorme retraso social en el campo. En ambos casos trataba de justificar dos aspectos de un mismo problema: el agudo desabastecimiento alimentario y de bienes importados de consumo popular, debido a la caída de la producción agrícola destinada tanto para consumo interno como para la obtención de divisas.

El pequeño agricultor, tradicionalmente el principal productor de granos básicos, lo que hace ahora es sembrar dos o tres manzanas de maíz o frijoles para su uso familiar. No tienen incentivos para producir debido a los controles que existen en los precios y ni siquiera cuenta con garantías que esta pequeña cosecha no va a ser objeto de la arbitraria requisición de un pelotón de milicianos o la compra forzada por parte del Estado. El mediano o gran productor además

de tener que venderle la producción al Estado, está obligado a utilizar los servicios de las empresas agroindustriales estatales (maquinaria rusa y búlgara obsoleta, insumos que nunca están a tiempo o de mala calidad) y a lidiar con una mano de obra anarquizada por la retórica gubernamental, indisciplinada e ineficiente. Como si fuera poco, no existen seguridades por parte del Estado sobre la propiedad de la tierra.

Clima aliena al productor

Este clima de incertidumbre y desconfianza ha alienado al agricultor privado, convirtiéndolo en un descapitalizador, que se abstiene de invertir y sólo busca ganar tiempo antes que llegue la hora de ser expropiado; y ha contribuido en gran manera al fracaso del modelo nicaragüense de economía mixta, con el que la vanguardia marxista leninista del proceso no fue consecuente por mucho tiempo.

A un familiar cercano le fue expropiada su hacienda ganadera en plena producción por el sólo hecho de ser visitada por Tomás Borge, quien decidió fundar en ella una Granja Penal del llamado Régimen Abierto para prisioneros miskitos. Menos de veinticuatro horas después de la visita el lugar estaba tomado por las tropas del Sistema Penitenciario. De nada sirvió hablar con el Comandante-Ministro de Reforma Agraria. Los Comandantes respetan las decisiones de sus iguales de la Dirección Nacional, aunque las consideren disparatadas. La hacienda contaba con cuatrocientas manzanas de potreros cercados y limpios y más de ciento cincuenta vacas lecheras. En tres días no quedaban rastros. Los dueños apenas tuvieron tiempo de sacar apresuradamente fotos de algunos sementales Holstein premiados en exposiciones agropecuarias y otros objetos personales. Y para ello necesitaron un salvoconducto del Ministerio del Interior. Eventualmente se llegó a un acuerdo con el gobierno para la indemnización, que sería pagada en córdobas devaluados a muchos años de plazo. El ganado fue trasladado a otra hacienda estatal. A los operarios se les canceló sus salarios y bonos de antigüedad hasta los límites establecidos por el Código de Trabajo Sandinista (que nadie puede sobrepasar, como medida antiinflacionaria, aunque

esto vaya en contra de la voluntad de los patronos y los intereses de los trabajadores). Algunos tenían más de 45 años de trabajar para la hacienda. Había huellas de explotación en los magros rostros calcinados por el sol de aquella gente, que quizá había esperado tanto la Revolución. Pero ninguno quiso quedarse trabajando con el nuevo patrón.

No resulta extraño con ejemplos como este que los niños nicaragüenses consuman leche reconstruida y una lata de leche en polvo atraiga la mirada de todos en la calle. (Las estadísticas sandinistas aseguran, sin embargo que el consumo de leche pasteurizada ha aumentado en un 19 por ciento con la revolución). Y lo más triste de todo es que la tal Granja Penal nunca se construyó. Pocas semanas después, para lucirse ante una delegación de líderes religiosos norteamericanos del Consejo Nacional de Iglesias, Tomás Borge indultó a los prisioneros miskitos, que de todas maneras, no tenían porqué estar detenidos.

La oferta de alimentos se hace aún más escasa una vez que cae en manos del Estado. A la ineficiencia que ha resultado de la decisión política de sustituir de la noche a la mañana los canales tradicionales de distribución, se agregan los diferentes tamices por los que el alimento debe pasar antes de alcanzar al consumidor: el militarismo parasitario, la burocracia estatal, la clientela internacionalista y, por último, la especulación.

El alimento se distribuye a través de los fatídicos Comités de Defensa Sandinista con la Tarjeta de Racionamiento. Reciben tratamiento especial los organizados en la Vigilancia Revolucionaria, la Policía Voluntaria, los domingos rojo y negro de trabajo voluntario, las milicias y otras actividades parroquiales de este tipo. Es poco, pero la escasez se agudiza aún más con la especulación que estos alimentos subsidiados son objeto por parte de los encargados de las Tiendas Populares y los mismos coordinadores de C.D.S., quienes no siempre resisten la tentación de obtener una ganancia fácil vendiéndolos en el mercado negro.

Aunque el Frente Sandinista reconoce que la Tarjeta es para todo mundo, los C.D.S. han recibido en la realidad la facultad de entregarla o negarla. A niveles de barriadas populares la tiranía del Coordinador es absoluta. Controla la Tarjeta, decide quién es un contrarrevolucionario, señala a quién debe manchársele las paredes de su casa, selecciona los que van movilizados. Además, resuelve problemas de inquilinato y hasta imparte justicia.

Para perder el derecho a la Tarjeta basta disentir públicamente con el Gobierno, abstenerse de hacer "vigilancia revolucionaria" o cambiar de domicilio (puede tomar meses conseguir una Tarjeta en un nuevo barrio). Porque además de arma de control político, la Tarjeta de Racionamiento es también una especie de pasaporte con el que el Estado controla el domicilio de la gente.

Sin Tarjeta hay que conseguir la comida en el mercado negro o en trueque con familiares y amigos. El éxito de que goza en particular el Mercado Oriental de Managua es prueba de la enorme antipatía del pueblo hacia los C.D.S. (y de su interna corrupción). Los productos básicos regulados por el racionamiento (arroz, frijoles, maíz, aceite de cocinar, jabón de lavar, azúcar, sal) y algunos de consumo diario importados que ahora son de lujo (bujías, hojas de afeitar, pasta de dientes), se pueden encontrar en el Mercado Oriental a precios que suben a diario en la marea siempre alta del agiotismo. Al igual que Somoza, los sandinistas necesitan corrupción para sobrevivir. Y muchos veteranos de la dictadura han encontrado en los C.D.S. la mejor manera de conservar sus privilegios de vecindario.

Pero el desgaste que significa obtener los alimentos por cuenta propia es enorme. No existe nada más embrutecedor que vivir pendiente del arroz y los frijoles. El ser humano se empequeñece al nivel del simple vegetal cuando una lata de aceite o varios rollos de papel higiénico se convierten en la mayor alegría del día, en una gran victoria, en la razón de vivir. Y el Estado lo sabe. No hay duda que el arma más poderosa en su arsenal político para anular al ciudadano es la escasez.

Las excusas

Quando los problemas son demasiado graves para taparlos con el dedo de la propaganda y las estadísticas, el sandinismo recurre a las justificaciones.

La lista de excusas es inagotable. El atraso cultural heredado del somocismo, convertido por el sandinismo en un atavismo irremediable, inherente a nuestro carácter e idiosincrasia nacional, que justifica que la Dirección Nacional tome sus decisiones verticalmente, en detrimento de la participación democrática. Está la crisis económica internacional, los precios del petróleo, el bloqueo económico, la sequía, las inundaciones (algunos últimamente se están atreviendo a hablar de corrupción y oportunismo); y está la más perfecta de todas las justificaciones: la contrarrevolución financiada por Estados Unidos.

La Contrarrevolución es la gran pila de agua bendita en la que los Comandantes meten la mano para limpiar sus errores. Gracias a ella, los líderes de la Dirección Nacional nunca se han visto obligados a la tarea de gobernar. El lema “todo para los Frentes de Guerra y la Defensa” es la fórmula mágica que perdona toda incompetencia. Cuando algo “no hay” se presume que ha sido destinado al esfuerzo militar de defender la patria, aunque esos elementos de nuestra escuálida canasta básica familiar nunca hayan existido más que en las estadísticas del Ministerio de Planificación.

La Contrarrevolución permite a los sandinistas levantar una cortina de humo sobre sus propios errores, atribuyéndole la culpa de la bancarrota del país a los Estados Unidos y transformando la ineficiencia en argumento político. También les sirve para mantener a la población movilizada sin necesidad de recurrir a los masivos ejercicios gimnásticos a que nos tienen acostumbrados los países del bloque comunista, en que miles y miles de ciudadanos son mantenidos por meses ensayando la formación de figuras y slogans, para los actos de aniversario o el cumpleaños del camarada Kim Il Sung.

La explotación del dolor materno

El aprovechamiento político por parte del sandinismo del dolor de los familiares de las víctimas de la guerra civil es repugnante. A los frentes de guerra envían milicianos y muchachos del servicio militar y no se duda en amarrar al poste del sacrificio, en lo más profundo de las montañas del norte, a estudiantes alfabetizadores y cortadores voluntarios de café. Los velorios de estos inocentes ciudadanos una vez que caen bajo el indiscriminado fuego contrarrevolucionario, gozan de un macabro despliegue publicitario. Carioscopedos Comandantes abrazan frente a las cámaras de televisión a los adoloridos familiares, en un infame despliegue de cinismo (cómo no pensar en Fidel Castro, abrazando en pésame a los padres de Camilo Cienfuegos, una vez que se dio por cierta la muerte del carismático héroe camagüeyano). Nadie recuerda en estos velorios que los mismos Comandantes son quienes deciden que los estudiantes viajen a los cortes en camiones IFA, similares a los que utiliza el ejército.

A veces sucede que los cadáveres no pueden ser sacados de la montaña. Lo que los familiares reciben son ataúdes llenos de piedras, atornillados para que no puedan ser abiertos y vigilados continuamente por una Guardia de Honor con instrucciones de disuadir cualquier pariente demasiado ansioso de darle un último adiós a su deudo.

A las madres de los sandinistas caídos en combate las han organizado en turbas callejeras y firmadoras de comunicados. Ellas fueron las escogidas por la Dirección Nacional para sabotear la misa papal, con ayuda de micrófonos intervenidos (mientras el del Papa se silenciaba) y grabaciones de otras multitudes en los altoparlantes para confundir al medio millón de feligreses presentes. Un puñado de estas madres y las activistas de la Asociación Sandinista de Mujeres interrumpían a Juan Pablo II presionándolo para que tomara partido en la guerra civil y condenara la violencia de un bando y no la guerra en su totalidad.

El ejército sandinista

Es innegable que el crecimiento de las Fuerzas Armadas ha originado un marcado desequilibrio entre la producción y la demanda de bienes y servicios. Pero este crecimiento, más que una necesidad para defender el país de los ataques contrarrevolucionarios, es una necesidad para defender el poder sin llegar al extremo de enfrentarse a un pueblo que luchó por su liberación, sin contar con verdaderos gobernantes al momento del triunfo. El sandinismo obliga a la juventud a integrarse al ejército para neutralizarla. Es la manera más eficiente y fácil de impartirle a los jóvenes una educación política de éxito comprobado en los países del bloque soviético. La revolución los hace cómplices de la mentira de defender la patria y evita, de esta forma, que lleguen alguna vez a cuestionar la situación del país y el papel que ellos juegan como individuos. Los jóvenes y adultos integrados a las fuerzas armadas sandinistas son ciudadanos domados, despojados de su derecho a pensar por ellos mismos bajo el imperio de las consignas y el culto a la personalidad.

La Contrarrevolución en su versión actual tiene muy pocas posibilidades de alcanzar el poder por las armas. El apoyo material de que goza en el exterior es limitado y controversial, su capacidad militar anticipable y no ha sido capaz de transmitir un mensaje político concreto al interior del país para capitalizar el descontento popular. Es hasta ahora, de hecho, que la Contrarrevolución empieza a adquirir cierta coherencia ideológica, gracias a la sangre nueva que la nutre del sur y cuyo flujo depende de una frágil unidad. Pero los sandinistas la permiten seguir operando. Así justifican su acelerado armamentismo, necesario para repeler una eventual intervención extranjera, que es lo que verdaderamente les preocupa y tratan de evitar haciendo uso de todos sus recursos diplomáticos y políticos, pero que no descartan, dada la relación antagónica que ese mismo gigantismo militar (necesario para asegurar el control político dentro de Nicaragua), los condena a mantener con el resto de Centroamérica.

El gobierno nicaragüense promueve la disolución social en los demás países centroamericanos por razones de recipro-

cidad hamponil con otros movimientos guerrilleros y de política interna, a fin de mantener el clima de permanente agitación tan necesario para su sobrevivencia (de igual manera que Castro mantiene aleteando el fantasma de la intervención norteamericana, que le permite tener a los cubanos en estado de alerta militar y lo faculta a mandar en lugar de gobernar).

El militarismo destruye la revolución pero mantiene el poder

El militarismo es el destino y la maldición de la Revolución sandinista. Después de seis años de deterioro constante, no existe base industrial ni agrícola capaz de asimilar la población movilizada, como tampoco es posible revertir la tendencia imperante a todos los niveles de las empresas estatales a producir con criterio político y no empresarial.

La Revolución tampoco puede prescindir del control político que le facilita la militarización del país. El Frente Sandinista no podría mantenerse en el poder por mucho tiempo en un clima de paz y democracia. Por eso la radicalización del proceso es irreversible y pensar en una salida política negociada no es sólo engañoso, sino también contra-productente.

El control político que el sandinismo ejerce sobre el país es amplio pero frágil. Para resquebrajarse bastaría que el Ministerio del Interior aflojara un poco la censura de prensa, tal y como ocurrió en vísperas de las pasadas elecciones. Aunque sólo existe un periódico independiente, a los dos o tres días de editarse con relativa libertad tenía a la defensiva a los demás diarios, canales de televisión y estaciones de radio del Partido y el Estado. Los mismos partidos que participaron en las elecciones, sin arrastre popular, ni fondos, estigmatizados por el colaboracionismo y haciendo campaña frente a una población intimidada y desconfiada, motivaron repetidas llamadas de atención por parte de la Seguridad del Estado para que moderaran el tono de sus ya de por sí mediatizados discursos electorales, que a ratos amenazaban encender la pradera reseca del descontento popular por un lado y la intolerancia del fanatismo por el otro, a pesar que se trataba de una

contienda electoral en la que el partido en el gobierno se reservaba todas las ases.

Desaparecida la Contra (y aún debilitada), Nicaragua tendrá que buscar en otro lado la guerra que necesita para mantener activos sus ejércitos. El crecimiento desmedido del aparato militar lleva indefectiblemente al expansionismo, como el caracol forzado por el crecimiento a cambiar de concha. Viet Nam y Cuba, países subdesarrollados, sin economía propia, como Nicaragua, en los que sólo el sector militar puede asimilar el acelerado crecimiento demográfico de sus poblaciones (además de los países limítrofes, invadidos de refugiados), han tenido que volcar sus excedentes militares sobre sus vecinos o en lugares tan alejados como Angola y Etiopía. Las tropas nicaragüenses seguramente no tendrán que viajar tan lejos.

La paz: peligro para el proyecto totalitario

En manos del gobierno sandinista está conseguir la paz. Podrían hacerlo a través de la reconciliación nacional, retornando al Estatuto Fundamental de Derechos y Garantías que los llevó al poder y sometiéndose a las limitaciones que imponen sobre los gobernantes las leyes democráticas; o, si se quiere, decidiéndose de una vez por la victoria militar. Ni buscan la paz, ni terminan la guerra. Necesitan la Contrarrevolución para justificar su insaciable apetito de soldados y rehuyen la reconciliación porque ello pondría en peligro el proyecto totalitario marxista leninista que visualizaron para Nicaragua desde los orígenes del Frente Sandinista de Liberación Nacional.

La Inocencia Perdida de la Revolución Sandinista

Xavier Argüello

Las memorias guerrilleras del comandante sandinista y actual vice ministro del Interior de Nicaragua Omar Cabezas (34) publicadas en 1982, constituyen el libro de mayor venta en la historia de la Nicaragua revolucionaria. Con la transformación del país en uno de los lugares de peregrinación izquierdista más concurridos, el tiraje inicial de 10 mil ejemplares se agotó en pocas semanas. El Frente Sandinista se encargó después de hacerlas llegar a los nicaragüenses en forma de radio novela, a través de la única estación del país con penetración nacional. Ediciones en México, Cuba y Perú que lanzaron el libro fuera del ámbito local tuvieron igual éxito. Se dice que un guerrillero maoista del Sendero Luminoso cargaba entre su ropa un ejemplar al encontrar la muerte de manos de la policía peruana, en las elevadas y frías montañas del altiplano andino.

Cabezas narra desde adentro, con un humor muy particular y en ocasiones bastante olfato poético, las intimididades de la vida clandestina revolucionaria. Retrata en carne y hueso a los combatientes en su lucha de muchos años por vencer enormes dificultades físicas y dominar el arte de la supervivencia en la montaña. El velo de misterio que recubría la vida de los héroes sandinistas que hoy ocupan las primeras páginas de los periódicos del mundo y fuman enormes cigarrillos cubanos en sus despachos ministeriales finalmente se descorría. Y lo que el lector encuentra en las páginas de este

libro es un puñado de guerrilleros que pensaban y sentían igual que cualquier muchacho pobre de los cerros de Caracas o las barriadas de Ciudad México: que se enamoraban, sufrían por la pérdida de una muchacha, se masturbaban detrás de los árboles, odiaban a los ricos y soñaban acostarse con una mujer burguesa de blancas y perfumadas carnes.

El libro fue recibido por importantes escritores latinoamericanos con elogiosos comentarios. Basta leer la pieza introductoria de Carlos Fuentes que acompaña la edición norteamericana (Crown Publishers, New York, 1985). En Nicaragua, los intelectuales criollos saludaron su aparición como “el nacimiento literario de una lengua revolucionaria nicaragüense” y lo compararon con los *Cuentos de Canterbury* y el *Poema de Mío Cid*. Hasta el célebre novelista argentino Julio Cortázar se sumó (durante sus últimas vacaciones en Nicaragua) al coro de escritores que se declararon favorablemente impresionados por las virtudes narrativas del libro y, sobre todo, su poder de imantación. Y es que, en verdad, apenas se le empieza a leer es imposible abandonarlo hasta el final.

En los Estados Unidos, los comentaristas que se han ocupado de *Fire from the Mountain* (título con que fue traducido al inglés) no han sido menos entusiastas. Algunos encontraron en él pruebas irrefutables de la fuerza de las convicciones sandinistas y de la aparente invencibilidad de estos hombres de carácter y voluntad de hierro. Otros, y en este aspecto su valor es indiscutible, lo han tomado como un libro de aventuras, particularmente apasionante cuando se lee en el cómodo “living room” de una casa en los suburbios norteamericanos o en los sombreados pasillos de un campus universitario.

Trabajando como editor de la revista *Nicaraguac* del Ministerio de Cultura del gobierno revolucionario, fui testigo del nacimiento de *La Montaña es algo más que una inmensa estepa verde*. Ernesto Cardenal, el ministro, me sugirió que visitara a Omar Cabezas y le solicitara los primeros capítulos de las memorias que se hallaban dictando. La noche anterior

los había leído en una fiesta y todo mundo quedó encantado. En aquel entonces Omar había sido nombrado responsable del Consejo de Educación Superior, especie de super rector de todas las universidades del país (impresionante cargo para alguien tan joven, con poco historial académico, al que lo nombraron, me imagino, considerando su experiencia como agitador estudiantil). La aureola de prestigio que circundaba a los guerrilleros en los primeros meses de revolución era de un brillo cegador. Para llegar a Omar, una militante del partido que me acompañaba fue abriendo con la fuerza de su carnet las distintas esclusas de la compartimentación. Lo saludó con una reverencia desproporcionada, juzgando quizá que si lo tuteaba mancillaría la memoria de los héroes y mártires de la revolución. A Omar le preocupaba publicar en *Nicarágua* y quedar descalificado para el concurso cubano de Casa de las Américas, en la rama de testimonio, que exigía la condición de inédito. Para él, ganar ese desprestigiado certamen equivalía a la fama. Llamó por teléfono al escritor Sergio Ramírez, miembro entonces de la Junta de Gobierno. Sergio, conocedor de los intereses políticos que se mueven detrás de los concursos cubanos, lo tranquilizó asegurándole que no existía poder en el mundo capaz de arrebatarse aquel honor. Por otro lado, estaba consciente que *La Montaña*. . . era un libro sobrado para competir con los trillados manuscritos que se envían a La Habana. Omar no cabía de contento con las primeras páginas de sus memorias, que habían salido como un torrente “entre noches de amor” mientras tomaba vino (a estas alturas su paladar ya no admitía ron) frente a una grabadora. La reacción de los lectores de la revista una vez publicados los primeros capítulos le confirmó que iba bien encaminado y, posiblemente, lo animó a continuar dictando con renovado entusiasmo su relato. Cuando el libro estuvo concluido y publicado (y obtuvo, con toda justicia, el premio), mi nombre apareció incluido entre las personas a quienes se los dedica.

Omar arranca en los primeros capítulos con su adolescencia en León, ciudad de 90 mil habitantes enclavada a sesenta millas en el corazón de la zona algodонера de Nicaragua. Los colores de su paleta de narrador son particularmente

descarnados al describir su ciudad natal. El calor en Semana Santa; la atmósfera cargada de sudor y ruidos del salón de billar que le servía de refugio; el parque que crecía como un parche forestal entre el asfalto hirviendo en el centro de la ciudad. Los ricos componían un mundo aparte, refugiados detrás de los muros exclusivos del Club Social. Los muchachos en lujosos carros de sus padres rondaban la salida de los colegios religiosos de señoritas. Las muchachas que regresaban de estudiar en Estados Unidos tomaban sol en las playas de Poneloya. No determinaban al joven de ojos afiebrados, flaco, desgreado, hijo de padres divorciados y pobrísimos, que las observaba desde las mesas del hotelillo popular de la playa.

“...eran bien lindas. Entraban en ‘short’; blancos, rojos, azules; en ‘blue yeans’ recortados hasta el entronque de las piernas, eso a mí me mataba, y me mataban más cuando iban de espaldas. Eran pelos largos, pelos cortos, eran morenas o eran blancas; entraban por puños, uno no hallaba ni a cuál ver. Es que todas eran lindas. . . Unas entraban rojitas, rojitas, quemadas. . . El Gato Munguía decía: ‘Sólo han de tener un manchoncito blanco’. Entonces Leonel decía: ‘¡Mejor. . . para acertar en el blanco!’”

Años después, los sandinistas convirtieron a muchos de aquellos muchachos en sus servidores y, en algunos casos, a las muchachas en amantes. La revolución destapó la sociedad nicaragüense como un enorme panal partido en el medio de un machetazo. Y lo que los sandinistas encontraron fue una colmena vacía, abandonada por la reina, sin una gota de miel, habitada por zánganos de apellidos ilustres que se mantenían durmiendo, avejas motas que ya no les interesaba trabajar y muchas avispiditas inofensivas que, encerradas en sus falsos castillos de alcurnia, nunca habían hecho uso de la libertad de buscar en otros círculos la amistad y no se querían dar cuenta que les habían derribado su nido.

La integración de Omar Cabezas al Frente Sandinista se dio más por confianza en el amigo que se lo propuso, que por convicción. “Se me pasó por la mente que Juan José siendo tan bueno, cómo podía Juan José estar metido en eso, pero luego me dije: ¡güevo, si Juan José está metido en eso, quiere decir que los que están detrás no son malos. . .!”. Tampoco

era una persona que se negaba fácilmente a aceptar un reto en el que estaba en juego la hombría. “. . . porque delante de él yo no podía aparentar ser un miedoso”.

Los miembros del Frente Sandinista en aquellos días se contaban con los dedos de la mano. La compartimentación e, involuntariamente, los medios de comunicación, les ayudaban a creerse más numerosos y proyectarse ante la opinión pública activos y beligerantes. “Como ninguno de los compañeros manejaba la información de toda la organización, y el Frente sonaba. . . y había rótulos en las calles, en las paredes; y había asaltos y todos los radios anunciaban los asaltos y ponían a todo el país pendiente del piripipí de los famosos *flashes*, el despliegue de información, nos hacía pensar a nosotros mismos, por el espejismo de la publicidad, la dimensión de la realidad. Eso era lindo”.

Aparentar ser más populares y poderosos con ayuda de la propaganda es un mecanismo que en la actualidad los sandinistas continúan poniendo en práctica. Con ello no únicamente elevan la moral de su militancia, sino que intimidan a sus adversarios y, sobre todo, mantienen artificialmente pre-dispuesta a la población a emprender una guerra fratricida que, en último caso, podría ser de exterminio.

El Frente Sandinista vino a darle contenido político a la marginación social de Omar Cabezas. Atrás quedaban el individualismo y la peor de todas las soledades: la ideológica. En su lugar aparecía el sentimiento de solidaridad y la gran satisfacción personal, íntima de sentirse “. . . en secreto, calladito: vanguardia”. El FSLN le dio sentido a su vida, de la misma manera que muchos jóvenes de origen humilde habían encontrado su realización en la Guardia Nacional. Ellos creían que le debían un gran agradecimiento a Somoza y le guardaban una lealtad consecuente. El escenario para la guerra que se avecinaba entre estas dos instituciones poco a poco se iba configurando. No había espacio en un país tan pequeño para que fidelidades tan ciegas pudieran coexistir indefinidamente.

Leonel Rugama fue el primer responsable político del protagonista. Este talentoso exseminarista, gran matemático y poeta precoz deambulaba por las calles de la Managua de antes del terremoto con una Biblia en el bolsillo y una pistola 45 oculta en un periódico. En la Biblia llevaba subrayados los pasajes en los que se criticaba duramente a los ricos. Una rara mezcla de odio y misticismo iluminaba su mirada. A esa edad, los demás jóvenes que como él frecuentábamos la cafetería La India vivíamos todavía ocupados en romper la placenta de la pubertad. Sobre Rugama, escribe Omar Cabezas:

“La estrella de Leonel es en ese entonces el comandante Ernesto ‘Che’ Guevara, que tienen apenas meses de muerto (. . .). Recuerdo que entonces dijo al grupo de compañeros que estaban allí discutiendo con él, fruncido el ceño: ‘Hay que ser como el Che. . . ser como el Che. . . ser como el Che. . .’. Sus gestos, ademanes y su frase, con todo y lo explosivo de la carga que llevaba por dentro, me hicieron impacto al centro del cerebro. ‘Ser como el Che. . . ser como el Che ’.”

La labor agitacional desarrollada a comienzos de la década del 70 por el brazo estudiantil del Frente Sandinista es narrada por Cabezas con nostalgia. “Yo creo que, como se dice, nosotros irradiábamos juventud en ese tiempo. No sé por qué, pero ahora yo siento que los estudiantes ya no son los mismos. No son como antes, no son como éramos nosotros, creo que les falta brillo, brío, de las dos cosas les falta. . .”, escribe Omar. Y es verdad. Les falta la inocencia del despreocupado estudiante, creador e ingenioso, arrebatada por el adoctrinamiento político masificador y una falsa y pesada responsabilidad histórica que ha borrado sus sonrisas y apagado toda imaginación.

Los dirigentes del movimiento estudiantil de la época de Cabezas vigilaban como capataces la labor de los demás estudiantes. Muchos de aquellos muchachos a quienes sus padres recomendaban mantenerse alejados de la política, “que sólo cárceles y cementerios deja”, no tenían una idea muy clara para quien trabajaban. Mataban el tiempo y la soledad echados de bruces sobre el suelo, pintando pancartas hasta los límites del agotamiento físico. La mayoría desaparecía a los

pocos días para no volver más. Otros encontraban una nueva distracción en el teatro o los Cine Clubs. Los más afortunados se enamoraban y se olvidaban de la política. El Frente a la larga no representaba para ellos ninguna alternativa, por más ansiosos que estuvieran de combatir la dictadura. En aquellos años de prehistoria sandinista, la primera responsabilidad de la organización estaba en manos de Efraín Sánchez Sancho, “que era un tipo que no tenía ni solvencia moral ni gran capacidad política”. Cierta o no esta acusación, el hecho es que realmente se necesitaba ser un perfecto inútil en los estudios y rematadamente aventurero para ceder la seguridad personal en esas circunstancias. Omar reconoce que entrar en el Frente en aquellos días era como embarcarse “en una empresa que no tiene futuro. . .” (y el grupo de sobrevivientes que aceptó el reto puede darse ahora en recompensa la gran vida).

Usando por primera vez una técnica eficaz que se volvería norma, los dirigentes estudiantiles sandinistas “siempre estaban inventando algo distinto para incentivar a los estudiantes, para que no decayera el entusiasmo y la motivación moral, no solo para conseguir nuestros objetivos académicos, sino también los políticos; la cosa era inventar cualquier originalidad coyuntural”. Esta “originalidad coyuntural” entonces podía ser el reintegro de dos estudiantes expulsados o la impopularidad de un decano; hoy en día es el dolor de las madres de los caídos en combate, el regreso al pasado somocista que supuestamente representa la oposición armada, la amenaza del imperialismo (en su versión norteamericana) a la soberanía nacional, o cualquier otro pretexto del pesado arsenal propagandístico con que el gobierno del FSLN mantiene artificialmente agitada a la población y la pone a su servicio.

El trabajo político en el barrio indígena de Subtiaba le permite descubrir “el poder comunicador de las malas palabras”. A través del gancho de atención de la palabra soéiz, los activistas del movimiento estudiantil logran comunicarse con los indios. No trataban de transmitir conocimiento, ni ideología. Únicamente atraer el interés. Provocar risitas que rompieran el hielo. Decían lo que el indio, el estudiante, el cam-

pesino querían oír. No importaba que se tratara de promesas que no calzaban dentro de los postulados económicos y políticos de la ideología marxista; ni pensaran cumplir. Por decirlo de alguna manera, a cada quien le daban su propia medicina. No dudaban en hablar de los milagros de la Virgen, con tal de ganarse la confianza de la mujer creyente del campo; de inventar maneras de resolver litigios de tierras para ganarse la de un campesino; de interpolar viejas luchas ancestrales con la gesta del Frente Sandinista para atraer la atención del indígena. Todos cayeron en la trampa tendida por los sandinistas con el léxico diario vernacular (usado espontáneamente por el pueblo como una reacción ante la dureza de la vida). Se dejaron arrebatar la rebeldía pura y reprimida que llevaban por dentro, para hoy tener a cambio una mentira revestida de sacrificio. El mismo lenguaje (que los críticos llaman “oral”) que Omar usará posteriormente en su libro para obtener la atención fácil del lector. Porque *La Montaña*. . . no es una obra literaria ni un libro de aventuras, sino que un instrumento político puesto (como cualquier otra forma de arte) al servicio de la causa.

A mediados de 1974 Omar Cabezas sube a la montaña, dejando atrás cinco años de activismo universitario. El largo proceso de adaptación al mundo hostil y desconocido de la selva compone la parte central del libro. A medida que pasan los días, la realidad va negando las ideas del protagonista acerca de la montaña, obtenidas en libros y testimonios de otros guerrilleros. Aparecen las primeras ampollas en los pies; las escoriaciones que produce el roce del arma en la cintura; la mochila al hombro poniéndose cada vez más pesada; la lluvia que cala hasta los huesos; las caminatas interminables, sin saber cuánto tiempo iban a durar. El sentido machista de la supervivencia guerrillera alcanza límites extremos en la reflexión con que Omar ilustra la dificultad de cocinar entre el lodo y la maleza húmeda: “Es más difícil encender fuego que encender una mujer en la montaña”. Luego está la impresión que le causa el primer mono que tienen que despellejar para alimentarse: “Nosotros en el fondo mirábamos que parecía un niño pero no decíamos nada para no parecer mujeres, que todo les da miedo, o asco”. Revelaciones que no serán

seguramente del agrado de las feministas de izquierda de la Calle Castro de San Francisco, que con tanto entusiasmo apoyan la revolución sandinista por la supuesta dignidad con que trata a las mujeres.

Pero la peor de todas las desilusiones es el descubrimiento que lo que había arriba en la selva era un grupo solitario, aislado de la ciudad, sin ninguna contundencia militar. “Quince hombres o qué sé yo cuántos, pues. Lo cierto es que no habían veinte guerrilleros en ese tiempo en la montaña. Daban ganas de bajarse”. El odio a la Guardia Nacional y la alta estima de su propia hombría es lo único que le impide renunciar. Así como la aceptación incondicional de los planteamientos estratégicos de la organización. La cobertura topográfica de la montaña permitía a un pequeño núcleo de hombres de origen estudiantil y pequeño-burgués combatir un enemigo con dos ventajas insuperables: volumen de fuego y superioridad numérica. Para ello necesitaban primero adaptarse al terreno y convertirse realmente en guerrilleros. Vencer el cansancio, la soledad y el hambre se convierte en la primera batalla que había que librar. Y por largos períodos, en la única. Era como si dominando el agotamiento físico infringieran una derrota a la Guardia Nacional. Era como si en lugar de luchar contra la dictadura, hubiera subido a la montaña a templar su voluntad. Como si el resultado de la guerra dependiera de subir un saco de maíz a la cima de un cerro. De llegar a ser el *hombre nuevo* que “está más allá de donde está el hombre normal (. . .) más allá del cansancio de los pulmones (. . .) más allá del hambre, más allá de la lluvia, más allá de los zancudos, más allá de la soledad”. Una guerra personal que se hubiera prolongado indefinidamente de no haberse producido un cambio radical en la conducción revolucionaria.

Conviene aquí adelantarse un poco a la historia para entender el rápido desarrollo que después obtuvo el FSLN. La estrategia de guerra de guerrillas teniendo como eje central la montaña fue considerada desde la fundación del Frente Sandinista, en 1962, y a través de los años que abarca el libro de Cabezas (1968-1975), el método correcto para derrocar la dictadura. A mediados de 1976 empieza a discutirse abiertamente

en el seno de la dirigencia clandestina la tesis insurreccional o Tercerista, la cual trasladaba el eje de la lucha a ese ente inefable de la terminología marxista conocido como las “masas” populares. Las masas (esto es, el pueblo) habían jugado hasta entonces un papel auxiliar, de apoyo a la guerrilla, que formada por cuadros escogidos en los que se reunía experiencia, temple y firmeza ideológica, llevaban en los centros montañosos el peso de la guerra. Con los Terceristas los papeles cambian. La guerrilla es la que ahora iba a servir de apoyo a las masas, en lugar de depender para su supervivencia de ellas. Las masas, rezaba la teoría, despertadas de su letargo por los errores de la dictadura, el fragor de sus propias luchas reivindicatorias y las acciones espectaculares llevadas a cabo por unidades militares revolucionarias, desbaratarían al enemigo a través de la insurrección popular. El papel de la vanguardia sería canalizar la efervescencia popular, producto de la crisis política y los problemas económicos y sociales. Y utilizando mínimas pero efectivas formas de organización, movilizar las muchedumbres para la guerra. Con este fin, los activistas sandinistas buscarían primero juntarse con la gente que en ese momento coincidiera con ellos en el antisomocismo. Se infiltrarían en sindicatos, movimientos estudiantiles, grupos cristianos, organizaciones feministas y comités de barrio para reafirmar la presencia militar y política del FSLN. Reagruparían a estas organizaciones alrededor de los planteamientos de la vanguardia revolucionaria para enfrentar al somocismo y cuando las masas flaquearan ante la represión (o los sectores democráticos de la oposición empezaran a retroceder), multiplicarían su ánimo y aumentarían la agitación con acciones armadas. Todo encaminado a volver a las masas activamente insurreccionales.

Los Terceristas asumieron además una política flexible en el manejo de las alianzas con sectores tradicionales de la oposición. Es entonces cuando surge el llamado Grupo de los Doce. Esta agrupación de empresarios, intelectuales y religiosos de clase media-alta, entre los que se contaban tres o cuatro militantes infiltrados del FSLN, se convirtieron en la punta de lanza política del Tercerismo contra Somoza. Actuaron con mucha eficacia a nivel internacional, consiguiendo

apoyo y credibilidad para el FSLN en América Latina, Europa Occidental y Estados Unidos, en momentos en que la opinión pública mundial sacudía inmisericordemente a Somoza, quien como un árbol podrido de profundas raíces se resistía a ser arrancado. El Grupo de los 12 pasaría posteriormente en bloque a formar parte del primer gabinete sandinista, aunque los que nunca habían sido militantes del FSLN terminaron previsiblemente rompiendo con el gobierno de Managua, siendo el caso más conspicuo el de Arturo Cruz.

Finalmente, los Terceristas adoptaron en público una plataforma democrática de gobierno, basada en el pluralismo político, la economía mixta y el no alineamiento. No era más que una fórmula para obtener la cooperación del capital privado y alentar el apoyo internacional en la lucha contra Somoza. El objetivo estratégico del FSLN continuaba siendo obtener el poder para sí solo.

El planteamiento de esta nueva tesis provocó la división del FSLN. Omar Cabezas suspende su relato al comenzar a darse este fraccionamiento. Se trataba de una separación de tipo estratégico y personal más que ideológico y en la fase final de la guerra las diferentes tendencias se reunificaron. Pero los resentimientos que produjo el cisma podrían reaparecer con renovado ardor ante una situación de fuerza que exija decisiones complejas y controversiales. La división es aún hoy en día un tema tabú. Y lo seguirá siendo hasta que el sacudimiento de alguna purga dentro del consejo secreto que preside los destinos de la república sandinista desentierre los documentos comprometedores, las sentencias de muerte dictadas en su testamento político por “el padre de la Revolución”, Carlos Fonseca, y toda la papelería incriminatoria surgida al calor de la pugna que aún anda rondando por ahí, sin terminar de caer en el incinerador de papeles.

René Tejada, “Tello”, es el nombre del dirigente sandinista encargado de adiestrar militarmente a Omar Cabezas en la montaña y convertirlo en un guerrillero calificado. El retrato que Omar hace de este adusto personaje con maneras de guardia que había sido teniente del ejército de Somoza y

luego recibió entrenamiento militar de los palestinos, es apenas un esbozo. No lo desarrolla a profundidad, en parte por el tono autobiográfico de la obra, pero se puede adivinar el infierno de contradicciones y desesperación en que el estado de estancamiento estratégico de la guerrilla lo había sumido. La impaciencia por triunfar y poder terminar con aquel sufrimiento y aquella soledad lo hacían especialmente severo con los estudiantes de la ciudad que llegaban a engrosar las filas revolucionarias. “Mujercitas (. . .) maricas, estudiantitos de mierda que para nada sirven”, los llamaba durante los entrenamientos. Era también capaz de llorar de desilusión, pues su preparación militar le permitía comprender que con aquellos muchachos nunca iban a poder derrotar a la Guardia Nacional. Quizás por eso, este combatiente de dimensiones estratégicas muere en circunstancias tan poco heroicas, solo, de un balazo, casi como un novato, por violar una de las primeras reglas que había inculcado a sus alumnos: nunca confiarse de un colaborador, que podía ser obligado con torturas a delatar.

Años atrás, este mismo René Tejada había sido protagonista de un suceso sangriento que mantuvo en suspenso por varios meses la opinión pública nicaragüense. René y su hermano David se habían encontrado cierta noche en una tradicional cantina al aire libre del viejo Managua, poblada de mariachis y prostitutas, con el Mayor Oscar Morales, oficial de confianza de Somoza, muy temido, que había sido profesor de ambos en la Academia Militar. Parece que hubo un altercado violento entre David Tejada y Morales y salieron a relucir los revólveres. La cosa no llegó a más porque en ese momento pasaba una patrulla de la policía, que se llevó detenidos a los dos hermanos. Pero Morales no quedó satisfecho. Poco antes que amaneciera se presentó en el Cuartel de Policía, exigiendo que le entregaran a los prisioneros. El oficial de turno se negó. Entonces Morales subió a los cuarteles de la Segunda Compañía, en la Loma de Tiscapa y regresó con una tanqueta Stonehound. Esta vez obtuvo a los prisioneros. Volvió con ellos a las instalaciones militares de Tiscapa y en las cárceles de la OSN (Oficina de Seguridad Nacional) los golpeó y patió a su antojo, principalmente a David. A mediodía, éste

agonizaba entre vómitos de sangre, sentado en el inodoro de la celda. Asustado, Morales corrió a buscar a un médico hermano suyo. Poco pudieron hacer para evitar que muriera. La detención de los hermanos Tejada a estas alturas era ya del dominio público. El diario La Prensa traía desplegada la información a ocho columnas en la edición de esa tarde. De inmediato los estudiantes se movilizaron para exigir que se les respetara la vida (David estudiaba Derecho y era militante del Frente Sandinista). Somoza, que hasta entonces no se había dado cuenta de nada, fue informado que los dos hermanos se hallaban detenidos en Tiscapa para ser interrogados, que fue lo que le aseguró al Obispo Obando y Bravo cuando el prelado lo visitó inquiriendo sobre la suerte de los dos muchachos. Mientras tanto, Morales había trasladado el cadáver de Tejada hasta una hacienda ubicada a veinte millas de Managua. Allí procedió a descuartizarlo y quemarlo. Su hermano médico inyectó antes el cadáver de gasolina y repartió a los guardias que los acompañaban medicamentos para calmarles la basca. Lo único que no se achicharró del cadáver fueron los huesos de la pelvis.

La Prensa de la tarde siguiente dio la noticia de la muerte de Tejada como un hecho confirmado, con una pequeña distorsión: que Morales había arrojado el cadáver en el cráter del volcán Santiago para hacerlo desaparecer. Este detalle truculento contribuyó a volver la causa célebre. Somoza mandó a llamar a Morales. Se dice que al entrar en su oficina lo recibió de un puñetazo que lo envió al suelo. “Hijo de puta. Me has hecho quedar como mentiroso ante Monseñor”, le dijo. “Ese hombre está bien muerto pero mal matado”. Morales fue juzgado y condenado en Consejo de Guerra. Cumplió varios años de cárcel, pero los periódicos denunciaban continuamente el trato preferencial de reo de confianza que recibía. Se publicó incluso una foto en la que aparecía jugando gallos un sábado en la gallera de León. Con el triunfo de la revolución se refugió en Guatemala, al igual que muchos otros oficiales de las primeras promociones, conocidos como los “antiguos”. Actualmente es propietario de un restaurante de comida típica nicaragüense en la capital guatemalteca.

Omar cumple 23 años de edad en la montaña. Ha tenido que descubrir los secretos de la selva y convertirse en una sola unidad con el medio que lo rodea. Hasta la cara le ha cambiado. “La expresión de mis ojos ya era otra, tenía constreñido el ceño de tanto quejarme de las espinas, de las caídas que te das (. . .). El esfuerzo de ver de noche, el esfuerzo de ver al enemigo que está de verde olivo detrás de lo verde para que no te embosquen, el esfuerzo de tratar de ver y no poder ver cosas y pensamientos que se van borrando te transforma la mirada”. La vida transcurre sin un momento agradable, excepto cuando hay una comida decente, llega un compañero de la ciudad, oye música en la radio o se masturba. La desmoralización lo invade durante las navidades, pensando en lo que la gente de la ciudad estaría haciendo para divertirse; o cuando la muerte de “Tello”, René Tejada, el mejor de los combatientes, los hace dudar de su capacidad de combatir con eficacia al enemigo. Pero las deserciones son pocas. Conciben las penalidades de la vida guerrillera como una manera de dejar atrás un miserable pasado y no como parte de un proyecto de cambio colectivo cuya justificación gira alrededor de la posibilidad real de vencer. Buscaban huir de padres irresponsables, truculencias familiares, desquebrajamiento económico, escasez, complejos de inferioridad, envidia, resentimiento social. La vida en la montaña, por más dura que fuera, era preferible a la marginación y el anonimato. En la guerrilla tenían hermanos, el jefe supremo que lo podía todo, una nueva familia, eximidos de buscar explicación a sus acciones (así fuera comprometer a campesinos inocentes o el asesinato político). Sin embargo (para desgracia de todos), la guerrilla no los limpió de problemas personales. Los mismos individuos turbulentos que entraron en la montaña son los que ahora gobiernan el país. Violentos, rencorosos, insatisfechos, pero ya sin un estoicismo que aplaque sus contradicciones individuales. La soberbia, el revanchismo y la ambición surgieron libremente en el poder, mientras imponían sacrificios en el resto de la población. Trasladaron las penurias de la selva a la ciudad. Metieron la montaña en Managua. Convirtieron al país en un inmenso campamento guerrillero. Almas errantes de las que jamás podrá esperarse paz pues nunca han tenido reposo dentro de ellos mismos.

La lepra de la montaña y un ataque de apendicitis imponen a mediados de 1975 la necesidad del regreso de Omar a la ciudad. Ha pasado un año en la montaña. La vida en León sigue su marcha, ajena al drama que transcurre bajo el follaje de la selva. Entre burlado y rencoroso ante tanta indiferencia, despotrica contra la dictadura, la burguesía y el imperialismo norteamericano, soslayando las verdaderas causas del estancamiento de la guerrilla: los crudos postulados ideológicos que los sandinistas enarbolaban como bandera y una forma de organización y conducción revolucionarias que Humberto Ortega, actual ministro de Defensa y uno de los artífices del tercerismo, llama “artesanal”.

Apenas tiene tiempo de reconocer las áridas y polvorosas calles de su vecindario natal desde la ventanilla de un vehículo. Viaja al departamento fronterizo con Honduras de Nueva Segovia, para ser operado en la ciudad de Ocotol. Espera ser ubicado en una casa clandestina o algún hospitalito guerrillero, como “yo había oído hablar de los Tupamaros, que tenían clínicas bajo el camuflaje de salones de belleza”. Para su sorpresa, es internado en el propio hospital de la ciudad. Los organismos de seguridad de Somoza obviamente no eran tan eficientes como los uruguayos, ni mucho menos como los actuales cuerpos de seguridad sandinistas. Permitían que le extrajeran el apéndice a los guerrilleros en los hospitales públicos de la zona de mayor actividad rebelde del país. Una enfermera juguetona se encarga de afeitarse el pubis antes de la operación y el episodio sirve para que Omar nos cuente una vez más, qué dura, pero qué dura son sus erecciones.

Restablecido, pasa a dirigir una escuela guerrillera de 30 alumnos en los desolados bosques de pinos en el noroeste de Nicaragua. Los cursos terminan abruptamente con la llegada de la Guardia Nacional. La represión que se desata a raíz de esta acción es tremenda. El ejército desarticula la frágil red de colaboradores que existía en las ciudades del norte. Para salvar la vida, profesores y alumnos se ven obligados a meterse a la fuerza en las casas de los aterrorizados colaboradores que aún no habían sido capturados. Son días de febril actividad. El nítido aposento de un joven cura de pueblo les

sirve una noche de santuario. Se hallan dispersos e incomunicados, durmiendo en gallineros y refugiados en maizales. Pero no pasa mucho tiempo antes que el trabajo conspirativo empiece de nuevo a avanzar. Presentándose como vendedores ambulantes recorren las zonas rurales en busca de nuevos contactos. 'En cierta ocasión se meten inadvertidamente en la casa de un juez de mesta, especie de jueces de paz que por lo general eran confidentes de la policía de Somoza. "Se llamaba Presentación Laguna, creo que lo ajusticiamos después", escribe Omar sin que le tiemble el puso. Así, paso a paso, la nueva red de casas de seguridad y colaboradores empieza de nuevo a tejerse.

Luego está el episodio de Claudia. Claudia es la dama de los pensamientos de Omar. La figura idealizada que le ayudaba a ser mejor en la montaña, la Dulcinea en cuyo honor la lucha era librada y los sacrificios soportados. La carta de rompimiento de Claudia le llega por sorpresa. La muchacha se había enamorado de otro compañero revolucionario mientras Omar estaba enmontañado y le mandaba a decir que había dejado de quererlo. Esa noche pasó en vela, maquinando venganza en su lecho de tuzas de maíz. "Me acuerdo que estaba con hambre porque no había ni almorzado, ni cenado (. . .) me estaban picando unas malditas pulgas en los güevos que no las aguantaba, andaba con hongos y me ardían los pies". Decide entonces escribirle una carta. En ella le dice que la sonrisa dibujada en su rostro que le había prometido para el día que apareciera muerto en los periódicos, retratado como otro *subversivo no identificado*, ya no le iba a pertenecer más. Pero he aquí que, ¡ah!, su preparación político-ideológica viene en su ayuda. ¡Qué diablos! Su verdadera razón de vivir era la lucha por la liberación de Nicaragua. Y a la mañana siguiente, mientras pelaba una naranja sentado a la sombra de un árbol, se fue desprendiendo de sus recuerdos con la misma facilidad con que el cuchillo separaba la cáscara de la fruta.

Intriga que a estas alturas todo su rencor haya estado dirigido en contra de la honesta Claudia y no del Egisto aventajado que se benefició de su ausencia. Pero Omar parece estar de acuerdo con uno de los principales fundamentos de

la escuela mexicana del pensamiento machista: que el amor de una mujer no se compara con la amistad de dos hombres, ni debe permitirse que se interponga entre la solidaridad de dos camaradas.

Escribe Omar que respiró tranquilo, aspirando una fuerte bocanada del aire fresco de la mañana. Comprendió que una nueva etapa de su vida empezaba debajo de aquel naranjal. Entonces se dirigió con renovados ánimos a realizar el trabajo político que tenía encomendado. Nadie escalaba en el clan guerrillero a través de una relación amorosa. (Al menos para los hombres no era de trascendencia partidista, sino más bien objeto de ostentación o una de las muchas maneras de realizar reclutamientos menores). Librado de un peso totalmente innecesario y sin los estorbos de las responsabilidades que tocan las formas tradicionales de familia, se entregaría a ciegas a su misión, para mantener encendida la chispa de la lucha armada en compañía de sus únicos y verdaderos hermanos: los otros combatientes del Frente Sandinista de Liberación Nacional.

El mismo principio político que fundamenta este episodio ha sido trasplantado a los comerciales de televisión con los que el Ministerio del Interior del gobierno revolucionario instiga a nuestros estudiantes a tener como meta una hermandad partidaria y no una vida familiar que los vuelva pro-imperialistas (por buscar su propio desarrollo) o reaccionarios (por cobijarse bajo los valores tradicionales de la Iglesia y la moral). El tema de la consagración a la causa revolucionaria ha sido también llevado, como tarea prioritaria de educación política para las masas, a los horrendos cortometrajes del instituto sandinista de cine. La pareja de jóvenes estudiantes que por lo general los protagoniza discute acaloradamente. El joven va a integrarse a las milicias o las Fuerzas Armadas y la muchacha, interpretada por una actriz que trata por todos los medios de parecer frívola y cabecita hueca, admiradora de Michael Jackson y recubierta de la bisutería de Madonna, le ruega que desista (el espectador sabe a lo que la muchacha se refiere: a hacerse un héroe sin convicciones que convertirá a su madre en enlutada utilizada por el Estado para su propaganda y a ella en viuda

prematura). Desenlace: el muchacho se aleja, seguido por un largo travelling a la manera de los films soviéticos, abandonando el amor “vulgar” de una mujer, por el “puro” hacia una causa partidista. El Ejército le da una fraternal acogida y el inocente estudiante termina convertido en soldado internacionalista ejemplar con condecoraciones y todo. Una vista panorámica de la Plaza de la Revolución erizada de fusiles sostenidos por jóvenes que gritan “¡Si Nicaragua venció, El Salvador vencerá!” sirve de final. *Fue feliz pero no comió perdiz*. El llamado que el Ejército hace constantemente a los jóvenes se vuelve cada vez más innecesario en un país donde la vida es dura y casi no existen medios independientes de subsistencia. Por otro lado, la voluntad de participación de los jóvenes es sólo propaganda gubernamental. La distancia entre el deber de cumplir con la revolución y las exigencias de una sociedad represiva día a día se acorta.

En la parte final de *La Montaña*. . . , Omar escucha las anécdotas sobre Sandino que le relata un campesino llamado don Leandro. Este anciano de ochenta años termina ofreciéndole sus nietos para la guerra. La oferta conmueve a Omar Cabezas (como seguramente conmoverá a algunos de sus lectores). Cabe aclarar que la participación de los campesinos en las guerras civiles no es nada nuevo en nuestra historia; ni es patrimonio de ninguna vanguardia, ni partido. Don Leandro había conocido a Sandino cuando su padre lo mandó a luchar en las filas de Moncada. De la misma manera que el padre de éste lo había enviado a su vez a pelear bajo las órdenes del General Emiliano Chamorro en contra de los liberales; y el padre del abuelo de éste envió a sus hijos a luchar bajo las órdenes del general José Santos Zelaya en contra de los conservadores; y los padres de los abuelos de estos habían sido reclutados en el Ejército Nacional del general Tomás Martínez, que fue el que expulsó del suelo patrio a mediados del siglo pasado al filibustero esclavista de Tennessee, William Walker. Alto exponente de este drama que sufren nuestros hombres que trabajan la tierra es Pablo Antonio Cuadra con su obra de teatro *Por los caminos van los campesinos*: “De dos en dos, de diez en diez, de cien en cien, de mil en mil,

descalzos van los campesinos con la chamarra y el fusil a la guerra civil. . .”.

El campesino nicaragüense siempre ha sido buen soldado. Ha sabido morir con el pecho descubierto bajo todas las banderas que le ha tocado luchar, viviendo a su caudillo: Zelaya, Chamorro e, incluso, por la lealtad que despertaba entre sus subalternos, un truhán como el primer Somoza.

Omar concluye sus memorias con un elogio a la gran visión política de Carlos Fonseca, por haber tenido el acierto de añadir al Frente de Liberación Nacional que fundó, el nombre de Sandino. La gesta nacionalista del *General de Hombres Libres* Augusto César Sandino, que enarbolaba el antiimperialismo como bandera, fue utilizada para ocultar la ideología marxista de uno de los tantos frentes de liberación auspiciados por la Unión Soviética en la década del sesenta en el Tercer Mundo.

Los cambios operados en el “hombre nuevo” que nació en la montaña y posteriormente se alzaría como libertador de su pueblo, resultaron temporales, exteriores, como los músculos de un atleta. Eran fruto del entrenamiento físico y la disciplina militar. No de un amor genuino hacia la libertad y la democracia. No importa que en un principio la lucha de los sandinistas haya tenido un fundamento moral. Una ideología retorcida y mal aprendida desarrolló posteriormente en ellos una vocación totalitaria. Les otorgó justificación moral para el ejercicio ilimitado del poder. Y la humildad del guerrillero en la montaña se convirtió en respetable arrogancia en el poder.

Las aspiraciones más preciadas del pueblo nicaragüense, que los líderes revolucionarios llegaron a conocer tan bien en sus años en la llanura, una vez derrocada la dictadura pasaron a segundo término. Defender el poder revolucionario se convirtió en el único objetivo de los nuevos estadistas. Promover la ideología (y no la reconstrucción del país), mientras hacía su aparición la contrarrevolución, cómicamente anticipada por los marxistas como repunte de una clase social derrotada

y no resultado de sus propios errores y arbitrariedades como gobernantes. El fanatismo político ha reemplazado el idealismo que inspiró la lucha contra Somoza. Un marxismo espúreo, entresacado de sus valores humanistas y reducido a su esqueleto totalitario es ahora la ideología dominante. El verdadero socialismo, democrático, libre y creativo que los sandinistas prometieron sigue sirviendo de señuelo para atraer incautos, turistas revolucionarios, intelectuales de izquierda que atraídos por lo que Pablo Antonio Cuadra llama una "utopía deslumbrante", regresan luego a casa a defender un sistema que ni conocen, ni jamás aceptarían para sus propios países si les tocara que vivir bajo de él.

La Cosecha Sandinista

Mark Falcoff

Han transcurrido exactamente seis años desde que el dictador Anastasio Somoza abandonara el país ante el ataque victorioso de una revolución popular. Un episodio nada sorprendente en la historia de Centroamérica, región en la que los gobiernos suelen desaparecer abruptamente y bajo circunstancias bastante violentas.

Se marcó así el fin de más de treinta años de dominio político por parte de una sola familia, para lo cual las fuerzas nacionales de cambio recibieron ayuda y respaldo de otros gobiernos de la región, incluyendo al final la de Estados Unidos. A pesar de los problemas que representaban para el Departamento de Estado y para algunos miembros del Congreso ciertos líderes revolucionarios, el nuevo régimen nicaragüense nació en medio de un generoso legado de optimismo, esperanza y buenos deseos en su propio país y en el exterior. Hasta cierto punto esto no era sorprendente: varias generaciones de políticos nicaragüenses estaban convencidas de que cualquier alternativa era mejor que Somoza y los simpatizantes extranjeros sólo podían ver en la dinastía de esbirros uniformados que había gobernado al país desde 1934, un anacronismo grotesco. Más aún, en julio de 1979, Nicaragua era considerada como un laboratorio donde aplicar exitosamente todas las lecciones aprendidas de otras partes. Casi inmediatamente después de la caída de Somoza, este pequeño país se vio prácticamente invadido por toda clase de extranjeros bien intencionados, socialdemócratas españoles, portugueses, alemanes y suecos; congresistas y funcionarios de la A.I.D. de

Washington, representantes de los gobiernos de México, Venezuela, Colombia y Panamá y toda una gama de turistas revolucionarios incluyendo, aunque no limitándose a trotskistas de Alemania Occidental, monjas Maryknoll, jesuitas españoles y marxistas de todas las nacionalidades, edades, clases y condiciones. Cada uno de estos grupos esperaba que el nuevo régimen nicaragüense convalidara su concepción particular del cambio social y político, aunque en la euforia de esos primeros días nadie pensaba en preguntarse si esos programas eran compatibles. Tampoco había quién considerara seriamente la posibilidad de que Nicaragua pudiera convertirse, como Cuba, en un estado aliado y cliente de la Unión Soviética. Por el contrario, todos dimos por sentado que dadas las pésimas condiciones sufridas en el pasado, el futuro tenía que ser mejor.

El “futuro” está aquí ahora, y según la apreciación de todos, a excepción de los defensores más acérrimos del régimen nicaragüense, es ostensible y cuantificablemente peor. Nicaragua no es un país rico, pero siempre había podido autoabastecer satisfactoriamente de los alimentos de la dieta diaria, a la vez que había estado en capacidad de producir o importar la mayoría de los insumos básicos.

Sin lugar a dudas, en los últimos treinta años el nivel de vida del pueblo nica (como el de los otros países centroamericanos) había mejorado sostenidamente, y las tasas generales de crecimiento económico habían sido impresionantes, sobre todo en comparación con la mayoría de las regiones del Tercer Mundo. Por contraste, a partir de 1979, los indicadores del desarrollo económico nicaragüense han bajado precipitadamente.

En 1982 y tomando 1978 como base, la agricultura (que es la principal fuente de divisas del país), había desmejorado en un 17 %, la industria en 18% y el comercio en 27%. De hecho, el único sector que mostró un crecimiento significativo en estos cuatro años, fue el gubernamental que se triplicó desde la toma del poder por parte del régimen sandinista.

Estas severas cifras representan una baja catastrófica del nivel de vida del nicaragüense promedio. El consumo por parte del sector privado disminuyó 13% en términos reales en 1983 (última cifra disponible) y fuentes oficiales aceptan una tasa de inflación del 20%. Los salarios están congelados desde 1981 y la tasa de inflación anual sobrepasa el 25% (según las cifras gubernamentales). A pesar de los subsidios del Gobierno para los alimentos básicos, hay escasez de artículos esenciales por primera vez en la historia del país.

Es cierto, como suelen destacar voceros del régimen, que la revolución nicaragüense tuvo lugar siete años después de un terremoto devastador que asciende a millones por destrucción de viviendas, instalaciones físicas e infraestructura en general. También es cierto que Nicaragua, al igual que otros países centroamericanos, sufre de disminución en los precios de sus exportaciones primarias y en el costo del petróleo importado. No obstante, a diferencia de sus vecinos, ha recibido ayuda casi ilimitada, del exterior. Concretamente desde 1979, el país ha recibido unos \$ 3.000 millones en préstamos del extranjero y \$ 250 millones en donaciones (incluyendo \$ 188 millones de Estados Unidos autorizados durante el gobierno de Carter).

Al mismo tiempo y al igual que otros países centroamericanos, Nicaragua ha podido comprar petróleo a México y Venezuela bajo términos preferenciales y pudo prorrogar su antigua deuda externa, unos \$ 582 millones (contraída por Somoza) con la banca norteamericana, bajo circunstancias excepcionalmente favorables. Además, entre julio de 1979 y noviembre de 1981 Nicaragua recibió en promedio \$ 12 millones mensuales a través de nuevas líneas de crédito del Banco Mundial y del Banco Interamericano de Desarrollo.

En comparación, en los últimos seis años Costa Rica, país vecino a Nicaragua, ha recibido apenas \$ 250 en asistencia internacional de Estados Unidos y Europa occidental. De modo que si Nicaragua confronta problemas económicos, ello no se debe a falta de comprensión ni de solidaridad internacionales.

Con todo esto, los problemas de Nicaragua no son principalmente económicos, sino políticos. Surgen de un hecho simple el control de lo que fuera una revolución política en contra de Somoza ha sido tomado efectivamente por una cábala de marxistas-leninistas —el Frente Sandinista— quienes se creen poseedores exclusivos de una verdad histórica y con autoridad para imponerla sobre una población mayoritariamente inconforme. En cierto sentido, lo sucedido en Nicaragua no es radicalmente diferente a lo que sucedió en Cuba. En ambos casos una amplia coalición de fuerzas que incluía a la comunidad empresarial, la Iglesia, estúdiantes, sindicatos, la clase política tradicional e incluso la embajada norteamericana, derrocó a un dictador odiado. Pero la preponderancia numérica de la coalición no fue suficiente en el período inmediatamente posterior a la revolución para impedir que un grupo minoritario fuertemente armado, mejor organizado, más duro y comprometido con una sola meta nada ambigua, confiscara la revolución. No obstante, hay dos diferencias cruciales en Nicaragua. Dado el precedente de Cuba, nadie podía ignorar el proceso mediante el cual una revolución democrática en el Caribe podía ser desviada hasta convertirse en un Estado policial totalitario. De modo que el Frente Sandinista tenía que poner especial cuidado en brindar garantías a sus aliados democráticos, a Estados Unidos y a otros gobiernos latinoamericanos. Ello también implicaba que el “ritmo” real con el cual el régimen iría tomando control de la vida diaria de todo el mundo tenía que ser mucho más lento.

Es por lo tanto paradójico que fuera precisamente por la experiencia cubana, que los simpatizantes democráticos del nuevo gobierno dentro y fuera de Nicaragua, estuvieran ansiosos y desesperados por aceptar las promesas insinceras de los sandinistas respecto al pluralismo, una economía mixta y una política exterior no alineada. Esto se debe a la opinión corriente, aunque demostrablemente falsa, de que el trágico rumbo de la revolución cubana fue determinado por los Estados Unidos, cuya supuesta implicable hostilidad hacia Fidel Castro, lo habría “conducido” o “empujado” en los brazos de la Unión Soviética. Para cuando quedó claro que una política de conciliación e incluso de claudicación no tenía ningún

impacto sobre la conducción del gobierno nicaragüense, estos simpatizantes ingenuos del Sandinismo se vieron rescatados por el advenimiento de un gobierno republicano conservador en Washington. Eso les permitió desviar la mirada del indecoroso espectáculo del sofocamiento de la naciente democracia nicaragüense en la excesiva retórica de la Casa Blanca y luego en las iniquidades, reales o imaginarias, de las fuerzas rebeldes que surgieron para retar a la nueva dictadura.

En retrospectiva, es notable que tantas personas normalmente bien informadas pudieran creer que los sandinistas eran —o pudieran convertirse— en una fuerza política amplia y representativa que respondiera en general a los deseos del pueblo nicaragüense. Su visión del mundo, sus compromisos ideológicos e incluso sus estrategias para alcanzar el poder se conocieron ampliamente mucho antes de 1979. Ello se ve con claridad en una importante y reciente monografía de David Nolan en la que éste examina detalladamente lo que denomina “lógica interna” de la ideología sandinista.

El FSLN, fundado en 1961, tomó su nombre del líder guerrillero que combatió a los marines norteamericanos en la década de los 20 y que luego fue asesinado por el primero de los Somoza. Sin embargo, el general Sandino no era marxista, de modo que la vinculación entre su movimiento nacionalista y el FSLN es abusiva. Como demuestra Nolan, los sandinistas siempre han sido marxista-leninistas, y más aún, conspicuamente leales a la posición soviética en los asuntos mundiales. En ningún momento han contemplado con seriedad una alternativa “independiente” del Marxismo, tal y como repetidamente han dicho que harían si Estados Unidos cambiara su propia política hacia ellos. (Incluso han mantenido relaciones diplomáticas con Taiwan en vez de reconocer al gobierno de Beijing, aunque Taipei respaldó sólidamente a Somoza y continuó suministrándole armamentos hasta el fin de su mandato).

Más aún, a pesar de las divisiones periódicas de la dirección sandinista, sus diferencias han sido puramente metodológicas, restringidas a los métodos para lograr el poder y no a

qué hacer con éste una vez logrado. En ocasiones esto ha significado la postergación temporal de la retórica marxista-leninista para conservar o ganar aliados y, en la fase final de la lucha contra Somoza, para persuadir a otros países a que les ayudaran con armas, bases aéreas y reconocimiento internacional. Una vez logrado el control del ejército y de la policía, los sandinistas se podían permitir ser más sinceros. A tal efecto, Nolan cita a Henry Ruiz, uno de los nueve miembros de la Dirección Nacional de gobierno, quien en junio de 1982 pensó que los acontecimientos habían avanzado lo suficiente como para admitir abiertamente que. . . “¿la luna de miel de la revolución está a punto de terminar? Me refiero a la idea romántica de aquellos que creían en la revolución popular sandinista como un acontecimiento idílico en el cual los intereses de un grupo de traidores y los del pueblo que realmente trabaja se podían fusionar: una visión de corto alcance que nunca afectó a nuestra dirección revolucionaria”.

Ocurre que el FSLN era prácticamente único entre observadores o participantes en la revolución nicaragüense que no tenía deseos de autoengañarse. Los conceptos sandinistas del poder y sus propósitos existían desde hacía tiempo, no en los archivos secretos de la policía somocista ni en las computadoras de la CIA, sino en docenas de libros, panfletos y semanarios.

Desde entonces los sandinistas han logrado un control militar y policial total, así como de los medios de comunicación. Han liquidado o neutralizado a la mayoría de los partidos políticos y de las fuerzas que participaron activamente en la lucha contra Somoza, forzando a gran parte de sus dirigentes al exilio.

Sin embargo, el problema de los sandinistas sigue siendo cómo extender su garra sobre las instituciones civiles —el sector privado, el campesino, el movimiento sindical, las minorías indígenas de la costa atlántica y sobre todo la Iglesia Católica. Mientras estos grupos existan como entidades separadas, no sometidas al Estado nicaragüense, seguirán resistiendo el perfeccionamiento del totalitarismo sandinista.

El costo de esta lucha, en términos económicos y humanos, ya ha sido alto y lo será más aún si la sociedad civil nicaragüense es finalmente aniquilada.

La mejor historia del paso de los guerrilleros sandinistas entrenados en Cuba o gobernantes de Nicaragua, la ha escrito Shirley Christian, ex corresponsal del Miami Herald en Centroamérica, y quien ahora trabaja para el New York Times.

Aunque su libro "Revolution in the Family" aumenta considerablemente nuestro bagaje de conocimientos sobre Nicaragua y los sandinistas, la relación de los acontecimientos allí sucedidos entre 1979 y 1981 nos dice muy poco de lo que pudiéramos haber anticipado en base a la lectura del libro de Clarie Sterling sobre el golpe comunista en Checoslovaquia en 1948. Es decir, los sandinistas, utilizaron las técnicas clásicas de dominio político que desarrolló Lenin en 1918-23, la organización de "frentes amplios" bajo cuya bandera una vanguardia toma el poder; luego la consolidación de dicho poder a través del control de los órganos de otros tiempos, y la creación de organismos paralelos (sindicatos, organizaciones campesinas, entes legislativos) en sustitución de aquéllos que la vanguardia no puede dominar. A esto habría que agregar una nueva contribución nicaragüense al repertorio comunista ya existente —un plebiscito inteligentemente disfrazado de elecciones.

Una de las virtudes del libro de Shirley Christian consiste en que muchos de sus capítulos se subdividen en orden cronológico. Esto nos permite ver cómo la evolución de Nicaragua en estado totalitario, no constituye una reacción a las presiones del gobierno estadounidense o a las fuerzas contrarrevolucionarias que (hasta hace poco) respaldó. Específicamente, en el segundo semestre de 1979, es decir, mucho antes de que el partido Republicano siquiera hubiera dominado a Ronald Reagan y en una época en la que la administración Carter cortejaba activamente al nuevo régimen nicaragüense con dinero, asistencia técnica y enormes cantidades de alimentos y medicinas, los sandinistas ya habían impuesto censura a la prensa, habían establecido comités de cuadra

copiados de Cuba para controlar la vida de todo el mundo, y habían comenzado a establecer, con ayuda cubana, el más grande ejército de Centroamérica y un aparato policial leninista.

En 1980, antes del cambio de gobierno de Washington, el Frente Sandinista había aumentado perentoriamente el número de miembros del Consejo de Estado a 47, para tener mayoría absoluta. Pospuso indefinidamente las elecciones prometidas, firmó un acuerdo partido-a-partido con el Partido Comunista de la Unión Soviética y comenzó a perseguir a los dirigentes de la Comisión Permanente de los Derechos Humanos en Nicaragua.

En marzo de 1981, dos meses después de que Reagan tomara el mando, se organizaron los “contras”. Durante gran parte de ese año constituyeron una fuerza insignificante desde el punto de vista militar, unos pocos cientos de hombres reclutados por la CIA, la mayoría ex guardias nacionales de Somoza asesorados inexpertamente por oficiales de ejército argentino y por agentes de contrainteligencia.

En esa época era común que los sandinistas se mofaran de los “contras”, llamando la atención sobre su impotencia y su nulo atractivo político.

Luego, en junio de 1981, el jefe del nuevo Ejército Popular Sandinista, comandante Humberto Ortega, dijo un discurso secreto ante un grupo de oficiales del Ejército, en el que admitió que “sandinismo sin marxismo-leninismo no puede ser revolucionario”, y que los pactos existentes con fuerzas políticas más moderadas habían sido simples recursos para deshacerse de Somoza, no provocar una intervención militar norteamericana y mantener en marcha la economía. Ello no quería decir —garantizó a su audiencia—, que el Frente Sandinista tuviera intención alguna de plegarse a un programa político “burgués”. Y debían considerarse enemigos todos los aliados no marxistas en la lucha contra la dictadura.

Pocas semanas después, el secretario adjunto de Estado, Tomás Enders visitó Managua para discutir un posible “demarche” de las relaciones. Enders hizo cuatro exigencias a los sandinistas: la suspensión del tráfico de armas con El Salvador, la reducción o interrupción de su apertrechamiento militar, que constituía un atentado al equilibrio regional; medidas tendientes a cumplir con las promesas de pluralismo económico y político en su país y la moderación de su asociación con Cuba y el bloque soviético. A cambio, ofreció reiniciar la ayuda económica estadounidense (que de hecho había sido suspendida a finales de la administración Carter) y rigidizar las medidas que impidieran el ataque a Nicaragua desde territorio norteamericano o con ayuda de Estados Unidos por parte de fuerzas en el exilio. Su oferta fue rechazada categóricamente. Después de la misión de Enders en agosto de 1981, las relaciones entre los gobiernos de Nicaragua y Estados Unidos han ido en franco deterioro.

El conflicto real de Nicaragua no ha sido únicamente el existente entre Managua y Washington, sino sobre todo el creciente antagonismo entre el Frente Sandinista y el pueblo en cuyo nombre supuestamente habla y actúa el FS. En cierto modo era un conflicto inevitable ya que para organizar a la sociedad en torno a las líneas marxistas sin conflicto se requeriría que la vasta mayoría de la población no tenga nada que perder. Por supuesto, tal sociedad no ha existido nunca y Nicaragua no es la excepción. Según estimaciones autorizadas, en 1978 unas 180.000 familias nicaragüenses poseían alguna propiedad, lo cual multiplicado por 5 da un cálculo conservador de 900.000 personas, casi un tercio de la población. Que esta gente fuera “clase media” (o incluso “burguesía”) es cuestión de juicios sociológicos un estrato tan numeroso resistirá a cualquier gobierno que intente reestructurar la sociedad, sobre la base de la abolición de la propiedad privada, y que con ese fin a menos que, por supuesto, el gobierno en cuestión creyera que algo prácticamente actúe dentro de la hipótesis de que ser propietario de algo implica automáticamente graves deficiencias morales y una casi segura “irrecuperabilidad” política.

Existe gran confusión en torno a la virtual extinción del sector privado en Nicaragua, ya que el régimen sigue insistiendo en que favorece una economía mixta y la mitad de los medios de producción continúan, formalmente, en manos privadas. Sin embargo, poco después de la caída de Somoza toda la banca, las empresas transportistas y las firmas de mercadeo y exportación pasaron a manos del Estado, de modo que desde sus inicios el gobierno sandinista ha estado en posición de controlar el desembolso de créditos y divisas. Ya en 1983, el monto de los créditos al sector público era seis veces mayor que al privado, y con tasas de interés mucho más favorables. Esto, unido a impuestos confiscatorios y al control de precios, ha permitido que los sandinistas absorban tranquilamente las empresas privadas a través de procedimientos en apariencia legales: primero quiebra, y luego la toma de esas empresas "difuntas" por parte de sus acreedores (es decir, el Estado).

Este procedimiento ha sido más lento que lo que dictarían las preferencias ideológicas sandinistas, los sandinistas comprenden que la supervivencia aparente del sector privado en Nicaragua constituye un factor político que influye decisivamente sobre su credibilidad internacional. También, ciertas industrias como la algodonera están muy centralizadas y requieren de mucho capital. Esto explica que los cultivadores de algodón se hayan visto favorecidos con precios relativamente más altos para su producto que los cultivadores de café, quienes tienden a ser pequeños agricultores sin el adiestramiento, educación y capital que les permitiría emigrar y cuyas inversiones fijas (en este caso los cafetos) no son transferibles. Pero el indicador más importante de las intenciones sandinistas respecto al sector privado es el haber despojado al Consejo Superior de la Empresa Privada de la representación que tenía originalmente ante el Consejo de Estado.

Como marxistas serios, comprenden que el poder económico no se puede separar artificialmente de la participación política: si uno de los dos se ha de abolir, el otro, eventualmente con el tiempo también tendrá que desaparecer.

Interpretando correctamente los hechos, la dirigencia del sector privado se ha resistido a aceptar garantías periódicas de buena voluntad en lugar de actos concretos. Por lo mismo ha habido una fuga catastrófica de capitales y de gerentes en los últimos seis años. Y esto aunque debe agregarse que los sandinistas han tratado con suavidad a los empresarios importantes en comparación con la forma implacable en que ha perseguido a los pequeños empresarios. Shirley Christian llama la atención sobre el caso de los vendedores de mercado. Estos eran "capitalistas" humildísimos, en su mayoría mujeres, en los mercados libres donde vendían arroz, granos y todo tipo de artículos desde ropa hasta juguetes. Tan sólo en el Departamento de Managua eran unos 30.000 y Shirley Christian afirma que existían otros 30.000 diseminados en los mercados de los pueblos de provincia.

El problema surgió a comienzos de 1982, cuando el Gobierno dio a conocer el próximo racionamiento del azúcar. Indicó a los consumidores que para comprar este artículo básico tendrían que obtener una tarjeta de racionamiento en su Comité de Defensa Vecinal, se les asignó tiendas según el vecindario que habitaron y días específicos para adquirir su ración. El Gobierno estableció abastos "populares" o utilizó supermercados expropiados a Somoza o sus compinches, además se dejó de proveer azúcar a los "marchantes". En los siguientes tres años se han ido instalando medidas similares para otros productos de consumo básico, eliminándolos de los canales normales de la oferta y la demanda.

Preguntar por qué han de estar racionados el azúcar (y posteriormente el arroz, caraoas, maíz, leche, cambures, aceite comestible y docenas de otros artículos) en un país que nunca antes sufrió escasez de alimentos es hacer la pregunta equivocada. Presupone que el propósito fallido del gobierno sandinista hubiera sido estimular la producción agrícola y el consumo masivo. De hecho, la meta (perfectamente lograda) era utilizar los alimentos y su racionamiento como un medio de control político.

Inmediatamente después de la revolución, el FSLN creó una nueva organización de mercadeo agrícola. Enabas, para la

compra de las cosechas a los agricultores y para el suministro a los consumidores de las zonas urbanas, lo que estaba destinado a aniquilar a dos grupos que el Gobierno no podía controlar: los mismos vendedores en los mercados y los intermediarios privados, algunos de ellos cooperativas independientes. Los vendedores de mercado han luchado con manifestaciones, con resistencia pasiva y participando en la creciente economía subterránea del país. Pero la determinación del gobierno sandinista a subordinar los fines normales de la economía al control político, terminará con la extinción de estos "delincuentes", como ha ocurrido en todos los países comunistas.

La creación de Enabas también colocó al régimen en posición de disciplinar a los agricultores, siendo el único comprador para sus productos. No hubo problemas al principio, porque Enabas pagaba bien a los agricultores. Pero los precios regulados pronto fueron inferiores a los costos de producción. Además surgieron problemas sobre el precio y el acceso a ciertos insumos esenciales como químicos y fertilizantes. Hoy los pequeños agricultores no ven razón para producir más de lo que constituyen sus necesidades inmediatas y ha habido descenso catastrófico en la producción de alimentos básicos, especialmente maíz y caraotas. Sin embargo, no se puede suponer que los sandinistas consideren la escasez como un mal, puesto que después de todo ha justificado la creación de las tarjetas de racionamiento, que son el instrumento esencial del poder de los Comités de Defensa Vecinales.

Los sandinistas también han enfrentado problemas con el campesinado. Si bien históricamente gran parte de las zonas agrícolas nicaragüenses se han concentrado en asentamientos agroindustriales, el país siempre ha contado con una clase más o menos numerosa de pequeños terratenientes e incluso de un grupo mayor de arrendatarios que trabajan para su subsistencia. Asimismo, a diferencia de El Salvador, Nicaragua cuenta con muchas tierras baldías, tanto que en la época de Somoza llegó a existir un pequeño y mal instrumentado programa de estímulo a la propiedad y desarrollo de

tierras vírgenes. Existía naturalmente una “cuestión agraria” en Nicaragua, pero sin tantas presiones campesinas como en otras naciones centroamericanas. Más aún la expropiación inmediata de 2.75 millones de acres, en 1979, que habían pertenecido a Somoza a sus asociados, o a aquellos que el FSLN decidió llamar “somocistas” a fin de apoderarse de sus tierras, puso a disposición del Gobierno grandes extensiones de terreno en zonas rurales, listas para satisfacer las aspiraciones de propiedad de los campesinos sin tierra.

Pero la dificultad ha sido que los sandinistas (al igual que los revolucionarios marxistas en todas partes) no ven con buenos ojos la tenencia privada de la tierra, ni siquiera en pequeña escala. En consecuencia, todas las grandes propiedades fueron convertidas en “granjas” o cooperativas estatales y en muchos aspectos, (no en todos), las condiciones del campesinado en estas tierras sigue igual que cuando Somoza. La mayor diferencia es que ahora los campesinos son alfabetizados, con su respectiva adoctrinación política y reciben clases de “antiimperialismo”. Además se les presiona para que ofrezcan sus hijos para que presten servicio en el nuevo ejército sandinista popular.

Todo esto y en especial la no adjudicación de títulos de propiedad individuales (como prometieron los sandinistas antes de 1979) ha significado hambre y alimentos para los “contras”, especialmente en las provincias al norte, en la frontera con Honduras. Los “contras” también han logrado la contribución de pequeños propietarios, temerosos de ser los próximos en la secuencia de expropiaciones, o de verse obligados a vender sus productos a los precios que Enabas considere políticamente convenientes. En algunas zonas las cosas se han puesto tan serias que los sandinistas han tenido que evacuar las comunidades a la fuerza hacia zonas alejadas del escenario de operaciones militares.

Antes de la revolución, Nicaragua contaba con un pequeño movimiento sindical que no destacaba por su militancia política. Esto no es sorprendente: los trabajadores de la industria recibían un sueldo bastante superior al de otros

trabajadores manuales, y tal como lo observa Shirley Christian con agudeza “los que en otros países más desarrollados se considerarían proletarios, en Nicaragua eran pequeños empresarios”, entre ellos vendedores de mercado, taxistas, etc. De nuevo en este caso, no es de sorprenderse que la Confederación de Trabajadores, que representaba a una mayoría de los trabajadores industriales tuviera fuertes vínculos con el régimen somocista. A raíz de su victoria, los sandinistas se apoderaron de este movimiento sindical y le dieron nombre de Central Sandinista de Trabajadores (CST), poniendo a su cabeza a un pequeño grupo de activistas de la época clandestina. A mediados de 1981, la CST tenía aproximadamente la mitad de los afiliados a sindicatos. La otra mitad se dividía entre FIN, afiliada a la Internacional Demócrata Cristiana y la FTU vinculada a la social-democracia.

El adoctrinamiento político ha tenido mayor importancia que la defensa de los intereses de los trabajadores dentro de los objetivos de la CST, igual a lo sucedido con el campesinado. Se prohibieron los aumentos salariales y las huelgas, y cuando algún trabajador se ha atrevido a contrariar las órdenes de sus líderes putativos, se les ha amenazado con reclutarlos en el ejército. El funcionamiento de las federaciones sindicales independientes se ha tornado cada vez más precario y su existencia futura está en serias dudas.

Los nicaragüenses que más han sufrido con el gobierno sandinista han sido los indígenas de la costa Atlántica —los Miskito, Rama y Sumo. Separados de la Nicaragua “hispana” por la geografía, idioma, cultura y religión jamás fueron tomados en cuenta por los gobiernos anteriores a 1979. Por años los únicos extranjeros interesados en su bienestar fueron los misioneros moravios (quizá esto explica el por qué tantos de sus líderes son pastores de esa orden).

Los miskitos no participaron en el levantamiento contra Somoza, pero alguno de sus dirigentes más jóvenes, estudiantes de la Universidad Nacional de Managua, respaldaron con entusiasmo el nuevo régimen a cambio de promesas de autonomía y control comunal de sus tierras. Casi de in-

mediato surgieron dificultades. La Costa Atlántica es la región nicaragüense más cercana a Cuba (y también la ruta histórica de desembarco de los marines en la década de los años 20). El principal interés de los sandinistas en la región era militar y ya en 1981 había unos 7.000 efectivos ahí, interrumpiendo la paz de los habitantes con sus constantes maniobras, prácticas de tiro al blanco y uso indiscriminado de vehículos de cremallera. Los miskitos tampoco aceptaron tranquilamente la lluvia de médicos y maestros cubanos que inundaron la zona y que parecían más interesados en adoctrinar políticamente a los indígenas que en enseñar a curar.

Sin embargo, la dificultad real residió en la actitud condescendiente de la dirigencia sandinista para con el pueblo indígena. Luis Carrión Cruz, miembro de la Dirección Nacional a cargo de asuntos indígenas se refería abiertamente al “profundo retraso ideológico” de los miskitos negándose a discutir seriamente el control comunal de sus tierras. Claro está que el problema no era la propiedad colectiva en sí sino el deseo sandinista de no permitir la supervivencia de formas de propiedad que de algún modo no dependieran del Estado.

Estos acontecimientos desembocaron en incidentes violentos, encarcelamiento de dirigentes miskito y el éxodo masivo de los miskitos más jóvenes hacia Honduras, donde se convirtieron en nuevos reclutas de la entonces pequeña insurgencia fomentada por ex guardias nacionales. Los sandinistas respondieron sacando a la fuerza a unos 1.500 miskitos y sumos de sus aldeas ancestrales: los soldados quemaron sus casas, sus iglesias y sus sembrados. Se estiman que en 1984 unos 25.000 miskitos, ramas y sumos se encontraban exiliados a la fuerza en otras zonas del país. Los sandinistas suelen cautivar a inocentes extranjeros admitiendo con franqueza los “errores cometidos con las comunidades indígenas”, pero tal como señala Shirley Christian lo hicieron con los ojos abiertos; la seguridad militar y el control político eran prioritarios, y al margen de promesas anteriores, estos aspectos no eran negociables.

La acelerada decadencia de las instituciones públicas en la Nicaragua sandinista ha conllevado a una transformación

del papel de la Iglesia Católica. Igual que en Polonia, la Iglesia se ha convertido en un partido de oposición, que si bien no puede derrocar al régimen, es el instrumento más importante de resistencia seria dentro del país.

El líder espiritual de Nicaragua, el cardenal Miguel Obando y Bravo, es intachable, siendo desde hace tiempo conocidas sus opiniones liberales sobre asuntos sociales y económicos, y habiendo sido uno de los opositores más valientes y abiertos a la dictadura somocista.

El espectáculo de un arzobispo progresista y democrático opuesto al sandinismo es particularmente exasperante para los simpatizantes del sandinismo en los círculos católicos del exterior ya que la revolución nicaragüense se ha convertido en uno de los dos o tres reservorios más importantes de ilusiones para aquellos clérigos y laicos identificados con el movimiento conocido como "Teología de la Liberación". Para esta gente, no debería haber problema entre una Iglesia comprometida con los intereses de los pobres y un gobierno que abraza y practica formalmente el marxismo.

Esta idea se une a otra que mantiene el gobierno sandinista propiamente, ya que (de acuerdo con una encuesta de 1981) 80 por ciento de los nicaragüenses identifica a la "religión" como el valor más importante en sus vidas y el régimen no se puede dar el lujo de enfrentar directamente a la Iglesia. Por el contrario, la debe absorber y controlar. A ello se debe la creación de la Iglesia del Pueblo – especie de Junta Revolucionaria (para usar la terminología política convencional) que aspira a derrocar al gobierno actual de la Iglesia.

Los revolucionarios cristianos de Nicaragua han aplicado los principios leninistas a la organización religiosa, sin por ello desacreditarse todavía. Han recibido generosas donaciones del exterior, particularmente del Consejo Mundial de Iglesias (\$ 176.000), el Consejo Nacional de Iglesias (\$ 365.329) de los Metodistas (\$ 100.000), del Programa Presbiteriano de Lucha Contra el Hambre en el Mundo (\$ 10.000) y los Metodistas Unidos (\$ 25.000). Todo este

dinero les ha permitido mantener un personal a tiempo completo, la mayoría extranjeros, quienes operan desde el Centro Valdivieso en Managua. Son vistos naturalmente con la mayor benevolencia por el régimen, que les permite acceso a los medios de comunicación controlados, al transporte y otras comodidades que le son negadas sistemáticamente a la Iglesia Católica regular.

Más importante aún ha sido la manera en que las turbas sandinistas han atacado a los obispos y sacerdotes fieles al cardenal Obando incluyendo hasta el Papa mismo cuando visitó Managua en marzo de 1983. El Gobierno, o sus dependencias, también han amenazado y expulsado a líderes protestantes, Testigos de Jehova, Moravios, Adventista del 7° Día y algunos evangélicos. Clausuró Radio Católica, propiedad de la Arquidiócesis, que era la única estación independiente que quedaba en el país. Más aún, la opinión religiosa de la gente es tenida en cuenta en contra o en favor de ellos, un factor crucial para la supervivencia dentro de un mercado laboral cada vez más dificultoso y controlado por el Gobierno.

Uno pensaría que la Iglesia en Nicaragua estuviera al menos profundamente dividida, y es así precisamente como muchos cristianos de izquierda en Estados Unidos y otras partes la han descrito. Pero no es así: la inmensa mayoría de los curas párrocos, incluyendo los de origen extranjero, respaldan a sus obispos. Los sacerdotes de la Teología de la Liberación no atraen casi a nadie a sus misas. La disputa del Cardenal Obando con los sandinistas lo ha convertido en uno de los hombres más populares del país y la única razón por la cual el régimen no le ha atacado con mayor dureza es por miedo a aumentar aún más su talla.

Nos encontramos, pues, con un régimen que busca imponer los patrones marxistas de control social sobre una población poco dispuesta a ello y que está lista a sacrificar la economía en el proceso. Está lista también para usar implacablemente instrumentos de fuerza y violencia. Esto explica por qué, entre otras cosas, los sandinistas han construido un

ejército mayor al de todos los restantes países centroamericanos juntos. Explica la necesidad de ayuda exterior masiva por parte de países como Cuba, la Unión Soviética, Alemania Oriental y Bulgaria, cuyo principal y quizá única contribución al tejido de la vida moderna es el arte del control policial totalitario. Explica también permanente patrón de suministro de material militar soviético a Nicaragua, que incluye aviones de transporte, helicópteros artillados, así como también armamento pesado, artillería y tanques. De modo que lo que a primera vista hubiera parecido asunto interno que competía exclusivamente a los nicaragüenses —la organización de su sociedad— se ha convertido en un asunto de seguridad que con toda legitimidad concierne a sus vecinos y a Estados Unidos.

Los esfuerzos por reorganizar la sociedad al estilo marxista, han llevado a parte de la oposición a asirse a cualquier alternativa violenta disponible. Ello ha significado un verdadero florecimiento y transformación de los “contras”. En apenas cinco años los “contras” han crecido de 300 a 15.000 efectivos, exactamente el triple del número que peleó contra Somoza en el momento cumbre de la guerra civil en 1979. También han habido algunos cambios cualitativos: la predominancia de ex guardias nacionales somocistas ya no existe, y hoy sólo nueve de los comandantes fueron oficiales de la guardia. En cuanto a los soldados, son mayoritariamente campesinos, ex pequeños propietarios y comerciantes, indios miskitos y en el frente sur ex sandinistas.

Al mismo tiempo, ha habido un cambio drástico en la dirigencia política de la resistencia. Ahora incluye, no sólo conservadores con buenas credenciales antisomocistas como Adolfo Calero y Fernando Chamorro, sino también social demócratas y liberales que colaboraron con los sandinistas en los comienzos del nuevo régimen —Arturo Cruz, ex presidente del Banco Central y ex embajador en Estados Unidos; Alfonso Robelo, ex miembro del Consejo de Estado y Edén Pastora Gómez, “Comandante Cero”, quien fuera uno de los héroes más importantes durante la revolución y luego viceministro de Defensa.

El hecho de que numerosos periodistas y políticos en Europa, EE.UU. y Latinoamérica sigan refiriéndose a los “contras” en los mismos términos que hace unos 5 años, dice mucho más sobre esos periodistas y políticos que sobre la situación en Nicaragua. (Tomado de “Commentary”).

LOS AUTORES

Arturo Cruz Sequeira. Candidato al doctorado (Ph. D.) por John Hopkins University. Ex-asesor de la Dirección de Relaciones Internacionales del Frente Sandinista de Liberación Nacional. Colaboró en la obra *Central América: Anatomy of Conflict*, con un capítulo sobre la política exterior del Frente Sandinista, cuya versión española reproducimos aquí.

José Luis Velázquez, nicaragüense, graduado en gobierno y Ciencias Políticas por la Universidad de Essex, Gran Bretaña; ex miembro del gobierno sandinista hasta 1981, actualmente asesor político de Don Arturo J. Cruz.

El Dr. Forrest D. Colburn es catedrático en la Facultad de Ciencias Políticas de la Florida International University. Durante los tres últimos años ha realizado una concienzuda labor de investigación, sobre aspectos políticos y económicos de la Nicaragua Revolucionaria. Profesionalmente se ha desempeñado como investigador asociado del Instituto Centroamericano de Administración de Empresas, INCAE.

Silvio de Franco. Doctorado (Ph. D.) por la Universidad de Wisconsin. Asociado a la dirección de un centro académico de gran prestigio en Centroamérica.

Humberto Belli. Doctorado en Sociología. Dirigió por algún tiempo la página editorial de *La Prensa de Nicaragua*. Actualmente trabaja como consultor del Vaticano en sus relaciones con los laicos.

Robert Leiken. Asociado al Carnegie Endowment for International Peace. Editó en 1984, en Pergamon Press, *Central América: Anatomy of Conflict*.

Xavier Argüello Hurtado. Joven escritor nicaragüense. Cooperó hasta 1984 en el Ministerio de Cultura de Nicaragua, teniendo a su cargo la edición de la Revista de ese Ministerio Nicaraguac.

Mark Falcoff. Investigador del Center for Hemispheric Studies, American Enterprise Institute for Public Policy Research. Consejero de la Comisión Kissinger para Centroamérica. Ph. D. en Ciencia Política, Universidad de Princeton.

Otras publicaciones de LIBRO LIBRE

Los Jesuitas en Nicaragua en el Siglo XIX
Franco Cerutti

Democracia y Desarrollo
William Douglas

OBRA POETICA COMPLETA

Pablo Antonio Cuadra

Tomo I

Canciones de Pájaro y Señora,
Poemas Nicaragüenses

Tomo II

Cuaderno del Sur, Canto Temporal,
Libro de Horas

Tomo III

Poemas con un Crepúsculo a Cuestas,
Epigramas, El Jaguar y la Luna

Tomo IV

Cantos de Cifar y del Mar Dulce

Tomo V

Esos rostros que asoman en la multitud,
Homenajes

Centroamérica, Conflicto y Democracia
Jaime Daremblum — Eduardo Ulibarri

Páginas sobre la Libertad
Franco Cerutti

El Militarismo en Costa Rica y Otros Ensayos
Fernando Volio

Toponimias Indígenas de Nicaragua
Jaime Incer

Ideas Políticas Elementales
José Joaquín Trejos

Para un Continente imaginario
Carlos Alberto Montaner

Encíclicas y Otros Documentos
Juan Pablo II

Estudio Etnográfico sobre los Indios Miskitos y Sumus
Edward Conzemius

La Confrontación Este-Oeste en la crisis Centroamericana
Gonzalo Facio

1984 Nicaragua
Varios Autores

José Cecilio del Valle, Sabio Centroamericano
Carlos Meléndez

La Democracia en los países en desarrollo
Recopilación de William Douglas

El Sindicalismo en la estrategia Soviética Mundial
Recopilación de Roy Godson

**Frustraciones de un destino:
La Democracia en América Latina**
Octavio Paz y otros autores



La crisis centroamericana y la experiencia sandinista

Sociedad Civil y Dictadura

Orígenes de la política exterior del Frente Sandinista

Contradicciones entre teoría y práctica revolucionarias

Producción y Revolución

Cristianismo y Sandinismo

Historias nunca contadas del Sandinismo

Tormenta dentro de un caracol

La inocencia perdida de la Revolución Sandinista

La cosecha sandinista

Arturo Cruz Sequeira - José Luis Velázquez P. - Forrest D. Colburn

Silvio de Franco - Humberto Belli P. - Robert G. Leiken

Xavier Argüello - Mark Falcoff

Los ensayos reunidos en este libro aportan elementos de juicio suficientes para un diagnóstico completo de la trágica situación actual de Nicaragua. Nicaragua: Regresión en la Revolución señala, con acierto y valentía, los puntos en que se articulan los engranajes de las dos dictaduras implantadas en Nicaragua en los últimos cincuenta años: la Dictadura dinástica de los Somoza y la Dictadura de partido del Frente Sandinista. Los extremos se tocan y se confunden. Bajo el denominador común de la ausencia de libertad, la corrupción e ineficiencia de la administración pública se incrementa a un ritmo igual al de la represión. Los vicios de la antigua dictadura se consolidan y refuerzan en la nueva. El resultado es el avasallamiento de la sociedad civil, como señala con claridad uno de los artículos, y la agudización de la crisis socio-económica, por la ceguera dogmática de una camarilla incapaz de percibir las realidades de la geopolítica y la economía mundial, certeramente analizada por otros.

Al despojar de su máscara al régimen, se descubre la absurda lógica totalitaria, y se vislumbra el rostro auténtico de Nicaragua y las ricas virtualidades frustradas por el sectarismo: potencial de recursos naturales y humanos echados a perder; una rica vida espiritual y cultural articulándose incipientemente en una promisorio sociedad civil, abortadas por el fanatismo de una minoría obstinada en convertir una patria preñada de esperanzas en la punta de lanza del expansionismo soviético en el continente americano.